



HQN™

TAN NOSOTROS

Ana María Draghia

TAN
NOSOTROS

Ana María Draghia

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2016 Ana María Draghia

© 2016 Harlequin Ibérica, una división de
HarperCollins Ibérica, S.A.

Tan nosotros, n.º 119 - mayo 2016

Todos los derechos están reservados incluidos los de
reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de
Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres,
lugares, y situaciones son producto de la imaginación
del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier
parecido con personas, vivas o muertas,
establecimientos de negocios (comerciales), hechos o
situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas
registradas propiedad de Harlequin Enterprises

Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Fotolia.

I.S.B.N.: 978-84-687-8259-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Cita](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

Si te ha gustado este libro...

*Mi lucha ha sido en vano. Carece de sentido.
No reprimiré por más tiempo mis sentimientos.
Permítame decirle cuán ardientemente la
admiro y la amo.*

JANE AUSTEN, *Orgullo y prejuicio*.

*A mis filólogas,
que han inspirado muchas
de las páginas de esta novela.*

A mi hermana, por supuesto.

A todos los que quieren volar.

Capítulo 1

Intento adivinar en qué pensaba aquel día, pero solo sé que faltaban escasas horas para que concluyera un jueves cualquiera de un agosto que dejaba rastros de sudor pegajoso en la piel y un lejano, casi inexistente, recuerdo del invierno anterior. Para los mediterráneos esa era una sensación a la que estábamos acostumbrados: al susurro de las cigarras a mediodía, a la brisa salada del mar a media tarde, a las risas cálidas al anochecer y al aire fresco y vibrante justo antes del amanecer. Se repetía esa secuencia una y otra vez, cada verano, cada año. Ese solo difería del resto en que coincidía con el Mundial de fútbol. Aun así, solo era jueves, uno cualquiera.

Sentada en el sofá de cuero negro, con el ventilador girando frente a mí y el aire que salía de él haciéndome cosquillas en los pies desnudos, hubiera podido

preguntarme por qué seguía viendo los partidos, cuando hacía seis días que habíamos perdido. Sin embargo, dado que tenía la respuesta o, mejor dicho, las respuestas a esa pregunta, solo me dediqué a mirar de reojo a mi derecha y a mi izquierda, a Ricardo y a Eric. Después, mis ojos se quedaron dando tumbos por mi pantalón de chándal arrugado. Elevé un poco las cejas y me cercioré de que, como ya había supuesto, cambiar las tareas de casa por el poder absoluto del mando a distancia no había sido, ni de lejos, la más brillante y acertada de mis ideas. Aunque, tampoco es que supusiera algo negativo para mí. Tenía un pequeño televisor en mi habitación que no encendía nunca.

Portugal acababa de marcar un gol. Ricardo se alteró momentáneamente, bebió un trago de su cerveza y volvió a relajarse en el sofá. Era una rutina que me hacía querer reír y alejarme a partes iguales. Y no es que a mí no me gustara el fútbol, como cualquier hombre esperaría de una chica de veintitrés años, simplemente había perdido el interés o, tal vez, ese año no había nada que mereciera la pena ver.

Estaba decidida a no presenciar ni un segundo más aquel espectáculo insustancial, así que bajé los pies de

la mesilla, me adueñé de mi refresco, me despedí de mis dos compañeros de piso —y mis dos mejores amigos— y me fui arrastrando los pies descalzos sobre el suelo frío. Era una sensación tan agradable que siempre cerraba los ojos de manera instintiva.

Entré en mi habitación, un pequeño altar al arte. Mi profesión —guía en una galería— me había llevado a abarrotar las estanterías de enciclopedias, manuales, libros y novelas que tenían relación con la pintura o la escultura. Alguien, de cuyo nombre no quiero acordarme, me había dicho que la pasión que sentía por mi trabajo era insana y extravagante. De igual modo, le dije que posiblemente lo que era insano para mí era su constante ataque a lo que yo era o dejaba de ser. Ahora, frente a un libro de grabados del máximo representante del cubismo, pensé en cómo había acabado la relación.

—Picasso, tú tienes la culpa —dije mientras cogía el amplio volumen.

Marcos, el dueño de la galería, había conseguido que nos cedieran durante un par de semanas algunos cuadros de Pablo Picasso y otros tantos bocetos a carboncillo que habían encontrado recientemente.

Llevaba semana y media explicando las mismas historias y anécdotas a los visitantes, y aunque alguien pueda pensar que eso acaba por cansar, he de decir que me sentía satisfecha con mi rutina, casi por completo.

Yendo hacia la cama con el libro entre las manos, me detuve frente al espejo de cuerpo entero, incrustado en la puerta del armario de madera de nogal; el armario con los detalles más minuciosos y perfectos que había visto nunca. Mi hermano tenía unas manos fantásticas, ¡ojalá yo pudiera hacer algo tan maravilloso algún día!

Mi reflejo me devolvió a la realidad. La camiseta vieja del Hard Rock Café y los pantalones arrugados no hubieran inspirado a ningún artista. Por lo menos sabía que debajo de ella se escondía un cuerpo bonito. Me toqué un poco el pelo, que me llegaba por debajo de la barbilla y asentí, contenta por haberlo cortado hacía unos meses. Rocé mis labios, casi de forma inconsciente, y pensé que ya iba siendo hora de devolverles cierto color. ¡Lo haría! ¡Volvería a recobrar mi amistad estancada con el brillo labial!

Me dejé caer en la cama con Picasso sobre mi

pecho. Abrí el libro y busqué alguna curiosidad que no hubiera contado ya. Me gustaba improvisar en las visitas guiadas, y tenía la inmensa suerte de que mi jefe me permitiera hacerlo, cosa que no ocurría en otros trabajos. Quedaban cuatro días exactos para que se llevaran las obras y quería exprimir mis conocimientos de historia del arte al máximo. Miré mi título, enmarcado, colgado en la pared que tenía frente a mí, y recordé tantos y tan buenos momentos que me dejé llevar por ellos y acabé por olvidarme del pintor que se enredaba entre mis dedos, rogando mi atención.

Hacía un año que no veía a mis amigas. Desperdigadas cada una en una ciudad, nos habíamos hecho la promesa de reencontrarnos siempre a final de año. Aún quedaban cuatro meses largos para que eso sucediera, y pese a que nos comunicábamos constantemente, a veces, en el silencio de la habitación, con los partidos de fútbol como banda sonora de mis recuerdos, casi podía escucharnos reír por alguna cuestión absurda.

El año anterior había sido un auténtico mar de lágrimas, y no, no se debía a las ganas que teníamos de vernos. Los romances fallidos, las inesperadas

pérdidas o unos trabajos que no aportaban nada habían sido los motivos por los que la reunión se convirtió en el segundo diluvio universal. ¿Exagero? Sí.

Alguien llamó a la puerta, obligándome así a abandonar mi ensimismamiento, ese en el que tan cómoda y a gusto me sentía. Eric asomó la cabeza. Le hice una señal para que entrara, ya que, a diferencia de Ricardo, siempre esperaba a que le invitara.

—Ha perdido Portugal.

Intenté no reírme, fingí que me importaba, incluso torcí un poco el gesto, simulando que aquella noticia alteraba mi estado de ánimo. Eric, que me conocía mejor que las palmas de sus manos, se rio sarcásticamente mientras paseaba su mirada por los lomos de los libros que tan bien conocía. Cogió uno al azar, lo hojeó un momento y lo volvió a dejar en su sitio. Si bien es cierto que Eric me conocía, yo había aprendido, casi desde la primera vez que le vi, a interpretar cada uno de sus movimientos. Me arriesgué a decir lo que pensaba, como hacía habitualmente.

—Hace tiempo que no veo a Laura —dije sin apartar la mirada de las *Señoritas de Avignon*.

Emitió un sonido gutural que podía interpretar de

dos maneras: asentimiento o molestia. Ambas quizá. Se paseó por la habitación con andares lentos. No necesitaba mirarle para saber cuál era la expresión de su rostro. Permanecí en silencio, con la cara envuelta por mi corto, pero abundante, cabello color avellana. Al final noté cómo la cama se hundía bajo su peso. Levanté la mirada. No dije nada. Era perfectamente consciente del procedimiento a seguir con Eric: esperar. Siempre esperar.

—¿Qué tal en la galería? —me preguntó señalando el libro de mi regazo.

—Muy bien —sonreí y sus hoyuelos me devolvieron la sonrisa—. ¿Qué tal en el hospital?

Eric se despeinó el pelo, rubio ceniciento, y se tumbó en la cama, con las manos sobre la cara. Era el momento de renunciar a mi lectura. Dejé el libro sobre la mesita de noche y me tumbé al lado del enfermero más atractivo que conocía. Tenía, después de Ricardo, los veintiséis años mejor llevados. Le aparté los brazos de la cara y le obligué a mirarme, pero parecía distraído.

—Eh, ¿qué pasa?

—Por lo visto, tenerme solo los viernes por la

noche y desayunar contigo a la mañana siguiente no le bastaba —las palabras se atropellaron en su boca, pero no necesité que repitiera nada, sabía a qué se refería.

Laura era la chica. La única que había conseguido que Eric se centrara solo en una mujer, aunque eso no implicaba que lo hiciera del todo. Trabajaban juntos, codo con codo, pero los viernes por la noche eran más que eso: amigos y amantes. Sobre todo amantes. Las paredes eran sensibles en aquel edificio. Siempre sucedía lo mismo: ella llegaba sobre las ocho de la tarde, se iban, daban un paseo, cenaban fuera, en algún restaurante con velas —pese a que a Eric no le gustaban—, volvían a casa, hacían el amor —varias veces— y a la mañana siguiente, mientras él seguía durmiendo, ella venía a mi habitación con dos tazas humeantes de café y un plato de tortitas recién hechas. Adoraba a Laura, era la única que sabía preparar tortitas en condiciones. Sin embargo, hacía dos semanas que nos las probaba. He de reconocer que echaba de menos su presencia en la casa. Nunca antes me habían traído el desayuno a la cama, y era algo a lo que una podía acostumbrarse fácilmente. Decidí bromear sobre el asunto, no me gustaban los

dramas.

—¡Pues vas a tener que hacer algo! —le di un pequeño codazo en las costillas—. No me condenes, por favor te lo pido, a las tostadas churruscadas de Ricardo. Porque aunque él insista, no, no saben bien.

A duras penas le arranqué una sonrisa.

—No sé qué más quieren de mí las mujeres —dijo al tiempo que negaba con la cabeza, demostrando que, en realidad, no lo sabía.

Podría habérselo dicho. Haberle confesado que los desayunos con Laura eran más que ver las noticias del fin de semana, que se habían convertido en un pequeño confesionario en el que ella se empeñaba en narrarme con detalle y detenimiento todos sus encuentros. Podría haberle dicho que a veces acababa llorando porque estaba enamorada de él y no le quedaba otra alternativa que desayunar conmigo. Podría haberle dicho que estaba harta de ser la chica de los viernes y que lo único que deseaba era ser la chica. Simplemente la chica. Pero no se lo dije, porque no hubiera cambiado nada.

—Yo tampoco lo sé —arrugué un poco la nariz—. De hecho —interrumpí la frase, le miré de arriba a

abajo y él siguió el camino que recorrieron mis ojos—, no sé por qué quieren nada contigo.

Me atrajo hacia sí y me dio un beso sonoro en la frente.

—Eric —susurré—. Haz lo que tengas que hacer, pero si no vas a hacerlo bien, mejor no hagas nada —le recomendé.

—El problema es que no sé lo que tengo que hacer, porque tener y querer no coinciden —volvió a frotarse los ojos.

—Tendrás que ver a cuál le das una oportunidad —le guiñé un ojo.

Ricardo abrió la puerta de par en par y puso los brazos en jarras al vernos.

—Si vais a estar metiéndoos mano mientras yo preparo la cena, podríais, por lo menos, avisarme —lo dijo serio, pero yo me reí al ver su cara de indignación.

—¡Envidioso! —acusó Eric abrazándome un poco más.

Me zafé de sus brazos.

—¡A cenar! —insistió Ricardo.

Nos levantamos de la cama y le seguimos a la cocina. Había preparado ensalada de col, como todos

los jueves, y pechuga de pollo a la plancha, como todas las noches. Podría haber dicho hasta dónde estaba de la pechuga, pero decidí que era mejor callar. Cogí una botella de agua fría de la nevera y tres vasos. Nos sentamos como siempre, ellos dos en los extremos y yo en el medio. Ricardo recorrió todo mi cuerpo con sus ojos azules antes de que me sentara.

—¡Deja de hacer eso! —dije atrayendo la mirada de Eric, que estaba demasiado distraído sirviéndose ensalada.

—¿Hacer qué? —me preguntó Ricardo mientras cortaba un trozo de carne y se la llevaba a la boca.

—¡Mirarme así!

—¿Así cómo? —preguntó Eric.

Me volví hacia él e intenté buscar las palabras adecuadas.

—¡Como...! —hice una pausa, levanté un poco las manos, intentando apresar la expresión perfecta—. ¡Como si fuera un trozo de tarta de chocolate en medio de una dieta!

Ambos rieron a carcajadas. Tal vez me había pasado con la comparación, no era fea, pero tampoco era un exquisito y sabroso pedazo de tarta. Miré el

pollo reseco y mi boca dibujó una torcedura poco agradable.

—¿Eso he hecho? —preguntó Ricardo.

—Lo haces mucho últimamente —le reproché—.

Deja de hacerlo porque me hace sentir incómoda.

No podía manifestar el porqué.

—Deberías tomártelo como un cumplido —me dijo Eric mientras intentaba hacer pasar el pollo por su garganta bebiendo agua.

—¡Lo intento! —expuse, y, adoptando una expresión dramática, miré a Ricardo—. Pero me siento violentada —recité, recordando uno de los diálogos de la telenovela de los domingos por la tarde.

Ricardo me dio un empujón que hizo que me tambaleara en la silla.

—¡Eres idiota!

Comencé a reírme, cosa que llevaba rato intentando no hacer. Me gustaba mofarme de ellos, aunque siempre desde el cariño.

—No te miraba por eso —siguió hablando—. Sino por otra cosa.

—¿Tal vez ha llamado tu atención las pronunciadas arrugas de mis pantalones? —Los miré a los dos—.

¿Se nos ha estropeado la plancha y no me he enterado?

Se miraron entre sí, intercambiando una sonrisa de complicidad. Eran buenos chicos, amables y trabajadores, pero la fregona y la lejía eran para ellos como una operación algebraica para mí, una tarea ardua.

—¿Y por qué me mirabas, pues? —pregunté al ver que no me contestaría a la primera.

Acabó de masticar y me devolvió la mirada.

—Puede que el lunes, cuando viniste a la oficina, algún que otro becario hiciera alusión a tu curvilínea figura.

Eric intentaba no reírse, pero al cabo de unos segundos de disimulo, se dejó llevar.

—¿Ah, sí? —pregunté como si no me importara, aunque, por desgracia, quería saber más. Hacía tanto tiempo que no me hacían un cumplido, que había olvidado casi por completo la definición de este.

—¿Cuánto tiempo hace que no sales? —preguntó Eric.

Miré el reloj de la pared.

—Tres horas —contesté mientras bebía un sorbo

de agua.

—No me refiero a eso, y lo sabes.

—Va a salir mañana —me anunció Ricardo.

Dejé el cuchillo y el tenedor sobre el plato, me crucé de brazos y esperé una explicación a ese rotundo comentario.

—¡No me mires así! —dijo imitando mi voz, pero mi cara le indicó que no estaba para bromas—. Te he conseguido una cita. Bueno —se quedó pensativo—, no te la he conseguido, me preguntaron por ti —frunció un poco las cejas—. ¿Te acuerdas de Héctor?

Recordaba a Héctor, el desgarbado y sonriente becario de Ricardo, el publicista y amigo más déspota que había tenido. El chico había venido algunos fines de semana a casa, para trabajar y pelotear a su jefe. De ello dependía su aumento de sueldo y su permanencia en la empresa. He de reconocer que tenía un talento natural para dejarse mangonear por Ricardo, lo que no me gustaba.

—¿Qué pasa con él?

—Que él es tu cita.

Decir que mi cara reflejaba perplejidad era quedarse corta.

—¿Que voy a salir con tu becario? —me llevé un trozo de pechuga a la boca y mastiqué enfurruñada.

—No tienes nada mejor que hacer.

Metió el dedo en la herida sin ningún remordimiento. Lo peor era que tenía razón. Nada mejor que hacer. Me limitaba a mi trabajo que, la mayor parte del tiempo, me mantenía distraída y ocupada, aunque eso no significaba que con eso tuviera suficiente. Aun así, no quería ser la chica soltera a la que sus amigos le buscan citas para desprenderse de ella.

—Olvidalo —concluí.

—Dany... —el tono de voz de Eric me puso en alerta, una mezcla de súplica y reproche que no me gustó demasiado.

—¿Qué necesidad tengo de ir a cenar con el chico que te lleva el café? —formulé un poco más enfadada de lo que esperaba.

—¡Danielle! —dijo Ricardo dando un golpe en la mesa—. Irás a esa condenada cita.

—¿Es una orden, Ricardo? —levanté las cejas de una forma tan insinuante que él tuvo que sonreír.

—Por favor —juntó las manos como si estuviera

rogando a Dios—. Te vendrá bien salir, desprenderte de estos pantalones al menos por unas horas —agarró y elevó un poco la tela de mi pantalón y la dejó caer de golpe—. ¡Diviértete! —resoplé y el continuó—. Además, ya le he dicho que estarías encantada de salir con él.

—¡Está bien! —me puse de pie—. Iré a esa dichosa cita.

—Bien —contestaron los dos al unísono.

—Ahora siéntate y acaba de cenar —añadió Ricardo.

Intenté escabullirme, pero no hubo manera, así que, indignada, me senté de nuevo. Me trataban como si tuviera diez años, supongo que, en parte, debido a la diferencia de edad. Siempre habían cuidado de mí, y eso implicaba que hicieran y deshicieran a sus anchas.

Aunque en parte estaba enfadada, y a pesar de que Héctor no era mi tipo en absoluto, me fui a la cama pensando en la cita, en lo que me pondría, en adónde iríamos. Ricardo había hablado de ir a bailar, tal vez él supiera algo. Me apetecía colarme en su habitación e interrogarle hasta el amanecer, pero aún me quedaba algo de dignidad. ¿Y quién me decía que no iba a

pasarlo bien?

«Diviértete», había dicho Ricardo. Sí, tenía que hacerlo, no podía seguir viviendo en el pasado, aunque este me persiguiera a todas partes.

Capítulo 2

Estuve todo el viernes por la mañana deambulando por la galería, atendiendo a los visitantes, inspeccionando las piezas y los jarrones de terracota que acababan de traer y ayudando a Elia, la secretaria, a hacer el programa provisional de la exposición que íbamos a inaugurar en dos semanas. A las once de la mañana, justo en el momento en el que empezaba el caos de las visitas escolares, noté que los dedos de las manos me temblaban como la gelatina de kiwi que preparaba mi madre en la cafetería que regentaba junto a mi hermana. ¡Mi hermana! Cuando le contara el embrollo en el que me había visto envuelta, seguro que procuraría cachondearse de mí como si esa fuera su única razón de ser. Sonreí mientras limpiaba la taza de té verde que acababa de tomarme, porque en el fondo adoraba aquellas conversaciones con Lena.

Dejé mi taza junto a la de Elia y la de mi jefe, que acababa de entrar en la sala de descanso con cara de pocos amigos. Si no me equivocaba, cosa que no pasaba a menudo, iba a caerme una reprimenda. Aunque aún no sabía por qué.

Me coloqué bien el *blazer* y, al ver que no me decía nada, seguí recogiendo los restos de mi almuerzo sin mediar palabra.

—¡Ya está! —di un brinco cuando oí su voz grave y enfadada—. ¡Voy a despedir a ese hombre!

Tomó asiento en el pequeño chester de una forma muy poco elegante, algo inusual en el hombre más sofisticado para el que había tenido el placer de trabajar. Cerré la cremallera de mi bolsa de mano y a continuación me coloqué un mechón de pelo rebelde tras la oreja.

—¿Perdona? —pregunté sin entender a qué se refería.

—¡El vigilante! —espetó como si yo fuera estúpida. No me gustaba cuando utilizaba ese tono, pero supongo que a nadie le gusta que le chillen.

—Rafael —corregí, tal vez porque le imaginé refiriéndose a mí como «la guía» y eso me irritó—.

¿Qué ha pasado? —indagué.

—Es demasiado torpe —explicó. Sus cabellos castaños desprendían un brillo dorado por la luz que se proyectaba sobre ellos desde la ventana que Marcos tenía detrás—. Le he pasado muchas, Danielle, pero si no tiene cuidado, podría causar daños insospechados a piezas que cuestan miles de euros.

—Algunas, millones —siseé, pero por desgracia me oyó igualmente.

Me fulminó con la mirada, como si no hubiera buscado mi aportación en ningún momento. Cuando estaba de mal humor, y aunque no sucediera a menudo, lo mejor que uno podía hacer era escuchar, asentir y escabullirse del alcance de sus gélidos ojos azules antes de que el sueldo de ese mes se viera mermado. Bueno, en realidad, esto último solo había ocurrido una vez. Una historia sin mayor importancia, pero a la que siempre me gustaba hacer referencia.

Me fijé en los vaqueros oscuros y las zapatillas negras que llevaba aquel día. Era un hombre al que todo le sentaba bien. No era especialmente guapo, pero tenía un atractivo difícil de explicar con palabras. Llevaba cuatro meses comprometido y desde entonces

se había vuelto algo irascible. Los preparativos de la boda debían de estar quitándole el sueño, y las ganas de afeitarse, puntualizó mi subconsciente al detener mi mirada en su barba. A sus casi treinta y cinco años, aparentaba ser mucho más joven de lo que era, aunque eso cambiaba cuando hablaba.

—Enseguida estarán aquí las visitas programadas para las once y cuarto. Voy a avisar a Elena y a Raúl —dije.

—¿Todo bien? —me preguntó con el ceño fruncido al ver cómo me temblaban las manos tras depositar mi móvil en el interior del bolso.

—Todo bien, jefe —contesté un poco más animada.

No sonrió. No lo hizo en todo el día, pero no me preocupaba, estaba demasiado lejos de L' Art en esos momentos.

Conté anécdotas a los niños y aparentes secretos sobre las obras que habían venido a ver, a lo que ellos asentían con las bocas abiertas, como si les hubiera abierto las puertas del cielo. El interés que mostraron me dio confianza y optimismo para acabar el día.

Por desgracia, cuando llegó la noche, me dolían

tanto los pies que, frente a mi armario, me debatía entre ponerme unos zapatos planos o de tacón. La mirada juguetona de mi hermana, a la que había llamado por teléfono antes de salir del trabajo, me astillaba desde una esquina de la cama.

Cogí unas bailarinas rojas de piel con un pequeño lazo. Al verlas en mis manos, tosió.

—No irás a ponerte eso, ¿verdad? —levantó una ceja.

—¿Por qué no? —pregunté yo a mi vez.

Lena se levantó de la cama, con sus gráciles movimientos de dieciochoañera y pegó un estufido como si fuera un gato cabreado.

—¡Porque no! —espetó al coger las bailarinas, y las dejó en su sitio—. Tienes unas sandalias preciosas.

—Y unos pies doloridos —le recordé desde la silla en la que acababa de sentarme.

Me ignoró por completo. Sacó un par de sandalias de tiras azules, cuyos tacones llegaban hasta Roma. Después se adueñó de un vestido color marfil, que me ondeaba por encima de las rodillas. Lo dejó sobre la cama y me guiñó un ojo.

—Ahí lo tienes.

—¿No te parece demasiado?

No se molestó en contestarme, nunca lo hacía cuando estaba totalmente convencida de que tenía razón. Se limitaba a poner los ojos en blanco.

—¿Estás nerviosa?

Tomó asiento en la cama y estiró las piernas para colocarlas sobre las mías.

—Te mentiría si dijera que no.

Mi contestación la divirtió.

—No sé por qué —apuntó contrariada—. Llevas cuatro años conviviendo con dos hombres, no creo que te encuentres nada peor de lo que hayas podido presenciar aquí —dijo abarcando la habitación con las manos.

—*Touché.*

Tenía razón, era algo en lo que no podía llevarle la contraria. Me recordaba tanto a mi madre, no solo por el pelo rubio y la mirada clara, sino también por su forma de hablar y pensar. Era una digna sucesora.

Aparté sus piernas y me levanté de la silla para quitarme la blusa blanca y los pantalones negros del uniforme de L' Art. Saqué una toalla del armario y un conjunto de lencería blanco.

—¿Te paseas habitualmente así por la casa? —me preguntó señalando mi semidesnudez y el conjunto de encaje rojo.

—¡Voy a ducharme!

Salí de la habitación sabiendo que solo estábamos ella y yo en el piso. Cuando me metí debajo del agua tibia, que me quitó el calor del día de encima, me sentí mejor, con más confianza y menos nervios. Lena tenía razón: ¿a qué tenía miedo? Me lavé el pelo rápido y el olor del champú de almendras me embriagó al instante.

Salí envuelta en la toalla y me quedé frente al espejo. Limpié el vaho y vi en el reflejo a una Dany decidida a tomar las riendas de su vida. Hacía tiempo que no la veía, así que sonreí y me quité un sombrero imaginario ante ella. Me sequé el pelo con la toalla, me puse el conjunto nuevo y lancé el otro al cesto de la ropa sucia. Después volví junto a Lena, que estaba apoyada sobre un codo y ojeaba el libro de Picasso que había dejado en la mesita la noche anterior. Elevó sus ojos verdes hacia mí y me reconocí en el gesto disgustado de su cara.

—¿Qué? —pregunté.

—Tendremos que hacer algo con ese pelo —

colocó su mano derecha como si fuera una pistola y fingió que me disparaba.

—Tengo un pelo precioso y lo sabes —murmuré.

—¡Eso es! —se incorporó de un salto y se quedó de pie frente a mí—. Este no es tu pelo.

Se fue corriendo al cuarto de baño y volvió con el secador, un cepillo y un bote de laca.

—¡No vayas a convertirme en Olivia Newton John!

Puso las manos sobre mis hombros y me empujó. Dejé que mi cuerpo se asentara en la silla, aunque algo más erguido que de costumbre.

—¡No vayas a volverme loca! —me contestó Lena.

Mi sonrisa se amplió y me dejé hacer. Sabía que si había una persona en el mundo que pudiera sacar a relucir todas mis virtudes, esa, sin duda, era mi hermana. No sé cómo lo hacía, pero siempre lograba que la Danielle del chándal desapareciera por completo.

Acabó con mi pelo antes de lo que esperaba. Se ofreció a maquillarme cuando me hube puesto el vestido y las sandalias, pero prefería hacerlo yo. Era

muy escrupulosa, me gustaba ir lo menos llamativa posible: un poco de colorete, máscara de pestañas y brillo de labios. Le gustó el resultado final, por lo que no tuvimos una trifulca.

El turno de Eric en el hospital acabaría tarde aquel día, pero Ricardo llegó temprano. Nada más verme, sentada en el sofá, poco después de que mi hermana volviera al trabajo en la cafetería, adoptó su postura habitual —cuerpo recto y brazos en jarras— y me echó una larga y provocativa mirada que yo ignoré.

—¿Todo esto por Héctor?

«¿Está molesto?».

—No fui yo la que tuvo la brillante idea —le recordé mientras me concentraba en el concurso de cocina que estaban echando en la caja tonta.

—Deja que te vea bien.

Se acercó al sofá y me tendió una mano. Me puse de pie y casi me obligó a dar una vuelta. Le complací de mala gana.

—¿Qué te parece hoy mi curvilínea figura? —le pregunté al tiempo que mis manos recorrían mi cintura

y mis caderas, ajustando así la tela del vestido, que se ceñía a la altura de las costillas y luego caía en suaves ondas, alrededor de mi silueta.

—Exquisita —pronunció con un gemido final muy apetecible.

Le di un puñetazo en los abdominales y nos sentamos en el sofá.

—Hueles muy bien —dijo cuando me pasó un brazo alrededor de los hombros.

—Huelo a ti —abrió un poco los ojos. El coqueteo incesante que nos traíamos entre manos desde que éramos adolescentes nunca había ido más allá de eso, pero nos divertíamos con él. Un tonto peligroso—. Usamos el mismo gel —le recordé ante su expresión ojiplática.

A las diez y media llegaba Héctor. Faltaban veinte minutos y mis dedos habían comenzado a tamborilear sobre mis rodillas desnudas. Sonó el teléfono y mi cuerpo reaccionó asustadizo. Ricardo rio y después descolgó el fijo de casa. ¿Tantas ganas tenía de salir con alguien que ni siquiera me había dado cuenta? Eso era algo que me preocupaba en parte. ¿No me dedicaba tiempo a mí misma?

—Es Eric —anunció Ricardo.

Me pasó el teléfono.

—¿Qué pasa? —pregunté preocupada.

Oí su voz divertida al otro lado.

—Como no puedo verte antes del gran momento, quería desearte suerte.

—La necesitaré, si quiero sobrevivir a esta noche con los zapatos que llevo —dije restándole importancia al asunto.

—Recuerda —empezó a decir—, lo único que tienes que hacer es pasártelo bien —solo escuché silencio al otro lado, de repente volvió a hablar—. Y tener cuidado.

Ricardo lo oyó.

—¡No seas muermo, déjala en paz! —gritó en mi oído.

Le aparté de un empujón porque no me dejaba espacio para respirar.

—Tranquilo, lo haré —le dije contestando de esta manera a ambas cosas.

—Tengo que atender a un paciente —me anunció antes de colgar.

Dejé el teléfono en su sitio. El flash del móvil de

Ricardo me cegó.

—¿Qué demonios haces?

No me contestó, sus dedos tecleaban algún mensaje en la pantalla táctil del teléfono. Al cabo de un minuto me enseñó el mensaje y la fotografía: «No creo que vuelva a casa hasta el amanecer», le había escrito a Eric. Hice caso omiso, tenía ganas de irme, por un lado para que todo acabara pronto y, por otro, porque seguía sorprendiéndome el interés de Héctor y quería saber a qué se debía.

Escuché el timbre como un quejido ronco. Ricardo se acercó y habló por el telefonillo.

—Ahora baja.

Me puse en pie como una flecha que va directa a la diana, cogí el pequeño bolso azul eléctrico, me peiné el pelo con los dedos y me dirigí a la puerta. Ricardo me detuvo, puso sus manos sobre mis hombros y agachó un poco la mirada.

—La regla es fácil: diviértete.

Me aparté sonriendo y abrí la puerta.

—Lo sé, lo sé —repetí, dado que estaba harta de escuchar lo mismo una y otra vez.

—Pero haz caso a Eric —me aconsejó cuando la

puerta del ascensor se abrió y fui a entrar.

—Sabes que siempre le hago caso a Eric.

Oí cómo cerraba la puerta riéndose. Me contemplé en el espejo y me gustó lo que vi. Tal vez, si Héctor era un artista, podría inspirarse en mí aquella noche. De repente volví a ser la Danielle de antes de Felipe, la misma del espejo. La de siempre.

Capítulo 3

Lo encontré de pie, apoyado en el capó de su coche. Llevaba puesto un traje sin corbata, lo que no me sorprendió, ya que era así como solía vestir. La política de empresa le obligaba, pero comprobé que también le gustaba. Ese le quedaba especialmente bien.

Sonreí al abrir la puerta y él se esforzó en corregir su desgarbada postura. Mi sonrisa se manifestó un poco más. Un hombre que se esfuerza, merece una oportunidad. Se apartó del coche y me dio un beso en la mejilla, ni torpe ni avergonzado. Héctor no estaba nervioso en absoluto, y si, por algún casual lo estaba, era un actor formidable. Me abrió la puerta del copiloto de su Seat azul marino.

—Por favor.

Me senté con cuidado, no quería quitarle el

protagonismo a Paris Hilton: nadie me vería la ropa interior esa noche. Cuando cerró la puerta, y convencida, como estaba, de que Ricardo se encontraba mirando por el balcón, bajé la ventanilla del coche y eché una mirada al edificio. Ahí estaba, apoyado en la barandilla, sin importarle que Héctor pudiera verle. Era su jefe, y eso a Ricardo le daba una confianza que me ponía nerviosa. Aparté los ojos de la terraza y me lo imaginé riendo, así que se me escapó una risita cómplice del espionaje.

—¿Qué te divierte tanto? —me preguntó Héctor al arrancar el motor del coche.

La radio se encendió automáticamente.

—Un pensamiento fugaz —contesté.

—¿Algo digno de compartir conmigo? —inquirió.

—¡Muy digno! —contesté riéndome. ¿Decírselo o no? Decidí ponerle a prueba—. Tu jefe nos estaba —me llevé un dedo al ojo— vigilando —bajé la voz como si alguien pudiera escucharnos.

Me puse el cinturón de seguridad.

—No se lo tengas en cuenta —dijo sin alterarse—.

Es *voyeur*.

Su comentario me causó tal sorpresa que no pude

parar de reír hasta que el semáforo se puso en verde.

—Es una afición extraña.

—No es una afición —dijo muy serio de repente—.

Es su trabajo.

Volví a reírme.

—¿Te esclaviza mucho?

—Sí, pero no te preocupes —me contestó mientras giraba hacia la derecha. Aún no le había preguntado adónde íbamos, pero me sentía tan cómoda que no me importaba—, esta noche he dejado los grilletes en casa.

—Yo me he traído los míos.

Levanté un poco la pierna para enseñarle los peligrosos tacones. El vestido se deslizó por mi pierna y mostró más piel de la permitida. Sonrió, pero no se recreó en mi cuerpo, teníamos una hilera de seis coches delante y permanecía atento al tráfico. De repente me olvidé de que era el chico que imprimía fotografías en mi casa los sábados por la mañana.

—No le hagas caso —le aconsejé mientras disfrutaba de la brisa que entraba por las ventanillas abiertas—, lo hace con todos. Es perfeccionista y se entrega al máximo en su trabajo, no es algo personal.

Se giró para mirarme con una gran sonrisa mientras volvíamos a estar parados en otro semáforo.

—¡Gracias a Dios! —dejó escapar un suspiro—. Esta mañana, cuando me ha tirado por el suelo todo el trabajo de las dos últimas semanas, creía que era algo personal, pero me consuela saber que simplemente era mi incompetencia.

Tal vez no hubiera tenido que reírme, puede que lo mejor hubiera sido halagar alguna de sus virtudes, pero simplemente no quise hacerlo. Me limité a decir:

—Aprenderás mucho a su lado.

Sonó peor de lo que esperaba. Héctor levantó un poco las cejas, inquisitivo, pero obvié su expresión, subí un poco el volumen de la radio, en la que acababan de poner una canción de Mecano, y me perdí en las calles, en el anochecer que caía desde el cielo envolviendo los edificios y a los viandantes.

Cuando Héctor aparcó el coche, de repente, el silencio me devolvió a la realidad. Me quité el cinturón y no esperé a que me abriera la puerta esta vez. Presionó el botón de cierre cuando estuvo junto a mí.

—¡Y dime! —llamé su atención—. ¿Dónde estamos?

Colocó su brazo para que yo me agarrara a él. Dudé un momento, pero me señaló los zapatos y el suelo hecho a base de pequeñas piedrecitas. Deslicé mi brazo por encima del suyo y echamos a andar.

—Verás, me han dicho que te gusta mucho bailar, así que vamos a hacerlo.

¿Íbamos a bailar? ¿Sin más? Mi estómago rugía de hambre, había esperado todo el día a la noche. No dije nada, simplemente sonreí mientras pensaba que hasta la pechuga de pollo me hubiera resultado deliciosa.

—¿Eres un buen bailarín?

—Creo que lo soy —contestó, después me miró como no lo había hecho al verme salir del edificio—. Y pienso, además, que esta noche, con mi hermosa acompañante, seré la envidia de todos.

Me gustó que me hiciera un cumplido, cosa que no había hecho hasta el momento, por lo menos la elección de mi hermana surtía efecto.

Seguimos andando, acercándonos ya a la música. Se escuchaba la voz de Gloria Estefan desde la puerta. Héctor la abrió y me dejó pasar, muy caballeroso, y nos sumergimos en un amplio salón de baile, donde la gente contoneaba sus cuerpos y reía sin pensar en

ninguno de sus problemas. Me provocó una sensación tan agradable aquel ambiente que mi cuerpo reaccionó enseguida.

Comencé a balancear un poco las caderas y también las manos. Agradecía haber dejado el bolso en la guantera del coche. Podría moverme con facilidad y no estar pendiente de él. La música era elevada, así que, pletórica como estaba, y agradecida a Ricardo por haberme obligado a estar donde me encontraba, me acerqué al oído de Héctor y le dije: «Veamos qué sabes hacer». Se estremeció un poco por el roce de mis labios en su oreja, pero inmediatamente me tendió las manos y me llevó tras de sí al centro de la pista.

¡Era un gran bailarín! Lo supe de inmediato. Sus movimientos eran sutiles y casi perfectos. Me llevaba de un lado a otro como si formara parte indivisible de su cuerpo. Con Felipe nunca había bailado como lo hice con Héctor aquella noche. Simplemente porque ni siquiera había podido convencerle, en dos años de relación, de que bailara conmigo. Lo borré de mi cabeza y seguí dejándome llevar por mi cita, que no tenía ningún reparo en hacerme girar, aferrarme por la cintura o pegar su cuerpo al mío. En poco tiempo nos

habíamos convertido en los protagonistas. A la cuarta canción, sin embargo, la sed me obligó a parar.

Nos hicimos hueco entre la gente que estaba sentada en la barra. Héctor encontró una butaca en la que me senté para darles un respiro a mis pies, y me invitó a un cóctel de zumo de frutas y vodka. Él pidió un refresco, porque tenía que conducir a la vuelta. Le di un trago a la bebida, que era refrescante, aunque un poco más fuerte de lo que esperaba. A pesar de que disimulé todo lo bien que pude el hecho de que el cóctel me quemaba la garganta, Héctor se dio cuenta y, antes de que yo pudiera decir nada, pidió otro refresco. Me bebí la mitad de un trago, ante su perpetua sonrisa.

—¡Es lo mejor que he hecho en mucho tiempo! — le confesé.

—No me lo creo —contestó con los ojos muy abiertos.

—¡Créeme! Ojalá pudiera decir que estoy bromeando.

Elevé un poco la voz por encima de la música, aunque en esa parte del local no hacía mucha falta, ya que podíamos conversar casi en un tono normal.

—¿Deberías mandar a la mierda a tu jefe y dar clases de baile! —sugerí sin dejar de sonreír. Me sorprendía a mí misma por estar pasándomelo tan bien con el chico con el que había intercambiando escasas frases en ocasiones anteriores.

—¿Tú crees? —preguntó divertido—. Creo que ese hombre puede quitarme el puesto.

Me señaló por encima del hombro a un anciano de unos setenta años que se movía como un adolescente de dieciséis.

—Lo siento, Héctor. No tienes nada que hacer contra eso —expuse cuando volví a encontrarme con sus ojos apagados en la oscuridad del local.

Fingió decepción.

—El lunes tendré que seguir besando el suelo por donde pisa Ricardo, pues.

—Si besas tan bien como bailas, no creo que tengas problema.

No me di cuenta de que estaba flirteando hasta que ya lo había hecho. Era la cita más normal que había tenido en años: estaba disfrutando de la noche, tenía un acompañante con sentido del humor y, aunque en un principio no me había atraído en absoluto, a medida que

pasaba la velada, pensé en la posibilidad de una segunda cita. ¿Estaría pensando él en lo mismo?

Al ver su pícaro sonrisa ante mi comentario, averigüé la respuesta.

—Tu trabajo me da cierta envidia —me explicó.

—¿De verdad? ¿Por qué? —pregunté extrañada.

—Estás todo el día rodeada de cosas bellas, y no encerrada en una oficina en la que lo único que abunda es el café y las pantallas de ordenador —dio un último trago a su refresco y lo dejó en la barra—. A lo mejor me paso a hacerte una visita.

—Cuando quieras.

Nada más decirlo me di cuenta de que lo decía en serio.

Volvió a sacarme a bailar: bachata, salsa, merengue, vals, cumbia... Bailamos tanto que al final de la noche lo único de lo que estaba completamente segura era de que, uno, tenía hambre; y, dos, me había divertido como nunca antes.

Al salir del local, cansada, acalorada y feliz, dije:

—Me sorprendió bastante esta cita —mi mente habló por mí.

—No entiendo por qué, la verdad.

Pude ver que sus ojos eran sinceros.

—No lo sé, simplemente no era algo que entrara en mis planes. Algo inesperado.

Sus ojos se entrecerraron un poco justo antes de que llegáramos junto a su coche.

—Inesperado es que te toque la lotería, pero que un hombre le pida una cita a una chica como tú me parece, cuanto menos, normal.

Anduvimos los pocos pasos que nos separaban de su coche y me acorraló contra la puerta. No me apoyé, sin embargo, no quería manchar el vestido. Se inclinó para envolver mi boca con la suya. Besaba bien, no tanto como bailaba, pero fue un beso cálido. Tembló un poco, así que degusté los nervios que no había podido entrever antes. Sin embargo, fue extraño, como aquella vez, cuando a los quince años, Eric se empeñó en que debía ser el dueño de mi primer beso. Cuando al fin se apartó, no contuvo la risa. Se llevó las manos a la cara y dio una vuelta sobre sí mismo.

—¡Dios!

Su actitud hizo que me preguntara inmediatamente si se estaba burlando de mí. Hacía tiempo que no besaba a nadie, tal vez ya no recordaba cómo se hacía.

Se detuvo y me miró con cara de culpabilidad, aunque sonriendo.

—Dime por favor que no has sentido nada.

Respiré aliviada.

—¿Cómo? —pregunté igualmente.

—¡Eres preciosa! —me dijo como si nadie lo hubiera hecho antes—. ¡Y me lo estaba pasando genial!

—Y yo —contesté aún turbada.

—Pero... —se volvió a llevar las manos a la cara.

—No hay química —completé yo.

Nos quedamos en silencio. ¿Por qué?, pensé mientras nos mirábamos, divertidos y disgustados. ¡Era un chico genial! A lo mejor, si nos esforzábamos... Supe de inmediato, cuando este pensamiento me vino a la mente, que se me había apagado la sonrisa. Ya me había esforzado mucho por otras razones. No quería esforzarme más, por una vez, aunque solo fuera una vez en mi vida, quería que las cosas fuesen fáciles, que fluyeran de forma natural. No estaba dispuesta a fingir, aunque tampoco quería renunciar a aquella noche que me había devuelto el entusiasmo por el baile, que había guardado bajo llave en algún cajón mohoso.

Pero Héctor era diferente, y supo llevar la embarazosa situación a un terreno en el que volvimos a conversar como hasta el momento. Convirtió el disgusto inicial en algo agradable.

—¿Puedo pasarme igualmente por L' Art? —puso cara de pena.

Le sonreí agradecida por su naturalidad. Asentí mientras me abría la puerta del coche.

La vuelta a casa, pese a que podía haber sido incómoda, resultó más divertida que toda la velada. Nos dedicamos a hacer comparaciones absurdas sobre el beso que nos acabábamos de dar con las cosas más insólitas del universo.

—Ese beso ha sido como cuando te prometan un cachorro por Navidad y te traen una rana azul.

—¡No! Ha sido como cuando crees que vas a cenar pizza y encuentras un plato de espinacas.

Entre bromas y risas llegamos a casa en menos de lo que canta un gallo. Me bajé del coche, y aunque se ofreció a acompañarme hasta el portal, le dije que no hacía falta. Aun así, esperó hasta que entré en el edificio. Cogí el ascensor, y, ya sola, comencé a reírme. A pesar del fracaso último, me lo había pasado

realmente bien, y eso hacía que sintiera que había valido la pena el dolor de pies.

Eran las dos de la madrugada, me quité las sandalias antes de entrar, para no hacer ruido. Las luces estaban apagadas, así que o mis hombres habían salido o estaban durmiendo desde hacía ya rato. Fui a la cocina, me bebí un vaso de agua y después me comí un sándwich de jamón york que alguien había dejado en un plato. Fui al aseo, me desmaquillé, después me deshice del vestido, me cepillé los dientes y me fui a mi habitación descalza y en ropa interior. Abrí la puerta, lo dejé todo sobre la silla de la entrada, cerré la puerta detrás de mí y encendí la luz.

Grité dando un salto al ver a los dos hombres que estaban tumbados en mi cama.

—¿Así vuelves a casa? —me preguntó Ricardo aludiendo a mis transparencias. Se quitó las gafas.

Cogí una de las anchas camisetas que había dejado en la silla y me la puse rápidamente.

—Pero, ¿qué hacéis aquí? Casi me matáis del susto.

—Te estábamos esperando —explicó Eric.

—¿A oscuras? —pregunté con las cejas elevadas.

—La acabamos de apagar —dijo Ricardo mientras señalaba los libros que los dos habían estado leyendo.

—¿Cómo ha ido todo? —me preguntó Eric cuando me tumbé entre los dos.

—¡Me lo he pasado muy bien! —dije olvidándome de lo sucedido—. Ha sido muy... —miré a Ricardo— divertido.

Me guiñó un ojo automáticamente.

—¿Ha habido roce? —me preguntó.

—Lo ha habido —confesé.

Eric se incorporó un poco, claramente interesado. Ricardo volvió a ponerse las gafas.

—Pero ese aspecto ha sido un completo desastre.

—Cita fallida, entonces —terció Ricardo.

«¿Está contento?».

—¿Fallida por qué? —me atreví a preguntar.

—No le hagas caso, Dany —intervino Eric—. Si te lo has pasado bien, es lo único que importa.

—Tendremos que organizar otra —caviló Ricardo.

Yo sonreí pensando que me estaba tomando el pelo, pero había algo en sus ojos que hacía que se me tensara el estómago. Esperaba que no tuviera en mente otra encerrona como aquella, aunque, si

resultaba ser la mitad de divertida, tal vez...

—No estaría mal —completé mis pensamientos en voz alta.

Eric me contempló sorprendido por lo que acababa de decir, al igual que Ricardo.

—Deberías cuidar a tu becario —le recomendé, para no pensar en qué podría estar pasándosele por la mente—. Es un buen chico.

—Lo sé —sonrió con cierto orgullo—. Pero mi deber es enseñarle. Puede que no apruebes mi método, pero al final, estará agradecido.

Estiré la sábana para cubrirme las piernas y para darles a entender que estaba cansada y que quería dormir. No cogieron, sin embargo, la indirecta que mi bostezo quiso mandarles. Les observé durante un par de segundos y supe, al momento, que no se irían hasta que les contara con detalle toda la cita.

Capítulo 4

Después del fin de semana, que había pasado sin pena ni gloria, aunque con incesantes comentarios jocosos de Ricardo hacia mi persona y hacia la cita, el lunes volvía a estar de los nervios. Sobre las seis, en mi descanso de la tarde, Eric se dejó caer por L' Art. Me llevó a merendar a la cafetería de mi madre, que estaba a escasas calles de la galería.

Lena no hizo alusión a la cita delante de mi madre, dado que por el momento no le había contado nada, y prefería seguir callándomelo un tiempo más. Mi madre nos llevó hasta una mesa apartada, junto a un gran ventanal. Eric sonreía y asentía a los comentarios de mi hermana, que era la que nos atendía. Cuando al fin estuvimos solos, con la bandeja de dulces ingleses y las tazas de té, dejó salir aquello que se agolpaba en su garganta.

—Hacia tiempo que no te veía tan contenta — confesó.

Sabía que en parte tenía razón, pero tampoco quería revelar la tristeza que me causaba que eso fuera cierto.

—Me sentó bien salir —me limité a decir mientras le daba vueltas al té con la cucharita.

—Desde luego —mordió una de las galletas, la masticó con calma.

Pasaron por nuestro lado dos amigas de mi hermana, que me saludaron a mí mientras miraban a Eric. No me sorprendía en absoluto el efecto que causaba en las mujeres, sin embargo, sí que me causó cierta sorpresa percatarme de que él ya no miraba a ninguna. Tenía que hablar con Laura en cuanto tuviera un momento.

—He pensado mucho en ello —me dijo cuando las chicas pasaron de largo y terminó de comerse la galleta—, y creo que sería interesante que siguieras conociendo gente.

Intuí en sus palabras y en su expresión lo que estaba insinuando.

—¿En serio?

Vi cómo mi hermana se acercaba para ofrecernos algo más, pero le hice una señal con la barbilla para que volviera más tarde. Asintió y se dio media vuelta.

—Emilio hace tiempo que me pregunta por ti, pero he estado dándole largas porque no te veía por la labor de salir con nadie, ni siquiera te lo planteabas, pero he pensado que ahora es un buen momento.

—¿Tu primo Emilio? —pregunté confundida—. ¿El mismo Emilio que me tiró a la piscina de tus padres a los trece años para que se me transparentara el sujetador? —formulé.

Ya no se lo tenía en cuenta, habían pasado casi once años desde aquel día, pero todavía me ruborizaba al pensar que había salido de la piscina de Eric con mi primer sujetador, color salmón, dejándose entrever a través de la camiseta blanca, que no dejaba nada a la imaginación. Todos los niños mirándome y riendo era otro de los factores que me impulsaban a desechar una cita con el encantador y pecoso Emilio, ahora dueño de una pequeña tienda de informática y de una plaza de aparcamiento en la zona más transitada de la ciudad. La última vez que le había visto, hacía tres años, en el cumpleaños de Eric, había hablado tanto de aquella

plaza que me habían entrado ganas de tirarme a la piscina yo misma con tal de no oírle ni un segundo más.

—Sé que no lo parece —contestó Eric riendo—, pero ha madurado. De hecho, me atrevería a decir que siempre le has hecho cierta gracia.

—Entonces ya tenemos algo en común —me metí una galleta entera en la boca—: él también me hace gracia.

Eric, algo más relajado al ver que mi humor habitual a floraba, se apoyó contra el respaldo de la butaca.

—A ti no te hace gracia —me señaló—, tú te ríes de él. Directamente.

—No tengo muchas opciones, como bien sabes, o me río de él o lo mato.

Era una de las pocas personas que agotaba mi paciencia, una de mis mayores virtudes. Pero una perversa idea se adueñó de mí. No me había vengado en todos esos años por lo ocurrido tiempo atrás, quizá un cita —caótica e inesperada— fuera la mejor manera de cerrar para siempre ese episodio de mi pasado.

—¡Está bien! —contesté con una gran sonrisa.

Eric también sonrió, aunque con las cejas elevadas en una clara reacción de sorpresa.

—No dejas de asombrarme.

—Es una cualidad innata de la que mi familia se siente muy orgullosa —señalé a mi madre, que estaba sirviendo café a una pareja que acababa de entrar en La cafetera—. ¿Y qué tiene pensado? —indagué.

—Lo ignoro —dijo Eric mientras sacaba su móvil del bolsillo de la chaqueta y tecleaba algo—. Le acabo de dar tu número de teléfono. Te llamará.

Mi subconsciente se divertía casi tanto como yo.

—Por si acaso no sale bien —dije sabiendo que no saldría bien—, ve buscándome otra cita —apunté bromeando.

—Ya se encargará Ricardo.

Yo, que estaba bebiendo té justo en el momento en el que lo había dicho, me atraganté. ¿Más citas? Creía que acabaría ahí la cosa, con Emilio. Aunque, analizando las palabras de Eric, había dicho: «He pensado que estaría bien que siguieras conociendo gente». No es que estuviera conociendo, no al menos por primera vez, pero sí estaba viendo facetas diferentes. ¿Pasaría lo mismo con Emilio?

—¿Me estáis anunciando en algún portal de Internet? —pregunté un poco divertida, pero también algo temerosa.

—Eso no es necesario —guardó su teléfono tras leer un mensaje—. Hay muchos hombres que se fijan en ti, pero tú solo has estado fijándote en... —se calló de inmediato. No sabía que ya no me dolía escuchar su nombre—. Lo siento.

No quería pensar en él, así que no lo hice. Cogí otra galleta, me puse en pie decidida y de buen humor, le di un beso a Eric en su pelo alborotado y le dije que tenía que volver a la galería. Esperaba que no pensara que su comentario había sido el detonante de mi huida. Realmente mi descanso acababa de terminar. Hice lo propio con mi madre y mi hermana y les prometí a ambas que no iba a faltar a la comida familiar del siguiente domingo, lo que les alegró.

En el preciso momento en el que se cerraba detrás de mí la puerta de La Cafetera y oía el tintineo de la campanilla, mi teléfono comenzó a vibrar. Lo saqué del bolsillo del pantalón y contemplé la pantalla. Parpadeaba un número desconocido, así que supuse que no podía ser otro que Emilio el que esperaba

impaciente al otro lado del auricular. Esperé dos tonos más y al final contesté.

—¿Sí? —una contestación muy femenina, lo suficiente como para que no se replanteara la cita.

—¿Danielle? —escuché su voz, algo pastosa, alterada.

—¿Quién es? —pregunté, pese a ser conocedora de quién era el dueño de esa voz que tanto me irritaba.

—Soy Emilio —contestó desconcertado, como si hubiera esperado otra reacción—. El primo de Eric —dijo al ver que no añadía nada.

Perfecto, lo tenía justo donde quería.

—Emilio, por supuesto —mi garganta emitió una risa desenfadada— ¿Cómo estás?

—Muy bien, ¿qué tal en la galería?

Me tomé un momento.

—Ahí me dirigía ahora mismo. Encantada, como siempre —no hice mención alguna a lo que Eric me había dicho. Quería que pasara por el trago de pedírmelo.

—Me alegro —sonó seco—. Oye —un poco más animado—, ¿te apetece que hagamos algo mañana por la noche?

Era mi turno, ahora comprobaría hasta qué punto estaba interesado.

—Claro, aunque mañana por la noche no puedo —era una vil mentira—, tendría que ser esta noche.

Me arrepentí casi al instante. Si quería trazar un buen plan, no podría hacerlo en cuestión de cuatro horas, pero lo hecho, hecho estaba.

—Por supuesto, esta noche —dilucidé la desesperación y eso me gustó. Asomó en mi rostro una sonrisa torcida que mi jefe vio a través de la cristalera.

Abrí la puerta de la galería. Marcos no me quitaba ojo, supongo que mi actitud chulesca, algo a lo que no estaba acostumbrado, le desconcertaba.

—Mándame un mensaje con la dirección y la hora. Tengo que colgar.

Colgué sin pensármelo dos veces. Nunca había sido cruel con ningún hombre, y tampoco rencorosa, pero Emilio me disgustaba tanto como el tofu.

Me acerqué a Marcos, que estaba detrás del mostrador.

—Te veo contenta —dijo sin mirarme, mientras garabateaba unos números en una agenda.

—Lo estoy —aseguré con bastante entusiasmo.

—Me alegra que traigas nuevos visitantes a L' Art.

No entendí a qué se refería, así que seguí la dirección de sus ojos. Frente a un cuadro, en una esquina de la sala principal, de espaldas, un chico alto, un tanto desgarbado, contemplaba la obra con tranquilidad, camuflado entre el resto de la gente.

—Héctor.

—Ha preguntado por ti —me informó mi jefe.

—Es un amigo —contesté, como si tuviera que hacerlo, aunque no tenía ninguna obligación. Marcos me intimidaba tanto que a veces resolvía que era mejor decirlo todo para no arriesgarme a una amonestación.

Me di cuenta de que mi jefe sonreía, pero le ignoré y me dirigí hacia Héctor. Cuando estuve detrás de él, un poco inclinada, pregunté:

—¿Le puedo ayudar en algo?

Se giró con una gran sonrisa. ¿Nunca dejaba de sonreír? Me fijé, además, en que no llevaba el habitual traje, sino que vestía unos vaqueros largos claros y una camiseta negra que resaltaba el color de sus ojos. Parecía mucho más joven, en realidad, no sabía cuántos años tenía. Aunque, bien pensado, ¿sabía, en

realidad, algo de él?

—Pues verá, señorita, me preguntaba qué significado tienen estas líneas verdes que se entrecruzan entre los ojos de los protagonistas del cuadro —apuntó siguiéndome la corriente.

—Simbolizan la atracción existente entre el hombre y la mujer. Los cuerpos no se rozan, porque se trata de una unión espiritual, a través del alma —expliqué embelesada por la belleza de aquella pintura, sin darme cuenta de que, por un momento, había abandonado mi papel.

Héctor me miró con un destello en los ojos que comprendí como fascinación.

—Por favor, no me digas que soy extravagante —dije recordando las palabras de Felipe.

Héctor se quedó contemplándome, sin entender a qué me refería, así que eché a andar y le guíé por la sala, hacia el resto de las obras expuestas. Por las tardes era cuando más visitas guiadas teníamos, a causa de que la mayoría de la gente trabajaba por la mañana, exceptuando a los niños y jóvenes que venían como parte de las actividades extraescolares. Le incorporé a uno de los grupos de los que tenía que

encargarme aquel día y me siguió por todas las salas, atento, considerado y devolviéndome las sonrisas. Formuló, además, varias preguntas acerca de las piezas que más llamaron su atención, y contestó a otras tantas que yo lanzaba al vuelo por si alguien quería reflexionar.

Al concluir la visita, también se acababa mi turno de aquel día. Eran las ocho de la tarde y al fin podía irme a casa. Héctor se ofreció a acompañarme, y acepté. Me apetecía un poco de conversación desenfadada.

Me despedí de Marcos, que me lanzó una mirada pícara. Negué con la cabeza, sonriendo, y le dejé, junto a la secretaria, riéndose ante mi reacción.

—Se nota que te apasiona lo que haces —me dijo Héctor nada más salir a la calle.

—Muchísimo, aunque algunas personas puedan pensar que es enfermizo —expuse al tiempo que recorriamos la calle principal hacia la plaza.

—Si alguien piensa eso —miró al cielo —es porque nunca ha hecho lo que realmente le gusta hacer —esta vez me miró a mí—. Son unos amargados.

—Coincido —contesté riendo.

—¿Pintas? —me preguntó claramente interesado.

—Esculpo —dije algo avergonzada—. Pero no son buenas —maticé refiriéndome a las esculturas de mármol, cartón y hierro que se escondían en la parte trasera del taller de mi hermano.

—Eso no lo puedes saber.

No quería entrar a debatir sobre si algo que él no había visto era bueno o malo, así que me limité a cambiar de tema, cosa que, cuando me lo proponía, se me daba muy bien.

—Me extraña que no estés trabajando.

—Mi autoritario jefe ha tenido la amabilidad de darme la tarde libre —me informó—, y como he pensado que, tal vez, tú podías ser la responsable de eso, he considerado oportuno hacerte una visita.

—No quiero echarme flores, pero sí, a lo mejor insinué que debía cuidarte un poco más —le di un pequeño empujón, que me devolvió.

Cuando quise darme cuenta, ya estaba en casa. Héctor se despidió con un fugaz abrazo, pero no se fue sin antes prometerle que le mostraría mis esculturas algún día. Se lo prometí entre dientes, pero rogué que se olvidara de eso antes que del bochornoso beso del

viernes por la noche.

No había nadie en casa, lo que me tranquilizó. No quería más consejos para la cita de aquella noche. Me duché y rechacé ponerme un vestido. No esa noche. Sabía cuáles eran los gustos de Emilio, porque era tan bocazas que lo gritaba a los cuatro vientos. Cogí unos vaqueros cortos, ajustados —tenía un fetiche extraño por las piernas—, una sandalias planas —un poco de complejo de bajito— y una camiseta de tirantes con escote de barco. Me revoloteé el pelo, cogí un bolso bandolera y volví a abrir el mensaje que me había enviado mientras estaba en la galería. Habíamos quedado en media hora en el puerto. Íbamos a cenar, así que esa noche no tenía, por lo menos, que sufrir por esa cuestión.

Teclé un mensaje que dejé en el chat de grupo que compartíamos Eric, Ricardo y yo: «¡No me esperéis despiertos! Y si lo hacéis, hacedlo en vuestras respectivas camas». Y me fui con alegría manifiesta.

Capítulo 5

Quince minutos después de haberme encontrado con Emilio, estaba a punto de perder la calma, pero disimulé tan bien el hastío que me provocaba su personalidad, que hasta él parecía confundido con mi nueva actitud. Me llevó a una caravana de comida americana, que tenía a su alrededor unas pequeñas mesas de plástico redondas. No era la primera vez que comía en ese sitio, había ido otras veces en compañía de mi hermano y su esposa neoyorquina. Aunque no quisiera admitirlo, porque hacerlo suponía aceptar que Emilio había hecho algo bien, lo cierto es que en F&D hacían las mejores hamburguesas y perritos calientes de toda la ciudad.

Pedimos dos perritos calientes, con mostaza, kétchup y verdura fresca y dos cervezas.

—Te ha sentado bien la ruptura —dijo en cuanto

nos sentamos a la mesa.

Me pareció inapropiado, pero obvié que era un capullo integral.

—La verdad es que sí —sonreí—. He experimentado un cambio positivo. Tú, sin embargo, cuando lo dejaste con Lola, parecías un alma en pena. ¿Cómo estás, por cierto?

Me relamí de placer por dentro. Él parecía perplejo, porque mi expresión y el tono en el que lo había dicho no expresaban lo que insinuaban mis palabras.

—¡Vuelta de hoja! —dijo entusiasmado—. Vamos, nena, mírame. Soy un hombre atractivo al que nunca le han faltado las chicas —me di cuenta de que dijo esto último como si me estuviera haciendo un favor.

No me gustó que me llamara «nena». Si he de ser sincera, habría querido, por un momento, ser la Dany mezquina que él recordaba, pero me satisfacía más enmascararla bajo los incesantes parpadeos de mis pestañas.

—¡Eso es verdad! —convine en darle la razón—. Siempre has tenido éxito: primero con las mujeres, después con la tienda, incluso has podido comprar una plaza de aparcamiento.

Tuve que morderme la lengua para no reírme, pero sabía que le encantaba sacar a relucir el tema.

—En serio —hablaba con la boca llena—, si alguna vez tienes la oportunidad, compra o alquila una. El otro día un conocido se quejaba en la tienda de que siempre que va a cenar con su mujer no tienen dónde aparcar —yo asentía como si me estuviera hablando de la Constitución de Cádiz de 1812—, le dije que tenía que comprar una. Es una buena inversión.

Me comí un par de patatas mientras él seguía reflejando el disgusto de toda la población que no tenía dónde aparcar y se regodeaba en el esfuerzo que le había supuesto adquirir la maravillosa plaza. Entonces, consideré que era un buen momento para provocar otro tipo de conversación, lo que nunca me habría imaginado era en qué desembocaría. Me incliné un poco hacia delante, y con una sonrisa encantadora, un poco provocadora, mostrando el escote más de lo que debería, reconduje la velada.

—Hacía demasiado tiempo que no nos veíamos.

Me fijé en su barba de *hipster*, el tupé, los tatuajes que asomaban por sus brazos morenos y las pecas de su cara. Era su aspecto, incluso le habría podido ver

cierto atractivo de no ser por ser quien era.

—Me he acordado mucho de ti —abogó por decir mientras se pasaba la mano por la barbilla.

Le había visto hacer eso mismo con otras chicas. Estaba nervioso y eso, lejos de echarme para atrás en mi propósito, me incitaba más a devolverle lo prometido. Le di un trago a la cerveza y volví a dejar la botella de cristal sobre la mesa.

—Yo también —pronuncié en un tono bajo, como si estuviera confesándole un secreto. Se movió un poco en la silla—. ¡El otro día me acordé de algo! —elevé bastante la voz, sacándole así de la tranquilidad repentina.

—¿De qué? —preguntó dubitativo.

—¡De cuando vomitaste sobre la tarta de tu madre! —grité, llamando la atención de un grupo de chicas que había a nuestro lado.

Las mismas chicas a las que Emilio llevaba mirando desde que habíamos llegado a F&D. Él se movió hacia un lado, dejando el peso de su cuerpo en el apoyabrazos, incómodo. Sonrió, fingiendo.

—Creo que te equivocas de hombre —echó una mirada rápida a las muchachas, que no me pasó

desapercibida.

—¡No, no! —dije yo como si fuera lo más importante que tenía que recordar aquella noche el primo de mi amigo—. ¿No te acuerdas? Era el cumpleaños de tu madre y te habías ido por ahí con tus amigos la noche anterior. Mientras le cantabais el cumpleaños feliz... —representé la escena y comencé a reírme—. Sí, eso fue muy divertido —concluí sin saber si lo fue, dado que no había estado ahí para verlo.

Las chicas rieron mientras recogían sus cosas porque ya habían acabado de cenar. Y pensé que, aunque no era algo de lo que tuviera que sentirme orgullosa, Emilio estaba siendo víctima del mismo bochorno que yo había sentido en otra época. O por lo menos eso reflejaban sus ojos entrecerrados y sus mejillas sonrosadas. Cuando se fueron las chicas me relajé.

—¿Cómo va la tienda? ¿Funciona bien?

—Sí —recuperó seguridad—. Da muchos beneficios.

Le di un mordisco a mi perrito caliente.

—¿Por qué una tienda de informática? —pregunté,

porque siempre había sido algo que había llamado mi atención. Emilio había estudiado marketing.

Pareció disgustado con mi pregunta.

—Simplemente porque podía funcionar —bebió varios tragos de cerveza—. ¿Nunca has querido hacer nada diferente a lo que haces?

Era una pregunta interesante que nadie me había hecho antes. Como me sentía ligeramente culpable por cómo le había puesto en evidencia, decidí dejar de estar a la defensiva. Por lo menos durante unos minutos.

—Sí, siempre he querido ser artista —confesé.

Emitió un gemido profundo a mi respuesta.

—¿Qué tienes tú en mente? —pregunté.

Me miró atento mientras yo esperaba la respuesta. Iba a darle un bocado a mi perrito cuando pronunció la contestación:

—Actor —esperé un segundo—. Actor porno.

No sabía si sonreír, darle la enhorabuena o reírme como si no hubiera un mañana. Antes de hacer ninguna de las tres cosas, dejé cuidadosamente el perrito caliente en el plato. Mi estómago me había dicho que no quería engullir ni un bocado más.

—No esperaba esa respuesta —dije al ver que analizaba mi cara con detenimiento.

Bebí un poco más de cerveza para ver si de ese modo podía tragarme las carcajadas que amenazaban por desprenderse de mi interior en cualquier momento.

—¿Has probado ya suerte en la industria? —inquirí.

Nada más formular la pregunta, mi subconsciente se rio tan alto que no estuve segura de si, realmente, había sido obra de mi imaginación o me había reído de verdad. Al darse cuenta del interés que manifestaba, decidió liberarse de aquel secreto que parecía llevar consigo desde hacía demasiado tiempo.

—Hice una prueba hace unas semanas.

Carraspeé un poco para aclararme la garganta y disimular la risa.

—¿Y qué tal?

Se puso muy serio, así que creí que había experimentado el fracaso absoluto. Agoté la cerveza, pero antes de tragármela, Emilio logró que la bebida saliera disparada, como si mi boca fuese un aspersor.

—¡Tengo un miembro impresionante! —gritó—. Soy el protagonista de la película.

Le empapé la camiseta y salpiqué un poco su barba. Cerró los ojos ante mi reacción. Cogió una de las servilletas para limpiarse. Yo tosía.

—Perdona... —conseguí pronunciar al fin.

Todo aquello era surrealista, sin lugar a dudas debía formar parte de alguna broma del destino: ¿Yo teniendo una cita con el próximo Nacho Vidal? Me pregunté si Eric tenía noticia de la vocación oculta de su primo y de su estrellato a la fama del cine X. Si no tenía constancia, sería un placer para mí ofrecerle esa succulenta información. Me arrepentí de haberles dicho a mis dos amigos que no me esperaran despiertos. Necesitaba una noche entera para rememorar cada palabra que salía de la boca de Emilio y compartirlas con ellos.

—No te preocupes —dijo sonriendo—. Así es, preciosa, el niño con el que compartiste pupitre en la escuela tiene unos atributos que podrían desbancar a cualquiera —me reí, aunque procuré que fuera una risa amigable y no burlona. Miró mi plato—. Deberías acabarte la cena —me aconsejó.

Cogí el perrito caliente, al que me había invitado, y le di un pequeño bocado a pesar de que ya no tenía

hambre.

—Me hicieron algunas fotos en la prueba, ¿quieres verlas? —me preguntó mientras sacaba su móvil del bolsillo.

Me costó tragarme el perrito. Hice un gran esfuerzo. Para colmo, ya no me quedaba cerveza. ¿Iba a enseñarme una foto de él desnudo?

Fingí que estaba despistada contemplando a una pareja de ancianos que paseaban agarrados del brazo por la acera de enfrente, pero aun así pude adivinar los movimientos ágiles de sus manos, que buscaban unos documentos gráficos que darían paso al silencio más incómodo que hubiera presenciado hasta el momento.

—Dany —llamó mi atención.

Hice como quien oye llover, pero me vi, al fin, obligada a prestarle mi atención, en el momento justo en el que me agarró de la mano. Volví a contemplarle, sonriendo a medias; sonriendo para hacer más llevadera la circunstancia.

—Mira.

Colocó su teléfono móvil tan cerca de mi cara que casi podría asegurar que, por un momento, se me pusieron los ojos bizcos. No sé qué vi, solo recuerdo

que me pregunté por qué tenía que ser la protagonista de una broma tan macabra por parte del karma. Era víctima de una situación bochornosa, aunque, como estaba comprobando, a Emilio su desnudez no le preocupaba lo más mínimo.

Agradecí que mi móvil sonara en el preciso momento en el que mi silencio, sin respuestas y sin halagos, comenzaba a resultar incómodo.

—¿Sí?

—Hemos comprado tarta de limón, ¿te esperamos para el postre? —me preguntó Ricardo, insinuante como siempre.

—¡Oh, vaya! —dije un poco alterada—. ¿Y está bien?

La tarta de limón era mi favorita. Me la compraron durante semanas cuando se acabó mi relación con Felipe. Pensé que nunca más podría volver a comerla, pero me equivocaba.

—¿Qué dices, Dany? —me preguntó Ricardo sin entender nada.

—Vale, no te preocupes, si tienes que irte al hospital, ahora vuelvo para quedarme con él —hice una pausa para hacerle un gesto a Emilio, que parecía

preocupado por las cosas que estaba diciendo—. ¿Sí?
¿Tanta fiebre?

Oí al otro lado del teléfono:

—Eric, creo que la cita le va de puta pena.

Contuve la risa y dejé que mi rostro se volviera incluso más apesadumbrado.

—Enseguida voy, pues. Sí, sí, no te preocupes —
seguí inventando.

Antes de colgar, escuché.

—Eric, no, rectifico, no creo que le vaya mal, le va
mal.

Me puse en pie de inmediato y cogí mi bolso.

—Lo siento, Emilio. Tendremos que dejarlo para
otro día —puse cara de pena—. Es una lástima,
porque me estaba divirtiendo —había parte de verdad
y parte de mentira en ese comentario.

—Pero, ¿qué ha pasado? —preguntó al ponerse en
pie.

—Ricardo se ha puesto enfermo y Eric tiene turno
en el hospital —podrían haberme dado un Oscar.

Supe que no le gustaba que le dejara plantado, a
ninguna persona le habría hecho gracia, de hecho.
Pero necesitaba escapar de aquella situación en la que

me había visto envuelta por querer venganza. Nunca más. No más venganza.

—No te preocupes —me dio dos besos—, podemos quedar otro día.

Le dediqué una sonrisa y empecé a andar. Me hervía la sangre en la cara.

—¡Nena! —gritó. Me detuve y antes de girarme cerré los ojos con fuerza—. Te enviaré una copia de la película

Le devolví una sonrisa y, aunque había disimulado bastante bien durante la escasa hora que había durado la cita, creo que mi paso acelerado me delató.

Cuando giré la llave en la cerradura, supe que mis dos amigos estaban deseosos de saber qué había sucedido. Nunca antes me había inventado una excusa para salir escopetada de una cita. Sabía llevar cualquier situación que se me presentara, pero aquella me había pillado desprevenida, con las defensas bajas.

Estaban los dos sentados en el sofá. En cuanto me vieron, le quitaron el volumen al televisor. No me preguntaron nada, supongo que no supieron por dónde

empezar. Dejé el bolso en el suelo y me senté en el apoyabrazos de uno de los sillones.

—Emilio ha aparecido en la cita, casi literalmente, a calzón quitado.

En cuanto lo dije me dejé caer en el sillón, con las piernas colgando, y empecé a reírme como no lo había podido hacer durante el encuentro con Emilio. Los ojos de Eric iban de Ricardo a mí y viceversa. Yo, por mi parte, no podía parar de reírme. Cuando al fin lo hice, después de un rato largo, y les expliqué con calma lo sucedido, supe que si la primera cita había despertado las mofas de mis compañeros, esa no iba a ser menos.

—Será una broma, ¿no? —me preguntó Eric al concluir mi relato.

—Sí, nos estás tomando el pelo —añadió Ricardo.

—Si no queréis creerme, no lo hagáis, pero me ha dicho que me hará llegar una copia del largo... metraje —volví a reír hasta que me dolió la mandíbula.

Ricardo se unió a mí. Eric seguía incrédulo.

—No me lo puedo creer —se repetía.

—Es un golpe demasiado duro, tío —le dijo Ricardo mientras le ponía una mano sobre el hombro y se mordía los labios—. Demasiado duro.

Para cuando acabamos de reírnos, ya no tenía ganas de comer tarta, solo quería seguir acudiendo a citas como aquella.

Capítulo 6

Esperé durante el resto de la semana a que Ricardo hiciera referencia a la cita que sabía, según había insinuado Eric, estaba preparando, sin embargo, en ningún momento la mencionó, por lo que decidí que era mejor dejarlo correr. Mi semana se centró exclusivamente en el trabajo, fueron días en los que reinó el ajetreo. Agradecí tener la mente ocupada, porque desde que me corría por las venas la adrenalina que había sentido en las dos citas anteriores, me veía incapaz de estar un minuto sin hacer nada.

Pasé la mayor parte del domingo con mi familia. Aunque Lena no le había contado nada a mi madre sobre el afán irrefrenable de mis dos amigos de conseguirme un novio —o un entretenimiento—, supe que había compartido esa información con Jon. Cuando fui a por los aperitivos a la cocina no dudó en

ofrecerse a ayudarme, lo cual me sorprendió, dada su afición a permanecer, en sus días libres, el máximo tiempo posible en el sofá.

—Hace tiempo que no te pasas por el taller —apuntó en cuanto nos alejamos del resto.

—No he tenido mucho tiempo libre —contesté, porque no me atrevía a decirle que había decidido no esculpir más.

—Eso me han dicho —cerró la puerta de la nevera y me miró con fijación. Me aparté el pelo de la cara—. Que has estado muy o-cu-pa-da —pronunció sílaba a sílaba—. Ya no me cuentas nada —me recriminó.

Le di un codazo cuando me pasó el brazo por encima del hombro.

—¿Estás teniendo cuidado?

—Todo el que no tienes tú, querido —señalé por la ventana de la cocina a mi cuñada, embarazada.

Se rio, aunque no durante mucho rato.

—¿Cuándo dejaste de contarme todo lo que pasa en tu vida? —preguntó, un poco molesto—. Antes te faltaba tiempo para llamarme.

—Antes te importaba.

Recordé la ruptura con Felipe. Sabía que no había

sido fácil para Jon. ¿Cómo serlo? Él era su mejor amigo, y yo no podía impedirle que lo siguiera siendo. Lo que había pasado entre él y yo formaba parte de nuestra vida en común; las personas que estaban a nuestro alrededor no tenían por qué pagar las consecuencias de un amor equivocado en el momento menos oportuno. Por ese mismo motivo había tomado la determinación de no desahogarme, en uno de los momentos más dolorosos de mi vida, con mi hermano. Había dejado todo ese dolor entre mis cuatro paredes, ni siquiera mi familia sabía lo mucho que había llorado. Solo había dos personas que habían sido testigos del silencio en el que me consumía, un silencio que seguía desprendiendo el olor de mi primera relación.

—No quería decir eso —me disculpé al ver cómo brillaban sus ojos—. De verdad que no pretendía decir eso —le di un abrazo para convencerle.

—Tranquila —me abrazó.

Me desprendí de su abrazo porque ni quería ni necesitaba que los fantasmas del pasado se manifestaran ese día, ni ningún otro día. Además, era consciente de que Jon no entendía por qué el dolor no remitía. A lo mejor porque nunca les había confesado

el motivo de la ruptura.

Ashley entró en la cocina. Me volví para contemplar su abultada tripa de cinco meses. Estaba emocionada con la idea de ser tía. No podía expresar con palabras el entusiasmo que sentía cada vez que me imaginaba a un pequeño Jon o una pelirroja Ashley entre mis brazos. Le acaricié la tripa a mi cuñada cuando estuvo junto a nosotros.

—¿Por qué no queréis saber qué es? —pregunté, como venía haciendo desde hacía dos meses.

—Nos gustan las sorpresas —contestó Ashley, sonriente, con su acento estadounidense.

Pasamos el resto del día quejándonos del trabajo, hablando del calor insoportable, siendo testigos del telediarario, disfrutando de la lasaña de mi madre, así como de los buñuelos de helado de vainilla. Todo iba bien hasta que mi padre pronunció el fatídico comentario que me arruinaría el día.

—Ayer se pasó Felipe por la carpintería.

Vi cómo mi hermano le hacía una señal con la mano para que se callara y Lena, a su vez, colocaba la mano sobre su rodilla para distraer su atención, pero, o no se dio por aludido, o quería, a toda costa, hablar del

que había sido su cuñado favorito.

—Le va muy bien en el trabajo —siguió hablando.

El resto de mi familia, entre la que se incluían mis abuelos, mis hermanos, mi madre y mi cuñada, me miraban, esperando o que saliera corriendo en cualquier momento o que mandara a Felipe al diablo. Si no hubiera tenido una buena semana, si no me hubiera tomado una copa el jueves por la noche con Eric, Ricardo y Héctor, si no me hubiera reído tanto como lo hice en los últimos días, tal vez me hubiera derrumbado, pero no fue eso lo que pasó.

—Me alegro por él, papá. Espero que todo le vaya bien.

Cogí otro buñuelo de la bandeja que había traído mi madre.

—Quizá aún estéis a tiempo de arreglar lo vuestro —sugirió mi padre.

No se lo pude tener en cuenta. Oí a mi madre carraspear y al resto de los presentes respirar con dificultad. Podría haberme dejado llevar por las ganas de alumbrarles, de alejarles de la inopia en la estaban envueltos, pero tampoco lo hice.

—Cuando asimiles que soy feliz, dejarás de sugerir

eso —sonreí con todas mis ganas.

Mi madre se levantó del sofá y se fue a la cocina. Sabía por qué, pero no fui tras ella. Estaba harta de ir detrás de los demás para consolar un sufrimiento que ni siquiera les pertenecía, incluso yo había dejado de ser dueña de ese dolor. Quería obviar el tema, así que, aunque no pedí de forma explícita que dejaran de hablarme de Felipe, todos en el gran salón, incluido mi padre, entendieron que ese sería el último día en el que se hablaría de la relación que había mantenido durante dos años con el hombre que nunca llegué a conocer.

Me fui cuando empezaba a caer la tarde. Mi madre me acompañó hasta el portal, buscando en mi eterna sonrisa algo que delatara mi verdadero estado de ánimo, pero no iba a preocuparla, no más. La abracé muy fuerte, como si eso pudiera cambiar algo, o como si de ese modo pudiera aferrarse a la esperanza de que no era una mentirosa.

Volví al piso, aunque no estaba del todo segura de que ese fuera el lugar en el que me apeteciera estar, así que antes de entrar en el edificio, decidí bajar al garaje, coger mi coche y perderme en la noche. No tenía muy claro, a medida que avanzaba por la

carretera, si quería ir a algún sitio o simplemente no quería volver a todos los lugares que me recordaban a Felipe.

Dejé el coche en el aparcamiento del supermercado. No necesitábamos nada en casa, pero coger el carro de la compra y pasearme entre las hileras de comida me relajaba. En ese momento pensé en toda aquella gente que se emborrachaba para no pensar en las penas. Lo había probado, era una de las muchas cosas de las que había echado mano, pero que no me habían servido para otra cosa salvo para vomitar durante veinticuatro horas y sufrir un profundo dolor de cabeza. Pensaba en esto porque estaba de pie, frente a las botellas de vodka, con el carrito vacío.

—¿Dany? —escuché una voz familiar.

Me costó un segundo apartar la mirada de las botellas.

—Laura —dije al encontrarme a la despampanante enfermera.

Se acercó para darme un abrazo y un par de besos. Tuve la sensación de que ambas cosas eran una disculpa a su ausencia. No es que tuviéramos una amistad arraigada, pero nos unían demasiados

secretos.

—¿Estás bien? —me preguntó mirándome fijamente a los ojos.

—Perfectamente.

Miró mi carro vacío.

—¿No te convence nada? —preguntó con curiosidad y cierto deje de preocupación en la voz.

Me eché el pelo para atrás y con la intención de plantearle el tema que me interesaba, ese del que había querido hablar con ella y que por diversos motivos había evitado, lancé, entre sonrisas, una indirecta.

—Estaba buscando tortitas precocinadas, pero no las venden.

Su cola de caballo se movió de un lado a otro cuando rio.

—Siempre me ha dado envidia esa facilidad que tienes de hacer que las peores cosas suenen bien.

No era la primera persona que me lo decía. Por lo visto mi peculiar carácter lograba convertir los problemas en temas jocosos o en comentarios sin importancia. Era un arma de destrucción masiva que solo disparaba flores.

—Tal vez puedas venir a casa a desayunar algún

día —insinué.

—¿A desayunar o hacer el desayuno? —no contesté, porque ya no hablábamos de los desayunos —. No te prometo nada.

Me apagué como una vela a causa de la corriente. ¿No quedaba esperanza para Eric y Laura? Pero no podía ser hipócrita, no podía hacer lo mismo que acababa de hacer mi padre, no podía decir: «Tal vez aún estéis a tiempo de arreglar lo vuestro». Lo «vuestro», ¿qué era lo nuestro?

—¿Sigues aquí? —me preguntó mientras me pasaba una mano por delante de la cara.

—Sí, perdona.

—Te decía que puedes venir a casa a desayunar tortitas siempre que quieras —me dijo sintiéndose claramente culpable, aunque no tuviera culpa de nada —. Echo de menos nuestras conversaciones. Aunque entenderé que no quieras —sabía a lo que se refería.

—Iré —prometí.

Fuimos dando vueltas por el supermercado. Al final eché varias cajas de cereales al carrito y unas manzanas rojas. Pagamos en la caja y nos despedimos mientras cada una volvía a su coche.

Cuando estuve de nuevo en el coche, me di cuenta de que el único lugar en el que quería estar era precisamente del que había huido. Quería volver a casa, con Eric y Ricardo. Me distraerían con sus comentarios y sus insinuaciones y dejaría a un lado ese cosquilleo incómodo que comenzaba a sentir en la boca del estómago.

Regresé a casa, pero no había nadie. Solo una nota en la nevera, adherida a ella gracias al imán que habíamos traído de nuestro viaje a París. La Torre Eiffel me comunicaba que:

Hemos salido a cenar con unas compañeras de trabajo. Volveremos tarde, no nos eches de menos. Eric te ha comprado esas sales de baño que tanto te gustan. Disfruta de la intimidad de la casa.

Ricardo

Guardé los cereales en la despensa y me tomé mi tiempo para limpiar las manzanas y dejarlas en el cestillo de la fruta. Después subí a mi habitación.

Encontré el envase de las sales encima de la cama,

junto a un papel arrugado. ¿Otra nota? ¿No me lo podían dejar todo escrito en el mismo sitio? Lo desdoblé y encontré la dirección de un local, un número de teléfono y un nombre: «Pablo». ¿Sería esa la cita de la que no había tenido noticia?

Me desvestí mientras se llenaba la bañera, eché las sales que olían a coco y me sumergí en el agua caliente. Pese a que el bochorno de agosto era casi insoportable, no me molestó que el agua estuviera hirviendo. A medida que me relajaba, mi mente dejó de pronunciar Felipe para luego desdibujar su rostro e imaginar el de Pablo. ¿Le conocía como a los demás? Cabía la posibilidad de que así fuera. Conocía a dos chicos con ese nombre, y por mi propio bien esperaba que no fuera el que acababa de salir del armario.

Capítulo 7

Los dedos ágiles de Pablo rasgaban las cuerdas de su guitarra española en La Réplica, un local en el que se daban encuentro músicos y cantantes de todas las edades, lugares y sexos. Los clientes escuchaban embelesados las armónicas notas que resonaban en la caja de la guitarra y se proyectaban por toda la sala. La música era tan sutil y relajante que por un momento tuve la sensación de que estaba junto al mar, en compañía de mis hermanos, mientras mi padre tocaba su propia guitarra para nosotros, como hacía cuando éramos pequeños. Mi lugar favorito en el mundo y mi recuerdo predilecto, donde me sentía tan viva que ni el presente ni el futuro podían amainar la tempestad de emociones del pasado. Lean Paul decía que «la memoria es el único paraíso del que no podemos ser expulsados» y yo había comprobado la certeza de

aquella afirmación.

Abrí los ojos y me quedé prendada del rostro bondadoso de Pablo. A penas le recordaba. Tan solo le había visto una vez, hacía demasiado tiempo, en un fiesta que había organizado Ricardo. Ni siquiera me sonaba haber intercambiado una sola palabra con él, aunque, ¿cómo hacerlo? En aquel tiempo me encontraba demasiado obnubilada como para mirar más allá de las puntas de mis pies. O los de Felipe.

La Réplica aplaudió cuando Pablo hizo una leve reverencia y se bajó del escenario para dejar paso a otro guitarrista, algo mayor, aunque con el mismo entusiasmo que mi cita. El local era tan bohemio que, por algún extraño motivo, me sentía como en casa; tal vez porque los artistas vivimos en una realidad ligeramente distorsionada a través de la cual observamos distintas realidades.

Pablo aceptó las felicitaciones de las personas que se encontraba a su paso. Después llegó hasta donde estaba con una elegancia que me recordaba ligeramente a la de Marcos. Creo que hay personas que nacen con virtudes que no han de ejercitar para que les acompañen por el resto de su vida.

Se sentó frente a mí y antes de decir nada bebió un trago de su copa de vino. Guardó la guitarra en su funda y me observó con una gran sonrisa. Era evidente que se sentía más que orgulloso de lo que acababa de demostrar. No iba a ser yo la que le llevase la contraria.

—¡Ha sido espectacular! —exclamé.

Su sonrisa y su pecho estaban henchidos de gozo, aunque agachó un poco la cabeza. Ricardo me había hablado de su timidez, y hasta cierto punto me parecía entrañable. Acto seguido, una vez que se me atravesó este pensamiento, me pregunté si eso era lo que tenía que sentir.

—¿Tocas algún instrumento? —me preguntó.

Asentí mientras acababa de tragarme el vino.

—Estaba en la banda del instituto —pareció sorprendido y mostró un gran interés. Casi me dio pena aniquilar sus expectativas—. Tocaba el triángulo.

Se atragantó con el vino, aunque disimuló muy bien las ganas de reír. Era un chico educado, demasiado. Al fin y al cabo, lo había dicho para que se riera.

—Requiere mucha precisión —añadió.

—¡Desde luego! Un paso en falso y toda la

actuación podría irse a pique —expresé.

Esta vez sí que se rio. Decidí centrar la atención en él.

—¿Hace mucho que tocas la guitarra?

—Desde los seis años —contestó—. Me abstraeré de cualquier preocupación que pueda tener.

Cerró los ojos en busca de una sensación que no podía expresar con palabras. Sabía de sobra a qué se refería, porque yo sentía lo mismo cuando moldeaba la arcilla o esculpía el mármol; el mismo bienestar.

—Es como si otra persona respirase por ti —añadí para ayudarlo.

Asintió sorprendido y contento de haber dado con las palabras clave.

—Si el triángulo te enseñó eso, no deberías dejar de tocarlo nunca.

Me reí ante el comentario, pero de inmediato me di cuenta de que hablaba en serio. ¿Demasiado ingenuo?

—En realidad lo he aprendido por mi trabajo —apunté para no dar más detalles de los que me apetecía compartir. Ya le había prometido a Héctor que iba a mostrarle las esculturas, no necesitaba más testigos de mi obra.

Me contó que sabía que trabajaba en L' Art y que era una de sus galerías favoritas de la ciudad. No sé si lo dijo por cumplir o porque realmente era así. Y no es que yo quisiera ser desconfiada, pero al preguntarle por cuál de las exposiciones del último año le había gustado más no supo decantarse por ninguna. O todas le parecían igual de buenas (o malas) o no había visitado L' Art en el último año. Por este motivo, decidí que sería mejor no seguir poniéndole en el compromiso de contestar a cuestiones para las que no tenía ninguna respuesta.

—La última vez que te vi, ibas acompañada de un chico alto y moreno —dijo apartando mi atención de la chica que acababa de hacerse dueña de La Réplica con el *soul* de su voz.

Miré a Pablo sonriendo.

—Sí —contesté—. Hace tiempo que ya no estamos juntos.

—Parece que lo llevas muy bien —apuntó.

Me gustó que hiciera aquella apreciación. Con independencia de lo sucedido el domingo por la noche, la verdad era que tener todas aquellas citas me estaba ayudando a darme cuenta de que, en realidad, no

echaba en falta ningún aspecto de mi relación anterior.

—¿Y tú? —pregunté para apartar el foco de atención de mí—. ¿Tienes una vida amorosa intensa?

No sé si fue por el tono provocativo que puse en «intensa» o porque no estaba acostumbrado a hablar de su vida personal, cosa que podía entender, pero sus mejillas se ruborizaron bajo el candor de las cuatro velas redondas que había en nuestra mesa.

—No mucho —contestó con un hilillo de voz—. No tengo mucho... éxito —terminó por decir.

En cuestión de segundos analicé cada parte de su cuerpo. Era un hombre alto, de unos veintiocho años, apuesto, rubio, amable, sonriente —un poco disperso—, y con un cuerpo esbelto y tonificado. No podía entender por qué las mujeres no iban a fijarse en él. A lo mejor solo quería ser modesto.

—Estoy convencida de que ninguna mujer del local ha apartado los ojos de ti en toda la actuación —confesé en un susurro, inclinada hacia él, por si realmente tenía algún complejo. Sabía lo que era eso—. Si quisieras, conseguirías, por lo menos —miré de una mesa a otra, fingiendo que contaba a las chicas de La Réplica—, cuatro números de teléfono.

—Ya tengo el tuyo, no me interesa ningún otro — dibujó en su boca una sonrisa juguetona que contestó a todas mis preguntas anteriores.

Así que ese era su juego. «Pues juguemos, Pablo», pensé.

—Tú lo has dicho —me apoyé contra el respaldo de la silla, relajada y provocativa. Saqué un poco de pecho. Sus ojos no pudieron disimular—: lo tienes, pero técnicamente no lo has conseguido, porque no te lo he dado yo —si pensaba que lo tenía todo hecho, iba por mal camino.

Conocía a aquella clase de chicos, que creen que con un par de halagos y una pose victimizada conseguirán un entretenimiento para todos los sábados por la noche. O eso pensaba, porque al final de la noche ya no sabía qué creer. Acabé por convertirme en el cazador cazado. Pensé por un momento en Laura, en Eric, y después en Laura otra vez. ¿Había sentido ella lo mismo?

«La chica de los viernes», pensé.

—¿Y qué he de hacer para conseguirlo? — preguntó—. Tendrás que ayudarme, porque no tengo experiencia.

Sentí un cosquilleo agradable en el vientre. Si realmente lo hubiera querido, podría haberle ensañado un par de cosas, pero quería llevarle por otros derroteros.

—Si te enseño, no tendría ningún mérito, ¿no crees? Si no eres capaz de impresionarme, quizá sea mejor que me vaya ahora mismo.

Lógicamente se trataba de un desafío, no tenía intención alguna de irme. Me atraía demasiado. Se tensó un poco en la silla, y no quise imaginarme por qué. Me ceñí al flirteo: sonrisa seductora y mucha confianza.

—Primero tendría que conocerte un poco más para poder impresionarte.

Sus ojos se tornaron como los de un felino hambriento. ¿De verdad se me había ocurrido pensar, aunque fuera por un momento, que ese chico no tenía autoestima?

«¡Vamos Dany, deja de ser tan buena o al final te convertirás en la cena del famélico Pablo!», me regañé a mí misma.

—¿Qué propones?

Nada más preguntarlo, le hizo una seña al

camarero, que se acercó enseguida. No sé qué pretendía, pero pronto lo descubría. Pidió una botella de ron y dos vasos de chupito. ¿Quería emborracharme? Cuando el camarero, solícito, trajo lo que Pablo le había pedido, me explicó en qué consistía el juego.

—Este es el juego de las verdades —había jugado a algo similar en la universidad—. Yo te hago una pregunta, si contestas la verdad no hace falta que bebas, pero si mientes has de beber.

—De los dos modos conocerás la respuesta —dije aún sonriendo pero con el ceño fruncido.

—No —contestó negando con la cabeza—, porque no podemos hacernos preguntas cuyas respuestas sean sí o no.

Ya no me parecía tan estúpido. Técnicamente, si me hacía una pregunta, podía mentir, aunque creería que era una mentirosa. Por otro lado, era consciente de lo rápido que me subía el alcohol a la cabeza, así que tendría que tener cuidado con las incesantes mentiras. Aunque, bien pensando, era un juego con trampa —no se lo dije, porque era evidente que él ya lo sabía—: yo podía mentir y no beber, fingiendo que

decía la verdad, porque, de todos modos, no sabía nada de mí.

—Empieza tú —ofreció mientras llenaba los dos chupitos, preparado ya para mentirme de un momento a otro o para recibir mis mentiras—. No te cortes —agregó, como si a mí se me hubiera pasado por la cabeza hacerlo.

Crucé los dedos de las manos sobre la mesa. Quería reservarme las preguntas más atrevidas para el final, para comprobar también qué tipo de interpelaciones me formularía.

—¿Cuál es tu mayor defecto?

Vi en sus ojos que no era la pregunta que esperaba, acaso alguna erótico-festiva. Simuló que tenía que pensar mucho en ello, y me pregunté si no sería probable que en vez de falta de autoestima tuviera sobredosis de narcisismo.

—El miedo al fracaso —carraspeó un poco, encubriendo así la vergüenza que sus mejillas sentían por haber dicho lo que acababa de revelar.

¿Me estaba equivocando con Pablo? Me sentía confundida con su actitud.

No bebió. Su chupito permaneció intacto. Quería

preguntarle mil cosas sobre aquel defecto, pero el juego tenía una regla ridícula: nada de preguntas que surjan de la pregunta.

Su turno.

—Si pudieras ir en este preciso momento a un sitio, ¿adónde irías?

Descubrió el asombro en mi cara, ya que, como a él mismo le había pasado, yo tampoco esperaba que sus preguntas tomaran ese rumbo. No tenía por qué mentir.

—A Grecia.

Después de esas dos preguntas, las siguientes fluyeron sin interrupciones.

—¿Por qué querías salir conmigo?

Entrecerró un poco los ojos, como si intentara encontrar en mí una respuesta a mi propia pregunta.

—Porque eres atractiva y me gusta cómo cantas.

Se rio al observar mi rostro estupefacto. ¿Cantar? Pero si yo no cantaba, no en público por lo menos. Mi mente viajó rápidamente hasta la celebración de la fiesta. ¿Qué había hecho aquella noche? ¿Qué...? Absorta en cada una de las imágenes que volvían a mí como flashes, no me di cuenta de que Pablo dibujaba

círculos con su dedo índice sobre el dorso de mi mano hasta que recordé mi intervención en el karaoke, desafinando como si alguien me hubiera contratado para ello. Me ardían las mejillas, aunque, al ver su mano sobre la mía y sentir el calor que desprendía, ya no sabía si era por la vergüenza del recuerdo o la emoción del contacto. No aparté la mano.

—¿Cuál es tu postre favorito?

Pero, ¿qué pregunta era esa? A lo mejor estaba, simplemente, formulando las preguntas que había tenido en mente desde el principio. En ese momento decidí que no iba a especular más sobre su forma de ser. No pensaría más en ello, porque lejos de llegar a una determinación, acababa por despistarme.

—La tarta de limón que venden en Ricpostres.

—Buena elección. Me encanta esa tarta —afirmó.

—¿Te has enamorado alguna vez?

Mis preguntas, en comparación con las suyas, eran mucho más personales, pero no parecía molesto por ello. En eso consistía el juego. Si no quería decir la verdad, no tenía por qué hacerlo.

—Tendrás que reformular la pregunta.

Tardé bastante en reconvertir la pregunta. Todas

las respuestas eran sí o no. Decidí cambiar la pregunta.

—¿Qué piensas sobre el amor a primera vista?

—No creo en ese tipo de amor. Pienso que puede existir una gran atracción entre dos personas, pero nadie se enamora sin conocer algo más que un cuerpo —lo dijo muy serio, como si estuviera recordando algo que no quería compartir.

No bebió. Cruzó los brazos sobre la mesa y dejó todo su peso sobre los codos.

—¿Qué piensas sobre el amor a primera vista? — repitió mi pregunta.

Maldije que no hubiera una regla que impidiera el plagio de preguntas. En parte estaba de acuerdo con él, pero sabía que la otra parte pesaba más.

—Que es una falacia.

Esperé un segundo y me bebí el chupito de un trago.

—¡Vaya! —declaró admirado—. ¿No era más fácil que dijeras la verdad? —me cuestionó.

—Lo era, pero tenía sed.

Tenía la palabra nuevamente. Seguiría en la misma línea.

—¿Cómo fue tu primer beso?

Sonrió malévolamente ante la pregunta. Yo me incorporé en la silla, comenzaba a dolerme la espalda. Al hacerlo, el tirante de mi vestido amarillo me resbaló por el hombro. Antes de recolocarlo, Pablo estiró el brazo y lo volvió a poner en su sitio. Tenía las manos ligeramente ásperas, ya me había percatado cuando me había tocado antes, pero no me disgustó su contacto.

—Tenía catorce años. Ella se llamaba Clara y veraneábamos juntos. Fue un beso muy casto, aunque pienses lo contrario —me dio un par de golpes en la frente con su dedo índice.

Tampoco bebió. Si iba a decir la verdad, ¿qué sentido tenía el juego? A lo mejor quería demostrar algo.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que te besaron de verdad?

Su pregunta era mucho más complicada de contestar. Entendía el matiz que había en esa cuestión. Habían pasado un par de semanas desde la última vez que me habían besado, pero... ¿de verdad? ¿Un beso apasionado? ¿Cuándo? No me gustó pensar en ello

porque tenía que recordar demasiadas cosas, pero le contesté.

—Casi dos años.

Dejó de sonreír pese a que yo lo hacía. No me iba a turbar esa evocación de un pasado tan próximo.

—Aún estabas con tu novio.

—Exnovio —corregí al instante.

Creo que una parte de él, despistado con mi sonrisa y tranquilidad, esperaba que bebiera y que esa respuesta fuera una mentira, pero no lo hice.

Seguimos haciéndonos preguntas, algunas un poco más comprometidas, otras menos. Pablo se animó a beber uno de los chupitos cuando salió a relucir la importancia del sexo en una relación y él contestó: «De uno a diez, un siete». No llegué a saber si mentía porque tenía más o menos importancia, aunque podía imaginármelo.

Cuando, entre risas, dejé de escuchar la música, me di cuenta de que La Réplica estaba apagando sus luces y voces por aquella noche. Pablo se ofreció a pagar las copas, a pesar de que insistí en que me quería pagar yo.

—No te alteres, seguro que tendrás más

oportunidades de invitarme a algo —ultimó cuando salíamos por la puerta del local, casi a las tres de mañana.

Mientras él buscaba las llaves de su coche, yo eché un vistazo al teléfono móvil, que no había tocado durante toda la cita. Tenía dos mensajes, uno de Ricardo y otro de mi hermano. Abrí el segundo: «Espero que tengas una cita de ensueño. Pásate algún día por el taller. Te quiero. Jon».

—¿Un admirador? —me preguntó Pablo viendo la pantalla del móvil por encima de mi hombro—. Tranquila —añadió al ver mi cara de sorpresa—, soy liberal.

—Es mi hermano.

Se subió en el coche y yo hice lo mismo mientras abría el segundo de los mensajes: «¿Te has dejado el sujetador en casa?». ¡Mierda! Lo había dejado sobre la cama. ¿Cuándo dejarían de entrar en mi habitación a sus anchas? Tendría que tener una conversación con los dos.

No hablamos mucho en el camino de vuelta. No paraba de pensar en que, posiblemente, después de aquella cita, Pablo querría subir, pero yo no estaba

segura de querer que lo hiciera. «Por supuesto que quieres», gritó mi parte más femenina e irracional; «no debes, no aún», expuso la más formal, que, sorprendentemente, me recordaba mucho a la voz de Eric.

Pablo aparcó a dos calles de mi casa y fuimos andando. Hacía fresco aquella noche, así que agradecí que me envolviera entre sus brazos, dado que había optado por no llevarme una chaqueta.

Cuando llegamos al portal, viendo su boca entreabierta y su cuerpo erguido ante mí, mi parte irracional ganó la partida. Abrí la puerta y entramos dentro. No encendí la luz, como si eso hiciera que sus manos alrededor de mi cintura fueran menos reales. En otra época habría esperado a que me besara, pero esa noche no.

Le atraje con arrojo hacia mí. Nuestras bocas se convirtieron en dos engranajes que encajaban a la perfección. Un sabor azucarado y ácido se confundió en mi boca sin dejarme la posibilidad de discernir si ese sabor pertenecía a su boca o la mía.

Su mano resbaló por mis caderas y se afanó en apresar mi muslo y enroscarlo alrededor de su cintura

mientras hacía lo mismo con el otro. Me levantó y quedé enroscada a su cuerpo. Mi espalda acabó contra la pared —toda yo en realidad—. «El cazador cazado», volví a pensar al tiempo que sentía su respiración agitada perderse en mi cuello.

—No sé si te estoy impresionando —murmuró.

Me reí.

—Calla —volví a besarlo.

Pero no fue más tierno esta vez, sino más apasionado. Mi piel respondía a su contacto, como si por sus dedos circulara la corriente eléctrica de todo el edificio. Me sentía bien, por lo menos una parte de mí. Otra no hacía más que fustigarme diciéndome que ni ese era el momento ni el lugar. «¿Y por qué no?», preguntaban mis piernas, que más que rodear la cintura de Pablo, lo encadenaban a mí.

Me dejé llevar durante unos pocos minutos más, en los que procuré no evocar ningún pensamiento que me alejara de esa necesidad de sentir que, al menos por unos instantes, todo era perfecto.

Y aunque los dos teníamos los ojos cerrados, la luz nos alumbró.

Abrí los ojos precipitadamente y me aparté de

Pablo. Los dos miramos en dirección a los pasos que habíamos escuchado detrás de nosotros. Abrí la boca —un poco más— y al instante la cerré. Pablo me dejó con cuidado en el suelo.

—Hola —dije.

—Hola —contestó Eric. Dio un paso más hacia nosotros, con el torso desnudo, unos pantalones grises de chándal y la bolsa de la basura en la mano. ¿Qué hacía ahí?—. Soy Eric —le tendió la mano que tenía libre a Pablo. Este se la estrechó y después se apresuró en abotonarse la camisa blanca.

—Encantado —volvió a mirarme—. Debería irme. Es... tarde —me dijo. Yo asentía, no sabía dónde meterme. No estaba acostumbrada a compartir confesiones sobre mi vida íntima con mis dos amigos. Pablo se agachó para darme un beso en la mejilla y susurrarme al oído: «¿Me merezco seguir utilizando tu número de teléfono?». ».

Le sonreí y asentí una vez más. Se despidió de Eric muy cordial y se ofreció a llevarse la bolsa de basura. ¡Tierra, no me tragues, devórame para que en tu interior no me acuerde de nada de esto!

Al cerrarse la puerta y quedar frente a Eric, no

supe qué decir. Me quité los zapatos y eché a andar hacia el ascensor. Se colocó a mi lado. Seguía eufórica, pero tenía que hacer un gran esfuerzo por disimularlo.

—Te preguntaría si he interrumpido algo, pero la respuesta es obvia —dijo al ver que no decía nada.

—Sí —contesté.

—Te preguntaría si te lo has pasado bien, pero me parece que también es evidente —me miraba, sabía que me miraba, pero no podía hacer lo mismo.

—Sí —repetí.

—Te diría que me contaras los detalles más picantes, pero he sido testigo en primera persona de ellos —siguió cuando las puertas del ascensor se cerraban a nuestro paso y le daba al botón del seis. No estaba enfadado, estaba segura, pero le gustaba fingir que lo estaba para darme tormento.

—Sí —insistí.

—Verás cuando se lo cuente a Ricardo.

Le miré al fin. Sus carcajadas se hicieron eco en todo el edificio.

—¡Ni se te ocurra!

—¡Venga, va! ¿Quién crees que me ha enviado a

bajar la basura? —preguntó, como si yo me hubiera olvidado de ese detalle—. Estábamos mirando por el balcón y os hemos visto llegar. Pero al ver que tardabas tanto...

Al salir del ascensor, Ricardo ya estaba en la puerta, con los brazos cruzados, apoyado en la pared.

—¿Y bien?

—No tenéis vergüenza —dije antes de dirigirles una mirada fulminante a los dos.

Rieron, esa noche y los días siguientes.

Capítulo 8

En los días siguientes no tuve noticias de Pablo, aunque, si he de ser sincera, no sabría decir a ciencia cierta si eso me sorprendía lo más mínimo, sobre todo porque no parecía la clase de hombre que te envía un mensaje al final del día para ver cómo estás, más bien espera recibirlo. Y aunque en otra época había sido partidaria de hacerme cargo de esa tarea, ya no creía que tuviera ninguna responsabilidad. Por no hablar de que tenía problemas más importantes en casa como para querer salir en busca de otros.

Eric llevaba días yendo y viniendo, del trabajo a casa y de casa al trabajo, como un perro apaleado. Al principio decidí tomar en cuenta la opinión de Ricardo: dejarle en paz, pero al ver que esa actitud de indiferencia no surtía ningún efecto —no por lo menos positivo—, tomé cartas en el asunto, como él mismo

había hecho conmigo en otro tiempo pero en circunstancias muy similares. El sábado por la mañana, inaugurando un septiembre todavía si cabe más caluroso, fui a desayunar.

Laura me abrió la puerta con una gran sonrisa y el delantal puesto. El olor, tan familiar y distante, llegaba desde la cocina como una corriente de recuerdos desprotegidos. No sabía qué iba a decirle, ni a pedirle. Mi intención no era traspasar la fina línea que existía entre hacer daño e informar de una situación que no podía seguir así.

Me preguntó por mis citas, cuestión en la que me detuve para darme tiempo a mí misma y maquillar el verdadero motivo de mi visita. El hecho de que tuviera noticias sobre mis encuentros desastrosos me indicaba que, aunque ya no hubiera una relación de por medio, seguía conversando con Eric. Tal vez quedaba un atisbo de esperanza.

—¿Por qué no te quedas también a comer? — preguntó riendo al ver que el tiempo pasaba y todavía estaba haciendo referencia a mi cita con Héctor.

—Me gustaría, pero tengo que ir a ver mi hermano —sonreí y me encogí un poco de hombros—. A lo

mejor podría invitarte yo a comer un día.

Observé cómo dejó que su cuerpo se hundiera en la silla y entrecerró ligeramente los ojos. No iba a ser indulgente con nada que pudiera decirle. No iba a tenerlo en consideración. No valía la pena ni siquiera intentarlo, pero tenía un gran defecto a ojos de los demás, y es que siempre lo intentaba, aunque al final fuera en balde.

—Tenéis que arreglarlo.

Me llevé la taza de café a la boca al oír a mi padre zumbando a mi alrededor como una avispa a punto de picarme. Laura no me miró. No sabría decir si eso era bueno o malo, porque se centró únicamente en remover el café con la cucharilla, como si quisiera alejar de su corazón cualquier sentimiento que pudiera confundirla con respecto a la decisión que había tomado.

—¿Por qué? —inquirió al final.

—Porque te quiere —susurré.

Tal vez no debería haberme precipitado como lo hice, a fin de cuentas nunca había escuchado tal afirmación de la boca de Eric, pero había otras muchas señales que contestaban a esa pregunta por mí.

Esta vez sí que me miró, me escudriñó sin prisa y con la clara intención de encontrar un atisbo de mentira en mis ojos. Pero no lo logró, porque para mí los sentimientos de Eric eran más evidentes que los míos.

—¿Tú crees?

Mi mirada seguía dibujando las espirales del mantel.
¿Lo creía?

—Yo no creo nada, Laura, yo solo sé que, sea lo que fuere lo que tenáis, no os hacía más daño que esto que hay entre vosotros ahora.

—Pero, ¿y si no estoy dispuesta a tener lo de antes?

Guardé silencio, porque no tenía una respuesta que pudiera ayudarla, ni que fuera completamente objetiva.

—¿Sabes qué le dije? —me miró con atención—. Que hiciera lo que tenía que hacer, pero que si no era capaz de hacerlo bien, mejor que no hiciera nada —me comí otro trozo de tortita antes de escupir lo que verdaderamente quería decir—. Y eso es precisamente lo que estáis haciendo: nada.

Justo cuando los ojos de Laura se abrieron como platos ante lo que le había dicho, como si ni siquiera

hubiera reparado en ese detalle hasta el momento, su compañera de piso, Alejandra, apareció semidesnuda en la cocina.

—No sabía que teníamos visita —dijo mientras bostezaba, sin sentir pudor alguno. Aunque, con semejante cuerpo, ¿cómo hacerlo?—. Hola, Dany —me dio un fugaz beso en la mejilla, y en ropa interior, más transparente que el papel cebolla, se sentó con nosotras a la mesa y comenzó a comer—. ¿De qué estabais hablando?

—De Eric —puntualizamos las dos al unísono.

—¿Cómo no! —dijo exasperada mientras se acababa el primer vaso de zumo y se servía otro—. ¿Y habéis llegado a alguna determinación?

Me miró a mí, ya que sabía que yo era la instigadora.

—Creo que sí —contestó Laura sorprendiéndonos a las dos. Nos miramos—. No quiero pensar que no he hecho nada.

Mi boca se convirtió en una sonrisa de oreja a oreja.

—Os metéis en la boca del lobo y esperáis que tenga compasión —nos culpó Alejandra, apagando así

el reciente entusiasmo.

—¿Nunca dices nada positivo? —le pregunté con una ceja ligeramente levantada.

—¿Sobre los lobos? —masticó—. No hay nada positivo.

Me molestó que se refiriera en esos términos a mi amigo, y más cuando no sabía cómo estaba ni qué sentía, cuando, en realidad, no le conocía de nada. Así que me vi en la obligación, dado que Laura no lo hacía, de intervenir y defenderle.

—Eric no es ningún lobo —apunté.

—Un poco lobo sí que es... —terció Laura, y estoy casi segura de que le lancé una mirada poco amistosa.

Alejandra rio satisfecha.

—Entre lobos nos reconocemos —dijo finalmente.

—Los lobos no son los peores —le recordé—, sino los que se hacen pasar por corderos.

—Ahí le doy la razón —me apoyó Laura—. Él no me engañó.

Agradecí que no siguiera en contra de Eric, porque si había una cosa que todas las mujeres sabían de él era que nunca les prometía más de lo que les podía dar, y en ese sentido, no había sido diferente con

Laura.

—Insisto en mi postura —no parecía dispuesta a darse por vencida.

—Yo hago lo propio en la mía —apunté.

—Ya basta, chicas —quiso interrumpir Laura, pero Alejandra no quería, como ya había advertido, quedarse callada.

—Dany, tienes que aprender a detectarlos.

—Me resulta difícil, teniendo en cuenta que el único que he conocido me regalaba flores y me trataba como si fuera la reina de Saba —me miró sin entender—. No hace falta estar en la boca del lobo para que acabe mordiéndote.

Y así logré que el resto del desayuno transcurriera sin más altibajos y sin más ataques hacia Eric. Yo era la primera que, al reunirse con sus amigas, criticaba algunas actitudes de los hombres, y la mayoría de las veces desde una perspectiva subjetiva, pero esa vez no iba a ser cómplice de un ataque innecesario.

Una hora más tarde caminaba sin prisa reflexionando sobre lo que acababa de suceder, y con

ciertas energías renovadas, hacia el taller de Jon. Llevaba prometiéndole una visita desde hacía semanas, y pensé que la mejor manera de sorprenderle era presentarme sin avisar, algo que mi madre siempre me había dicho que evitara. Nunca había hecho caso a esa sugerencia y, no sé cómo ni por qué, siempre acababa por volverse en mi contra.

La puerta estaba abierta, así que entré sin llamar al timbre de la entrada, sin anunciarme. Vi en el recibidor un armario similar al mío, pero mucho más regio, un cabezal que representaba alguna escena de las Guerras Púnicas —por lo menos—, el marco de un espejo... Cada pieza era preciosa a su manera. Mi hermano nunca paraba de trabajar. Tenía un negocio con muchos clientes y una pasión desmedida por su trabajo. Había heredado el gusto por la carpintería de mi padre, pero el don le venía de nacimiento. Me entraron ganas de sugerirle que me dejara, como cuando era más joven, trabajar con él de nuevo. Aquellas tardes de verano en las que iba al taller para...

Negué instintivamente y me hice un hueco entre la pila de muebles hacia el despacho, al final del

establecimiento. Vi la puerta cerrada, y al lado de esta una segunda puerta que conocía muy bien. ¡Todas mis esculturas estaban ahí, a buen recaudo! Eso me recordaba el mensaje de Héctor del miércoles anterior: «Sigo esperando ser cómplice de tu *no-arte*», me había escrito empleando mis propias palabras. Sonreí al recordarlo, sabiendo que, por desgracia, tendría que acabar por compartir ese secreto con él.

Hice girar el pomo de la puerta del despacho de Jon y lo encontré sentado frente a su escritorio, sonriendo, con una postura relajada. Frente a él, de pie, estaba la única persona a la que no quería ver. Se me encogió el corazón como si hubiera estado envuelto por un cordel y desde cuatro extremidades alguien hubiera tirado de él al mismo tiempo.

Felipe se giró para mirarme al ver la expresión pálida y preocupada de Jon, que se había incorporado precipitadamente. Llevaba medio año sin verlo, porque había procurado no cruzarme con él y alejarme por completo de cualquier lugar que frecuentara. Estaba cambiado: se había dejado barba, tenía el pelo más corto, los ojos más cansados, la piel más tostada. Por lo demás, seguía siendo igual de alto, la ropa se

ajustaba a su cuerpo igual de bien y me seguía mirado con la misma cautela que la última vez que nos habíamos visto, a la salida del cine, una noche cualquiera.

—Dany... —susurró mi hermano.

Di un paso hacia Felipe, que no movía un ápice de su cuerpo, y me incliné para darle dos besos. Me los dio, aunque no hacía falta ser muy avispada para darse cuenta de que no entendía qué estaba pasando ni a qué se debía mi nueva actitud.

—¿Cómo estás? —pregunté sonriente.

«No me importa lo más mínimo», reaccionó mi subconsciente a mi pregunta.

—Bien —logró pronunciar él—. ¿Y tú?

«Ahora te has metido en un círculo de cortesía del que has de salir. No vas a ser lo que te pidió: no serás su amiga, Dany», insistió mi parte dramática, pero no la escuché.

—Muy bien —hasta yo reaccioné con un pequeño sobresalto al escuchar mi propia voz—. He venido a ver si aquí, el caballero, necesita una ayudante.

Le guiñé un ojo a Jon, que acababa de envejecer seis años, y él me devolvió una sonrisa torpe.

—Felipe ha venido a hacer un encargo —me explicó Jon como si quisiera escudarse en algo que no fuera la amistad que mantenía con su mejor amigo y el hombre que me había roto el corazón.

Me acerqué al amplio escritorio y vi unos bocetos.

—¿Puedo? —pregunté mirando a Felipe.

Él asintió. ¡Dios, cómo había echado de menos esos ojos negros y esos labios amables!

Cogí los bocetos para apartarme cuanto antes de la tentación.

—Son espectaculares —felicité a mi hermano—. Aunque me imagino que no te llevará poco tiempo hacer unos armarios de esta envergadura.

Mi teléfono sonó en aquel momento. Un mensaje. Lo abrí frente a los ojos escudriñadores de los dos.

Creo que no te impresioné lo suficiente, porque no he vuelto a saber de ti. ¿Es posible que tenga otra oportunidad con una porción de tarta de limón en algún lugar de Grecia?

Pablo

Me reí estruendosamente, olvidando por completo que no estaba sola. Así que al final no había resistido más tiempo y había tenido la necesidad de escribirme. ¿Eso era lo que se sentía cuando ganabas la partida?

—¿Todo bien? —preguntó Felipe.

Mi hermano carraspeó al discernir en su voz lo mismo que yo había percatado: celos.

—Sí —miré a Jon—. Veo que estás ocupado y me acaba de escribir un amigo, así que tal vez podríamos vernos mañana. ¿Vas a ir a comer a casa?

Era la forma más elegante y sutil en la que había escapado de Felipe. Él no me quitaba los ojos de encima.

—Puedes decirles a Ricardo y Eric que vengan al taller, si quieren —puntualizó el ingenuo de mi hermano creyendo que el mensaje era de alguno de los dos.

—Están trabajando —contesté yo sin dar más explicaciones. Quería que el no saber les atormentara, bueno, tan solo a Felipe. A mi hermano le contaría la verdad más tarde.

—Entiendo —concluyó finalmente.

Le di un par de besos en la mejilla, los que no le había dado al llegar, y al pasar por el lado de Felipe le

acaricié el antebrazo, como solía hacer cuando aún no estábamos juntos.

—Pasad un buen día.

Cerré la puerta con cuidado, sin alterarme. A medida que recorría de nuevo cada metro cuadrado del taller, me di cuenta de que la sonrisa se iba reconvirtiendo en algo que no sabía muy bien lo que pretendía ser: ¿indiferencia o dolor?

Teclé un mensaje en respuesta al anterior para olvidarme del mal trago que acababa de hacer pasar por mi garganta como un chupito de aguardiente.

«¿Cuándo nos vamos a Grecia?».

A los pocos segundos recibí la respuesta: «Ya te estoy esperando ahí».

Recibí al momento una foto de la plaza que llevaba por nombre el del país. Desde luego me impresionaba, y me hacía reír, razón por la que puse rumbo hacia allí, aunque no estaba segura de que mi aspecto fuera del gusto de Pablo, que parecía mucho más clásico. No pensé más en ello, porque si tenía algún interés, por remoto que fuera, no le importarían mis vaqueros claros rotos en las rodillas, las deportivas y la camiseta de The Beatles.

Cuando doblé la esquina que llevaba a mi Grecia particular, pensando aún en la ropa, le vi sentado en la fuente, dándole vueltas a su teléfono móvil y con una bolsa de papel de Ricpostres. ¿Acaso estaba convencido de que iría o solo había sido producto de la casualidad? Con ese chico nunca sabía qué esperar, y no sé si eso acababa de gustarme.

—¿Tarta de limón? —señalé la bolsa cuando estuve a su lado.

Levantó la vista del suelo, sorprendido. Se puso en pie y me dio dos besos. Su aspecto era igual de informal que el mío, así que me sentí mucho más segura. Llevaba unos vaqueros con chanclas de piel marrón y una camiseta blanca que no le hacía justicia a su cuerpo tonificado porque era demasiado ancha.

—Tarta de limón —contestó.

Me senté y él hizo lo mismo.

—Espero no haberte pillado en un mal momento —se disculpó más que indagó.

—En realidad, me has salvado de un mal momento —corregí mientras él sacaba las porciones de tarta de la bolsa y me pasaba una.

—Explicate.

—Preferiría no hacerlo —dije pegando el primer bocado a la deliciosa masa de bizcocho recubierta de crema de limón.

—Preferiría que lo hicieras —le dediqué una de mis miradas menos serenas—. Aunque si no quieres hacerlo no te presionaré.

—Estoy bien —dije pensando que eso era lo que quería oír, y parecía que realmente era así.

Comimos en silencio, haciendo algún comentario sobre el calor, el trabajo, las maravillosas manos del repostero de Ricpostres. ¿No teníamos nada de qué hablar? ¿De qué habíamos estado conversando en nuestra anterior cita?

Le miré de arriba abajo mientras él seguía comiendo, ajeno a mi invasión de su espacio personal, y reparé en la enorme atracción sexual que sentía hacia él. Creo que ese había sido el motivo por el que me habían dado igual los silencios. Pero ahora, a la luz del día, todo parecía distinto.

Cuando acabamos de comer, ya ni siquiera teníamos la excusa de masticar. Mi cabeza pensaba que era un buen momento para inventarme un motivo por el que marcharme, pero mi cuerpo decía lo

contrario, y una vez más habló por mí.

Me acerqué un poco más y él comprendió de inmediato que buscaba su boca, que me acarició con la misma intensidad eléctrica que la última vez. Estuvimos besándonos como dos adolescentes, ante las miradas risueñas y escandalizadas de la gente que pasaba por nuestro lado. Pero cuando finalmente nos apartamos, lo único que pudimos hacer fue sonreír.

¿Y ya está? ¿Eso iba a ser todo? ¿Era esa clase de hombre que no decía nada?

—Tendré que invitarte otro día a tu postre favorito. ¿Cuál es? —me sentí estúpida nada más manifestar ese pensamiento en voz alta.

—Helado.

—Helado, entonces.

¿Y ya está?, continuó ametrallándome mi subconsciente. ¿Helado, entonces?

—Danielle.

Vi una sombra que tapaba parte de la luz que nos había cegado hasta el momento. Puse una mano en mi frente, que interpretó el papel de visera y descubrí a Héctor, erguido como nunca antes.

—¡Hola! —me levanté como un rayo y le di un

abrazo efusivo.

—Era consciente de que tenías ganas de verme, pero no tantas —dijo con un deje maléfico en la voz cuando me aparté de él y echó un rápido vistazo a Pablo.

Este se puso en pie y le tendió la mano. No había preocupación en su gesto: una de dos, o la presencia de Héctor le dejaba indiferente o lo que le causaba indiferencia era yo. Les presenté. Se estrecharon las manos con tranquilidad.

—Solo quería saludar —Héctor me pasó una mano por el pelo. Pero, ¿qué estaba haciendo? No era propio de él—. Y recordarte que aún tenemos algo pendiente.

Me guiñó un ojo y supe que me ruboricé, aunque no había nada malo en aquella afirmación, él procuró que sonara indecente. Pablo ni se inmutó. ¿Estaba Héctor poniendo a prueba al individuo con el que, probablemente, me había visto besarme?

—¿Tantas ganas tienes?

Vi que intentó no reírse a carcajadas al ver que al fin había entendido cuál era su táctica.

—Tantas que ya ni como ni duermo.

Pablo rio, aunque estoy cien por cien segura de que

ni siquiera supo por qué.

—¿Ibas a casa? —le pregunté a Héctor.

—Sí —mintió.

—Te acompaño. Tengo que recoger una cosas de la galería de camino —seguí mintiendo yo.

—Tal vez debamos quedar en otro momento —sugirió Pablo con tranquilidad.

—Sí —asentí. Le di dos besos—. Iremos a Ricpostres a que elijas algo.

Se despidió de Héctor y echó a andar. Supe que no iríamos más allá de Ricpostres y el disgusto de mi cuerpo no fue pequeño. Miré a Héctor y suspiré. Apoyé la cabeza en su hombro.

—Uno menos —dije.

—¿Nos tachas en una lista? —preguntó con una sonrisa torcida.

Mis ojos se quedaron vagando por sus labios durante más tiempo del permitido. Se dio cuenta, pero no dijo nada.

—Sí, y os pongo nota también.

Comenzamos a andar, en dirección al apartamento. Estaba decidida a invitarle a comer después de haberme alejado del huracán silencioso. Ese no era mi

día, o quizá sí.

—¿Y qué nota le has puesto a este último?

Dudé. No quería compartir con Héctor la necesidad que mi cuerpo había tenido de él, así que omití ese detalle. Mi teléfono sonó. Miré la pantalla: «Me ha gustado conocer a tu hermano. P.».

Le enseñé el teléfono.

—¿Un seis es una nota muy elevada teniendo en cuenta esto?

Ambos nos reímos mientras nos perdíamos entre la multitud que invadía las calles ese sábado de principios de septiembre. Un mes que iba a ser muy largo.

Capítulo 9

—¿Hay algo que no sepas hacer? —le pregunté a Héctor al ver la facilidad con la que se movía en la cocina.

Verduras salteadas, arroz con curry, macedonia. Sus manos iban de un lado a otro sin dudar: cortaban, añadían y giraban sartenes y cazos. Y, sin embargo, pese a que no se detenía ni un solo momento y aunque hubiera podido centrarme en cualquier cosa, o no hacerlo en ninguna, no paraba de preguntarme, ahí sentada, en la isla de la cocina, cómo era posible que no dejara de sonreír ni un solo momento. A lo mejor era de esa clase de personas que es incapaz de dibujar un mal gesto o quizá tenía motivos reales para ser dichoso. Pero, ¿cómo iba a saber yo eso si nunca le preguntaba nada personal? Tal vez ese era un buen momento para hacerlo.

—¿Vives solo, Héctor?

—No, vivo con Grimm —contestó mientras troceaba unas zanahorias como si estuviera concursando en *Top Chef*—. Es mi perro.

—¿Tienes un perro?

Siempre había querido tener uno, pero mi madre era alérgica, así que en casa nunca había entrado animal alguno. Cuando me mudé, los chicos se opusieron. No teníamos tiempo suficiente para hacernos cargo de un cachorro. Recuerdo haber lloriqueado, incluso haberles retirado la palabra durante algunos días, pero no había surtido el más mínimo efecto.

—Un *golden retriever*. Es mayor, pero me hace mucha compañía.

—Me encantaría que lo trajeras algún día —dije.

—Puedes venir a conocerle cuando quieras, Danielle.

Mi nombre en su voz profunda, de locutor de radio, sonaba armónico.

Había acabado con las zanahorias y se adueñó ahora del calabacín. Repitió el mismo proceso. Tenía más preguntas, muchísimas más. Y bien mirado, ¿por

qué no hacerlas? Si no me contestaba, podría soportarlo.

—¿Ves mucho a tu familia?

Asintió con la cabeza.

—Un par de veces al mes —cogió un trozo de zanahoria y se lo llevó a la boca—. Viven a unas tres horas en coche, y hay veces que no puedo ir, pero lo entienden —acabó de masticar—. Últimamente he ido bastante. Mi hermana mayor se casa y están entusiasmados. Soy el padrino y no tengo más remedio que ir a ayudarla en todo aquello que demande.

Verle comer me abrió el apetito, pero las zanahorias no eran santo de mi devoción, así que cogí una fresa del cuenco que tenía a mi lado.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintiséis —contestó, por supuesto sin dejar de sonreír.

He de reconocer que tenía una sonrisa muy bonita. Dientes blanquísimos, labios carnosos y rosados y esa torcedura que le quitaba cierta amabilidad.

—¿Cuántos tienes tú, entonces? —pregunté al darme cuenta de que esa era la edad que le había adjudicado a él.

Se señaló con el dedo, sorprendido porque no lo supiera.

—Veintidós —un año más pequeño, se me abrieron los ojos más de lo políticamente correcto—. Cumplo veintitrés el día dos de diciembre —la misma edad, tan solo unos meses más pequeño. Me relajé, aunque, ¿qué más me daba? ¿No había descartado cualquier posibilidad de que pudiera haber algo entre los dos?

—¿Y tú? ¿Estás nervioso?

—Podría mentirte, pero acabarías descubriendo que sí, estoy muy nervioso.

Era más que evidente lo mucho que quería a su hermana, aunque encontraba cierta tristeza en sus ojos.

—No has de estarlo, tranquilo.

—Sí, lo sé —echó la zanahoria y el calabacín al *wok*—. Es la responsabilidad, supongo.

—Por ser padrino.

—Y por tener que sustituir a mi padre —cogió un pimiento y siguió con su labor.

¿Su padre? ¿Acaso su padre...?

—Lo siento, Héctor, no sabía... —quise disculparme, pero la perplejidad de su cara me detuvo.

—¿Qué? No, no. Está vivo —sonrió al darse cuenta de cuáles eran mis conclusiones a su comentario—. Es algo más complicado que eso.

Cogí otra fresa. No quería entrometerme, no en asuntos familiares, pero él determinó, por algún extraño motivo, que debía saberlo.

—Nunca aprobó la relación que mantienen mi hermana y su prometido, así que se opuso rotundamente a ir a la boda. Entiendo su postura, no te creas. Tampoco he tenido nunca en gran estima a mi cuñado, es por su personalidad, fría y distante —yo asentía y seguía comiendo, atenta a todo. Él se había detenido y me miraba fijamente—. En nuestra familia somos muy...

—¿Alegres? —pregunté.

—Podríamos decir que sí —me dio una palmada en la rodilla y siguió cortando pimiento—. La cuestión es que pese a su frialdad, hace feliz a mi hermana, y no voy a ser yo el que le arrebate esa felicidad. Aunque, como podrás imaginar, no será nada sencillo para mí llevarla al altar. No es algo que yo deba hacer. Y eso me pone nervioso.

Añadió el pimiento al resto de la verdura y se

apoyó en la encimera, aunque no se sentó a mi lado. Parecía, de repente, mucho más cansado de lo que había pensado. Coloqué mis manos sobre sus hombros y le di un apretón.

—A lo mejor cambia de parecer.

Se rio, aunque con la alegría de aquel al que le acaban de decir que se va a morir.

—¿Sabes por qué me fui de casa?

«¡Alerta!», gritó mi subconsciente. No se había independizado, se había ido de casa. Puede parecer que es lo mismo, pero no lo es. Negué, aunque no aparté mis manos de sus hombros. Llegué a la conclusión de que en aquel momento necesitaba contacto.

—Encontré a Grimm a los diecinueve años en la cuneta de una carretera, cuando volvía de la universidad, y me lo llevé a casa. Mi padre estaba de viaje, y aún tardaría una semana en volver. Todos le cogimos mucho cariño, y él a nosotros —entreví su sonrisa pese a que estaba de espaldas—, pero cuando mi padre volvió me dijo que tenía que llevarlo a la perrera, o que hiciera con él lo que quisiera, pero que no se quedaría en su casa. Le pedimos por favor, tanto

mis hermanos como yo y mi madre, que dejara que se quedase, pero no hubo manera de convencerle, porque él nunca da su brazo a torcer, Danielle, nunca cambia de opinión.

—Y te fuiste.

—Sí. Mi hermana y yo trabajábamos ya en aquel entonces, para costearnos nuestros gastos. Así que nos fuimos juntos. Con Grimm.

Se volvió y me dedicó una amplia sonrisa.

—Cuando empecé a trabajar en la empresa de publicidad como becario, hace dos años, me fui a vivir solo. Sobre todo porque mi hermana se fue con su prometido.

—¿Te puedo decir que es la historia más bonita que me han contado? —sonreí.

—¿La parte concerniente a Grimm o yo temblando de miedo por el día de la boda?

Se echó a un lado y esperó a que le diera una respuesta, pero no pude hacerlo, porque su tono mordaz volvió a desarmarme y acabé riéndome.

—Ya me imaginaba —se contestó a sí mismo.

Me arrebató el cuenco de fresas.

—Me gusta hablar contigo —confesé.

—Pues espero estar satisfaciendo tus necesidades. No me sentiría bien sabiendo que te dejo a medias.

Otra vez las insinuaciones. No ayudaban en absoluto a verle como había determinado hacerlo. ¿No se supone que no había habido química? No tenía que pensar en eso, porque no me llevaría a ninguna parte. Decidí, simplemente, seguirle la corriente.

—Si me devolvieras las fresas, estaría más que satisfecha.

Me tendió el bol y cuando estiré la mano para cogerlo lo echó a un lado.

—¡Eh! Solo una —me advirtió.

No sé por qué a continuación dije lo que dije, pero salió de mi boca como si quisiera causar algún efecto. No podía contárselo a Ricardo ni a Eric, porque ya habían tenido que aguantar demasiadas historias relacionadas con el mismo tema, pero tal vez Héctor pudiera darme otro punto de vista. Parecía un hombre cabal y bastante objetivo.

—Hoy he ido a ver a mi hermano al taller.

—¿Cuándo me vas a llevar? —preguntó entusiasmado.

—Pronto —contesté sonriendo. Él me guiñó un ojo

—. Me he encontrado ahí a mi exnovio —el último corte del cuchillo resonó en la cocina. Héctor lo dejó sobre la madera y se dejó caer en el taburete que tenía al lado. Había captado toda su atención—. Mi hermano y él son muy amigos —expliqué, pero él no dio señal alguna de estar escuchándome, si no hubiera sido porque sus ojos estaban clavados en mí como alfileres, habría pensado que ni siquiera estaba en la estancia conmigo.

—¿Y qué ha pasado? —habló al final.

—Nada, he sido todo lo cordial que podía ser.

—Parece que hoy ha sido un día muy intenso, ¿eh?

Volvió a sonreír, pero no pude creerme, esta vez, que esa fuera una sonrisa auténtica. A lo mejor me había tomado demasiadas libertades. No éramos tan amigos como para contarle... Pero lo hice.

—Felipe me engañó con Manuela, su amante —solté.

Era la primera persona a la que se lo contaba y, aunque había creído que al decirlo me sentiría mejor, la verdad es que me encontraba bastante peor.

Me bajé de la encimera, porque ahí me sentía demasiado expuesta, desnuda ante los ojos de Héctor.

—¿Lo sabe Ricardo? —preguntó él cauto.

No entendí por qué me preguntó por él, pero decidí contestar.

—No. No lo sabe nadie —sonreí para quitarle hierro al asunto, que ya de por sí pesaba demasiado—. Bueno, tú.

No se movió de su sitio. ¿Qué había dicho? ¿Por qué lo había hecho? Le había hecho sentir incómodo. ¿Es que nunca aprendería a callarme?

—Pero estoy muy bien. Ha pasado ya mucho tiempo.

—Será mejor que quite la salsa del fuego, no vaya a quemarse.

Marcha atrás, quería retroceder a la plaza de Grecia y despedirme de Héctor sin invitarle a comer, pero ya no podía. Y tampoco podía entender por qué había adoptado esa postura de repente.

La puerta de la entrada me salvó.

—Ya estoy en casa.

Eric.

Entró en la cocina sonriente, aunque no esperaba encontrarse aquel ambiente apagado con el que se topó. Nos saludó a los dos e hizo algunos comentarios

sobre lo bien que olía la comida. Después se sentó en uno de los taburetes frente a mí, sacó su teléfono del bolsillo y me enseñó algo en su pantalla. Un mensaje. Un mensaje de Laura que decía: «Sé que es sábado, pero tal vez podemos vernos igualmente. Si estás libre, podríamos cenar». Sonreí. Mi táctica había sido fructífera al fin y al cabo, y me dolió no tener, en aquel momento, la capacidad suficiente de alegrarme por mi mejor amigo. Le di un abrazo, aunque más porque lo necesitaba yo que por su propia celebración.

—Será mejor que os deje que habléis de vuestras cosas. Aún tengo trabajo que hacer en casa y ya sabéis que Ricardo es muy exigente.

Héctor se quitó el delantal.

—No te vayas. Si has hecho tú la comida —pidió Eric.

—Otro día me quedo —insistió Héctor.

—Lo siento —me disculpé—. No tienes por qué irte.

Dibujó una sonrisa muy fría, demasiado, y pasó por nuestro lado dejando en el aire un «adiós».

Y entonces, cuando oí la puerta de la entrada cerrarse, me eché a llorar. Por todo lo que había

pasado esa mañana y en concreto por la sensación de vacío que sentía en ese momento en algún lugar de mi estómago. Y no era hambre, sino el lugar que había dejado el secreto que había guardado durante demasiado tiempo.

Eric me hizo preguntas que no pude contestar.

Me zarandéo.

Me abrazó.

Me habló.

Pero yo no pude reaccionar, como aquel día en el que había descubierto a Felipe y Manuela, como ese día, me escapé a mi habitación, me encerré ahí y lloré olvidándome de todo. El pasado volvía con zapatos de metal envenenados que se habían propuesto recorrer cada parcela de mi corazón.

En algún momento me quedé dormida.

Y en algún otro desperté en medio de una noche que me pareció afable, más que el día. Vi luz por debajo de la puerta, así que no salí de la habitación. Eric seguramente le había contado a Ricardo lo sucedido y... Me incorporé en la cama. Cabía la

posibilidad de que Eric hubiese interpretado mal lo ocurrido. ¿Y si le había dicho que Héctor era el culpable de aquel ataque irracional?

Me levanté de la cama como pude, porque me dolía todo el cuerpo, abrí la puerta y me arrastré por las escaleras del dúplex. Eric no estaba en casa, se había ido con Laura. Ricardo, sin embargo, estaba sentado en el sofá con un montón de carpetas esparcidas sobre la mesita del café.

Se quitó las gafas de leer al verme.

—¿Te encuentras mejor?

Asentí mientras me sentaba a su lado, porque en parte era verdad. El sueño me había ayudado a relajarme.

—Eric me lo ha contado.

Como ya había intuido.

—Te he dicho mil veces que la comida basura no sienta bien.

Fruncí el ceño y se dio cuenta.

—Te ha sentado mal la comida, ¿no?

Me estaba analizando, porque tenía una enorme facilidad para discernir el peculiar olor de las mentiras. Y supongo que la presión de saber que él podía no

creerme me llevó a no mentirle. Aunque Eric me había encubierto, al final no había servido de nada. Me delataba yo sola.

—Me he encontrado a Felipe.

Ricardo no se sorprendió lo más mínimo. Se frotó los ojos, dejó las gafas sobre la mesa y se tumbó en el sofá poniendo su cabeza sobre mi regazo.

—Lo sé. Jon me envió un mensaje para decirme que te habías comportado de forma muy extraña. Que parecías totalmente indiferente a la presencia de Felipe.

—Sí.

Me molestó que a todos les sorprendiera tanto mi indiferencia, pero que consideraran normal el dolor.

—¿Y llegaste a casa y te hundiste?

No me miraba. Su antebrazo le cubría los ojos, aunque sabía que podía ver algo más importante que mi cara, mis sentimientos en mis palabras.

—Héctor vino a comer. Yo le invité. Cocinó. Me contó cosas de su familia. No sé por qué, le hablé de Felipe. Se puso serio. Llegó Eric. Héctor se fue. Se me vino el mundo encima.

Tuve que reconstruir los sucesos con frases cortas.

Ni mi mente ni mi boca eran capaces de articular nada mejor.

—¿Sigues viéndote con Héctor?

—Somos amigos —contesté.

—¿Y Pablo?

—Somos amigos —repetí.

—¿También? —apartó el brazo para mirarme sin entender nada.

—No tenemos nada de lo que hablar. Es atractivo, pero me aburre.

Sonrió. Extendió su brazo y me acarició el mentón.

—Te buscaremos otra cita, cariño —dijo él.

Parecía no querer entrometerse demasiado. Aceptar que las cosas eran así, sin más.

—Tal vez debemos dejar las citas por un tiempo, Ricardo. No están saliendo bien, y aunque me entretengo en el momento, tampoco quiero convertirlo en una rutina. Es divertido una, dos veces e incluso tres. Ya he tenido tres. No quiero más.

—Porque has visto a Felipe —no era una pregunta—. No tomes decisiones en caliente, porque a lo mejor luego te arrepientes.

—Tal vez tengas razón, pero ahora mismo no creo

que sea lo mejor.

Ricardo suspiró, algo que solo hacía cuando una situación le sobrepasaba. Eso significaba, simplemente, que estaba seguro de que tenía razón. ¿Cómo rebatir con alguien que no ve más allá de su postura?

—Héctor tendrá sus propios problemas. No es culpa tuya.

Sonó seguro, como si él supiera cuáles eran esos problemas.

—Estaba bien hasta que...

¿Cómo contárselo sin contárselo?

—Hablaré con él. A lo mejor tienes razón, puede que tuviera un mal día —dije para alejar ese tema de conversación.

Estaba convencida de que su disgusto era consecuencia de la infidelidad de la que le había hablado. ¿Había pasado, acaso, por una relación tan tempestuosa como la mía? ¿Cómo no había considerado esa posibilidad?

—Deja de intentar arreglar los problemas de los demás y céntrate en ti —dijo Ricardo claramente enfadado.

Se apartó de mi lado. Recogió todas las carpetas de

la mesa.

—No intento arreglar los problemas de nadie — susurré acurrucada en una esquina del sofá.

Dejó caer todas las carpetas de golpe, provocando un ruido sordo. ¿Él también había tenido un día malo o, por el contrario, como con Héctor yo era el detonante del mal humor de Ricardo?

—¡Venga, Dany! Eso es lo que haces siempre: no has parado hasta que Eric y Laura se han vuelto a ver, cuando estabas con Felipe no veías más allá de él, animaste a tu hermano a que siguiera su sueño y le ayudaste en todo lo que pudiste, incluso en el colegio te enfrentabas a los fuertes para resolver los problemas de los débiles. Pero, ¿qué pasa con los tuyos? Yo no voy a estar aquí siempre.

Se llevó las manos a la cabeza. Se le veía agotado. Me dolió tanto pensar en ese último comentario —yo no voy a estar aquí siempre— que no podría encontrar una palabra que expresase el temor que latió en mi pecho. Yo era consciente de que Eric acabaría yéndose con Laura y Ricardo encontraría a alguien y entonces el dúplex sería un corral demasiado grande para una sola gallina. ¿Qué haría sola? No sabía vivir

sola. Ese era un problema del que, como me estaba diciendo Ricardo, tendría que ocuparme.

—No hace falta que te preocupes por mí.

Me levanté, le di un beso en la mejilla y le dediqué la mejor de mis sonrisas.

—No estás obligado a quedarte aquí. Tienes que buscar tu propia felicidad, Ricardo. Así que deja de intentar buscar la mía, porque acabaré por encontrarla sola.

Podía sentir el dolor que le habían causado esas palabras, porque era similar al que había percibido yo en algún lugar de mi pecho. El mayor defecto de Ricardo era que se parecía demasiado a mí. De hecho, nos parecíamos tanto que, de forma inconsciente, intentábamos subsanar nuestros propios errores en el otro.

—Dany, yo no te estoy dejando —replicó como si yo hubiera insinuado eso—. Solo quiero saber que, si algún día, por el motivo que sea, he de ausentarme, Felipe no será lo primero que recuerdes ni lo último en lo que pienses antes de dormirte. El pasado —me abrazó justo a tiempo para no echarme a llorar— es un péndulo que viene y va, eso lo entiendo, pero cuanta

más fuerza le trasmite cuando lo empujas, más lejos va.

Entonces, tendría que empujarlo muy fuerte.

Capítulo 10

Aquella noche soñé. Me desperté en un recuerdo que me resultaba tan irrisorio como bailar una jota en un entierro. Pero no pude, sin embargo, alejarme de él, de ese momento exacto en el que supe que sentía algo por Felipe. No pude correr de nuevo hacia mi cama y, aunque lo intenté todo, no me quedó otro remedio que vagar por las carreteras de un verano, como el de ese mismo año, que me llevó directa a la casa de mis padres. Ese día cuando me descubrí a mí misma dibujándole una sonrisa al mejor amigo de mi hermano. Una sonrisa que decía demasiadas cosas.

Estábamos sentados alrededor de la gran mesa de roble del salón, que había hecho mi padre hacía ya tantos años que nadie recordaba la fecha exacta en la que se había adueñado del salón con su barniz y sus grandes patas barrocas. Cuando era pequeña, aquella

mesa me hacía sentir insignificante. Tan majestuosa como era, yo parecía una hormiga frente a un elefante. Pero, en aquel recuerdo, sé que mis codos encontraron el apoyo necesario en su robustez para no desplomarme de la silla en cuanto Felipe contestó a mi sonrisa con un guiño. Un guiño que me salvaría de otros sentimientos durante un tiempo y que, de un modo u otro, me harían sufrir más de lo que ya lo estaba haciendo.

No sé dónde encontré el coraje para mirarle a los ojos, pero lo hice. Una y otra vez. Como si fuera el estribillo de una canción demasiado larga. Cansado, me figuro, de que no dejara de contemplarle ni un segundo, elevó las cejas en silencio, formulándome una pregunta que yo no entendí y que el resto de los presentes ni siquiera imaginó. Repetí su expresión, aunque el arqueado de mis cejas denotaba sorpresa, más que una interrogación. Él sonrió y volvió a prestarle atención a mi hermano, que le contaba con gran entusiasmo el reencuentro con unos compañeros de la facultad.

—Danielle, he encontrado aquellos álbumes de fotografías que buscabas —pronuncio mi madre de repente, con ese suave acento francés que aún

conservaba—. Te las he dejado en tu habitación.

Asentí y me bebí el café que me quedaba de un trago.

Hacía un año que me había ido de casa y la que era mi habitación ahora me parecía un susurro de una adolescente adormilada. Pese a ello, me gustó que siguiera todo dispuesto como cuando me fui. El puesto de becaria en L' Art me había permitido ver el mundo desde la independencia, aunque Eric y Ricardo se habían convertido en dos guardaespaldas.

Encontré las cajas sobre la cama y extraje los álbumes de ellas. Eran tantos... Comencé a pasar las fotografías hasta encontrar la que estaba buscando, una en la que estábamos los tres, sonriendo, en mi cumpleaños. Ser vecina de aquellos dos chicos me había traído alegrías y llantos. No podía recordar un día sin ellos. De pequeña había tenido que soportar sus trastadas. No dudaban en hacerme rabiarse, pero no permitían que nadie hiciera lo mismo. Y ahora ellos eran unos hombres, hechos y derechos, que podían estar dónde quisieran y cómo quisieran, sin embargo, se quedaban conmigo.

—¿Pensando en los viejos tiempos? —me preguntó

Felipe.

Asentí cuando le vi entrar en la habitación con la taza de café en la mano. No dudó en sentarse a mi lado en la cama, después de dejar la taza sobre la mesilla. Se inclinó hacia delante para contemplar la fotografía de la que no podía apartar los ojos.

—El tiempo vuela —susurré.

—¿El tiempo o nosotros? —me preguntó.

Aquel día hacía mucho calor. Las ventanas estaban abiertas y las chicharras murmuraban algo que no podía comprender. Noté cómo los mechones de pelo se pegaban alrededor de mi cuello. Tendría que cortármelo.

—Todos tenemos que volar en algún momento. Es inevitable —concluí.

Entrecerró los ojos para mirarme con cautela. Intentaba, de algún modo, descifrar algo en la sonrisa que se desprendía de mis labios. ¿Me ponía nerviosa? Desde luego, pero tenía una confianza en mí misma que hacía que, por lo menos, pudiera disimular de la mejor manera posible ese hormigueo interno del que tendría que haberme desecho. Pero era junio. El verano acababa de empezar, y en verano nadie piensa,

en nada.

—¿Te gusto? —me preguntó.

Ahugué un grito de sorpresa, ya que no me había prevenido de aquello.

—Tú a mí sí —siguió al ver que, pese a mirarle a los ojos, no era capaz de contestar nada.

Estaba desconcertada. «¿Pero qué clase de declaración es esta?», había pensado. Sin romanticismo. Después comprobaría que esa sería una rutina en nuestra relación. No había síntomas de enamoramiento por ninguna parte.

—Sí —contesté al final, aunque ya no tenía claro si él sabría a qué me estaba refiriendo.

—Eso pensaba —apuntó.

¿Eso pensaba? Tendría que haberme dado cuenta en aquel momento de que esa relación no iba a ir a ninguna parte. Pero era una insensata que acababa de cumplir veinte años y a quien un chico mayor y atractivo le prestaba toda su atención. ¿He dicho toda? ¡Válgame Dios!

—No sé qué pensará mi hermano —me atreví a decir.

—No creo que ponga ningún problema.

Sus labios carnosos se tornaron en una curvatura perfecta, que tenía ganas de besar durante días.

—Pero, en ese caso, ¿qué quieres? —pregunté.

Siempre me habían gustado las cosas claras, por lo menos tenía una buena virtud entre tanta inconsciencia.

—Intentarlo, en serio. Nos gustamos, ¿qué problema hay?

La tranquilidad con la que abordaba todos los asuntos, lejos de contagiarme la misma sensación, me ponía todavía más nerviosa. Porque para mí, eso era síntoma de pasotismo, de que, en realidad, no le importaba nada de lo que estuviera pasándosele por la cabeza. Y aunque todas estas cosas ya las pensaba entonces, no pude remediar sentir lo que sentí. No pude no quererle. Ni pude poner una barrera de por medio para que no me doliera su traición.

—Está bien —recuerdo haberle contestado.

—Cuidaré de ti —prometió él en el momento exacto en el que tiró de mi brazo para colocarme sobre sus piernas.

Tenía demasiados secretos que contarle; secretos que llegarían después.

—Espero que lo hagas —contesté.

Me pareció el diálogo más insulso de toda mi vida, como si acabara de cerrar un trato, como si me hubiera comprado un televisor, como si me hubieran leído las instrucciones de una lavadora que se averiaría pronto. Pero no me importó en el momento en el que me besó por primera vez.

Y después fuimos otros, muy diferentes a los que habíamos sido. Los meses transcurrieron como soplidos apagados. Las primeras semanas, la montaña rusa no paraba de subir hacia el cielo, la brisa era hasta agradable. Después fue descendiendo y el aire pesaba cada vez más. ¿Hubo crisis? Tantas —algunas pequeñas y otras grandes— que ya ni siquiera puedo recordarlas. No era algo puntual, simplemente éramos nosotros, que no encajábamos en esa fotografía del salón de mis padres. Al año, seguíamos ahí, sentados alrededor de la mesa de roble, en la que me apoyaba como la primera vez, también para no caerme, pero no por los mismos motivos.

Seis meses después nos habíamos vuelto unos completos desconocidos, que se saludaban al verse, que se ignoraban al besarse, que se alejaban cada vez

que podían. Y me dolía, tanto que esperaba a que, en balde, todo se solucionase. Pero el remedio a la enfermedad no llegó nunca. Pocos meses después, unas semanas antes de que cumpliéramos dos años llenos de altibajos, pude ver con mis propios ojos el remedio que Felipe había encontrado a su enfermedad.

No le grité ni dije nada. Sé que lloré y que me fui, tan rápido como pude. Me fui mientras su voz se repetía en mi cabeza como un mantra: «Cuidaré de ti. Cuidaré de ti. Cuidaré de ti. Cuidaré de ti...».

Cogí una bocanada de aire y la pesadilla, que había pasado a cámara rápida, se desprendió de mis retinas y volví a la oscuridad envolvente de mi habitación. Lejos, muy lejos de aquel cuidaré de ti que nunca tuvo lugar.

Capítulo 11

Sentí que el colchón se hundía bajo el peso de alguien, pero mis ojos, que habían llorado demasiado el día anterior, me escocieron al intentar abrirlos. Por no hablar de que mi cuerpo había adoptado una postura fetal en la que siempre se había sentido especialmente cómodo. Como no tenía intención alguna de despertarme, una voz me habló.

—Dany, te he traído café.

Me giré en la cama y vi a Laura con dos tazas humeantes de café con leche. Si estaba ahí, tan solo podía significar una cosa. Tendría que olvidarme de mi preocupación y centrarme en su felicidad, al fin y al cabo yo también había luchado por que la reencontrasen.

Tendí la mano para coger una de las tazas y le sonreí a Laura, pero ella no me devolvió la sonrisa.

¿No habían ido bien las cosas? Mi cuerpo se tensó cuando me senté.

—¿Has estado llorando? —me preguntó.

—No —intenté no dudar—. ¿Cómo ha ido todo? —le di un sorbito al café. Le había puesto un poco de canela y estaba delicioso.

—Vamos a intentarlo.

Le pasé un brazo por encima de los hombros y la atraje con cuidado, para no derramar el café.

—Me alegro mucho... —pronuncié casi en un suspiro.

—Tú no estás bien.

—¡Lo estoy, lo estoy! Solo tengo que hablar con un amigo —dije para que se tranquilizara y no formulara más preguntas de las que yo estaba dispuesta a responder—. Entonces voy a verte a menudo por casa, ¡qué bien!

—Será mejor que hables con tu amigo —hizo hincapié en esta última palabra—. Escríbele, llámale. Haz algo.

—Si te dijera que no sé qué hice mal, ¿qué me dirías?

—Que la mayoría de las veces no lo sabemos.

Cogí mi teléfono móvil de la mesilla y en su lugar dejé la taza. Laura encendió la pequeña pantalla plasma y puso el telediario de la mañana. Era demasiado temprano, pero me ahogaba sin saber por qué.

«¿Has acabado el trabajo que tenías pendiente? Me gustaría enseñarte algo hoy».

Dejé el teléfono en la cama e intenté centrarme en la televisión, pero la verdad es que encendía la pantalla cada dos minutos por si el sonido o el modo vibración no me estaba avisando de su contestación.

Era muy temprano, intenté convencerme. Al ver que no paraba de darle vueltas al móvil, Laura me lo arrebató de las manos y lo alejó de mi alcance. Acabé de beberme el café, pero no obtuve respuesta, así que seguí ahogándome en el problema.

Media hora después, Eric entró en la habitación, le dio un beso a Laura —un beso de verdad— y después me miró, con un reflejo de preocupación y enfado. Ricardo debía de haberle contado lo que yo no había podido. Pero, ¿cuándo? ¿Es que una no podía guardar ni un solo secreto en esa casa?

—Dany —dijo Laura—, vamos a ir la playa un

rato, ¿vienes?

—No, gracias —no iba a hacer de carabina.

—No, claro —oí a Ricardo desde la puerta, que Eric había dejado abierta—, ella prefiere quedarse en la cama todo el día.

Aunque las palabras no eran muy amistosas, me di cuenta de que, a diferencia del día anterior, no intentaba hacerme sentir mal. Sonó mi teléfono. Casi salté de la cama, lo que no pasó desapercibido a ninguno de mis amigos. Lo cogí con manos temblorosas. Tuve que respirar para recobrar la calma. Pero, ¿qué se supone que estaba haciendo? Solo era un mensaje y solo era un amigo. Un amigo con el que las cosas eran fáciles a medias, por eso era un amigo, o, a lo mejor, intervino mi subconsciente, por eso no debería serlo.

«Estoy ocupado».

Carraspeé, cosa que hacía cuando me ponía nerviosa.

—¿Quién es? —preguntó Eric.

—Nadie.

—Su amigo —contestó Laura al mismo tiempo que yo.

—¿Nadie o tu amigo? —me interrogó Eric con una ceja levantada.

—Es Héctor —resolvió Ricardo, que siempre había sido demasiado perspicaz.

—Sí.

—¿Qué te ha dicho? —inquirió Laura.

—Está ocupado.

¿Para qué mentir si los secretos gritaban que querían ser contemplados por todos?

—¿Ocupado en qué? —preguntó Ricardo, algo mosqueado.

No, algo mosqueado, no. Enfadado, muy enfadado.

—Debe de ser por la boda de su hermana —le excusé—. Se casa pronto y él es el padrino.

—¿Y tiene que ir a probarse el vestido de novia?

Ricardo estaba irascible, era evidente. Había algo que no le gustaba, y no sabía el qué. Sacó su teléfono del bolsillo.

—¿Qué haces? —pregunté inquieta, dando un paso hacia él.

Pero Ricardo ya tenía el teléfono en la oreja.

—Buenos días, Héctor.

Su voz podría haber dejado helado al Yeti.

—¿Has acabado las pruebas de color que te pedí? ¿Sí? Bien. ¿Y el informe de la campaña Electra? ¿Sí? Bien. ¿La presentación del martes? Sí, ya me imaginaba. Bien, bien.

¿Qué diablos pretendía con aquel interrogatorio? Le hice una señal para que parase.

—No, no. Solo quería asegurarme de que no era ningún trabajo que yo te había mandado lo que imposibilitaba que hablaras con Dany.

Señor, dame paciencia, porque si me das fuerza lo mato. ¿Qué estaba haciendo? Era peor que mi hermano, porque Jon nunca había estado tan a la defensiva como Ricardo. Tal vez, su forma, casi obsesiva, de cuidarme, tenía algo que ver con aquel niño gordito, pecoso e indefenso del que me hice amiga en el colegio. Seguía ahí, solo que, físicamente, no quedaba más rastro de él que unas cuantas pecas.

—Sí, Danielle —pronunció mi nombre como si no entendiera por qué me llamaba así y no como el resto—, está bien, claro. Yo no sé qué os traéis entre manos, pero resolvedlo ya. Sí, es una orden, en efecto. Claro que no eres de mi propiedad. Sí, sé que no puedo mandarte fuera del trabajo, y aun así mira lo que me

importa. No, evidentemente puedes hacer lo que consideres oportuno. Eres inteligente, no creo que sea necesario que insista más. Había pensado que podría encargarse Miguel de todas las labores administrativas, pero tal vez esté ocupando durante algún tiempo si te dejo fuera de la labor creativa...

¡Dios mío! Le estaba amenazando con apartarle de lo que más le gustaba. Le chantajeaba con trabajo. Me lancé contra él y le quité el teléfono.

—Héctor, no le hagas caso.

Miré la pantalla para asegurarme de que no se había cortado la llamada, ya que al otro lado no escuchaba a nadie. Todos me observaban. Me aparté un poco.

—Lo siento.

Sabía que él entendería que no me refería a eso, si no a cualquier cosa que hubiera ocurrido el día anterior.

Colgué sin esperar una respuesta.

Le devolví el teléfono a Ricardo y me fui al cuarto de baño, aunque no a llorar. Necesitaba ducharme y quitarme aquella horrible sensación de la piel.

Me quedé ahí, debajo del agua fría durante tanto

tiempo que al final alguien se atrevió a llamar a la puerta. Contesté que saldría enseguida, aunque no recuerdo a quién iba dirigida aquella respuesta. Necesitaba pensar. Seguía repasando mentalmente lo que había hecho mal, lo que había dicho. Pero si Héctor no quería hablar conmigo, ¿hasta cuándo tendría yo que seguir divagando? Tampoco éramos tan amigos. De hecho, hacía escasas semanas que hablaba con él. ¡Qué hiciera lo que le diese la real gana!

De todos modos, cuando regresé a la habitación, con el pelo mojado chorreando sobre mi pijama, y vi la lucecita verde del teléfono encendida, se me abrió una pequeña brecha de esperanza en los pulmones, lo supe porque por un instante dejé de ahogarme.

La ilusión desapareció como las mariposas, aleteando hacia cualquier otro lugar.

«¿Vienes a comer a casa hoy? Lena».

«Sí».

La comida pasó sin altibajos, sin preguntas incómodas, entre risas, aperitivos y alguna que otra noticia. Fue tan monótona que nada podía haberme alterado. Comí despacio, porque todavía sentía el estómago revuelto. Rechacé el postre, ya que era tarta

de fresa. Las asociaba a Héctor. ¿En serio Dany? ¿Eso vas a hacer? Mi madre me miró extrañada, porque sabía que era una de mis tartas favoritas, pero mi cuñada atrajo su atención con cuestiones que tenían que ver con el bebé, del que se empeñaban en no saber el sexo.

No recibí ningún mensaje.

Después de comer no me quedé, como hacía otras veces, así que Lena se ofreció a acompañarme a casa. Insistió tanto que me fue imposible cavilar ninguna respuesta que aplacara su decisión.

—Te noto rara —me dijo en cuanto salimos por la puerta de casa.

—¿Más de lo normal? —pregunté.

—Más —contestó ella riendo.

El hecho de que se riera resultaba ser algo bueno, significaba que no estaba excesivamente preocupada por mí.

—Oye, ¿cómo va todo en la escuela de cocina? —pregunté al darme cuenta de que en los últimos tiempos había pasado a ser una hermana detestable.

Lena tenía muchas dotes para la cocina, y tras acabar el bachillerato, y a pesar de que podría haber

estudiado cualquier otra cosa, como mi padre se empeñaba en recordarle una y mil veces, decidió que eso era lo que quería hacer. Acababa de ganar un premio de cocina creativa y todos en la familia, sobre todo mi madre, nos sentíamos orgullosísimos.

—Estoy aprendiendo muchísimas cosas.

—¿Por qué no cocinas tú nunca en las comidas familiares?

—Ayudo a mamá, pero no quiero...

La humildad de Lena la hacía adorable. No quería arrebatarse el papel a nadie.

—¿Algún chico? —pregunté con malicia.

—Ahí mismo hay uno.

Esquivaba las preguntas que le resultaban incómodas, como yo.

—Jon me ha contado lo de Felipe.

Odiaba que se contaran las cosas entre ellos, y más cuando se trataba de cosas como esas, a las que quería restarles importancia, de las que necesitaba deshacerme.

—Dice que cuando te fuiste, no hizo más que preguntarte por ti.

Fingí que ni me sorprendía ni me importaba. Ahora,

cada vez que pensaba en Felipe, me acordaba de Héctor.

—Me alegra que esté bien, Lena, y espero que sea muy feliz.

—Os queríais tanto, Dan... —dijo cuando nos tuvimos que parar frente a un semáforo.

«Él no tanto», pensé.

—Sí, mucho. Pero tú lo has dicho, hermanita, nos queríamos. Pasado. Quiero impulsar ese péndulo con mucha fuerza para que llegue muy lejos.

Lena no entendió la metáfora.

—¿Has hablado, por lo menos, con tus amigas?

—Cuando las vea.

Puso cara de disgusto. Cruzamos la calle.

—¿Has tenido más citas desde lo de Pablo?

—O sea, que tú puedes preguntarme por mis citas y mi ex y yo no puedo preguntarte si hay algún chico —la señalé con el dedo.

—Hay uno —dijo a duras penas, como si tuviera un estropajo en la boca.

—¿Cómo es?

—Idiota.

Resumió, siendo tan expresiva como siempre, más

concisa que nunca. No pude reprimir la risa.

—Y cocina de pena. No sé qué hace ahí.

—Aprender, me figuro. Es una escuela —le recordé—. Y si le han admitido, tan mal no debe de cocinar.

—Cocina como tú.

—Oh, ¿en serio? ¿Tan bien?

Lena me dio un empujón al ver la mirada de reproche que le lanzaba.

—¿Te gusta?

—¿Me escuchas cuando hablo?

Me agarré a su brazo.

—Escuchar, te escucho, pero si te explicaras mejor...

—Me explico perfectamente, pero estás en Babia. No sé en qué estás pensando, o si estás pensado siquiera, pero vuelve de donde estés.

—Me he peleado con Héctor.

Lena se detuvo en medio de la calle, y unos ancianos tuvieron que esquivarnos para pasar. La sorpresa de la cara de mi hermana, o eso entendí, no era porque hubiera discutido —aunque no hubiera discusión ni pelea—, sino que ese alguien fuera

Héctor.

—¿El becario?

Asentí.

—¿Os seguís viendo?

—Nos hemos visto un par de veces o tres, pero como amigos.

—¿A solas?

—Más o menos. Vino una vez al museo. En otra ocasión fuimos los cuatro a tomarnos una copa y ayer vino a casa y estuvo cocinando, pero...

Lena puso los ojos en blanco.

—Eso también son citas, querida.

—No lo son —negué.

—Como quieras.

Lena no tenía ganas de discutir aquel día, y no porque no creyera que tenía razón. Entonces me di cuenta, me percaté de que no la había escuchado. La cogí por los hombros y la obligué a mirarme.

Insistir en acompañarme, no refutar nada de lo que decía, la parsimonia, las referencias a su compañero de clase. No la había escuchado.

—¿Ha pasado algo con ese chico?

Me cogió de la mano y siguió tirando de mí por la

calle, tardó en hablar, y mientras meditaba, no le hablé, pero finalmente se decidió a contármelo.

—Nos vemos de vez en cuando, fuera de la escuela quiero decir. Tiene esa clase de personalidad que a todas las chicas nos gusta, de hecho, podría asegurar que le gusta hasta a la profesora, que le dobla la edad. Me ha pedido que salgamos en serio, que salga con sus amigos, que...

—¿Qué hay de malo en eso? —pregunté.

—¡No puedo, Dany!

No comprendía qué estaba pasando, ¿acaso no es una historia de amor lo que cualquier adolescente sueña? Por lo visto mi hermana no encajaba dentro del prototipo, lo que no sabía era por qué.

—Me gusta —explicó al ver que no podía entenderla—. Mucho.

—¿Cuál es el problema entonces? ¿Es porque cocina mal? —pregunté para hacerla reír, pero lo único que conseguí fue un ceño fruncido.

¡Bravo por ti, Dany!

—¿Cómo no lo puedes entender? —me preguntó desesperada, soltando mi mano. Me sentí desprotegida de repente—. ¡No quiero que me hagan daño, como te

lo hicieron a ti!

Vi que palideció nada más decirlo. Tenía miedo a un dolor que aún ni existía. ¿Yo le había hecho eso a mi hermana? ¿La había condenado a creer que el amor no tiene cosas buenas? Había sufrido tanto que Lena era incapaz de recordar lo feliz que había sido. Aunque si yo no lo recordaba, que había sido la protagonista de aquella historia, ¿cómo iba a hacerlo ella?

Busqué su mano otra vez.

—Lena —me miró con ojos llorosos, no por ella, sino por lo que me acababa de decir—. Tú no eres yo, ni tus circunstancias van a ser las mismas que las mías. Si no funciona, ¡que no funcione! El caso es que no lo sabes, porque es una historia diferente y tú mereces saber lo que cuenta esa historia. Sé que te cuesta creerlo, pero yo soy feliz. A veces tengo días malos, pero no tienen que ver con Felipe, tengo otros pensamientos: la familia, mis amigos y mi trabajo. O incluso las desastrosas citas en las que me veo envuelta —sonreí y ella me imitó—. ¿Tú quieres salir con él?

Dudó un segundo.

—Sí.

—Pues sal con él. Es tan fácil como eso.

—El amor no es fácil, oí como se lo decías a Jon.

—Amar a alguien es fácil, Lena. Cada uno decide cuánto quiere complicarlo. Que te guste ese chico es sencillo, ¿verdad? —asintió—. Pues lo estás complicando pensando en cosas que ni siquiera sabes si ocurrirán.

Me abrazó de manera tan precipitada que incluso me asusté. Le devolví el abrazo y me alegré de haberla convencido y de saber, de nuevo, qué había en su cabeza y en su vida. Tendría que volver a ser la hermana que siempre fui. Aunque no asumiera sus problemas, Lena y Jon eran una parte inalienable de mí.

—Perdona por lo que te he dicho.

—Quedas perdonada.

Se rio al ver como fingía que mi brazo era una espada que se posaba sobre su cabeza para absolverla de su culpa.

—Hablemos del becario.

Miré el teléfono.

No había recibido ningún mensaje.

—Hablemos de cualquier otra cosa.

Capítulo 12

Nunca antes las horas se me habían hecho tan largas como en los tres días siguientes, el tiempo que tardé en darme cuenta de que Héctor no volvería a hablarme. Le escribí un par de mensajes más, que ni siquiera obtuvieron respuesta. Recibí, sin embargo, algunos de Pablo, a los que contesté amablemente, dándole largas.

Concentré todas mis energías en L' Art, en demostrar a mis compañeros de piso que estaba más que bien y en decirles que me comprometía a aceptar una nueva cita. Y aunque pensé que esto último les distraería, la verdad es que al decírselo lo único que hicieron fue ponerme mala cara.

En el trabajo, Marcos tampoco parecía estar de mejor humor, así que me dediqué a esquivarle para no tener que soportar su temperamento. Si escuchaba una

sola vez más que clase de flores iban a poner en la boda, me tiraría desde el puente más cercano. No quería oír hablar de bodas. No más bodas.

Al tercer día, en uno de los descansos, sonó el teléfono.

—¡Bianca! —grité cuando escuché la voz de mi mejor amiga.

—¡Vaya! Pero si te acuerdas de cómo me llamo —hizo una breve pausa—. De cómo me llamo sí, pero de llamarme no.

Entendía que estuviese molesta, llevaba sin hablar con ella casi dos semanas.

—Lo siento, Bi.

—¿Qué has estado haciendo, a ver?

—¿Básicamente?

—Básicamente.

Dejé escapar un suspiro profundo.

—Pelearme con todo el mundo.

Oí cómo se reía al otro lado del teléfono.

—Si homologaran eso, tú tendrías un máster en incomodar a la gente.

—Tal vez dos.

—¿Qué has hecho?

—Pregunta mejor qué no he hecho. No hago más que estropearlo todo. Y, si te soy sincera, no sé por qué.

—¿Ha pasado algo en alguna de las citas? —preguntó preocupada.

—No he tenido más citas.

—¿Nadie quiere que le incomodes?

Me reí.

—Algunos, pero me parecen tipos raros —otro suspiro y una risita débil.

Me sorprendió lo bien que sonaban de repente mis mentiras.

Estuvimos conversando sobre cosas sin importancia, porque no quería repetir por enésima vez la misma historia, sobre todo porque no sabía de qué clase de sarcasmo echar mano en esta ocasión para sobreponerme.

Al cuarto día volví a ser la de siempre, y no porque tuviera facilidad para borrar de mi cabeza las cosas que verdaderamente me importaban, de hecho, me esforcé en zafarme de esa aprehensión precisamente porque consideraba que se trataba de algo importante y no de cualquier circunstancia pasajera.

El jueves por la noche, y aunque la semana anterior habíamos prometido que iríamos los cuatro —Héctor se había incluido— a tomar algo, le comunicó a Ricardo que al final le sería imposible acudir. Cuando mi amigo me lo dijo, sonreí, no iba a dejar que mi última determinación de ignorar las estupideces del ser humano achantara mi espíritu. Había soportado presiones más profundas, pero por lo menos en esos otros casos sabía a qué se debía ese hormigueo que escocía.

—¿Entonces vamos los tres? —preguntó Ricardo, tumbado en el sofá con su traje, sin una sola arruga.

—Podrías llamar a Laura —le sugerí a Eric desde el sillón.

—Tiene guardia en el hospital.

Emití un «ah» indiferente y volví a centrarme en la televisión. Estaban anunciando un libro de cocina fantástico, y tomé nota mentalmente para regalárselo a Lena. Ricardo interrumpió de nuevo mis pensamientos callados.

—Mi hermano va a venir a pasar unos días, ¿os importa?

Eric y yo negamos al mismo tiempo. El hermano

pequeño Ricardo, Lucas, había sido durante demasiados años, sobre todo cuando éramos niños, nuestro principal entretenimiento. Era adorable, aunque ahora ya no llevaba pañales y chupete. Hacía ya un año que no le veíamos, se había ido de Erasmus en su segundo curso de universidad.

—Dany, ¿crees que podrías ir a recogerlo tú?

—¿Al aeropuerto? —asintió— ¿Cuándo?

—El sábado por la mañana. Tengo que trabajar.

—Ningún problema.

Odiaba aquellas conversaciones escuetas en las que, en realidad, no nos decíamos nada. Esperaba que solo fuera por el cansancio general y no por ninguna cosa que yo hubiera dicho o hecho.

Sonó mi teléfono. Miré el número, pero no lo reconocí. Respondí igualmente.

—¿Sí?

Era el amigo de mi padre, Ernesto. Por desgracia, era más que eso.

—Danielle, querida, soy Ernesto, de Sé Artista. Me ha dado tu hermano la lista de materiales que necesitas.

Ernesto tenía una tienda de materiales artísticos

cerca de la carpintería de mi padre. Había comprado cinceles y mármol en su tienda desde que era una cría. Por no hablar de los blocs de dibujo, los lápices, acuarelas y pinturas de las que había echado mano durante mis estudios de Bellas Artes.

—¿Cuándo crees que lo tendrás?

Sabía de sobra que le llevaría tiempo conseguir algunas cosas.

—La semana próxima, sin falta.

—Eso sería fantástico, Ernesto, de verdad.

Me dio un vuelco el corazón y un cosquilleo agradable se depositó en las palmas de mis manos, que se morían de ganas de volver a tener la arcilla y el polvo fino del mármol entre los dedos.

Ricardo y Eric fingían que no escuchaban mi conversación, pero la asombrosa atención con la que veían un anuncio de mantequilla me desveló lo contrario.

—Hacía tiempo que no te pasabas por la tienda. ¿Cuánto hace? ¿Un año más o menos?

—Sí, más o menos.

Yo sabía exactamente el tiempo que había pasado y por qué no había vuelto a pasar por ahí: porque

Ernesto era el padre de Felipe. Me gustaba, sin embargo, que nunca me preguntara nada sobre mi relación con su hijo. Me pregunté si, tal vez, Felipe había tenido el valor de confesarle la verdad sobre nuestra ruptura al buen hombre.

—Cuando lo tenga todo, te volveré a llamar — anunció jovial al otro lado.

—Gracias.

Colgué sonriente y volví a guardarme el teléfono en el bolsillo.

—¿Algo que quieras contarnos? —preguntó Ricardo.

Eric había fruncido el ceño nada más escuchar el nombre de... ¿mi exsuegro?

—Voy a volver a esculpir.

Ricardo se incorporó en el sofá.

—¿De verdad?

Asentí entusiasmada.

—¿Y no hay ninguna otra tienda en la ciudad? — insinuó Eric.

—Ninguna tan buena, si he de ser sincera.

Era consciente de la aversión que Eric sentía hacia Felipe. Nunca le había gustado especialmente; la

diferencia de edad había sido un factor, pero supongo que su preocupación y su enemistad se debían al hecho de su comportamiento conmigo. Le quise más por eso.

—Hace tiempo que le vengo dando vueltas, pero no fue hasta hace unas semanas que no me animé de nuevo. Hace un par de días estuve en el taller de mi hermano, echando un vistazo, e hice una lista con algunas cosas que necesito para empezar.

—¿Y qué te ha animado a volver? —formuló Ricardo con sus cejas elevadas hasta las entradas del cabello.

Sabía que Héctor y su insistente interés eran los culpables, pero no quería hablar de ello, así que me encogí de hombros como si todo hubiera sido obra de alguna casualidad del destino.

Ricardo se levantó del sofá, tomó asiento en el apoyabrazos de mi sillón y me envolvió entre sus brazos. Hacía días que no me daba un abrazo, y he de decir que estaba más que acostumbrada a que lo hiciera. La calidez de su pecho y ese olor suyo tan particular —mezcla de miel y eucalipto— hicieron que me sintiera mejor. Y nerviosa. Me gustaba que me abrazaran, era algo que me relajaba por completo, pero

con él la sensación era diferente.

«No vayas por ahí, Dany».

Le devolví el abrazo. Eric también se levantó, pero para irse.

—Yo no voy a salir.

Suspiré. Ricardo me apartó los cabellos de la cara.

—Solo está preocupado. Como todos— añadió.

—No tiene por qué estarlo, Ricardo. En realidad, si he de serte sincera, no sé por qué lo está. ¿Qué espera que haga? Dime qué necesita que haga y lo haré.

Ricardo se quitó la americana y la corbata y se hizo un hueco en el sillón junto a mí. Casi me obligó a pasar las piernas por encima de las suyas.

—Cree que vas a volver con Felipe.

Abrí mucho los ojos, porque era lo último que esperaba que me confesara.

—Será broma, ¿no?

Negó con la cabeza haciendo que su pelo se moviera un poco de un lado a otro.

—No sé por qué le ha entrado esa absurda idea de repente. He intentado hacerle entrar en razón, de hecho, le dije que, seguramente,—inclinó su cabeza hacia mí y puso sus manos alrededor de mi cara—,

antes de volver con Felipe, preferirías salir conmigo.

Nos miramos muy serios y, acto seguido, nos echamos a reír.

—No me gusta darte la razón...

—Soy consciente de ello.

—Pero en esta ocasión la tienes.

Yo me reí, pero él no lo hizo. ¿Qué había dicho ahora? Se tensó y se apartó un poco de mí. Vale, ya lo entendía. De nuevo una de nuestras bromas. De esas en las que tendría que seguirle la corriente y con las que acabaríamos riéndonos.

—Me voy a dormir —dijo precipitadamente.

—¿Tan pronto?

Miré el reloj: las diez.

—Estoy cansando.

—Esa es una pésima excusa para salir huyendo, por lo menos, tu mente de publicista podría trabajar en un eslogan mejor para ignorar mis comentarios mordaces.

—Otro día, a lo mejor.

¿Qué acababa de pasar? No podía dejar de pensar en eso al ver cómo Ricardo desaparecía escalera arriba. ¿Había algo más que pudiese estropear?

Teniendo en cuenta que ni siquiera era consciente de que estuviera diciendo algo malo, me preocupaba pensar que mi boca estuviera envenenada.

Apagué la televisión y subí la escalera en dirección a las habitaciones de mis amigos. No iban a dejarme con la palabra en la boca cada vez que les diera la gana. Así que, cabreada, verdaderamente enfadada en mucho tiempo, y sin importarme si estaban desnudos, durmiendo o reptando por las paredes, abrí las puertas de sus habitaciones. Primero la de Eric y después la de Ricardo. Salieron al pasillo.

—A mi habitación. Ahora.

No esperé una respuesta, simplemente eché a andar esperando que me siguieran. Nunca les había hablado así, tan autoritaria, pero estaban colmando el vaso de mi paciencia, que, por cierto, tenía una profundidad muy por encima de los límites del ser humano.

Me quedé junto a la puerta y vi cómo intercambiaban miradas entre ellos mientras entraban en mi habitación. Cerré la puerta detrás de ellos, con un golpe seco, como si alguien pudiera venir a molestarnos o ese gesto sellara su huida. Siguieron

mirándose y murmurando algo que yo no podía escuchar. Finalmente se sentaron en el baúl de madera que había a los pies de mi cama.

Me percaté de que Ricardo tan solo llevaba el pantalón del traje. Debía de estar cambiándose justo en el momento en el que le sobresalté con mi entrada. Eric ni eso. Iba en ropa interior, su única vestimenta en las noches de verano. ¡Vale! Era una mujer afortunada que vivía con dos de los hombres más atractivos de la ciudad. Dos hombres que me quitaban el sueño, uno más que otro.

«Danielle...», me regañé.

Puse los brazos en jarras y me planté frente a ellos. En mi habitación me sentía segura, era dueña de ese espacio y una teoría absurda en mi cabeza me indicaba que podía imponer mi ley. Ellos parecían contrariados y sorprendidos ante mi repentina actitud.

—No sé qué tenéis en esas hermosas cabecitas vuestras —les di un toque a los dos en la frente— y, desde luego, me gustaría saberlo, porque por lo menos así sabría qué hacer o cómo actuar. Me estáis volviendo, casi literalmente, tarumba —Ricardo dibujó una sonrisa ligera que se apagó en cuanto le fulminé

con la mirada. No era ninguna broma, hablaba en serio —. Quiero que entendáis varias cosas: en primer lugar —mostré un dedo de mi puño cerrado—, no tenéis que estar constantemente preocupados por mí. Sabéis de sobra que, cuando he estado mal, he acudido a vosotros. Ahora estoy bien, cosa que por lo visto os cuesta entender. A vosotros y a toda mi familia —dije resentida y cansada—. Tenéis vuestras vidas y me hacéis sentir terriblemente mal cuando intuyo que tomáis decisiones en función de cómo esté o reaccione yo.

Me miraban fijamente, no agacharon la cabeza en ningún momento, y no esperaba que lo hicieran. Era un reprimenda, sí, pero más que eso pretendía que fuera un recordatorio de que no todo se limitaba a mí.

—Quise mucho a Felipe —dije, aunque eso no era ninguna novedad para ellos—. Pero, ¡vamos! —grité. Abrieron un poco más los ojos—. Superadlo ya. Siempre provocará en mí alguna reacción verle, o recordarle, pero no seré ni la primera ni la última a la que le pase. Quiero, y sobre todo necesito, que entendáis que no le podría volver a querer ni aunque fuera un amor impuesto —miré a Eric esta vez, por lo

que Ricardo acababa de compartir conmigo. Este le dio un codazo a su amigo.

—¿Cómo sabes que no ocurrirá? —intervino Eric.

—Porque aprendí a dejar de quererle en el momento en el que todo terminó. Lo que vengo a decir es que, por favor, dejéis de pensar que no soy capaz de resolver mis propios problemas —le lancé una mirada a Ricardo—. Tengo, si he de seros sincera, menos problemas de los que vosotros creéis. Pensáis que todo me hiere, pero no es así —me pasé las manos por la cara, porque no sabía qué era exactamente lo que quería decirles—. Por favor, sed felices y confiad un poco más en mí. Necesito saber que no estáis condicionados por mí. Quiero que salgáis con quien gustéis —miré a Eric— y vayáis adonde siempre habéis soñado —esta vez a Ricardo.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero parpadeé rápido, así que desaparecieron.

—Y mientras lo hacéis —emití una carcajada—, si tenéis tiempo, podéis buscarme alguna de esas siempre acertadas citas —dije irónicamente.

No solo no rieron ante mi comentario, ni siquiera optaron por una sonrisa, frívola o de cualquier otro tipo.

—¿Me he explicado con suficiente claridad?

—Sí —contestaron al mismo tiempo, como tantas veces hacían.

—Bien. Y después de este discurso improvisado, podéis iros.

Eric se levantó, pero Ricardo se quedó exactamente donde estaba.

Aunque Eric no parecía haber quedado del todo satisfecho con mis argumentos, me dio un beso fugaz cuando pasó por mi lado y miró de reojo a Ricardo.

—Me quedo un momento —le anunció este, provocando en mí cierta sorpresa, tal vez quería explicarme a qué se había debido su actitud de hacía un momento.

Eric asintió, y volvió a cerrar la puerta a su paso al salir de la habitación.

—¿Y bien? —pregunté.

—Ha sonado muy bien lo que has dicho —torció una sonrisa en su cara cansada—, lástima que me cueste creer algunas cosas.

Dejé escapar un bufido tan pronunciado que a nadie le habría pasado desapercibido. Me tiré en la cama y una vez que estuve recostada sobre mis

cómodos almohadones me digné a contestarle.

—No puedo obligarte a que lo hagas.

Ricardo se impulsó, apoyado con sus brazos en el colchón, hacia atrás, para tumbarse a mi lado. Sinceramente, estaba más acostumbrada a estar en la cama con Eric que con él. A lo mejor se debía a esa extraña química que siempre habíamos tenido. Y, tal vez, al enamoramiento infantil que había sentido por él en el colegio, y sí, también en el instituto. Por supuesto, todas estas cuestiones escapaban a la razón de Ricardo.

—No digo que no lo haga, simplemente me cuesta, porque, cuando te dan estos arrebatos tan precipitados, me desconciertas.

—Sabes que no me gusta la monotonía.

—Vives en ella, Dany.

—Lo que no implica que me guste.

Eché un vistazo, cauto, a su cuerpo tendido ahí, junto al mío. No me extrañaba en absoluto su éxito entre el público femenino. Era todo músculo, aunque, siempre que le miraba recordaba al niño indefenso, casi sin excepción.

—¿Qué ha sido eso de antes? —me aventuré a

preguntar.

—¿A qué te refieres?

—Lo sabes perfectamente.

—Estaba cansado, nada más. No empieces a darle vueltas.

—¿Ya no estás cansado?

Puso los ojos en blanco e intentó levantarse, pero le detuve, empujándole nuevamente contra el colchón. Sus ojos me miraron como lo había hecho minutos atrás, como si intentaran buscar algo inexistente.

—Prométeme que —comencé a decir, su cuerpo se puso rígido nada más escuchar esa petición— si se te presenta la oportunidad de ser egoísta, lo serás. Ya no somos unos críos, Ricardo. En algún momento, como me recordaste el otro día, cada uno tomará su camino, y quiero estar segura de que tomarás el mejor para ti.

Nunca se lo había dicho, porque antes no había reunido la suficiente confianza para despedirme con tiempo de mis amigos, pero como él mismo había dicho, ese día estaba próximo.

—Siempre anticipando cosas —dijo.

Cogió mi mano, que seguía impresa en su pecho, y

la apartó a un lado.

—Trabajo aquí, vivo aquí y tengo a mi familia aquí, ¿dónde esperas que me vaya? ¡Menuda insistencia! —pronunció agotado—. Al final voy a pensar que es alguna especie de indirecta para que realmente me marche.

—Era solo un caso hipotético. Siempre te lo tomas todo al pie de la letra.

—Como tú, cariño —contestó.

Me había apartado, pero seguía tumbado, mirando al techo. El color pastel debía de parecerle fascinante, porque no apartaba la mirada.

—No sé nada de ti —seguí hablando.

Aquella noche una parte de mí parecía dispuesta a desentrañar algunas cosas que había dejado apartadas en el último cajón de mi memoria.

—Lo sabes todo de mí.

Y en parte era cierto. Sabía mucho más que cualquier otra persona. Sabía que le gustaba ser el mejor en todo aquello que hiciera; que tenía miedo a las noches de tormenta aunque nunca lo reconociera abiertamente; que odiaba las mentiras; que le gustaba cocinar tanto como a mí —nada—; que odiaba hablar

de sus sentimientos; que no quería casarse y que, pese a que en muchas ocasiones se comportaba como un déspota, era un hombre excepcional. Eso y que tenía alergia a los cacahuets eran las grandes cosas que sabía de Ricardo Sempere.

—Menos sé yo de ti —añadió.

—También lo sabes todo.

O casi todo.

Me miró inexpresivo, sabiendo que eso era una vil mentira.

—¿Qué quieres saber? —sonreí con todo mi entusiasmo. Me apoyé sobre mi codo derecho y me quedé de lado, junto a él, mirándole fijamente.

—Quiero saber cuándo tienes pensado contarme lo de la infidelidad de Felipe.

Se me heló la sangre y me explotó el corazón.

Capítulo 13

Abrí los ojos y Ricardo dormía plácidamente. Lo sabía todo y eso no me consoló, pero ya no había vuelta atrás, por lo menos ahora podría ser sincera con él, aunque le había pedido que no se lo dijera a nadie. Era el peor secreto guardado de la historia. Salí de debajo de las sábanas con cuidado para no despertarle y huí de la habitación en un intento vano de no volver a ver sus ojos de disgusto y pena. Me había dicho, y cito: «Entenderás ahora que me cueste creerte cuando no tuviste la confianza suficiente como para decirme la verdad. ¿Esa es la clase de amigos que somos?».

Me serví una taza de café, sin importarme la hora que era. Aún no había salido el sol. Eric debió de escuchar movimiento en la cocina, porque apareció desperezándose, por lo menos había tenido la decencia de ponerse unos pantalones.

—¿Café?

—Por favor.

Se sentó frente a mí mientras yo le servía una taza.

—¿Se te ha pasado el enfado?

—Sí, estoy mejor —le sonreí, y en parte disimulé el posterior disgusto que había tenido cuando Eric se hubo ido de la habitación.

—¿Ricardo seguirá durmiendo? Hoy tenía una reunión muy temprano.

—Sigue durmiendo.

Me miró con ojos interrogantes.

—Se quedó a dormir.

Se atragantó con el café, así que rompió en una estridente tos.

—¿Contigo?

Hice un movimiento de cabeza que podría haber significado cualquier cosa.

—Al fin —murmuró Eric.

—¿Cómo?

Mi sorpresa le sorprendió, así que negó con la cabeza. ¿Qué demonios pasaba ahora? Eric debía de saber lo de Felipe. Sí, no me cabía duda alguna, pero no sacaría el tema, no esa mañana. No quería volver a

hablar de ello... Aunque Ricardo me había dicho que Eric no sabía nada. Bien, a la seis y media de la mañana estaba totalmente confundida.

Ricardo apareció a los pocos minutos, cuando el silencio comenzó a resultarme incómodo.

—¿Café? —repetí.

—No, gracias.

Abrió la nevera, cogió un cartón de zumo y se llenó un vaso al momento. Bebió en silencio. ¿Hasta cuándo, señor? ¿Hasta cuándo? Prefería que todo volviera a ser como antes de las citas, cuando cualquier cosa podía ser motivo de broma.

—He de deciros algo importante —los dos se quedaron muy serios—. Me pregunto si al conjunto de electrodomésticos estropeados se ha sumado también la lavadora. Tendríais que haberla puesto el lunes.

Sonrieron de aquella manera tan cómplice que solo ellos sabían.

—Yo fui el último en ponerla —se defendió Eric.

—La última fui yo, guapo —le recordé.

—Cuando te enfadas estás extremadamente sexy —apuntó Ricardo con su voz ronca, aún dormida, apoyado en la encimera.

Me palpitó el corazón. Muy fuerte.

—Pues en este momento debe de estar a punto de reventar el termómetro medidor de sensualidad —dije.

No estaba en absoluto enfadada por la lavadora, sobre todo porque la había puesto yo el martes, pero demostraban con sus repuestas que no eran conscientes de ello. Se rieron ante mi comentario.

—Os confisco el mando. Se acabaron las tonterías.

—No te sulfures, cariño —Ricardo me revoloteó el pelo, dejándolo, si cabe, más despeinado de lo que ya lo estaba—. En cualquier caso, si tanta falta te hace el mando, puedes quedártelo.

—Como ya ha terminado el Mundial... —concluyó Eric con sorna.

—Lástima que comience la Fórmula 1.

Eso era algo de lo que, evidentemente, se habían olvidado. Me gustó levantarme del taburete y dejarles como dos pasmarotes. Iba a ganar esa batalla. Cuando se me ocurrió la brillante idea de sacarles la lengua desde el marco de la puerta, Ricardo dejó el vaso sobre la encimera y echó a correr. Solté un pequeño grito, pero no aumentó mi velocidad. Me alcanzó antes de llegar a la escalera.

—¿Algo que añadir?

Me estrechaba demasiado fuerte, tanto que podía sentir cada uno de los músculos tensos de su vientre y pecho en mi espalda.

—Sí —me atreví a decir justo en el momento en el que Eric salía de la cocina—. Se acabaron las tostadas quemadas y la pechuga de pollo seca.

—¡Vete a la mierda!

Se apartó de mi lado y se fue escalera arriba, fingiendo que verdaderamente le había dolido ese comentario.

—¡Cómo os gusta! —exclamó Eric, que también había puesto rumbo hacia su habitación.

—¡No tanto como a ti pasearte en cueros! —espeté.

Al pasar por su lado, corriendo, alcanzó a darme un cachete en el culo. Cogí desprevenido a Ricardo, que ya estaba delante de la puerta del cuarto de baño con una toalla color verde lima que había comprado en Leroy & Merlín. Eran mis favoritas, porque eran suaves y blanditas. Sí, al igual que el gel, también teníamos las mismas toallas.

—¿Todo bien?

Se quedó mirándome, de aquella manera que me ponía tan nerviosa, pero esta vez fingí que no me importaba. Esperó a que Eric se metiera en su habitación.

—La que tiene que estar bien eres tú.

—Lo estoy.

—Pues yo también.

Elevé un poco las cejas. ¿Así de sencillo?

—¿Podemos no volver a hablar del tema nunca más? —pregunté.

Esta vez fue él el sorprendido, una sorpresa que le devoró el brillo de sus ojos azules. Mi mirada fue un poco más allá, hacia su pelo corto negro, despeinado, y a esa forma tan enigmática en la que contraía el ceño.

—Supongo que no es necesario hablar de ello.

Le dediqué un sonido gutural y me disponía a irme cuando me cogió por el brazo.

—¿Qué?—murmuré.

Siguió mirándome de aquella manera que nadie sabía lo que significaba, ni siquiera estaba convencida de que él se diera cuenta de la testarudez que se apoderaba en algunas ocasiones de sus labios. La adolescente adormilada que de vez en cuando me

hacia cosquillas en el paladar y el vientre me hizo recordar algunas de las ensoñaciones de quinceañera que había tenido con su boca.

«¡Por Dios! Dany, prometiste no cruzar esa barrera nunca, así que haz el favor de echarle cemento, mucho».

—Nada.

Me soltó, abrió la puerta del baño y en menos de un segundo me encontré sola en el amplio pasillo, escuchando el agua de la ducha y a Eric canturrear desde la habitación *Wiggle* de Jason Derulo.

Salió al momento. Llevaba otra toalla y era evidente que se dirigía al otro baño. ¡Perfecto! La última en ducharse esa mañana.

—¿Qué haces ahí plantada?

—Escucharte cantar, Romeo —dije con sorna intentando disimular las extrañas situaciones que había vivido en las últimas horas con don Ricardo Sempere, el de las escuetas palabras.

—Muy graciosa.

—Tanto o más que tú —le contesté mientras me iba hacia mi habitación. Me paré en seco—. Oye, no has tenido ni un día libre en el trabajo la última semana

—dije de repente, cayendo en la cuenta de que Eric había estado trabajando sin parar—. ¿Alguna epidemia?

Se detuvo mientras bajaba las escaleras.

—Eh... —se quedó pensativo—. He cambiado algunos turnos para cogermelo el fin de semana entero.

Me apoyé en el marco de la puerta y esperé con una sonrisa coqueta y pestañeando de forma ininterrumpida.

—¡Eres tonta!

—Un fin de semana, ¿eh?

Me podía imaginar para qué quería el fin de semana, pero quería más detalles.

—No te pongas celosa, que el lunes me tendrás en casa.

Un guiño.

—Nos vamos a un balneario. A relajarnos.

Sabía de sobra quién estaba detrás de ese nosotros, y me gustó. Esperaba que, realmente, tuvieran esa oportunidad que tanto se merecían. Por fin todo parecía calmarse a mi alrededor. Por supuesto, tenía aún que arreglar —o albergaba la esperanza de hacerlo— mi malentendido/problema con Héctor.

—Te he preparado una cita, de todos modos. Para que te entretengas.

—¿No me digas?

Y de repente la idea no me hizo tanta gracia como había esperado.

—Creo que te sorprenderá.

—Preferiría que me sorprendieran menos — suspiré y me metí en la habitación.

Lo único que me sorprendió fue que, al contrario que las veces anteriores, una posible cita ya no me alteraba lo más mínimo. ¿Seguridad o pasotismo? Entretenimiento. Ocupar las horas muertas en compañía de otras personas era atrayente, porque estar encerrada en casa mirando las musarañas y dibujando bosquejos de las posibles figuras que empezaría a esculpir la semana siguiente no era una alternativa que mejorara mi perspectiva del fin de semana.

El sábado por la mañana estaba en el aeropuerto, esperando a Lucas. Aún estaba medio dormida, ya que no había dormido nada la noche anterior. Lena había

insistido en que saliera con ella y algunas amigas. El festejo se había alargado hasta bien entrada la madrugada. Mi hermana parecía estar envuelta por una aura misteriosa de alegría súbita, cuya procedencia prefería ignorar.

Deseché estos pensamientos porque, entre la multitud, me costaba divisar aquella cara familiar. El teléfono me vibró en la mano:

«Ya te veo».

Levanté los ojos y miré de un lado a otro, pero, o necesitaba ir a revisarme la vista o era Lucas el que me confundía con cualquier otra persona que, desde luego, no era yo.

Un nuevo mensaje.

«Pareces una gallina agobiada».

Me reí, sobre todo porque eso me confirmaba que Lucas sí que me había divisado.

Cuando aparté los ojos del teléfono, me topé con un muchacho alto que se había parado frente a mí con una maleta negra, grande, detrás de él. Lo primero que vi fue la camiseta roja con el logotipo de Levi's en el centro. Levanté la cabeza y me encontré con unos ojos que me eran más que familiares, dado que eran

idénticos a los de Ricardo.

—¿Qué te han dado de comer en Australia? — exclamé al ver que el chico que era poco más alto que yo al irse ahora me sacaba cabeza y media.

Los rizos le caían sobre la frente y los hoyuelos habían aparecido como por arte de magia tras dibujar una enorme sonrisa.

—¡Dany!

Soltó su bolsa de mano y abrió los brazos. Me encantó reconocerle en ese gesto. Lo llevaba haciendo desde que éramos pequeños, solo que antes era yo la que lo cubría por entero y ahora él me hacía sentir insignificante.

—¡Has crecido muchísimo!

Era consciente de que ese no era un halago para un muchacho de diecinueve años —casi veinte me recordaría más adelante—. Pero no pude evitarlo, lo pensaba.

—Tú has encogido.

Cogí su bolsa de mano para ayudarle.

—Pero sigo teniendo unos buenos brazos —dije al echarme la bolsa al hombro.

—Así que mi hermano tenía trabajo... —comentó

mientras salíamos por la puerta principal en dirección al aparcamiento, donde había dejado el coche.

—Tiene una campaña importante entre manos.

—Es decir, está de mal humor.

Nos reímos. Era una gran verdad: cuanto más nervioso estaba Ricardo, peor era su carácter, aunque en esa ocasión parecía algo más inquieto de lo habitual.

Llegamos al coche enseguida. Le abrí el maletero y dejé ahí su equipaje. Después nos subimos en el vehículo y dejamos que el aire acondicionado nos evadiera del bochorno que septiembre seguía dejando a su paso.

—¿Qué tal el trabajo? —me preguntó.

—Estos días más aburrido de lo que debiera.

Nos colocamos los cinturones de seguridad. Lucas no puso música. Sabía que no le gustaba. Era un chico de buena conversación y en los trayectos en coche, si la situación era favorable, prefería pasarse el camino charlando.

—¿Has salvado alguna especie en extinción? —le pregunté yo.

—Me he salvado a mí mismo. Yo sí que me hubiese extinguido de permanecer aquí un día más.

Miró por la ventana distraído. El divorcio de sus padres no había sido nada fácil. Ni para él ni para Ricardo; aunque sobre todo para Lucas, que, al fin y al cabo, era el que seguía viviendo con ellos, aguantando las disputas y enloqueciendo a medida que sus propios progenitores lo hacían.

—¿Muchas chicas?

—Suficientes para que, si mi madre se enterara, sufriera un ictus.

Me reí tanto que, cuando al fin se me pasó, me dolía la mandíbula. Lucas apagó el aire y me hizo una señal para bajar las ventanillas.

—Intentemos salvar el planeta, aunque sea una mínima parte.

Sí, Lucas era un futuro biólogo muy comprometido con el planeta, lo suficiente como para que nosotros hubiéramos tenido la decencia de instalar tres papeleras diferentes en casa, cada una de ellas para un tipo de basura.

—¿Y tú? ¿Cuántos hombres?

—¿No te ha contado tu hermano lo de las citas?

Se incorporó en el asiento para mirarme con curiosidad. Era evidente que no, así que me dispuse a

hacerle un resumen bien detallado. Nos esperaban cuarenta minutos de carretera. Se reía como si nunca le hubieran contado nada mejor, pero no me molestó. Yo misma me había reído de aquellos encuentros. Por supuesto, no manifesté mi incidente con Héctor.

—Así que voy a presenciar una —dijo cuando le comuniqué que esa misma noche iba a asistir a mi cuarta cita.

—No sé si podrá superar alguna de las anteriores.

—Sobre todo la del primo de Eric.

—Esa especialmente —contesté riéndome.

—¿Te ha enviado ya el succulento material? —negué—. ¡Ojalá siga por aquí cuando lo haga!

—Desde luego, cuando lo envíe, si es que lo hace, no pienso verlo sola, sería algo demasiado...

—Duro.

—Lo has dicho tú —le acusé con el dedo índice—. En cualquier caso, no te rías, sigo pensando que podríamos estar siendo testigos del próximo fenómeno del cine porno.

—Sí —contestó Lucas irónico—, o de una cámara oculta.

Le di un manotazo para que se callara, porque me

costaba concentrarme en conducir entre tantas risas.

—¿Vas a ampliar la beca?

—Sí. Vuelvo a principio de año. Aunque preferiría no hablar de estudios mientras esté aquí, simplemente, quiero desconectar.

—¡Por supuesto! Sabes que puedes quedarte todo el tiempo que quieras —quise añadir «o que necesites», pero me callé.

—¿Conoces a tu cita de esta noche?

¡Qué rápido cambiaba de tema este chico!

—Solo sé que se llama Álex. He intentado ponerle cara, pero no me suena que Eric o Ricardo me hayan presentado antes a ningún chico que se llamase así.

—En ese caso, cita a ciegas.

Encogí un poco la nariz. No me gustaban las citas a ciegas, por eso nunca las aceptaba, pero Eric había insistido tanto que al final tuve que fiarme de su buena voluntad, aunque las risitas que se le escapaban a Ricardo cada vez que nombraba al tal Álex me tenían mosqueada.

—Esperaré despierto. Esto no me lo pierdo.

—¡Eres cruel!

—Más de lo que te puedes imaginar —se tomó un

momento y siguió hablando—. ¿Y Lena?

¿Y Lena? ¿Y Lena? ¿Y Lena? Me había preguntado aquello tantas veces en los últimos meses que ya no sabía qué contestarle. Siempre habían sido muy buenos amigos, pero habían discutido antes de que él se fuera y desde entonces me constaba que, pese a la insistencia de todos los que la rodeaban, mi hermana no ponía de su parte y no contestaba a ningún mensaje. Había conseguido, no sé por qué suerte del destino, convencerla de que viniera a comer a casa al día siguiente.

—La verás mañana.

Lucas abrió los ojos. Supuse que era lo último que esperaba.

—Los amigos se pelean, pero también han de reconciliarse en algún momento, ¿no?

—Los amigos sí, pero las exparejas no lo sé — contestó él con un tono grave.

—Sois más amigos que expareja, y lo sabes.

—Lo sé.

—Estoy convencida de que está enfadada con el amigo.

Le puse la mano sobre el hombro durante un

segundo.

—Además, ahora está viendo a alguien.

No pude verle más que de reojo, pero no era tan estúpida como para no darme cuenta de la tranquilidad que supuso para Lucas aquella confesión. El resto del camino lo hicimos en silencio, el silencio, he de decir, más cómodo que había presenciado en mucho tiempo.

Capítulo 14

—¡Dejad de reiros! —les dije a los dos hermanos cuando acabé de narrar lo que acababa de sucederme.

Estaba convencida de que las risas que salían de sus gargantas las estaba escuchando hasta nuestra vecina de enfrente. En medio de la cita, mientras me había ausentado para ir al aseo, le había enviado un mensaje a Eric en el que le explicaba el motivo principal por el que, de forma rotunda y sin vuelta atrás, ponía fin a diecisiete años de amistad: Álex.

Llevaba quince minutos esperando de pie frente al restaurante vegano donde había quedado con mi cita. Estaba impacientándome, porque si había algo que me ponía nerviosa era el descaro con el que la gente llega tarde a los sitios. Diez minutos de cortesía era mi límite, y cuando el reloj me mostró que ya llevaba veinte minutos plantada ahí como un espantapájaros

con un vestido blanco hueso y unas sandalias de cuña color pastel, tomé la decisión de irme a casa. Pero alguien pronunció mi nombre.

—¡Dany!

Me giré para encontrarme con una rubia despampanante, con minifalda de algodón color turquesa y una camiseta blanca, casi transparente. Alejandra me dio dos besos.

—¿Cómo estás? —pregunté yo, abordada por ella de aquella manera tan entusiasta.

—Muy bien, ¿entramos?

«¿Entramos? ¿Dónde? ¿Qué...?».

Vio el desconcierto en mi cara.

—Perdona, no me he disculpado por llegar tarde.

«¿Por llegar tarde? ¿Llegar tarde adónde? ¿Qué está diciendo?».

—Espero que te gusten las verduras, porque aquí abundan. Pero te aseguro que después de probar esta comida, no querrás volver a comer carne.

«¿Verduras? ¿Qué verduras? ¿Ha levantado las cejas de forma insinuante al decir carne?».

Me abrió la puerta y dejó que pasara antes que ella. Con sus tacones me sacaba una cabeza. Lo agradecí

porque así podía agachar un poco la cabeza y esconderme del escrutinio de sus ojos. De sus ojos de mujer.

Fuimos hacia la mesa que Alejandra, o Álex, había reservado. ¿En serio? ¿Por qué? Nos sentamos. Sabía que ella estaba hablando, pero no era capaz de prestar mucha atención a lo que me estaba diciendo. A decir verdad, ¿quién en mi lugar podría haberlo hecho? Se suponía que iba a una cita y me acababa de encontrar, en efecto, en medio de una, pero con la compañera de piso de Laura. ¡Mal masaje de chocolate les dieran a ella y al idiota de Eric!

—Te noto distraída —escuché.

Sonreí y me disculpé de inmediato.

—Pensaba en que me vendrá bien una buena ensalada. Hoy he comido pizza.

Ella sonrió, como en esos anuncios de Orbit. Se acercó el camarero.

—¿Quieres que pida yo?

—Claro.

«¿Ha sonado eso a: “llevo los pantalones en esta cita”? Señor, ¿tendrá Lucas razón y me persiguen con una cámara oculta?»

Sí, eso debía de estar ocurriendo porque, de otra forma, no podía explicarme de ninguna de las maneras nada de lo que me estaba pasando. Nunca antes había salido con una chica, no en una cita, desde luego.

«¿Alejandra? ¿En serio?».

Volví a la realidad a tiempo para escuchar cómo pedía una ensalada de verano con piñones y anacardos y verduras al vapor con salsa de vino y nueces.

—¿Qué querrán de postre?

Alejandra me miró mientras yo le daba un sorbo al vaso de agua que me había servido nuestro camarero al llegar. Los ojos felinos de Álex deambularon un poco por la carta.

—Batido de plátano.

Menos mal que ya había tragado y no pude atragantarme, pero mi cara le causó cierta gracia, porque su sonrisa se volvió malévol. Juguetona era la palabra que mejor la definía. Pero, ¿de qué iba todo eso? Se lo iba a preguntar justo cuando al fin nos quedamos solas y ella tuvo la amabilidad de sacar el tema.

—¿Te sorprende?

Colocó sus codos desnudos sobre la mesa y apoyó

la barbilla en sus nudillos. Nunca habría pensado que Alejandra era lesbiana. ¿O no lo era? Laura había insinuado en muchas ocasiones que tenía una compañera de piso muy despierta y experimental. Pero no había captado hasta qué extremo eso era cierto.

—¿El lugar o mi acompañante? —al ver que esperaba una respuesta, bebí un poco más de agua y hablé—. Sí. Mucho, aunque no pretendo hacerte sentir incómoda. No me voy a levantar e irme, descuida.

—Te lo agradezco. Además, no te arrepentirás.

—Álex... —quería dejar las cosas claras, pero me interrumpió.

—Conozco tus preferencias.

—¿Entonces?

—Que yo no te guste, no significa que tú a mí tampoco.

«¿Que yo te gusto?».

—¿Que yo te gusto? —repetí con una voz muy aguda que la hizo reír.

—Eres graciosa.

—Ese es el centro neurálgico de mi personalidad.

—¿Ves?

«Pero, ¿qué está pasando?».

Recordé inmediatamente las risas de Ricardo. Él lo sabía, por supuesto. Hubo algo que no me gustó en aquello, que no tenía nada que ver con Alejandra, sino más bien con el hecho de que ni Eric ni Ricardo parecían estar buscándome un chico que me pudiera llegar a gustar de verdad —en este caso ni siquiera era un chico—. ¿Por qué lo hacían entonces? ¿Simplemente para burlarse de mí? Disimulé el ceño fruncido que acababa de aparecer en mi cara.

—¿También te gustan los hombres? —le pregunté.

—Algunos. Y muy de vez en cuando.

Todo en su voz y sus movimientos era insinuante. Era, para que me entendáis, como si algún protagonista regio, insolente, decidido e imponente hubiera mutado en mujer.

—Prefieres las mujeres, entonces.

—Me dan más conversación, me entienden y, por lo general, tengo más gustos en común.

«¿En serio está tan relajada o se le da realmente bien fingir?».

¿De dónde había salido esa mujer, esa profesora de yoga con la que estaba teniendo una cita?

—¿Qué tal en el gimnasio? —pregunté para

cambiar de tema.

Imagino que no pudo evitar reírse.

—Dany, eres una mojigata.

Y esa fue una de las afirmaciones más sólidas que me han lanzado nunca.

—No parece que te importe —contesté yo con una sonrisa ladeada.

Sí, tenía que hacer lo posible para que la velada pasara rápido, sin tensiones. Más que nada porque sabía que no solo era la compañera de piso de Laura, sino también su amiga. Y si Laura salía con mi amigo, de manera automática, Álex entraba en el círculo de amigos. Lo sé, se resume, básicamente en, como diría Lena: todo es un suflé deshinchado.

—Adoro mi trabajo. Conozco a mucha gente y me ayuda a relajar tanto el cuerpo como la mente.

Llegó la ensalada justo en aquel momento. Álex me sirvió primero a mí. Definitivamente, ella llevaba los pantalones.

—Deberías venir a alguna clase.

—Quizá me vendría bien, voy a acabar atrofiada, como las esculturas de la galería.

—Hay maneras de no atrofiarse.

«¿En serio, Álex? ¿De verdad vas a seguir por ahí? No vas a ponerme las cosas fáciles, ¿verdad?»

—Algo tengo entendido.

—Decir algo es como decir que no tienes ni idea.

Se llevó una rodaja de tomate a la boca. Pensé en que si juntara a Alejandra con Pablo podría surgir una bomba nuclear de esa fusión, aunque, ya había dejado claro que no le gustaban los lobos. ¡Qué demonios! ¡Ella era una loba! «Entre lobos nos reconocemos», había confesado, semidesnuda, en su cocina, semanas atrás.

Mastiqué la lechuga tan despacio que parecía que no tuviera dientes.

—¿Has estado con muchos hombres?

Me sonrojé, estoy casi segura. No quería contestar a aquella pregunta, pero se me ocurrió una manera encubierta de hacerlo sin confesar que solo había estado con Felipe, en todos los sentidos. Supongo que mi amor platónico por Ricardo hasta mi entrada en la universidad había espantado de mi mente a todos los demás individuos.

—Seguro que tú has estado con más que yo.

—Una forma sutil de decir que sabes de hombres

lo que yo de física cuántica —siguió masticando, pero no tenía ninguna intención de callarse—. ¿Has pensado en probar algo nuevo?

Intentaba que mi cara fuera lo más serena que podía, porque es evidente que no quería hacerla sentir mal, y no es que ella me hiciera sentir así, pero no estaba en mi salsa.

—No he considerado esa posibilidad.

—¿Por qué no?

—Supongo que porque me gustan demasiado los hombres.

—Bueno, a mí me gustan demasiado las patatas *deluxe* del McDonald's, pero de vez en cuando me gusta pedir las otras.

¡Señor! Entendía el ejemplo, era consciente de lo que quería decirme, pero no encontraba una forma más clara de decirle que no me atraían las mujeres. Si quería hablar en términos de patatas, hablaríamos así, pues.

—Me gustan las patatas *deluxe*. Las otras me las como con mis amigas para hablar de las patatas *deluxe*.

—Dany, no lo entiendo.

—Sí, que me gustan los hombres.

—Eso lo he entendido, cariño, lo que no acabo de comprender es por qué no quieres ver si también te gustan...

El camarero retiró los platos de la ensalada y la fuente, ya vacíos, y los reemplazó por las verduras al vapor. Era un buen momento para huir, aunque fueran cinco minutos.

—¿Me disculpas un momento?

—Tómate el tiempo que necesites.

¿Era una doble insinuación? ¡Quería que me diera un jamacuco ahí mismo y se me llevaran en ambulancia o una grúa!

Entré en el cuarto de baño medio mareada. No sé si esto último era por la pinta de las verduras o por los acontecimientos. Eché el pestillo y me apoyé en el lavabo. Saqué el móvil y me metí en el chat de grupo. Les escribí un mensaje a mis dos amigos para que supieran que, en ese preciso momento y desde hacía veinticinco minutos, me estaba acordando de todos sus familiares.

«Sois un par de sinvergüenzas. ¿Lo hacéis para reiros de mí?».

Ricardo contestó al momento.

«Sobre todo para que te rías tú».

Eric debía de estar muy ocupado a esas horas de la noche, pero no tuve ningún problema en enviarle el anterior mensaje del que os he hablado. Volví al grupo.

«¿Sabes adónde os podéis ir?», pregunté.

«¿A la mierda?», formuló Ricardo, e imaginé que mientras lo escribía se estaba riendo.

Antes de salir del aseo, al que había ido tan solo para escapar, le contesté.

«A comer verduras al vapor, Ricardo».

—¿Mejor? —me preguntó Álex algo preocupada cuando volví junto a ella.

—Ya estaba bien —mentí—. Demasiada agua — señalé la jarra vacía.

—Disculpa, no te he preguntado si querías beber cualquier otra cosa.

—No, agua está bien, tranquila.

Ojalá Alejandra hubiera desistido en su empeño de seguir mandándome señales e indirectas después de mi visita al aseo, pero lo cierto es que incrementó su ataque. Quería conseguir algo de mí que yo no podía darle. ¿Qué esperaba? ¿Otra cita? ¿Encuentros

esporádicos? ¿Iniciarme? No, sabía que lo que pretendía era abrirme un mundo nuevo, pero yo no tenía pasaporte para viajar a ese lugar. Era ilegal en su país y tampoco quería conseguir un visado para hacer turismo, ni para trabajar tres meses. Así se lo dije, y, por lo menos, esto último pareció hacerle cierta gracia. O tal vez no.

—Entonces, ¿voy a volver sola a casa?

Agradecí la pregunta, porque así pude depositar la alcachofa un segundo más en el plato.

—¿Albergabas la esperanza de que ocurriera lo contrario?

—¿Siéndote sincera? —preguntó con una sonrisa alegre, menos provocativa. Lo agradecí.

—Siendo sincera, sí.

—Ni la más mínima, pero quería, por lo menos, asegurarme de que lo tenías claro, y ya veo que sí; aunque eso no conlleva que no me parezca un desperdicio que solo puedan disfrutarte los hombres.

—Como has podido percibir antes, solo me ha disfrutado uno, así que puedes poner tus celos indignados a buen recaudo.

—¿Podemos hablar de hombres?

Tampoco era ese un tema con el que me sintiera especialmente cómoda, porque no sabía por dónde saldría con sus preguntas, pero por lo menos era un territorio explorado. Muy por encima, pero explorado.

—¿Qué quieres saber?

—¿Por qué solo uno?

—¿Por qué más?

—Tienes una horrible, a la par que divertida, manera de esquivar las preguntas con respuestas insulsas u otras preguntas.

—Supongo que si eso fuera un delito, ya me habrían arrestado infinidad de veces.

Se rio mientras su cuerpo se relajaba en la silla. A lo mejor sí que había estado nerviosa y yo no había sabido darme cuenta. ¡Menuda cita!

—Pues mira, no han sido más porque antes de Felipe tenía en la cabeza un amor no correspondido e imposible, y después de él no he tenido ni ganas ni tiempo.

—Podría decir que me parece una excusa, pero no voy a hacerlo.

—Preterición.

—¿Cómo?

—Cuando dices que no vas a decir algo que ya estás diciendo.

—Dany, ¿puedo hacerte otra pregunta?

Se llevó un trozo de zanahoria a la boca. Yo también tenía en mi plato y sabía que tendría que acabar comiéndomelas.

—Llevo casi una hora sometida a un tercer grado, se me ha acostumbrado el cuerpo y la mente.

—¿Eres así con los chicos?

—¿Así cómo?

—Sarcástica e irónica.

—Con algunos más que con otros. Ni todos entienden mi humor ni quiero que algunos lo hagan. Por ejemplo, la última cita que tuve fue con un chico muy atractivo, sin embargo, no parecía muy espabilado. ¡Qué diablos! No lo era.

—¿Lelo?

—No. Pablo.

Ambas nos reímos. Me sentía menos tensa, tanto que pude comer la alcachofa como si se tratara de una delicia que no había saboreado nunca antes.

—¿Vas a volver a verle?

—¿Lo harías tú?

Otra carcajada.

—Me gustaría hacerte una pregunta personal.

—¿Las que has planteado hasta el momento las has sacado del Trivial familiar?

Me di cuenta de que estaba un poco a la defensiva, así que me sosegué.

—Perdona. Dispara.

—Tu amor no correspondido no será Eric, ¿no?

—Dios me guarde de eso. No, por supuesto que no. Si lo hubiera sido, sería una tortura verle pasearse en boxers a cada momento que está en casa.

Cosa que, a menudo, me pasaba con Ricardo. Por supuesto, me callé.

—Te lo preguntaba por Laura —dijo seria. Tenían una buena amistad, lo sabía.

—No sé qué estarás pensando, pero ya te digo que no soy así.

Intentó sonsacarme quién era él, pero me negué rotundamente. No iba a dar ni una pista que pudiera descubrir el único secreto que era mío y solamente mío. Porque, este, a diferencia de otros, no lo había compartido nunca con nadie.

Acabamos con las verduras y apareció el famoso

batido. Volvió a hacer algunas alusiones a probar batidos de fresa, pero me limité a sonreír, pensando que si no le daba una contestación, no tendría con qué atormentarme. Al terminar, pagamos la cuenta y salimos del restaurante. ¿Te acompaño? No es necesario. No te voy a asaltar en el portal. Permíteme dudarlo. Unas cuantas carcajadas y una promesa de ir a merendar a La Cafetera el martes.

Regresé a casa cansada, porque había tenido que estar en guardia toda la cena.

Ahora, ahí, frente a mis oyentes, el asunto comenzaba a hacerme gracia, aunque prefería que Lucas y Ricardo no se rieran tan descaradamente como lo estaban haciendo.

—Me gusta estar aquí—concluyó Lucas.

—Cuando eras pequeño, eras menos gracioso—le dije.

—Y tú menos «la mujer que atrae el esperpento».

—Si este y el otro me buscaran a un buen chico—se rieron ante esto último—, no tendría que volver sulfurada a casa una vez a la semana.

—Si ninguno te gusta, ¿qué culpa tenemos Eric y yo?—inquirió Ricardo, poniendo cara de sentirse

despreciado.

—¡Sois un par de idiotas!

Ricardo se levantó del sillón, en el que llevaba ya un buen rato sentado, con aquellos pantalones de chándal que tanto me gustaban y la camiseta azul con escote en uve... ¡El fantasma del pasado! Le lancé sal imaginaria para que saliera de mi cabeza. Pero el fantasma, de carne y hueso, se acercó, me dio un beso en la frente y dijo:

—Tu par de idiotas, cariño.

¿Alguna vez me atrevería a decirle que dejar de llamarme así? Él había estado ocupado, o lo que es lo mismo, liado hasta las cejas con una de su empresa. Ahora, desde que yo lo había dejado con Felipe, estaba libre de nuevo, y en el peor momento, porque yo también estaba sola. Volvía a prestarme toda su atención.

—Estoy agotada —reconocí.

—¿Necesitas potasio? —preguntó Lucas desde el sofá, con el mando de la tele en la mano y una ceja levantada.

Vale, ese ya no era el niño del que me había despedido hacía más de diez meses.

—No sé si hay plátanos en casa —señaló Ricardo.

Lo que me faltaba. ¿Más insinuaciones? Por esa noche había tenido bastante.

—Buenas noches.

—¿Te vas a dormir?

Me fui hacia la escalera, arrastrando los pies descalzos por el suelo frío. ¡Qué sensación!

—Sí, porque los plátanos de esta casa me saben a poco.

Les oí reírse, pero no me volví. Realmente estaba cansada, así que nada más cerrar la puerta de la habitación, me deshice del vestido, me quité el sujetador, me puse la vieja camiseta del Hard Rock Café y me metí en la cama.

Capítulo 15

La comida del domingo fue como presenciar una escena preapocalíptica. A Lena se le había ocurrido la brillante idea de traerse a su ligue a casa, lo que, por una parte, me gustaba porque tenía que conocerle y quería hacerlo y, por otra, menguó las posibilidades de que las rencillas que flotaban entre ella y Lucas acabasen por solventarse. Aun así, este fue amable, dialogó con Iván, intercambiaron opiniones sobre el reciclaje y ultimaron los últimos preparativos de la comida entre los dos. No hubiera sido tan incómodo de no ser por Lena, que, daba igual donde se pusiese, siempre acababa en medio. Me quedé lejos de ellos, en el sofá, con Ricardo a mi lado. Tal vez hubiera sido más sabio por mi parte cortar el aire oscuro y espeso de la cocina con las manos que estar ahí junto a mi amigo barra amor de infancia y adolescencia. Porque,

desde que había dormido conmigo, mi mente no hacía otra cosa que buscar excusas por las que podría volver a hacerlo.

«Dany, has perdido el único tornillo que te dio Dios».

Él estaba completamente relajado, con unos vaqueros viejos y una camiseta naranja cambiando de canal. Yo, por mi parte, lanzaba miradas a la televisión mientras fingía que leía algo en mi teléfono.

—¿Quieres, por favor, dejar el móvil?

No me miró cuando lo dijo, pero detecté un deje de molestia.

—Cuando tú te decidas por algún programa.

Puso, al momento la Cuatro. *Callejeros viajeros*.

—¿Con quién hablas?

—Estaba leyendo un artículo de *Cosmopolitan*.

No era ninguna mentira, salvo por que leer, lo que se dice leer, no estaba leyendo, ya que mis ojos iban de los pies desnudos de Ricardo a la pantalla del teléfono.

«¡Basta».!

—¿De qué?

—De...

Miré en la pantalla el título del artículo. No iba a

pronunciar eso en voz alta. Ricardo me arrebató el teléfono y lo hizo por mí.

—*Las fantasías sexuales o el placer de decir que sí.*

Empezó a pasar el dedo por la pantalla. Él sí que estaba leyendo. ¡Por favor! Tenía que escaparme de ahí antes de que me hiciera cualquier pregunta de esas que solía plantear, a las que yo me había acostumbrado a contestar sin que me temblara la voz pero que, evidentemente, hacía que se encendiesen partes de mi cuerpo que no estaban en su campo de visión.

—Vaya... —pronunció cuando acabó—. ¿Cuál es la tuya?

—¿Cómo?

—Sí, así termina el artículo —me mostró la pantalla—. ¿Cuál es la tuya?

—Ah, ya.

—No, te estoy preguntando —mostró esa sonrisa que me ponía nerviosa.

—No tengo —mentí.

—Vergüenza es lo que no tienes al mentir así, descarada.

Me dio un empujón y quedé tendida en el sofá.

—Tú tampoco tienes vergüenza, por preguntármelo.

—Somos amigos —intentó defenderse mientras su mano grande cubría mi rodilla derecha.

—Por eso mismo.

—Si no fuéramos amigos, ¿me lo dirías?

—Si no fuéramos amigos —dije con todo el valor que pude encontrar en mi interior, mientras escapaba de su alcance para refugiarme en la caótica cocina— no te lo diría, la pondría en práctica.

No me fijé en su cara, el rubor de mis mejillas me lo impedía, así que a paso rápido me colé en la cocina. ¿En serio había dicho eso? ¿Estaba loca? Cavilé sobre el tema y llegué a la conclusión de que sí, estaba totalmente ida.

—¿Estás bien? —Me susurró Lucas para dejar de mirar a Lena e Iván, que se estaban dando un beso en ese preciso momento—. Estás más roja que un tomate maduro.

—Estoy bien.

—¿Seguro? Porque parece que hayas estado haciendo alguna indecencia.

Abrí mucho los ojos.

—¿Qué voy a hacer si estaba con Ricardo en el sofá?

—Peor me lo pones.

—¿Qué murmuráis?

La voz de Ricardo llegó como una bala hasta mi cabeza. No me giré para mirarle, aún no podía. Lena e Iván nos miraron curiosos, y mis mejillas le enviaron un mensaje a Lena que no pareció gustarle. ¡Espera! No se le ocurriría pensar que mi rubor se debía a algo que tuviera que ver con Lucas, ¿no?

—Estábamos hablando de lo cómodo que es vuestro sofá.

«¡Mierda, Lucas!».

—Interesante —susurró Ricardo con voz grave. Muy grave.

«¿Qué ha sido eso?».

—¿Tan cómodo es? —preguntó Lena, más que enfadada.

«¡Mierda, Lena!».

—Por lo visto más de lo que debería —siguió hablando Ricardo—. Tendremos que cambiarlo por uno más... rígido.

¡Oh, mierda! —no, no era la palabra del día—. No

me gustó cómo pronunció rígido. Definitivamente, me había pasado con el comentario que le había hecho. Había traspasado la línea que separaba nuestra amistad de cualquier otra cosa. A todo esto, yo no decía nada, aunque era más que evidente que todos esperaban que lo hiciera.

—No paso mucho tiempo en el sofá, me gusta más la cama, así que no sé si es cómodo.

«¡Mierda, Dany! ¿Piensas antes de hablar?».

Creo que el problema era, precisamente, que pensaba demasiado.

—Sí, me consta que es mucho más cómoda que el sofá —apuntó Ricardo.

«¡Mierda, Ricardo!».

Vale, había mentado ya a todos los presentes menos a Iván, que parecía ajeno a la conversación, si se le puede llamar así, que estaba teniendo lugar ahí. Él, lejos de alterarse, picaba cebolla sin llorar siquiera.

—¿En serio? —le preguntó Lucas a su hermano.

—Supongo —cogió dos copas y sirvió vino blanco. Me tendió una— que tendré que volver a comprobarlo. No me gusta aportar opiniones subjetivas.

—Sí, tú eres muy objetivo —dije al fin.

Cogí mi copa y él se volvió con la suya al salón.

Iván llamó la atención de Lena y ella se despistó nuevamente. Lucas se inclinó sobre mi hombro para decirme:

—¿Qué ha sido eso?

—Lo mismo te pregunto, majo —reproché.

—Lo mío un juego, pero lo vuestro parecía una promesa.

—Ninguna promesa —contesté.

—No soy idiota, Dan.

—Solo pesado, testarudo e insistente.

—Tiempo al tiempo.

—No si...

Mi hermana nos estaba mirando, así que me callé. Bebí vino. Bebí en silencio porque parecía que si no hablaba no provocaba problemas a mi alrededor.

Sentí un nudo en el estómago. De repente no me encontraba bien. Nada bien. Me llevé una mano a la boca. Una arcada. Dejé la copa encima de la mesa de la cocina y salí corriendo hacia el cuarto de baño de la planta baja. Ricardo me vio correr, así que oí sus pasos detrás de mí. No me dio tiempo a cerrar la puerta, por lo que me quedó el tiempo suficiente para arrodillarme

y liberarme de todas las verduras al vapor que había ingerido la noche anterior y el vaso de leche que me había bebido aquella mañana.

Sentí un par de manos en mi espalda.

—¡Eh! ¿Estás bien?

Seguía teniendo angustia, pero pude tirar de la cadena y dejarme caer en el suelo. Me limpié el sudor de la frente y las lágrimas de los ojos. Estiré las piernas porque necesitaba sentir el frío suelo bajo mi piel para relajarme. Ricardo cerró la puerta después de decirle a Lena que estaba mejor, cogió una toalla y la empapó con agua fría. Se arrodilló dejando mis piernas extendidas entre sus rodillas. Si no me hubiera encontrado peor, seguramente eso hubiese dado pie a muchas y diversas fantasías, sí, de esas de las que no quería hablar con él.

—¿Las alcachofas? —preguntó mientras me pasaba la toalla por la nuca y la cara.

—No, las alcachofas no.

—Las malditas alcachofas —corrigió él.

Me hizo sonreír.

—Necesito lavarme los dientes.

—Espera, si te incorporas muy rápido te marearás.

Relájate un poco, ¿quieres? Hoy parece que te hayan dado cuerda. No paras quieta —cerré los ojos—. Y tampoco paras de hablar.

Cambié la posición del cuerpo, obligando a Ricardo a que hiciera lo mismo, y apoyé la cabeza en el margen de la bañera. ¡Qué mal me encontraba! ¿Por qué? Vale, no me había comido las alcachofas como el que se come un helado de dulce de leche, pero... Estaba convencida de que tenían más culpa los nervios de las últimas horas que las verduras, aunque si pensaba en estas, me volvían las arcadas. Una combinación perfecta.

—Deberías darte una ducha y meterte en la cama. Te prepararé unas tostadas y un zumo.

—¿Tus tostadas? ¿Qué quieres de mí? ¿Rematarme?

Puso los ojos en blanco ante mi comentario y se mordió la lengua para no mandarme a freír espárragos.

—Levántate poco a poco. Así. Voy a buscarte unas toallas y una muda limpia para que te puedas duchar. Te has manchado la camiseta.

Bajé la mirada. En efecto. ¡Pero qué asco!

—Ya voy yo —anuncié.

—Tú métete en la ducha. Ahora vengo.

—¡No, espera! No busques entre...

Ya había cerrado la puerta.

«¡Oh, mierda!».

Bajé la tapa del váter y me senté. Tenía que esperar a que regresara. Esperaba no haber dejado nada comprometido en el cajón de la ropa interior. Aunque poco secreto tenía mi lencería cuando hacíamos la colada juntos. Suspiré. Preferí no mirarme en el espejo porque ya podía imaginarme qué aspecto tendría. Volví a fijarme en la camiseta. Tuve que quitármela porque el olor y la visión del vómito sobre la tela me provocaron un mayor malestar. La tiré al suelo.

Pocos minutos después entró Ricardo y yo, tan cansada como me sentía, estaba a medio camino entre el sueño y el desmayo.

—¿No te has metido en la ducha?

Dejó la ropa y las toallas sobre la butaca azul y puso los brazos en jarras.

—Tenemos invitados y...

—Les he dicho a los invitados que coman y que se queden tranquilos —me interrumpió.

—Bien —contesté al tiempo que me ponía en pie y me quedaba frente a él—. ¿Vas a salir o estás esperando a que te envíe una invitación?

—¿Y si te mareas?

Puse los ojos en blanco.

—¿Y qué pretendes? ¿Quedarte a vigilar? —fui yo la que imitó la postura de su cuerpo esta vez, aunque él parecía distraído en mirar otra parte de mi cuerpo—. Más arriba.

—¿Qué? —preguntó sorprendido.

—Tengo los ojos aquí.

—Lo sé.

Dio un paso en dirección a mí, y ni corto ni perezoso, abrió el grifo del agua y comprobó durante un par de minutos que saliera caliente. Cuando al fin dio el visto bueno, me miró de nuevo y me hizo una señal con la mano para que hiciera lo que ya me había ordenado.

—Puedo sola.

—Lo dudo —terció con los brazos cruzados sobre su pecho.

—Te lo diré de otro modo —dije imitando su postura. Mis pechos se juntaron y sus ojos, juguetones,

volvieron a despistarse—, o te vas o no me ducho.

Puso los ojos en blanco y se dirigió hacia la puerta. Le di un pequeño empujón y vi que me dedicaba un gesto burlón antes de cerrarle la puerta en las narices, pero lo ignoré.

Sé que me di una ducha rápida, me cepillé los dientes, me puse el conjunto más feo de ropa interior que Ricardo había tenido el placer de elegir (¿lo había hecho a propósito?) y luego me arrastré hasta la cocina, donde estaban los cuatro comiendo.

—¡Que aproveche!

—¿Mejor? —preguntó Lena rápidamente mientras se acercaba a mí.

—Sí, solo quiero agua y meterme en la cama.

Lucas rio tan sutil como de costumbre. Quise darle una colleja, pero pensé que evitaría otros comentarios si me callaba. Me acerqué a la nevera, cogí una botella de agua fría y un Omeprazol del cajón de los medicamentos.

—Deberías comer algo —me aconsejó Lena.

—No tengo hambre.

—Deberías —insistió Ricardo, sin mirarme.

Me tragué la pastilla sin hacerles caso y me

disculpé por tener que dejarles «desatendidos» aunque, bien mirado, estaban Lucas y Ricardo de anfitriones. Por otro lado, imagino que mi hermana habría querido un poco más de apoyo femenino, pero mi cuerpo y mi cabeza rogaban sábanas frías, ventilador y descanso. Cogí una manzana, prometiendo que me la comería un poco más tarde, le di un beso a mi hermana y me fui.

Me desperté a las siete de la tarde, con los pies fríos y la boca pastosa. Abrí los ojos en la penumbra de la habitación y alcancé la botella de agua. Le di un buen trago. Oí un quejido que me asustó. Miré a mi derecha y encontré a Ricardo. Pero, ¿qué hacía ahí? ¿Cuándo había venido? Dejé la botella en la mesita y vi la manzana, que no me había comido.

Le eché la sábana por encima a Ricardo, que estaba encogido en la esquina. Se movió un poco, pero no se despertó. Mejor. Si me movía un poco, lo haría. Tenía el sueño ligero. Cogí mi teléfono con la intención de cotillear Facebook o Instagram y no tener que pensar en nada. Pero, cuando encendí la pantalla, vi que tenía varios mensajes. ¡Por Dios! Esperaba que

Lena no hubiera puesto en alerta a toda mi familia.

Había un mensaje suyo en el que me decía que teníamos que hablar. Ya podía imaginarme sobre qué. Un mensaje de Eric que me recordaba que volvería esa noche, pero tarde. Y un mensaje de... Héctor. Parpadeé un par de veces porque creí estar leyendo mal, pero, después de asegurarme, me di cuenta de que no me equivocaba.

«He ido a llevar unas cosas del trabajo y Ricardo me ha dicho que te encontrabas mal. Espero que te mejores».

¿Y ya está? No iba a hacer alusión a lo sucedido y a su extraño comportamiento. ¿No? Pues entonces yo también me limitaría a ser cordial.

«Estoy mejor. Gracias».

Le contesté a Eric y a Lena y el móvil volvió a vibrar.

«Me alegro».

No escribí nada más, porque si lo hubiera hecho, lo más seguro es que hubiera dicho cualquier impertinencia.

—¿Con quién hablas? —gruñó Ricardo cuando se repitió la vibración con un nuevo mensaje de Héctor.

«No espero que lo entiendas».

¿Qué demonios significaba eso?

—Con nadie.

Se frotó los ojos, extendió su largo brazo y me arrebató el teléfono.

—Vaya. Creía que no te gustaba—murmuró.

—Y no me gusta, pero menos me gustan las cosas que no entiendo. ¿Qué se supone que le pasa? ¡Sois incomprensibles! —dije refiriéndome a los hombres.

Dejó el teléfono en su mesita, como si no quisiera que contestase a ese mensaje.

—¿Qué haces aquí?

—Hasta hace un momento, dormir.

Se dio la vuelta en la cama, quedando boca abajo. ¿Iba a dormirse otra vez?

—¿No tienes cama?

Gruñó un poco y si fingió que se dormía o se durmió realmente, es algo que no sabría decir. Como me daba apuro levantarme, di otro trago de agua y volví a tumbarme. Poco a poco me quedé dormida de nuevo. La respiración tranquila de Ricardo podía acunar hasta al más agitado de los hombres.

Capítulo 16

El martes por la tarde me tomé un café y unos donuts azucarados con Álex. Me di cuenta de que, cuando no intentaba tirarme la caña, me relajaba y podía hablar con sinceridad. Aunque estuve pendiente de nuestra conversación, lo cierto es que pensaba en que, al salir de trabajar, y después de cenar, tendría que irme a dormir. Ricardo se había instalado en mi habitación desde del domingo por la noche. Eric había dejado caer algunos comentarios que me habían hecho tanta gracia como podía hacérmela los daños que causó la central de Chernóbil. Entendía que se hubiera quedado a dormir la primera noche, aunque no del todo porque, si me hubiera encontrado mal nuevamente, su habitación estaba a seis pasos, pero, ¿y la siguiente? Y es cierto, no sabía con certeza si esa noche repetiría el mismo proceso, pero su pijama, perfectamente doblado

sobre mi cama aquel mediodía, cuando me escapé de L' Art, me anunciaba la inminente catástrofe. Podía dormir con Eric, era algo que no me inquietaba, pero no con Ricardo. Aunque, ¿cómo explicárselo a ellos? Tenía que apechugar con nuestra amistad.

«¿Para qué tienen sus camas, Dany, si eso va a ser un despendole?», me repetía mi voz interna.

—¿Me escuchas?

Me centré de nuevo en Alejandra y ella se dio cuenta de que no.

—Te estaba diciendo que ya va siendo hora de que tengas una buena cita, ¿no crees?

Se me ocurrió que no estaría de más pedir su opinión sobre el asunto Héctor, así que puse el teléfono ante sus narices y mientras ella leía yo le resumía lo ocurrido.

—¿Qué te parece? ¿También es un lobo?

Me miró desafiante. Yo sabía que Héctor no era ningún lobo, en todo caso un cachorro recién nacido.

—¿Qué escribes? —le pregunté alterada al ver que sus dedos se movían sobre la pantalla del móvil como pequeñas ametralladoras.

Me puso una mano en la boca y siguió tecleando

algo que a mí me había puesto el estómago del revés. Conociendo a Alejandra, aquello podría acabar como... Acabar simplemente.

—Está escribiendo —me anunció.

—¿Para contestar a qué? —me hizo una señal con el dedo para que me callase—. ¡Estás loca!

Ella le contestó y esperó otra respuesta, que se produjo casi al instante, cuando el teléfono volvió a vibrar, y así durante diez minutos que se me hicieron un mundo. Mi madre nos miraba desde la barra. Lena no estaba, tenía clase en la escuela. ¡Tenía que hablar con ella, pero no había encontrado tiempo! Y por algún extraño presentimiento—o realidad— sabía que no le hacía especial gracia pasarse por casa con el nuevo inquilino.

—Bien —dijo Alejandra—. Toma.

Me devolvió el teléfono. Tragué saliva y cogí aire.

—¿Esperas adivinar la conversación en los posos del café? —me preguntó al ver que me había quedado como una estúpida mirando la taza de café—. Lee, anda —ordenó inclinada sobre la mesa con una ceja levantada.

Encendí el teléfono y abrí la conversación.

Yo (Alejandra): *Debes de considerarme realmente estúpida si “no esperas que lo entienda”.*

Héctor: *Si hay alguien que no te considera estúpida, soy yo.*

Yo (Alejandra): *Pues me tratas como tal. Eso o tú eres un cobarde.*

Le lancé una mirada al leer esto último. ¡Madre mía! ¿Por qué había dicho eso? ¿Por qué había tenido el coraje de decirle aquello que yo llevaba días queriendo decirle?

Héctor: *Tal vez lo sea, no te lo puedo negar. Pero como he dicho, no espero que entiendas por qué.*

Yo (Alejandra): *Héctor, no tengo tiempo para tonterías. Si quieres que seamos amigos, decídelo ahora, si no, deja de enviarme mensajes preocupándote por mi salud.*

¿De dónde había salido Álex? Yo quería un poco de esa ráfaga de autoridad.

Héctor: *Quiero serlo, creía que eso lo sabías ya.*

Yo (Alejandra): *Pues no estaría de más una disculpa.*

Héctor: *Pensaba disculparme, si me dejas, en persona.*

Yo (Alejandra): *Te veo el sábado. Tienes tiempo hasta entonces para pensar una buena excusa o una excelente mentira, porque no me conformaré con un lo siento.*

Héctor: *Lo sé.*

Fin de la conversación. Lo había puesto firme.

—Tienes que espabilar. No sé cuántas veces tendré que decírtelo para que acabes haciéndome caso. No es tan difícil, ¿sabes? ¿He dicho lo que pensabas?

Asentí.

—Bien, pues podrías haberlo hecho tú misma.

—Gracias —me limité a decir.

—Una vez arreglado esto —añadió Álex después de darle un sorbo a su café con leche—, ¿qué pasa con Ricardo?

Me quedé con el donut en la mano y la boca abierta. ¿Cómo? ¿Qué? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Por qué salía ese tema a relucir? Espera, ¿era un tema? ¿Se podía considerar tema?

—¿Qué pasa con él?

—Has tardado demasiado en contestar, guapa. La expresión de tu cara te delata —me acusó con su dedo largo y afilado.

—No entiendo qué quieres decir.

—Yo soy muy clara —eso era algo que yo ya sabía—, así que no me andaré con rodeos pese a que me entretiene ver tus reacciones. Oí a Eric decirle a Laura que llevabais varias noches durmiendo juntos.

—He estado enferma.

—¿Y él ha ido a ponerte el termómetro?

—¡Alejandra!

Le eché un vistazo a mi madre, que estaba en una mesa muy cercana a la nuestra. Álex emitió una carcajada tan fuerte que mi madre nos miró y también sonrió, como la mitad de la cafetería.

—¿Te bajó la fiebre su presencia o...?

—¡No tenía fiebre! —le grité en silencio.

—¡Te la subió, pues!

Hubiera querido estrangularla en aquel preciso momento, pero en vez de eso le di el mordisco al donut, que seguía esperando a ser devorado.

—Nadie te va a juzgar.

—No hay motivos —expliqué muy tranquila. No había pasado absolutamente nada.

—¿Te gusta?

Hice pasar el donut por mi garganta a duras penas.

—Te gusta —repitió ella, afirmándolo en esa ocasión.

—Eso forma parte del pasado —dije—. Me gustaba.

—¿Hace cuánto? —levantó las dos cejas, pero dejó aquella sonrisa acusadora en sus labios color granate.

Carraspeé.

—Cuando conocí a Felipe se me pasó.

Y no era mentira, aunque no sabía si se me había pasado o lo había encubierto.

—O sea, que ignoraste el sentimiento

transitoriamente.

—Vale, sí. Eso fue lo que pasó.

Hice un gesto de mandarlo todo a la mierda y me recosté sobre el respaldo acolchado del banco. ¿Para qué pelear? No tenía ni fuerzas, ni armas para vencer a aquel dragón sediento de saber. Alejandra sabía lo que iba a decir incluso antes de que yo lo pensase siquiera. ¡Tenía un don, maldita sea!

—¿Y ahora? ¿Aceptas su compañía?

—No es esa clase de compañía, créeme.

—No es esa la cuestión, Dany —me hizo saber, como si yo pareciera tonta—, la pregunta es: ¿quieres que sea esa clase de compañía?

—No lo sé.

—Es decir, sí. ¿Y a qué esperas? ¿Qué vas a hacer? ¿Hacer como quien ve llover? Vives con él, sabes que no va a acabar bien si das un paso en falso, ¿verdad? ¿Crees que siente algo por tí? Evidentemente algo quiere. Aunque, bien mirado, tú también quieres algo y no te cueles en su cama. Pero bueno, tú eres tú. ¿No ha intentado nada extraño?

—¿A qué contesto primero?

—No lo sé, estaba reflexionando en voz alta.

«Pues todas tus reflexiones me han caído encima como un jarro de agua fría, maja. Sobre todo la parte en la que me has dicho que un paso en falso arruinaría años de amistad».

¡Por favor! ¿Cómo no había pensado en eso?

—No ha intentado nada. Más allá del tonto que nos llevamos desde el instituto.

—¿Ni un beso?

Negué vehemente con la cabeza.

—¿Y qué vas a hacer?

No me lo pensé mucho. Solté lo primero que se me pasó por la mente.

—Supongo que intentar conocer a alguien.

—¿Para qué? ¿Para que sirva de amortiguador durante otros dos años? ¿Y luego qué? ¿Vuelta a empezar?

—Tus pensamientos viven en tu boca, Álex. Y no, no sé lo que voy a hacer, así que, por favor, deja de avasallarme con tus preguntas porque soy incapaz de pensar con claridad —dije un poco enfadada.

—Perdona.

Miré mi reloj de muñeca y me di cuenta de que tenía que volver a la galería. Estiré la mano sobre la

mesa y cogí la mano de Alejandra para darle un apretón. También le regalé una sonrisa que no me apetecía especialmente. Iba a hablar de vasijas encontradas en el fondo del mar, fruto de algún naufragio del siglo XVII, pensando en todo aquello que había querido ignorar.

—Gracias por escucharme.

—Ojalá te animes a escucharte tú también, porque dices más cosas interesantes de las que piensas. Por el momento, creo que deberías echarle de tu cama.

—¿Celos?

—Preocupación —me guiñó un ojo—. Y un poco de celos.

Me reí mientras cogía mi bolso y dejaba diez euros sobre la mesa, aunque mi madre insistía en que no quería que le pagara las consumiciones.

—Tendría que dar más explicaciones si le echo que si le dejo.

—No estaría de más que las dieras —me desafió.

—Alejandra... —la regañé.

Levantó las manos señalándome que se rendía. Le di un apretón en el hombro y me despedí. Un beso a mi madre. Contesté fugazmente a un par de preguntas

que me lanzó y salí a la calle, algo menos calurosa aquel día.

¡Bendita locura!

Le mandé un mensaje a Héctor.

«Te veo el sábado por la noche en la calle Oscar Esplá, nº 16».

Vibró el teléfono inmediatamente, pero no era Héctor.

«Deja de distraer a mi becario».

¿Ricardo estaba en todas partes o qué? ¿No estaba demasiado pendiente de...? Fruncí el ceño y eché a andar a grandes zancadas hacia L' Art.

Capítulo 17

Regresé a casa decidida a cantarle las cuarenta a Ricardo y, como me había dicho Alejandra, a devolverle a su cama, de donde, dicho sea de paso, no debería haber salido las noches anteriores. Pero mi frustración aumentó al ver que estaba de pie, en medio del salón, con Laura y una chica morena, espectacular, con unas piernas larguísimas o una falda demasiado corta. Los tres estaban arreglados. Mucho. Demasiado. Fruncí el ceño. Llevaba con él así desde la merienda.

—Dany —pronunció Laura al verme aparecer.

Intenté ponerme lo más recta posible. ¿Qué pretendía, marcar territorio con la intrusa? Eso era algo imposible, porque me daba mil vueltas. No, que sean mil una.

Laura me dio dos besos y un abrazo muy cariñoso.

Le susurré que estaba muy guapa y me lo agradeció con otro beso. A continuación, me presentó a la morena, Cecilia. Ricardo me saludó con un guiño, y yo le odié por eso. Me limité a darle un apretón en el brazo —teníamos una amistad, joder— y me quedé formando parte de su círculo, en el que, con mi uniforme de trabajo, no encajaba ni a presión.

Hablaban de nimiedades a las que yo sonreía y asentía, como si me importara, como si fuese tan interesante como el Renacimiento. Al cabo de un rato bajaron Eric y Lucas. Este último iba con unos vaqueros rotos y una camiseta. Estaba claro que, fuesen adonde fueran, él no les iba a acompañar. Tampoco me habían invitado.

«¡Oh, vaya!», exclamé mentalmente al darme cuenta, al fin, de que aquello era una cita doble.

—Parece que estamos fuera, ¿eh, Dan? —expuso Lucas.

Yo le sonreí, sobre todo porque vi en los ojos de Laura la necesidad de invitarme a ir con ellos, cosa que, bajo ningún concepto, quería hacer.

—He pasado por el videoclub —le dije a Lucas. Me pasó un brazo por encima de los hombros—.

¿Cena, palomitas y película?

—¿Me estás proponiendo una cita?

—Para que fuera una cita, tendría que haber una manta.

Se rio. Él, Laura y la morena. Mis amigos y compañeros me miraron como si gritasen: «¿En serio, Dany? ¿Tonteando con Lucas?». A lo que yo contesté mentalmente con un: «¡Idos a tomar viento fresco!». Lo que era imposible, porque por la noche había vuelto el calor que había disimulado por la tarde.

—Prefiero que salgamos —me dijo Lucas.

—¿Adónde? —pregunté.

—A cenar —contestó decidido—. Yo seré mejor cita que cualquiera de las que hayas tenido.

«Lucas. Lucas. Lucas. Te estás, y me estás, metiendo en un berenjenab».

—Me cambio y nos vamos.

—Informal. Yo soy de a pie de calle.

Me reí. Me encantaba ese chico.

—Pasadlo bien —les dije a mis amigos, y a Cecilia, mientras desaparecía de su campo de visión.

Prefería ahorrarme la reprimenda visual que Ricardo le lanzaría a Lucas. De hecho, prefería

ahorrarme cualquier cosa que tuviera que ver con Ricardo. ¿Estaba enfadada con él por tener una cita? ¿No había estado yo haciendo eso mismo? Sí y no. Su cita no tenía nada que ver con las mías.

Le hice caso a Lucas y me puse lo primero que encontré: unos vaqueros cortos y una camiseta que me había regalado Lena y que me encantaba, rosa con botones negros.

—Nos podemos ir —le dije a Lucas cuando acabé de peinarme.

—¡Estás guapa! Si pretendías impresionar a mi hermano, ya se ha ido.

«Pero, ¿qué...?».

—Vámonos.

Oí cómo se reía a mis espaldas. ¿Todo el mundo iba a martirizarme con aquel tema? ¡Mierda, sí, era un tema! Ya no era Ricardo, el amigo, no, era Ricardo, el tema. Todo lo que tuviera que ver con él —respiración, ropa, citas, comportamiento, sonrisa, guiños, acciones y repercusiones— conformaba el tema.

No cogimos el coche, porque Lucas quería tomarse algo y yo necesitaba hacerlo. Tenía suficiente confianza con Lucas como para que, si me

emborrachaba y hablaba más de lo debido, no revelara lo que fuera a decirle. Echamos a andar, pensando en algún sitio en el que nos apeteciera cenar. Eso llevó a mi cita improvisada —no era una cita en absoluto— a contarme que los demás habían ido a un restaurante bonito.

—A uno de esos que tiene seis cucharas a un lado del plato y cinco tenedores al otro —había dicho.

Me daba igual. No quería saber ni quién era aquella chica, ni de dónde había salido ni si se iba a quedar por mucho o poco tiempo. Y menos me importaría cuando me bebiera tres, cuatro o cinco cervezas.

Elegimos una pizzería, ya que, ni en broma, nos hubieran dejado entrar en el tres estrellas Michelin al que habían ido ellos. Nos tomamos la primera de la cervezas mientras nos preparaban las pizzas cuatro quesos y la de champiñones y jamón.

—Tienes una cara de mala leche...

—Perdona, estoy un poco cansada.

—Eso será.

Ignoré ese comentario, preferí interrogarle.

—¿Qué tal con Lena?

Levantó un poco las cejas y me miró por encima de

sus pestañas mientras daba un trago a la cerveza.

—¿No has hablado con ella?

—No he tenido tiempo, la verdad.

«¿No he tenido tiempo o me ha dado miedo buscarlo?».

—Nos vimos anoche. Quedamos en tener una relación cordial —otro trago. Le costaba tragarse sus propias palabras.

¿Una relación cordial? Eran amigos desde pequeños y todo se había estropeado por... ¿Por qué? ¿Por intentar tener algo más que una amistad? Sí. Y ahora no podían retomararlo donde lo habían dejado. ¿A qué me sonaba eso? Me prometí en aquel momento que tenía que encontrar la manera de evitar que eso me pasase a mí. Anclé esa convicción en cada parte de mi mente, cuerpo y corazón.

—Es una mierda.

—No, una mierda es que no quisiera hablar conmigo. Pero que lo haga solo para decirme «hola» en el supermercado o en reuniones de amigos, eso es una gran putada, además de injusto. Ninguno de los dos sentíamos más, lo que nos dolió no fue eso, fue que no funcionara. Porque yo la quiero mucho, Dany.

—Y ella a ti.

—Pues lo disimula muy bien.

Así que sí, de esa manera sería como todo acabaría. ¿No podían recuperar su amistad si tanto cariño les unía, tantos recuerdos y tantos sentimientos intensos?

—Somos, y éramos, unos críos, joder.

—Sí... —contesté distraída.

—Yo no voy a seguir pidiendo perdón porque no pudimos enamorarnos el uno del otro. ¡No nos enamoramos, vale! Pero nos hemos querido más que nadie, ¿qué hay de malo en seguir queriéndonos?

Dio un golpe en la mesa y se quedó mirando el vaso de cerveza. Sí, ¿qué había de malo? ¿Qué le pasaba a Lena? No la hacía tan rencorosa. No podía entender cuál era su postura en aquella relación.

«Nota mental: Hablar con ella mañana sin falta».

—Se te ha iluminado la pantalla del teléfono.

Lo cogí y le eché un vistazo al remitente.

—¿Quién es? —preguntó, imagino, al ver mi cara de enfado.

Le dirigí una mirada que decía, claramente, sin margen de equivocación: «¿Tú quién crees que puede

ser?».

—¿Qué dice?

Lo entendió.

—Ni lo sé, ni me importa.

—¿No vas a leerlo? —preguntó Lucas dubitativo.

—Debería estar pendiente de su cita y dejar de enviarme mensajes.

Lucas me miró con ojos divertidos y me hizo una señal con la barbilla que indicaba: «No te hagas la dura y lee el dichoso mensaje». Abrí el chat de Whatsapp y me quedé perpleja.

«¿Habéis salido al final? Leí.

Lucas no disimuló en absoluto lo mucho que disfrutaba con aquella relación picajosa. No quería contestarle. Prefería que viera que lo había leído, y después ignorado. Apagué el teléfono y lo tiré al interior del bolso. Nada de mensajes aquella noche.

—Hazle sufrir.

—No sufrirá. Es un cotilla. Cada vez que voy a algún sitio, se manifiesta.

Lucas sonrió, parecía que Alejandra le hubiera dado clase de «cómo sonreír con malicia».

—¿Y eso no te da que pensar?

Verdaderamente, no me había detenido a pensar en ello, pero... Cuando había quedado con Héctor había hecho unos cuantos comentarios peligrosos. Y, ¡qué diablos!, nos había espiado desde la terraza. Por no hablar de que, en la cita con Emilio, había llamado por teléfono. En la tercera, había esperado en la terraza y enviado a Eric a interrumpirnos a Pablo y a mí. Con Alejandra no había hecho nada, porque sabía que era una chica. ¡Venga ya! Fruncí el ceño.

—Sí, eso es —contestó Lucas como si supiera exactamente la conclusión a la que había llegado.

Vibró el móvil en el bolso.

Lucas levantó las cejas, provocador. Al ver que no lo cogía, sacó su teléfono.

—¿Qué haces?

—Torturarlo un poco.

—¡No, no! ¡Lucas!

No quería contestarle. No quería porque tenía que dejar a un lado aquel tonto insano. De ninguna de las maneras quería acabar del mismo modo que Lena y Lucas. No podía perder a Ricardo. A mi amigo Ricardo. ¡Qué raro me sonaba ese «amigo» cerca de su nombre! Era un consuelo doloroso.

—Tarde. «¿Tú no tenías una cita? ¿Qué haces acaparando a la mía?» —me miró y yo debí de parecer espantada—. Tranquila, es algo suave.

No le contestó, pero mi móvil volvió a vibrar, por última vez en toda la noche. Pero no leí los mensajes hasta que no llegamos a casa, un par de horas después.

—Pero, ¿qué quieres de ese chico? —me preguntó Lucas unos minutos más tarde, tras explicarle lo sucedido con Héctor—. ¿Te gusta?

—No es eso. Nos besamos, pero no hubo química.

Lucas asintió como si entendiera a la perfección lo que le estaba diciendo.

—¿Estás segura de que él no sintió nada?

—Fue él quien se apartó, Lucas. Nos reímos y todo del desastre —le expliqué sin inmutarme.

—Entonces, quieres ser su amiga, ¿no?

—Lo único que quiero es claridad y sinceridad. No tengo ganas de tonterías. No las toleraba cuando era una cría, ahora menos.

—Haces bien.

—¿Te van a organizar más citas? —preguntó cuando nos trajeron las pizzas.

—Todas han sido un desastre. No quiero repetir.

Asintió y cogió un pedazo de la de cuatro quesos. Yo hice lo mismo, pero una voz nos interrumpió.

—Dany, hola.

Miramos, tanto Lucas como yo, hacia arriba, para encontrarnos con una cara que los dos, pero sobre todo yo, recordaba. Dejé el trozo de pizza y me puse en pie.

—Felipe, ¿cómo estás?

Me gustó la naturalidad con la que lo dije. Me dio dos besos que yo acepté con mucha formalidad y le pregunté si recordaba a Lucas. Asintió, le dio un apretón de manos y mi acompañante fingió que no nos miraba mientras hablábamos.

—Me ha dicho mi padre que vas a volver a esculpir.

—Sí, hace tiempo que tenía ganas.

—¿En el taller de Jon? —preguntó sonriente. Asentí—. Nos veremos por ahí, entonces. Le he conseguido un encargo importante para unos compañeros del bufete de abogados, que se casan —carraspeó, parecía nervioso—, y tendré que ir de vez en cuando.

—¿No sería lógico que fueran los propios novios

los que hicieran eso?

—La boda les ocupa ya demasiado tiempo.

Asentí, aunque quería pegarle un bofetón. No éramos amigos, no lo éramos. Y no quería tenerle rondando por el lugar que iba a abstraerme de mi caótico universo. A Felipe eso le importaba tanto como a mí la procedencia de los kiwis.

—Pues nos veremos por ahí —dije a modo de despedida.

—Sí —antes de sentarme me acarició el brazo—. ¿Sigues teniendo el mismo número de teléfono?

Asentí y oí a Lucas susurrar:

—Sí, y más autoestima, imbécil.

Felipe se fue, pero no presté atención a lo que acababa de suceder. Seguimos hablando de cosas sin importancia, dándonos consejos que, probablemente, ninguno de los dos tendría en cuenta cuando llegase el momento.

Volvimos a casa riéndonos, las tres o cuatro cervezas, ya no lo sabía, se nos habían subido un poco a la cabeza. Entramos en el salón haciendo ruido, demasiado. Pero no importaba, porque habíamos sido los primeros en volver, como era de esperar.

—¿Quieres que veamos alguna de esas películas?

—Bien —contesté mientras encendía, al fin, el teléfono móvil.

«¿No me contestas? Muy maduro por tu parte».

«Debes de estar realmente entretenida».

«Ya veo que estoy molestándote en tu cita. Espero que sepas lo que estás haciendo».

Sí, ese último mensaje debía de haberlo escrito después de que Lucas le enviara el suyo. Ya se me habían quitado las ganas de todo. ¿Por qué se comportaba así? ¿Creía que yo podría hacerle algo malo a su hermano pequeño (ya no tan pequeño)? ¿Pensaba que era una irresponsable?

—Tal vez deberías irte a dormir. Dejemos la película para otro día.

Asentí agradecida. No iba a centrarme en la trama de ninguna película por muy buena que fuera, sobre todo porque mi vida, en aquel momento, ocupaba todos y cada uno de mis pensamientos. Me fui a dormir.

Capítulo 18

Mi humor no mejoró en absoluto a la mañana siguiente. Lucas y yo nos habíamos despertado pronto. Él no tenía que trabajar ni estudiar. Yo sí. Eric había pasado la noche en casa de Laura. ¿Cómo lo sabía? Cecilia, que llevaba puesta la camisa de Ricardo, estaba sentada en la isleta de la cocina, frente a Lucas y a mí, desayunando con nosotros. Su hombre debía de estar aún durmiendo. Me irrité.

Lucas me daba golpes con su rodilla por debajo de la mesa y yo se los devolvía, un poco más agresivos. ¿Qué me estaba pasando? Tal vez influía la voz aguda de Cecilia, que se me clavaba como si estuviera en una sesión de acupuntura. Evidentemente no era la primera chica que Ricardo llevaba a casa, pero por lo menos antes había optado por hacerlo mientras yo estaba con Felipe. Podía amortiguar cualquier golpe por aquel

entonces. Ahora no.

Me bebí el café y dejé que Lucas fuese el que le diera conversación a su futura cuñada. «¡Dany, ya vale!». Tenía que irme a trabajar aunque fuera una hora antes. Dejé la taza en el fregadero justo cuando Ricardo entró por la puerta. No me miró. Se acercó a Cecilia y le plantó un beso en la boca. Después se sentó a su lado y se sirvió un vaso de zumo. Yo saqué un táper para guardar en él un sándwich mixto y una manzana troceada. No tenía ganas de regresar a casa para comer aquel día.

Cecilia se reía como una cría, pero Lucas se encargó de distraerme.

—¿Vas a ir al taller hoy?

—Sí. He visto que tenía un mensaje de Ernesto. Ya tiene todo lo que le encargué, así que después de trabajar me acercaré.

Coloqué las lonchas de queso y después las de jamón.

—¿Quieres que me pase? —levanté un poco la cabeza. No entendía aquella pregunta—. Por lo de Felipe digo.

«¿Quieres sacar a relucir el encuentro con Felipe?

¡Bravo, Lucas!».

—No es necesario.

Sabía que Ricardo no me quitaba los ojos de encima mientras Cecilia le acariciaba la nuca y le pasaba los dedos por el pelo soñoliento. Sabía lo guapo que estaba cuando se levantaba.

«¡Olvídate de eso!».

—Además, me distraerías; y quiero acabar una cosa.

—¿Aquello para Héctor?

Asentí con solemnidad. En otras circunstancias Ricardo hubiera indagado, pero a cada cosa que yo pronunciaba, él le daba un beso, en cualquier parte, a su... amiga.

—¿Vas a acabar tarde? —me siguió preguntando su hermano. Le dije que sí, que al día siguiente era fiesta y la galería cerraba—. ¿Paso a por ti?

—No voy a pasar la noche aquí, Lucas.

«¡Eso ha sonado horrible, Dany!».

—No lo sabía —miró a su hermano, que acababa de rechazar una carantoña de Cecilia. Lucas volvió a mirarme—. ¿Adónde vas?

Podría haberme hecho la interesante y fingir que

tenía un idilio amoroso, o sexual, como lo estaba teniendo Ricardo, pero no sé por qué, en aquel momento en el que me di cuenta de que hacía lo que hacía solo para molestarme (o eso gritaban las circunstancias) quise ser mejor que él.

—Aprovechando que mañana es fiesta, quiero estar con mi familia.

—Te echaremos de menos, ¿verdad? —le lanzó una mirada a Ricardo.

—De vez en cuando está bien despejar la casa. Cuanta menos gente, mejor.

¿Qué? ¿De verdad acababa de decir que le molestaba? ¿Él había dormido en mi cama y era yo la que acaparaba su espacio personal? Cerré el táper de un manotazo y salí de la cocina. «Voy a vestirme», me limité a decir.

Cuando bajé con el bolso colgado del hombro y la bolsa de mano, Ricardo estaba mirándose en el espejo de la entrada. No vestía traje, lo que me recordó que esa mañana tenían una reunión con un cliente muy campechano al que no le gustaban las formalidades. Cogí mis llaves del cuenco y abrí la puerta para irme.

—Adiós —pronuncié.

Él cogió su maletín y el manajo de llaves que siempre llevaba encima y alcanzó a decir, antes de que yo cerrara la puerta, un «yo también me voy». No quería estar en el ascensor a solas con él, iba a ser tremendamente incómodo, porque me sentía dolida y enfadada. No somos complicadas, pero a veces no podemos evitar complicarlo. Podría haber bajado por las escaleras, pero hubiera significado que nos habíamos enfadado por algo, y ni él ni yo íbamos a admitir eso.

Todo aquello me llevaba a otras preguntas: ¿Dónde estaba Cecilia? ¿La había echado? ¿Se había ido sola? ¿Volvería? ¿Pasarían esas minivacaciones juntos? ¿Por eso quería la casa despejada? No les había oído llegar, y menos aún hacer...

«¡Para, para!».

Llegó el ascensor y ni siquiera, cosa que hacía normalmente, me ofreció entrar primero. No iba a ser tan fácil fingir que no estábamos enfadados si gritábamos a los cuatro vientos que sí.

Pulsó el botón del cero.

—¿Bien anoche? —pregunté para meter más baza.

—De maravilla. ¿Y tú?

—Muy bien.

Se abrieron las puertas y salimos a la vez, así que chocamos. Emitió un sonido que indicaba que estaba a disgusto. Le hice una señal para que pasara él primero, y lo hizo. Salimos a la calle.

—¿Te vas andando? —me preguntó.

—Sí.

—Te acerco.

No era una pregunta, pero lo último que me apetecía era pasar diez minutos de incómodo silencio en un sitio del que no podía escapar.

—No es necesario.

Sabía que era su forma de intentar pedirme perdón, pero no iba a aceptarlo. No así, tan fácilmente.

—Tengo que quemar las calorías de la cena. Mucha pizza —le dije sonriendo.

«¡Que te lo has creído tú si piensas que voy a dejar que me moleste tu actitud!».

—¿No la quemaste anoche?

«¿Vas a ir a por ahí, Ricardo? Sí, tus ojos y tu boca enfurruñados me dicen que sí».

—Ya la quemaste tú por los dos. Hasta luego.

Y me fui andando sin prisa, dejándole con la

palabra en la boca. ¡Menuda mañana me esperaba! Aunque al final fue más llevadera de lo que creí en un primer momento.

Lena llegó al taller sobre las once de la noche. Había estado enfrascada en el amasijo de cerámica que tenía ante mí. Me había relajado de tal manera que se me había pasado el tiempo en un abrir y cerrar de ojos. Por suerte no había tenido que ver a Felipe, y esperaba que no sucediera muy a menudo.

—¿Me dejas hacer una llamada? —Me preguntó Lena—. Se me ha quedado el móvil sin batería.

Asentí y le indiqué dónde estaba el teléfono, porque yo tenía las manos embadurnadas de arcilla.

—Tienes el Whatsapp repleto de mensajes.

—¿De quién? —pregunté temerosa.

—De Eric.

¿Qué había pasado? No se habría vuelto a pelear con Laura, ¿no? ¡Por favor que no fuera eso! Fui a la lavarme las manos y cuando Lena acabó de decirle a mamá que llagaríamos tarde y que no nos esperase para cenar, les eché un vistazo.

Si vas a pasar la noche y el día siguiente fuera, por lo menos podrías avisar. Llego a casa y no me encuentro a nadie. He llamado a Lucas y me ha dicho dónde estabas. Hace días que no hablamos. Tenemos que hacerlo.

He estado ocupado, pero no te creas que no me doy cuenta de las cosas...

¡Disfruta y descansa!

Le envié un mensaje disculpándome.

Creía que te lo diría Ricardo al llegar a casa.

Buena excusa para saber dónde está Ricardo, Dany.

No está en casa.

Fin de la información conseguida.

—¿Todo bien? —me preguntó Lena, a lo que yo respondí con un asentimiento falaz.

Me recordé a mí misma que yo no iba a ser la protagonista de aquella conversación. Tenía la firme intención de ver si quedaba algún atisbo de esperanza que les devolviera a Lena y a Lucas la amistad que yo estaba convencida de que no había desaparecido. Por eso, en cuanto Lena se sentó y empezó a comer, le conté sin miramientos la conversación que había tenido con Lucas la noche anterior, por si él, en realidad, no había podido expresarse con ella con la misma soltura y naturalidad que conmigo. Pero me equivocaba, porque mis palabras no alteraron lo más mínimo a mi hermana, cuyo corazón parecía haber parado de latir hacía demasiado tiempo. ¿Qué le pasaba? ¿No era capaz de darse cuenta de lo ridículo que era perder a su amigo? Además, ahora ella estaba conociendo a Iván, ¿por qué no retomar esa amistad?

No saqué nada en claro, pero le hice prometerme que volvería a verle, que intentarían hablar. Podían hacerlo si querían. Y él quería, pero Lena no las tenía todas consigo. Le pregunté, ya presa de la incertidumbre, si en algún momento ella había sentido

más de lo que había confesado. Me aseguró que no, y la creí, porque la conocía demasiado bien, hubiera adivinado en su rostro el detalle más insignificante que me revelara su mentira. ¿Entonces?

Quería entenderla, tanto que aquella noche no pude dormir. En parte por eso y en parte por todo lo que había sucedido en las últimas veinticuatro horas. Obvié mencionar a Felipe, porque en aquel momento me pareció la menor de mis preocupaciones, dado que no era con él con quien vivía y al que tendría que ver todos los días. Dejé a un lado tantas cosas que, sobre las tres de la madrugada, aún las recitaba mentalmente, como si alguien pudiera escucharme.

Me quedé colgando de alguna idea que zumbaba por mi mente, mirando la lámpara del techo y cómo se filtraba la luz nocturna por la ventana y se reflejaba en ella. En la casa de mis padres, ahí en esa cama en la que había dormido diecinueve años, y pensando en Ricardo, tuve la sensación de que volvía a estar en primero de bachillerato, reviviendo cada uno de los instantes que había pasado a su lado aquel día.

Me dormí una hora después y soñé que todo no había sido más que eso, un sueño. Me despertaba en

casa, con normalidad. Tan dolorosamente normal que sentí cómo mi cuerpo se retorció en la cama. Eso me desveló. Cogí el móvil para ver qué hora era. Casi las seis y media. Ningún mensaje. ¿Qué esperaba? Lo absurdo no era que no tuviera noticias de mi amigo, sino que yo siguiera pensando en que iba a recibir una disculpa.

Entré en el salón al día siguiente por la noche. Había pasado cuarenta y ocho horas fuera del apartamento y, una vez que estuve de vuelta, me sentí un poco extraña. Había disfrutado mucho en compañía de mi familia, había ayudado a Jon en el taller, había comenzado a pintar la habitación de mi sobrino (o sobrina), cocinado con mi madre (ella cocinaba y yo miraba), intercambiando miradas con mi hermana (acusatorias), viendo las noticias con mi padre y olvidado de todo. Ese mismo día, después del pequeño parón en el trabajo, volví a L' Art de tan buen humor que hasta mi jefe hizo alusión a ello, y aprovechó mi alegría para recitarme sus votos. Y no me había importado. ¡Pues sí que estaba contenta!

—Ya estoy en casa —dije desde la puerta, justo al lanzar las llaves al cuenco de cerámica que yo misma había hecho.

—En la cocina —oí la voz de Eric.

Dejé mi bolsa en el salón, de camino. Entré en la cocina con una gran sonrisa. Les encontré a los tres: a los dos hermanos y a Eric. Por un momento no me acordé de nada y mi entusiasmo se manifestó más de lo permitido, porque debería haber seguido enfadada. Uno por uno les di un beso en la mejilla y me encaramé a una de las banquetas. Les miré a los tres. Me bajé de la banqueta. Puse la radio, cogí una manzana, porque no tenía mucha hambre, y volví a sentarme presidiendo la isleta y sin dejar de sonreír. En la radio sonaba la canción de Meghan Trainor, *Dear Future Husband*, así que no tardé demasiado en comenzar a moverme de un lado a otro y cantar.

Volví a levantarme para coger un vaso y llenarlo de agua fría, que me bebí de golpe. Me dolió un poco la cabeza porque estaba demasiado fría, pero se me pasó enseguida.

—Hoy ha hecho un buen día, ¿no os parece? —pregunté mientras bailoteaba por la estancia.

«Eres bipolar».

—Para ti, desde luego que sí —contestó Eric.

Puse morritos y le mandé un beso.

—Si no te conociera, diría que has estado los dos días... —hizo un gesto obsceno, lo que a nadie le sorprendió, pero sí el guiño que yo le dediqué—. ¡Venga ya!

Lucas me tendió su teléfono encendido justo a tiempo para que yo pudiera ignorar la indirecta de Eric y la indiferencia de Ricardo, que no apartaba la mirada del periódico, con sus ojos escondidos tras las gafas.

Vi un mensaje de Lena, en el que aceptaba algún ofrecimiento que Lucas le debió de hacer anteriormente. Asentí contenta y se lo devolví.

—Creo que le da vergüenza —confesé con la boca llena de manzana—. Por lo que pasó.

—Yo la quiero igual.

—¿Mañana cenamos juntos? —me preguntó Eric.

—He quedado con Héctor.

Ricardo pasó una hoja del periódico, que hizo más ruido del que había esperar.

—¿Él es el responsable? —señaló mi sonrisa con el dedo y sonrió.

—Podemos ponernos al día esta noche, si quieres —recordaba perfectamente su mensaje.

No sabía si quería que los comentarios y preguntas de Eric me alejaran de mi recién adquirido buen humor, pero no tenía alternativa.

—¿Me estás haciendo una invitación formal a tu habitación? —arqueó las cejas.

—Te estoy dando alternativas.

—Podéis hablar en el salón —oí la voz de Ricardo, pero no me giré para mirarle—. Yo voy a estar trabajando hasta tarde y Lucas va a salir.

«¿Eso son celos? No, imposible. ¿Cómo iba a estar celoso de Eric?».

¡Dichoso Lucas! Con sus suspicaces comentarios me había puesto a la defensiva en aquella relación. No podía seguir pasando por alto a Ricardo, si quería que todo volviera a la normalidad, tendría que aceptar que ahí no había ningún nosotros, sino un rastro ligero de un «yo» que se comía la cabeza a todas horas.

—Me parece bien. ¿Helado y sofá? —le pregunté a Eric.

—Lo que tú quieras —pero no me miraba a mí, sino a Ricardo, que le devolvió la mirada y suspiró.

«¿Qué extraño mensaje acaban de intercambiar?
¡No, no, no, Dany, no vas a fruncir el ceño!».

—Perfecto —contesté.

«Imperfecto, habrás querido decir».

Capítulo 19

Miraba a Héctor esperando una reacción por su parte, algo que me hiciera saber si había merecido la pena llevarlo ahí o no. Tardé en darme cuenta de que eso no significaba que no le gustara lo que estaba viendo —multitud de esculturas de diversos tamaños: bustos, hombres, mujeres, manos, flores—, su mudez se debía más bien a la sorpresa de que hubiera accedido a enseñarle aquella parte de mí que tanto me había empeñado en silenciar.

Dejé que se tomara su tiempo, que lo contemplase todo con calma, que tocase las piezas si así lo necesitaba, o, por lo menos, así concebía yo el arte. Era contacto, dolor, miedo, sensaciones distintas que anidaban en cualquier parte. Apenas habíamos hablado, pero tampoco creía que fuera necesario que yo iniciara una conversación que Héctor había evitado

durante tanto tiempo.

Tiempo, mucho tiempo, fue precisamente lo que tardó en dar toda la vuelta a la estancia, hasta que quedó de nuevo frente a mí. «Hay algo más», me atreví a decir antes de que él pudiera alabarme o criticarme. Saqué del armario una figura cubierta por una tela verde y la dejé sobre la mesa.

—Un regalo.

Se acercó y me miró dubitativo, pero al final, con un solo movimiento, quitó la tela y descubrió una novia y un novio que se miraban. Medía veinte centímetros de alto. Me sentía satisfecha con el resultado, aunque no tenía ni idea de cómo era su hermana ni su prometido. Si se parecían o no era algo que solo podía saber Héctor, y si no lo hacían, el brillo de sus ojos me confesó lo contrario. Sonrió ampliamente, como antes, aunque ligeramente más emocionado.

—Es perfecta.

—Estaba inspirada.

Pasó los dedos sobre los volantes de vestido, que tanto me habían costado esculpir. No paraba de sonreír y eso solo podía ser bueno, porque sabía que si algo no iba bien, Héctor no era de aquellos que fingían sentir

algo que en realidad no llegarían a sentir nunca.

Se sentó en la mesa y me miró, ahora serio.

—Quiero que sepas que no hay cosa de la que me haya arrepentido más en los últimos días que de haberme comportado como lo hice contigo. Sinceramente, me avergüenza mi actitud.

—Yo también lo siento. No sé qué fue lo que te sentó tan mal, pero no debí decir nada.

—Aunque suene a tópico, no fue por ti, sino por mí —me reí—. Me hiciste recordar algo que no quería y que, en aquel momento, no podía recordar.

«Oh».

—No era mi intención.

Cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Lo sé, Dany, no tienes por qué disculparte, solo necesito que aceptes mis disculpas.

—Las acepto —contesté más relajada.

Parecía perturbado por recuerdos que a mí me habían pintado la misma expresión.

—Llegará un momento en el que dolerá menos.

Me miró sorprendido, pero yo no pude preguntar a qué se debían sus ojos de pánico, porque en aquel momento llamaron a la puerta. Se me tensó el cuerpo y

me temblaron las manos. Tenía que ser Felipe, mi hermano nunca llamaba. Nunca.

—Adelante —dije con voz entrecortada.

Se abrió la puerta y entró... ¡Ricardo! ¿Qué...? Aquello no podía ser verdad. Creía que había dejado claro la noche anterior que iba a estar con Héctor, aunque no recordaba haber dicho adónde iba a ir con él. ¿Quién se lo había dicho? ¡Lucas! ¡Traidor! Pensé en que había apagado el móvil, para que nadie me molestase y, ¡oh!, eso no parecía haberle gustado, porque ahí estaba. Debía de haber salido de trabajar hacía poco, porque aún llevaba la camisa y los pantalones del traje. Ni rastro de la corbata, la americana y el maletín. Estarían en el coche. Miró a Héctor como si estuviera a punto de mandarle al mismísimo Infierno. Por lo menos había sido fácil arreglar el asunto que tenía pendiente con su becario, porque de otro modo me hubiera molestado mucho más su presencia.

—¿Molesto?

—No más que de costumbre —contestó Héctor, divertido. No parecía molestarle en absoluto que su jefe hubiera interrumpido nuestra conversación, de

hecho, ¿era alivio eso que sentía?—. Será mejor que me vaya —se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla—. Me ha gustado ser el primero —dijo lo suficientemente alto como para que Ricardo entornara los ojos. Cogió la figura. Pasó por su lado—. Te veo el lunes, jefe.

Ricardo no se despidió de Héctor y yo ni siquiera intenté retenerle. No habíamos estado ahí, entre contemplar las piezas y las escuetas frases que habíamos intercambiado, ni media hora.

—¿Qué haces aquí? —pregunté cuando nos quedamos solos—. ¿Ha pasado algo?

No me contestó. Se puso a dar vueltas por la habitación y lo miró todo con un interés que no había visto antes.

—Nunca me habías invitado a venir —su voz estaba bañada de molestia.

—Nunca manifestaste ningún interés —le recordé.

—¿Lo hizo él?

Estaba contemplando el busto de una muchacha con el pelo rizado. Era mi favorita, me recordaba mucho a mi madre de joven.

—Sí. Insistió tanto que al final pensé que tampoco

era una idea del todo descabellada.

—Estabas muy contenta anoche.

—Siento que se notara mucho mi alegría, sé que te gusta la casa despejada de cualquier cosa que tenga que ver conmigo —dije con tono malicioso volviéndome hacia el escritorio para dejar de mirar su amplia espalda.

Oí sus pasos detrás de mí. Sus manos se aferraron a mis brazos, pero no me obligó a darme la vuelta. Un escalofrío me recorrió toda la columna y, para mi desgracia, no encontró el final en los dedos de los pies, que se me encogieron.

—Eres tonta. No era una indirecta para ti.

Giré la cara, pero estaba tan pegado a mí que mi mejilla se encontró con su pecho, miré hacia arriba.

—Eres tonta —repitió.

Sus manos fueron dejando de apretar mis brazos poco a poco y bajaron hasta mi cintura. «¡No, no!» Me rodearon con cuidado y me atrajo con delicadeza hacia él.

—Son preciosas, Dany. Sobre todo aquellas del mueble de hierro. Trasmiten tanta libertad... ¿Por qué no me has traído antes?

Su voz se deslizaba por mi nuca como una brisa desértica, calurosa y preocupante. Yo empezaba a tener mucha sed, más de la permitida. Por lo menos en aquella relación.

—No lo sé —contesté, porque en realidad no lo sabía.

—¿Por qué no contestaste a mis mensajes la otra noche?

Aquello iba a ser un tercer grado en toda regla. Cuanto más tardaba en contestarle, más presión hacían sus brazos sobre mi vientre. Pero, ¿quién era ese hombre? Mi amigo, desde luego, no. Conocía muchas facetas de Ricardo, me habría atrevido a decir que todas ellas, pero era evidente que aquella era un misterio.

—Porque pensé que estarías entretenido en otras cosas. Y por cierto, no me equivocaba lo más mínimo.

—Tal vez, si me hubieras contestado a los mensajes, hubiese llegado a casa antes que tú.

Espera, ¿me estaba diciendo que se hubiera ido de la cita? ¿No había querido ir en realidad? Y si me estaba diciendo eso, ¿qué pasaría con nosotros? Me costaba mucho pensar teniéndole tan cerca, de esa

manera tan íntima.

—Yo no te vi sufrir a la mañana siguiente.

—Porque no te paraste a mirar.

Sentí sus labios sobre la piel de mi cuello, que se tensó en respuesta a ese gesto que no podía admitir. El tonto parecía ir encaminado hacia algo que, lejos de hacernos reír, nos destrozaría. No podía ver un porvenir positivo a aquella amistad si dejaba que su boca siguiera descendiendo hacia mi hombro. Y aun así, no podía despegarme. Había soñado tantas veces con ese momento que...

Se desvaneció en un instante, cuando Jon abrió la puerta. Felipe estaba a su lado. Nos miraron como si estuvieran viendo el *Éxtasis de Santa Teresa*, solo que este era otro tipo de éxtasis y yo era Danielle, la que no sabía qué hacer con su vida ni dónde meterse después de aquello.

Ricardo se apartó un poco de mí (solo su boca) pero no liberó mi cintura, porque con ello parecía querer enviarle algún mensaje territorial a Felipe. Pero, un momento, ¡si yo no era suya!

—Lo siento —dijo Jon—. No sabía que...

—Ricardo ya se iba, tranquilo —le contesté con

una sonrisa.

—Nos íbamos los dos, en realidad —expuso él y me aferró con más fuerza.

«¡Madre mía! ¡Madre mía! ¡Madre mía!».

¿Adónde me iba a ir con él después de aquello? ¡Por favor! No podía quedarme a solas, porque él lo intentaría (cualquier cosa) y yo no podría rechazar lo que me propusiera (cualquier cosa). Y eso nos llevaría a sufrir y a que Eric tuviera que intervenir por los dos como yo había hecho con mi hermana y Lucas. ¿Es que no lo veía? ¿Tan necio era?

—Sí —susurré sin embargo, dejando atónitos a mi hermano y a mi ex.

—Solo venía a darte esto.

Felipe dio un paso hacia a mí. Mi hermano le echó una mirada lobuna, pero él siguió hacia mí y me entregó un sobre, adornado, perfecto. Un sobre... Lo abrí y saqué una tarjeta: «Nos complace invitarle al enlace de Felipe y Manuela...». Le eché una mirada.

—Los muebles eran para mí. No sabía si decírtelo, porque pensaba que aún llevabas mal lo nuestro, pero sabiendo que estás con Ricardo, supongo que puedo decirte que me voy a casar.

Cogí aire. Todo el que me permitieron mis pulmones y le miré a los ojos.

—Felicidades —logré decir.

Felipe, a sus veintiocho años lo iba a tener, definitivamente, todo: un buen trabajo, una casa preciosa y una mujer. Una mujer que era la amante con la que me había sido infiel. ¿Se había enamorado de ella?

—Gracias.

Ricardo me liberó un segundo, que se me hizo una eternidad, para alcanzar mi bolso. Volvió a cogerme por la cintura y me miró mientras me ordenaba, más que decía, un «vamos». Le di un beso a mi hermano y le lancé una sonrisa a Felipe, que me la devolvió de inmediato. Salimos fuera del taller y la noche me pareció más fría que de costumbre.

—¿Estás bien?

No sabía definir cómo estaba. De hecho no estaba pensando en nada en el momento en el que Ricardo me abrió la puerta de su todoterreno negro. Me subí y me puse lo más cómoda posible.

—Sí —asentí sorprendiéndome a mí misma de que aquello fuese verdad.

—Cariño, no tienes que ir —me arrancó la invitación de las manos y la lanzó a la parte de atrás.

Pero no fue eso lo que me dio un vuelco al estómago, sino ese «cariño» que me había sonado demasiado diferente al habitual. Tendría que intentar obviar lo que había pasado antes en el taller.

«En algún momento saldrá el tema, Dany. No puedes ignorar lo evidente. No puedes ignorar que, ahora mismo, mientras esperáis en el semáforo, ha puesto su mano sobre tu pierna. ¿Eso también puedes dejarlo a un lado».

Metió el coche en el garaje cuando llegamos a casa y subimos en el ascensor. Me atrajo de nuevo hacia él y me pegó a su cadera. Me oí susurrando algo que ni llegué a escuchar.

—¿Qué? —preguntó Ricardo, que tampoco me había escuchado.

—Que te quiero demasiado como para estropearlo.

Le di un beso en el pecho, por encima de la camisa, justo en el corazón y me aparté de su lado en el momento exacto en el que se abrió la puerta del ascensor para liberarnos de la presión y del temor a mirarle a la cara. Ricardo se limitó a abrir la puerta y a

dejarme pasar.

Te quiero demasiado, eso acababa de decirle, pero no sé cómo me miró o cuál fue su expresión, porque de repente me vi dentro de la casa, la puerta se cerró con un golpe seco y me encontré entre sus brazos como una hoja de papel demasiado fina como para no transparentar las palabras que encerraba. ¿Qué más me quedaba por decir? Te quiero demasiado lo decía todo. Sus labios sobre los míos entendían lo que había dicho, pero no respetaban mi deseo de no estropearlo, ni sus manos, ni su pecho, ni los gemidos que se escapaban de su garganta mientras me hacía retroceder por el pasillo hacia el salón. Le devolví el beso, entre jadeos y los temblores de mis dedos enredados en su pelo. Nos dejamos caer en el sofá, con la luz apagada, y seguimos besándonos. Lo sentía todo de él, cada parte de su cuerpo adherida al mío. Deseada y querida, así me sentí, por la única persona a la que debía resistirme bajo cualquier concepto. Tiró de mi camiseta hacia arriba y me recorrió la cintura con besos impacientes que anhelaban perderse más arriba para volver a bajar después hasta la necesidad que sentía de él. Le desabroché la camisa con unos dedos que aún no se

recuperaban de la sorpresa de tenerle enredado entre la desnudez de mis piernas. Arqueé un poco la espalda cuando dejó el peso de su cuerpo sobre sus manos, apoyadas en mis caderas. Paró y me miró con unos ojos oscuros, tan solo iluminados por la luz de la calle y de las lámparas del pasillo.

—Te quiero demasiado como para no intentarlo.

Y volvió a besarme, mucho más exigente que antes, con más vehemencia y decisión, porque yo, sorprendida con sus palabras, me había abandonado a sentirle de cualquier manera que él me permitiera. Aunque durase solo ese instante. Un instante que duró demasiado poco, porque unos minutos después, cuando mis pechos respiraban entre sus manos y sus labios me hacían cosquillas en el ombligo, se oyó la puerta de la entrada.

—¡Mierda! —dijo incorporándose.

Hice lo mismo y me bajé la camiseta. Él me imitó, poniéndose la camisa, que yo le había quitado, y abrochándose todos los botones tan rápido que ni llegué a darme cuenta. Encendí una lámpara, me pasé los dedos por el pelo y puse una almohada sobre el regazo de Ricardo. Me dedicó una sonrisa ardiente y

yo me reí. Encendió la televisión y nos quedamos viendo *Equipo de investigación* como si pretendiéramos hacer una tesis doctoral sobre ese programa en concreto.

—Hola, pareja —insinuó Eric.

Se me puso un nudo en la garganta al escuchar «pareja», pero a Ricardo no pareció importarle. Si no le importaba a él, ¿por qué habría de importarme a mí? Me relajé. Eric se inclinó para que le diera un beso en la mejilla. Se lo di. Dio un paso e hizo lo mismo con Ricardo.

—¿Qué? —le preguntó este.

—Un beso, ¿no? Llevas sin verme todo el día.

Giré la cara para reírme disimuladamente, aún envuelta por esa neblina sensual. Oxitocina y adrenalina, una mezcla peligrosa. Ricardo también parecía de buen humor, porque, en vez de darle un empujón como hacía habitualmente y mandar a tomar viento por donde amargan los pepinos, le dio un par de cachetes suaves en la mejilla. Eric abrió un poco los ojos y también lo hizo Ricardo.

«¿Qué? ¿Otra vez?».

Hice como que no me había dado cuenta de nada.

Eric le devolvió las dos palmadas y un asentimiento. Vale, reconozco que aquello me pareció muy, pero que muy extraño. Necesitaba distraerme.

—¿Y nuestro invitado? —pregunté.

—Con Lena, ¿no te lo ha dicho? —asentí—. ¿Qué tal vuestro día? Porque el mío ha sido un maldito desastre.

Se dejó caer entre los dos, poniendo la barrera que Ricardo y yo deberíamos haber construido. Le pregunté a Eric por el trabajo y acto seguido por Laura. Su malestar era por el trabajo, así que me inundó un alivio. La otra noche habíamos hablado de su relación, y parecía que al fin se centraban en gustarse y conocerse y no solo en acostarse. Se habían ido de viaje juntos, algo que no había entrado en los planes hasta el momento, así que eso debía de ser una buena señal. Y sí, Eric me había preguntado por Ricardo, por la actitud extraña que los dos teníamos últimamente, sobre todo él, me había confesado mi mejor amigo. Yo había contestado diciendo que no sabía de qué me hablaba y que el comportamiento de Ricardo debía de estar relacionado con su trabajo. No me gustaba mentirle a Eric, pero la verdad es que me mentía a mí

misma, ¿cómo decirle la verdad a él sin que también fuese una revelación para mí? Ahora, después de lo que acababa de pasar, estaba todo más que claro.

«Te quiero demasiado como para no intentarlo».

Pero, ¿desde cuándo tenía ese sentimiento por mí? Que me quería lo sabía, pero no pensaba que lo hiciera de aquella manera tan apasionada, como un hombre quiere a una mujer y no como se quieren dos hermanos.

Mis pensamientos se volatilizaron cuando Eric volvió a hablar.

—¿Todo bien con Héctor?

Ricardo frunció el ceño, pero no apartó la mirada de la televisión.

—Ajá.

—¿Todo bien en general?

«¿Otra vez, Eric? ¡Ahora no! Ni siquiera tengo claro si me he recolocado bien la camiseta».

—Todo bien, ¿por qué lo preguntas?

—¿Alguna noticia nueva?

Me quedé pensativa. Lo más novedoso era lo que aún se oía en nuestro sofá. En segundo lugar había otra novedad que sí que podía plantear sin querer

tirarme por la ventana o, en su defecto, a los brazos de Ricardo.

—Aparte de que Felipe se casa, poca cosa.

Eric asintió. No se inmutó.

—Entonces lo sabes.

—Deduzco que, entonces, tú también.

—Me encontré a tu hermano el otro día y me dijo algo, pero no sabía si ya te lo habría contado o aún no se había atrevido —me explicó.

—Lo cierto es que ha hecho más que eso: me ha invitado a la boda.

—¿Te estás quedando conmigo? —esta vez sí que pareció sorprendido, y enfadado. Casi tanto como Ricardo—. ¡Menudo cabrón!

Me levanté del sofá y me dejé caer sobre sus piernas.

—Eric, la verdad es que no me importa. En este momento estoy tan, tan bien que no me molesta lo más mínimo.

Mi amigo arqueó las cejas y vi que Ricardo intentaba disimular una amplia sonrisa que no podía guardarse en ningún cajón. ¿Éramos estúpidos? No más de lo normal.

—¿Y quién es el responsable de que tus ojos vean el mundo color arcoíris?

Le di un par de besos en la mejilla y me levanté riendo.

—¡Me voy a la ducha! —anuncié ya en la escalera.

—¿Cenas en casa o tienes alguna cita?

Me gustó lo que contesté a continuación:

—En casa.

Me gustó demasiado, tanto como para querer intentarlo. La euforia influía, por supuesto, pero, ¿dónde me iba a sentir mejor que en el único sitio donde siempre había querido estar?

Capítulo 20

Cené con mis dos amigos (uno más que otro) y después me escapé a mi habitación. Estaba cansada, demasiadas emociones para un solo día. Rememoré cada caricia y cada palabra, que no habían sido muchas, muy pocas en realidad para todo lo que yo sentía y para lo que Ricardo quería hacerme sentir, pero insustituibles, sin lugar a dudas. Me ardían las mejillas y creo que fue precisamente ese calor, tan agradable y temido, el que acabó por relajarme y dejar que me quedase dormida. Puede parecer absurdo, porque cualquier otra persona en mi lugar no habría podido dejar de dar vueltas por la habitación como una autómata; pero a mí los nervios me daban sueño.

Me desperté sobresaltada en medio de la

madrugada. Alguien me estaba acariciando la frente. Alcancé el interruptor de la lámpara y encontré a Ricardo, sonriendo, sin apartar la suavidad de su mano de mi piel.

—Perdona, no quería despertarte.

Me costó mantener los ojos abiertos, me escocían.

—Duérmete —me dijo.

Pero no le hice el menor caso, ni intención que tenía. Me costaba mirarle a la cara sin volverme loca de remate. La Dany de diecisiete años era dueña y señora de todo mi cuerpo y mi cabeza en aquellos momentos. Le cogí el brazo y lo pasé alrededor de mi cintura mientras me daba la vuelta para quedar apoyada sobre su pecho.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Ahora duérmete —insistió él.

Quería saber tantas cosas que no hubiese podido quedarme dormida ni si me hubiera tomado el sueldo de un mes en somníferos.

—Dime una cosa —apoyé la barbilla sobre él y le miré a los ojos—, si tanto te gusto —dije a sabiendas que esas no habían sido sus palabras—, ¿por qué organizaste aquella primera cita?

Dejó salir un bufido tan profundo que hizo que me revoloteara un mechón de pelo que se me había caído sobre los ojos. Lo apartó de mi cara con la otra mano.

—Porque Héctor insistió demasiado y yo no podía encontrar una excusa para decirle que, aun estando soltera, no podías quedar con nadie. Que no podías hacerlo porque yo prefería que estuvieras aquí —me apretó un poco.

Me reí recordando lo mucho que se parecía su respuesta a la que yo le había dado aquella misma tarde a él, cuando me había preguntado por qué había llevado a Héctor al atelier. La otra parte no me hizo tanta gracia, porque dejaba entrever más que una simple broma. Eran sus sentimientos vestidos con un tono demasiado áspero.

—Por eso y porque pensé que no te gustaría lo suficiente para seguir viéndole.

Una de dos, pensé, o Ricardo tenía una confianza ciega en sí mismo o conocía a la perfección cuáles eran mis gustos en cuestión de hombres. Debaté internamente esa última posibilidad, y tal vez no me equivocaba del todo.

—Después todo fue un maldito desastre —confesó

—. Eric pensó que estaría bien lo de las citas, y no se le ocurrió otra cosa que hablar con su primo. Estaba atacado de los nervios.

Tanta sinceridad por su parte (y los celos) hicieron que me diera cuenta de lo difícil que debía de resultarle abrirse tanto.

—Por eso llamaste.

—Por eso llamé —me confirmó.

—¿Y lo de Pablo? Esa la organizaste tú —le recordé.

—También pensé que no sería tu tipo —hizo una mueca con los labios. Quería reírse, pero también le disgustaba saber que me había besado con el músico.

—¿Por qué? —indagué.

—Porque es un muermo.

Volví a reírme, a carcajadas. No le había contado el encuentro entre Pablo y Héctor, que demostraba que, además de ser un pelmazo, a Pablo le faltaba un hervor.

—¿Te pusiste celoso de Alejandra? —pregunté con una sonrisa provocadora.

Echó la cabeza hacia atrás y fue él el que se rio esta vez. ¿Antes me había gustado tanto su risa o era

una cosa de la que me estaba dando cuenta en ese momento, cuando su pecho vibraba bajo mi mejilla?

—No, de ella no.

—¿Y de Lucas?

De nuevo ese entrecejo molesto que tan bien conocía. La respuesta era evidente, pero seguí presionándole porque lo que no entendía era a qué se podían deber los celos en esa circunstancia.

—Os lleváis demasiado bien —le costó decirlo, sabía que era irracional.

—¿Preferirías que nos lleváramos mal?

—Preferiría que os llevaseis menos bien.

No podía evitar reírme. Tenía una respuesta para todo, como siempre.

—Bueno, yo preferiría que no paseases a tus ligues por la casa llevando solo tu camisa, y sin embargo me agunto.

Yo me reí, aunque había habido cierto reproche en mi comentario que no me gustaba nada y que no ayudaría a que aquello fuese adelante.

—Lo siento —contestó sorprendiéndome—. Estaba enfadado.

—Espero que no lo hagas cada vez que te enfades.

No contestó, pero tampoco esperaba que me pidiera matrimonio. A decir verdad, ¿qué iba a pasar de ahí en adelante? Mi: «¿Y ahora qué?», seguía serpenteando por mi cabeza.

—Tal vez deberíamos callarnos un tiempo —dijo él como si estuviera contestando a mi pregunta anterior.

—Por si no sale bien —añadí yo, sabiendo que a mí, personalmente, eso me hacía daño.

—No, por si incomodamos a alguien.

—Eric.

—Eric lo sabe.

—¿Cómo? —volví a levantar la cabeza, que había dejado apoyada sobre su pecho para mirarle. Él me miró como diciendo: «¿Qué esperabas? Es mi mejor amigo, y el tuyo, por cierto»—. Me parece bien, pero...

—Sí, lo sé —hizo una pausa y se pasó la mano por la cara. Después, más relajado, como si se acabara de quitar una mala sensación de encima, me observó con tanta profundidad que, en un acto reflejo, me acerqué un poco más a él—. ¿Hace cuánto?

Levanté las cejas porque no supe adivinar, o no quise hacerlo, a qué se refería.

—¿Hace cuánto que me quieres? No como un amigo, sino como... esto —nos señaló, ahí enredados. Y, verdaderamente, era una escena extraña.

Ahora me tocaba o disimular y decir que llevaba un tiempo confundida o ser sincera por primera vez en mucho tiempo, aunque, ¿y si no salía bien? ¿Y si nunca volveríamos a ser amigos porque él se aferraría a lo que en realidad quería contestar? Pero, de todos modos, ¿no estaba el daño ya hecho? Si a aquello podía llamarse «daño», la verdad. Porque, por lo menos yo, me sentía tan bien que ni siquiera era capaz de recordar la última vez que había experimentado aquel sentimiento que te indica que perteneces a alguien, no literalmente, sino, más bien, como si te acogiera y te resguardara de todo lo que pudiera pasar de puertas para fuera.

—Creo que nunca te he querido de otro modo, Ricardo —dije con voz de funeral. Parecía que acabara de firmar un acta de defunciones.

—¿Y me lo habrías dicho algún día si yo no hubiese hecho lo que hice? —tanto su voz como su cara me demostraban que estaba enfadado. ¿Había esperado algo de mí antes?

—No.

Le abrumó la sinceridad de mi respuesta, porque apartó su mano de mi cintura y la dejó caer a un lado. No me hacía ninguna gracia poner tierra de por medio entre su cuerpo y el mío, pero me recosté sobre la almohada y me quedé observándole en silencio. Él, como ya había hecho otras veces, se quedó mirando al techo.

—¿Y tú? ¿Hace cuánto? —pregunté.

Si íbamos a intentar algo, aunque durara tres días, necesitaba sinceridad y comprensión.

—He tenido épocas.

¡Épocas! ¿Significaba eso que me quería a ratos? Querer me parecía una palabra tan fuerte... Aunque, llevábamos siendo amigos desde hacía muchos años, creo que sí, que quererle era lo más normal.

—Dependía de si estábamos con alguien o no. Si estaba con alguien pensaba menos en ti, aunque las cosas me molestaran igual. Si estaba solo era una auténtica tortura.

Entendí lo que estaba explicándome porque a mí me había pasado exactamente lo mismo: le había querido cuando no había tenido más remedio que

hacerlo, cuando no había podido huir de él, y eso me llevaba a la conclusión de que le había querido siempre, solo que algunas veces lo disimulaba, como cuando había estado con Felipe, al que por supuesto había querido, aunque no del mismo modo. Lo de Felipe había sido un enamoramiento súbito que me había llevado a las nubes durante un par de años, pero desde ahí aún alcanzaba a ver a Ricardo.

—Necesito que me prometas algo —le pedí, me miró—. Si no sale bien, seguiremos siendo amigos, no dejaremos que esto nos enemiste.

Su pecho se hundió cuando el aire de sus pulmones fue expulsado de su interior, asintió, solo con la cabeza, en un gesto que me dejó inquieta. Luego se inclinó un poco y me acarició los labios con los suyos, muy distinto al primer beso. Se apartó y volvió a pasarme el brazo por encima de la cadera para acercarme un poco más a él.

—Nunca te he preguntado con quién fue tu primer beso.

«¡No, no! ¡No voy a contestar a eso!».

—Ya no me acuerdo.

—Claro que te acuerdas —respondió con el ceño

fruncido. ¡Menudo déspota! Él y la sutiliza con la que te ordenaba que hicieras y deshicieras a su antojo—. Dímelo.

—¿Y el tuyo?

—Con Carla, de tercero C.

Recordaba a Carla, una chica enjuta, simpática, inaccesible, aunque por lo visto no para todos. La había visto un año antes en la reunión de exalumnos y me parecía que seguía estando exactamente igual.

—Con Eric —susurré en un suspiro.

—¡Vaya! Ya veo que no te gusta jugar fuera de casa.

Le empujé un poco con las rodillas. No sabría decir si mi contestación le había hecho gracia o todo lo contrario. Sonreía, pero no era la sonrisa más amable que hubiera visto en su cara.

—¿Estuvo bien?

Por ahí sí que no iba a pasar. Era absurdo, sobre todo porque yo tenía quince años y en lo único en lo que pensaba era en el chico que ahora tenía a mi lado, tumbado en mi cama y mirándome como si me fuera a cortar la cabeza si no accedía a contarle todos los pormenores de aquel intercambio de saliva.

—El beso estuvo bien —él esperaba el «pero», así que, aunque disfrutaba viendo ese brillo celosón en su mirada, acabé por dárselo—, pero no nos gustábamos de esa manera, así que nos reímos y me fui a estudiar para un examen de química, porque entre nosotros no la había por ninguna parte.

—¿Y entre nosotros? ¿Hay química?

Miré al techo y fingí que pensaba.

—No lo tengo del todo claro, tal vez podamos preguntarles a los cojines del sofá.

Se rio y me di cuenta de que su risa era muy diferente ahora. En realidad, me sentía como si estuviera con un extraño, porque aunque conocía a Ricardo en muchos aspectos personales, en ese en concreto, en el amoroso, no tenía ni idea de qué quería, cómo lo quería, ni cuándo lo quería. Lo sé, eso es precisamente lo divertido de empezar una relación con alguien: descubrirlo, pero yo no estaba del todo convencida de que tuviéramos tiempo para hacerlo. Por no hablar de que vivíamos juntos e íbamos a fingir que solo hacíamos eso: convivir, no querernos. Hacer la cama, no deshacerla. Limpiar el polvo, no echar uno.

—¿Quieres dormir aquí?

—Preguntándomelo parece que no quieras que lo haga.

—¿En qué lado de la cama duermes?

—En realidad, ¿puedo serte sincero?

«Por supuesto, de eso se trata». Le dije que sí.

—No me gusta dormir con nadie. Me pone nervioso. Ocupa mi espacio vital, me quita la manta, las sábanas y las almohadas. Además, me gusta moverme.

Pues sí que había sido sincero. Supongo que podría aceptarlo, y ahora entendía por qué, las dos veces que había dormido ahí, se había recostado en una esquina. No sabía cómo compartir el espacio. Eso o, como a él le incomodaba dormir con alguien pensaba que al resto les ocurría lo mismo.

—Puedes quedarte un rato y después irte a tu cama, ¿te parece?

—Lo prefiero.

He de reconocer que no me hizo mucha gracia, porque si no podía tenerle por la noche y de día íbamos a fingir que no éramos más que Ricardo y Danielle, por separado, ¿cuándo tendríamos tiempo de ver si aquello iba a alguna parte?

—¿Tú quieres que me quede? —preguntó (¿asustado?) al ver que ya no decía nada más.

Por supuesto que quería que se quedara, porque me apetecía sentir, aunque fuera esa primera noche, que el mundo no se me venía encima ni que el recuerdo, tan próximo, de todo y de los dos se evaporaba entre las cortinas, que ondeaban con la brisa de un otoño inminente. Pero no podía portarme como una novia, porque no lo era. En aquel momento, aunque de un modo más íntimo y rozando los límites que nos habíamos impuesto durante los últimos años, seguíamos siendo él y yo; yo y él. Dany y Ricardo.

—Cuando estabas con Felipe, tampoco dormías con él —añadió al ver que no contestaba a su pregunta.

Asentí con un gemido gutural, esperaba que menos incómodo de lo que me había parecido. No podía decirle: «En efecto, no dormía con Felipe, casi nunca, pero no porque yo no quisiera, sino porque él siempre prefería irse». Menuda primera relación. ¿He dicho antes que había sido un enamoramiento súbito? ¿He dicho también que fue un tira y afloja continuo? Nada de flores y esas cosas nimias que hacen suspirar ni

sonreír como si tu vida se limitara solamente a dejar una nota con corazoncitos y mensajes románticos en la nevera. Para nada. Con una diferencia de edad de cinco años, siendo el mejor amigo de mi hermano y teniendo en común lo mismo que el Papa de Roma y el vocalista de *Calle 13*, nos dejamos envolver por alguna atracción que, seguramente, había surgido del roce. Y ahora se casaba. Sí, señor. Lo iba a hacer con la mujer con la que me había engañado, porque, por lo visto, ese sí que era un amor lo suficientemente fuerte como para querer pasar el resto de su vida con ella.

El olor de Ricardo me devolvió a la realidad y dejé de culparme por algo que no habría podido arreglar ni aunque lo hubiese puesto todo de mi parte. Porque había pasado por alto un detalle muy importante, que tal vez yo me había enamorado de Felipe, pero él nunca había sentido lo mismo por mí. No ignoro el cariño que me tenía, podría decir que incluso, teniendo en cuenta que me conocía desde que era una cría, podía quererme un poco, pero no lo suficiente como para ser valiente y dejarme antes de romperme en dos, y llevarse con él una parte de mí que me había costado volver a encontrar.

«Céntrate, Dany. Contéstale a Ricardo porque se está impacientado con tu silencio».

Si él se había permitido el lujo de ser sincero, ¿acaso no podía pagar yo el mismo precio?

—A mí me gustaría que te quedaras, pero no te voy a pedir que lo hagas. Simplemente, si alguna vez te apetece, puedes hacerlo. Y si me apetece a mí, supongo que puedo comerme un par de alcachofas, echarlas por el desagüe y que la pena y la necesidad de cuidarme te arrastren hasta aquí.

Creí que se reiría, yo por lo menos lo estaba haciendo, pero lo que hizo fue levantarse e irse. Me quedé con cara de pánfila, ahí sentada en medio de la cama con las piernas separadas y estiradas. Pero si no había dicho nada. ¿Qué pasa? ¿Él podía decirme libremente que prefería dormir en el suelo a hacerlo conmigo (o con cualquiera otra por lo visto), pero yo no podía decirle todo lo contrario?

Escuché sus pisadas por el pasillo, que hacían ruido de ventosa porque sus pies desnudos se adherían al suelo. Apareció por la puerta, que cerró inmediatamente, con un montón de carpetas, su portátil, el teléfono móvil y su agenda de piel.

—¿Y todo eso?

Lo dejó todo sobre mi escritorio, y lo ordenó con sumo cuidado.

—Tengo una reunión mañana por la tarde. Muy importante. Voy a tener que pasarme la noche en vela. Puedo trabajar aquí si quieres, cuando termine, me dormiré. Tú deberías dormir.

¡Explicaciones telegráficas!

—¿Un sábado? —pregunté extrañada.

Algunas veces había ido a trabajar, o Héctor había venido a casa a hacerlo. Pero la mayoría de las veces los fines de semana organizaba su trabajo en casa.

—Es un cliente chino, no entienden de fines de semana, Dany —sonrió y me parecía que había pasado una eternidad desde que le había visto sonreír por última vez.

—Espero que se te dé bien.

—A mí todo se me da bien, cariño.

«Cariño». Sabía que le salía de forma natural, pero a mí me ponía tan nerviosa que se me helaban los dedos de los pies. Por no hablar, por supuesto, de la insinuación que había en sus palabras, la promesa — implícita— y la sonrisa ladeada. Al margen de su

cuerpo, demasiado largo como para sentirse del todo cómodo en mi silla de escritorio.

Me levanté de la cama y cerré la ventana, por si también tenía parte de culpa de los escalofríos que me recorrían el cuerpo, aunque yo estaba convencida de que ni el frío siberiano podría hacer mella en mí como lo estaban logrando los ojos fervientes de Ricardo, que me miraba, como había hecho en los últimos meses, de arriba abajo. ¡Así que no me había equivocado del todo sintiéndome extraña ante el escrutinio de sus ojos!

—No me mires así —dije alargando las palabras.

—¿Así cómo?

Cruzó los brazos sobre su pecho. El Ricardo de siempre. No podéis figuraros el alivio que sentí al encontrármelo de nuevo. La tensión de hacía un momento había agotado toda la energía que había almacenado desde hacía tiempo. Él mismo se contestó, aunque con otra pregunta que a la que sí que tenía que dar respuesta.

—¿Como si te viera por primera vez desnuda?

—No podría haber encontrado una comparación mejor, la verdad.

Eché la cabeza hacia atrás para reírse. Lo hacía

siempre que algo le divertía demasiado. Al estar tan cerca de él, me incliné un poco y planté un beso sonoro, y muy poco sensual, en su cuello. Me aparté de un brinco, le encendí la lámpara de la mesa y apagué la de la cama cuando me sumergí de nuevo entre las sábanas.

—No te quedes hasta tarde —dije—. Y aféitate mañana. A los chinos no les gustan las barbas.

Me había tumbado de tal manera que pudiera ver perfectamente cada movimiento que hiciera, cada gesto, cada sonrisa.

—¿Y a ti? ¿Te gustan las barbas?

Se pasó la mano por las mejillas y la barbilla, considerando que tal vez no estuviera tan equivocada en lo de su aspecto ante el cliente.

—A mí me gusta la tuya.

Su sonrisa fue tan dulce que pensé que mi comentario había sido tan cursi como los cuentos de princesas, príncipes y hadas. Supongo que como nunca había podido permitirme esos comentarios con otro hombre, me salían ahora demasiado rápido y sin dar tiempo a que el otro se acomodara a la ñoñería. He de decir, sin embargo, que a Ricardo no parecía

disgustarle.

—Eres tonta —dijo mientras yo empezaba a dormir.

Antes de abandonarme al sueño, le contesté.

—La tercera vez que me lo dices. En cualquier momento aparecerá el dios de los tontos para concederte un deseo...

Capítulo 21

Me encontré desayunando sola, y he de confesar que era precisamente lo que necesitaba. Pensar en mis cosas en silencio, porque me hubiera turbado demasiado ver a Eric dando vueltas por la casa o, peor aún, saber que él conocía la verdad, o el origen, de los recién confesados sentimientos de Ricardo. Y tampoco, todo sea dicho de paso, parecían sorprenderle demasiado los míos. Pero, ¿qué sabía exactamente? ¿Era precisamente debido a que él era conocedor de esos sentimientos que intercambiaba aquellas miradas con Ricardo? Indudablemente, eso contestaba a algunas de las preguntas que me había hecho durante los días anteriores. En cualquier caso, quisieran ellos o no, acabaría enterándome, aunque por el momento no tenía ni la menor intención de comenzar a lanzarles preguntas como quien lanza petardos en

Año Nuevo, porque podría explotarle en la cara a alguien, a mí la primera.

Me comí las tostadas y bebí más café del conveniente, lo que me llevó a pensar en todo y en nada, pero tan deprisa que parecía precipitarme a un acantilado sin agua. Cuando estaba dejando la taza y el plato en la pila, sonó mi teléfono. Contesté y me encontré con la voz de mi jefe, tan alterado como en los últimos meses. ¡Bendito Marcos! ¡Y bendita yo, que le había soportado como si ese fuera en realidad mi trabajo, como si, literalmente, me pagara por ello! Ahí, hablando nuevamente de la boda con él, me di cuenta de que estas parecían ocupar el centro de mi cosmos en aquel tiempo. Tres bodas en total. Las mujeres querían ponerse un vestido blanco y avanzar hacia el altar con una música suave que recordara a las olas del mar y los susurros del viento. Y ellos, ¿qué pensaban ellos? No lo sabía, solo era consciente del nerviosismo que les causaba. Yo era demasiado joven para casarme, aunque tampoco tenía a nadie con quien hacerlo, para qué engañarnos. Mientras estaba con Felipe había fantaseado con la idea de casarme con él, pero esa ensoñación había ocupado mi mente los

primeros meses de relación, después se había desvanecido como un fantasma.

Marcos me había llamado solo para confirmar (y cito: «Gala quiere saber si vas a venir a la boda. Quiere saber si vas a traer acompañante. Quiere saber si todos y todas van a venir. No puedo más») mi presencia en su ágape matrimonial. Lo hice. Era mi jefe, un buen jefe, por no hablar de que, en realidad, creía saber yo más cosas sobre la boda que la propia novia. Después de haber participado activamente en la elección de los manteles y las flores, merecía disfrutarlos. Pero ahí estaba enmascarada otra pregunta. ¿Acompañante? La boda se iba a celebrar el domingo siguiente, poco tiempo para presentar en sociedad a Ricardo, que no sabía si querría que fuésemos juntos (y cuando digo juntos, es juntos). De todos modos dije que sí. Lo dejaría caer, si no quería o no podía, iría sola. Salió a relucir otro tema. Tras la boda Marcos y Gala, mi jefe se iba a ir de viaje de novios, por lo que había llegado a la conclusión, y así me lo dijo aquella mañana, de que creía conveniente que durante las dos semanas que él estuviera fuera yo tomara su relevo en L' Art. Fue una gran recompensa,

y también una enorme responsabilidad, pero le contesté con un sí rotundo.

Después de colgarle, vaciar el lavavajillas y colocarlo todo en su sitio, me di una vuelta por toda la casa escoba en mano, mopa en mano, fregona en mano. Eso hacía cuando no había nadie, aprovechar que no me incordiaban para limpiar a fondo. Ellos debían de creer que el brillo del suelo se debía a los duendes mágicos. Limpié el polvo de todos los muebles, las ventanas (seguramente llovería), planché, puse otra lavadora, ordené mi armario y dejé los baños para el final.

Mientras fregaba a conciencia, como si hubiera cometido un asesinato y no quisiera dejar huellas, pensé en que no me podía creer, bajo ningún concepto, que algo, o alguien, hubiera desencadenado lo que había sucedido la noche anterior. Se me encogieron las costillas y dejé de respirar —la leña era un factor que me lo impedía, entre otros—. Tenía unas ganas inmensas de que regresara a casa y me besara de nuevo. Sus labios sabían demasiado bien como para querer probar cualquier otra cosa, degustar otro sabor. No se lo había confesado, no podía declarar que sentía

una tensión electrizante entre su boca y la mía, y que llevaba tanto tiempo apartando los ojos de ella que había acabado por considerar pecado capital imaginar su calor haciendo palpitar todo en mí. Y ahora, después de haberlo convertido en pecado, me daba tanta vergüenza jugar con la idea de besarle hasta ahogarme que, cada vez que lo hacía, me daba un cachete en el muslo.

Cuando me dolieron tanto las rodillas de estar en el suelo fregando los cuartos de baño, y aunque no hubiera estado de más sumergirme en la bañera impoluta, me sentí tan cansada que fui hasta el salón para dejarme caer en el sofá.

No pasó mucho tiempo hasta que la insulsa programación de la televisión me trajo recuerdos más agradables de ese sofá. Eso me llevaba a un pensamiento que antes había ignorado, pero que ahora debía contestar de alguna manera. ¿Pasaría Eric el fin de semana en casa? Pensé en Lucas. Si uno no, el otro seguro. Cabía la posibilidad que lo pasaran los dos, de que, incluso, se sumara Laura. No habría momentos a solas, aunque puede que, en esos momentos, fuera lo mejor. Aunque teníamos tantas cosas de las que

hablar...

Lucas. ¿Dónde estaba Lucas? Se había ido la noche anterior con Lena, pero no había vuelto a dormir. Fruncí el ceño y pensé que ya era hora de averiguarlo. Escribí un mensaje escueto para mi hermana y esperé una respuesta que no llegó hasta la hora de comer, cuando aún seguía sola en casa: «Hablamos hasta muy tarde. Hasta que se hizo de día». ¿Y eso qué significaba? En realidad no le había preguntado dónde estaba Lucas, sino si todo había ido bien en su quedada. ¡Me mataba la curiosidad, para qué mentir!

Opté por darme una ducha antes de comer, que me sentó como si me propulsaran a la Luna. Después preparé una ensalada de pasta y me senté a comer. Como el silencio comenzaba a hacerme sentir desubicada, puse los *40 Principales* en la radio de la cocina y me dejé llevar por la música. Recibí un mensaje, mientras comía, de Ricardo:

O aún sigues durmiendo, lo que me parecería desmesurado teniendo en cuenta que son las dos del mediodía, o no has

tenido la decencia de enviarme ningún mensaje.

Me hizo reír, porque pretendía sonar molesto cuando era evidente que no lo estaba.

Llevo desde las diez limpiando y haciendo vuestras tareas. La casa está como una patena. ¿La reunión bien?

¿Se diferenciaban aquellos mensajes de cualquier otro que nos hubiéramos enviado la semana anterior? En nada. Salvo en que ahora lo sabíamos, sabíamos algo que ninguno de los dos hubiera podido imaginar del otro.

¡Lo tenemos en el bote, y eso que no me he afeitado! Le gustan los jóvenes emprendedores. Luego te cuento. ¡Y deja de pensar en mí!

Eso último me hizo sonreír, pero no iba a decir otra cursilada, me había pasado de empalagosa el día

anterior.

No puedo evitarlo: cada vez que veo el montón de ropa que hay que planchar, me acuerdo de ti.

Dejé el teléfono a un lado y seguí comiendo. ¿Qué haría el resto del día? Podría ir al taller, ver si podía ayudar a mi hermano, trabajar en algún proyecto nuevo, pero no me apetecía especialmente. Creo que era el sueño el que hablaba por mí, así que, poco después de comer, me eché de nuevo en el sofá, me cubrí con una manta y escuché a alguien gritar en algún canal de televisión mientras me zambullía en el sueño más delicioso y reconfortante desde hacía tiempo.

Me desperté y la televisión estaba apagada y el mando en la mesita. Me di la vuelta en el sofá para seguir durmiendo cuando una voz interrumpió mi letargo.

—¿Tan mal dormiste anoche?

Gruñí un poco porque no podía diferenciar la realidad del sueño, hasta que una mano me sacudió,

despiadada. ¡Con lo a gusto que estaba! Di un manotazo sobre el respaldo acolchado del sofá y abrí los ojos precipitadamente. Me cayeron un par de gotas de agua sobre la cara. ¿Qué? Vi a Ricardo con el pelo mojado y aquella camiseta con escote en uve que tanto odiaba y me gustaba a partes iguales.

—¿Ya has llegado?

—Hace una hora —explicó.

Dio la vuelta al sofá y, ni corto ni perezoso, se dejó caer sobre mí.

—¡No seas bruto! —intenté empujarle un poco, pero no hubo manera. Era mucho más fuerte que yo, así que se quedó ahí, con medio cuerpo en el sofá y el otro medio sobre el mío—. ¿Qué tal ha ido?

—Es nuestro —me anunció con una gran sonrisa—. Y mi contrato acaba de renovarse, automáticamente, tres años.

—Viniendo de ti, la verdad es que no esperaba nada más allá de la perfección.

Le sonreí y le besé, porque me moría de ganas, y, a pesar de que procuré que fuera un beso lo más casto posible, lo cierto es que ese sofá era demasiado cómodo como para que uno no se relajase —le estaba

tomando la palabra a Lucas— y se abandonase. Así fue, me abandoné a la idea de devorar a Ricardo.

—En realidad —dijo al apartarse un poco, con los labios hinchados—, no es perfección. Saco el máximo partido a aquellas cosas que se me dan bien.

—Pues no sé si lo sabrás, pero le sacas el máximo partido a tu boca.

Hundió la cabeza en el espacio que había entre mi cuello y mi hombro y supe que se estaba riendo, de mí me imagino. Luego, como si hubiera adivinado lo que había estado haciendo todo el día, me dio él también un cachete en el muslo.

—No me tientes que hoy vamos a tener la casa llena.

Abrí mucho los ojos. ¿Cómo llena? Pero si me había aferrado a la esperanza de disfrutarle en todos los rincones del apartamento. Y ahora nada. Se dio cuenta de lo que pensaba al ver la frustración manifiesta en mis cejas, más juntas de lo habitual, y el mohín de mi boca.

—Eric, Lucas, Laura, Alejandra, Lena, su novio... —comenzó a nombrarles como si recitara la tabla del dos.

—¿Por qué? —pregunté— ¿Celebramos algo?

Se dejó caer sobre mi pecho y se tomó un momento para respirar hondo y acariciarme en un vaivén acompasado la cadera. Necesitaba que me enseñara a mantener esa calma mientras estaba cerca de él, porque no había conseguido hacerlo del todo ni antaño, como para lograrlo ahora.

—Espero que mi boca, a la que le saco el máximo provecho —repitió haciéndome reír— sea la culpable de que no te acuerdes de que hoy es mi cumpleaños.

Al escuchar aquello y ver cómo me miraba, me precipité alterada y, si bien antes no había reunido la fuerza suficiente como para apartarle, ahora sí que la encontré. ¿Cómo me había olvidado? ¿Por qué nadie me había dicho lo de la fiesta? ¿O les había invitado Ricardo? Me sentí, en aquel momento, la persona más horrible del mundo y la peor amiga. Menos mal que me había olvidado de su nacimiento hacía escasas horas y que, por el contrario, había estado meses intentando conseguir el regalo perfecto. Aunque, el temor de que estuviera enfadado me llevó a creer que no lo había conseguido.

—No pasa nada —me dijo riendo—. Siempre has

sido muy despistada.

—Yo no soy despistada, y lo sabes.

Tumbado en el sofá, como la *Venus del espejo*, me miró divertido.

—Y yo que quería echarte un cable con una excusa que podría haber servido, y tú la desechas y te pones en evidencia.

—Ya veremos —dije con los brazos en jarras. Tenía el regalo. Lo tenía—. Espera aquí.

Sus cejas se arquearon cuando sus ojos se abrieron más de la cuenta. Se incorporó y quedó sentado en el sofá, esperando a que volviera de la habitación. Abrí el baúl que había a los pies de mi cama y saqué dos bolsas, con las que volví junto a Ricardo, que esperaba con los brazos cruzados sobre su tonificado pecho. Elevé las bolsas.

—¿Cuál quieres abrir primero? ¿La grande o la pequeña?

Se encogió de hombros como un crío, recordé un momento en concreto en el colegio, yo frente a él, con los brazos en jarras —¡Dios, había copiado esa postura de mí y no al revés!— y yo diciéndole: «¿Por qué siempre vas por ahí solo?». Él encogiéndose de

hombros.

Le tendí la bolsa grande.

—Es una idiotez, pero creo que te gustará. Feliz cumpleaños.

Cogió la bolsa blanca de papel y sacó una caja del interior, perfectamente envuelta. Yo esperaba de pie, no me atrevía a sentarme, quería ver cada expresión de su cara. Arrancó el papel azul brillante y en cuanto descubrió la sorpresa se echó a reír y no paró hasta que dos lágrimas le resbalaron por las mejillas.

—¿En serio? —me preguntó cuando recuperó la voz.

Era un paquete de magia que se había vendido como churros cuando éramos niños. Ricardo había sido uno de los niños que habían tenido en sus manos uno de esos juegos y que se empeñaba en hacer trucos de magia a todo aquel que le prestara dos minutos de su tiempo. Por desgracia, cuando él tenía seis años y yo tres aún no nos conocíamos, pero su madre me había contado con sumo detalle cada momento perdido. Y hablando de pérdidas, al mudarse y trasladarse a nuestro colegio, había perdido sus poderes de mago. Me había pasado meses intentando localizar en eBay

aquel juego descatalogado y, después de mover muchos hilos, hablar con algún que otro pervertido y volverme loca navegando por la red, lo había conseguido. En la tapa de la caja había pegado una foto de él llevando todo el conjunto de mago.

Abrió la caja y empezó a sacar cosas de ella. Le traía tan buenos recuerdos que una casi podía revivirlos con él, como si hubiese formado parte inalienable de ellos. Un gorro de mago, una baraja de cartas, una chistera, unos dados, un montón de pañuelos de colores, unos billetes falsos, una paloma de juguete que me dio mucho repelús, unos tarritos de cristal llenos de polvos mágicos, unos aros de metal y finalmente la típica varita negra con las puntas blancas. Me acuclillé frente a él.

—¿Me harás algún truco con tu varita?

Me tomaría el pelo con aquel comentario durante semanas, pero en aquel momento no lo pensé. Se rio provocativo, me apartó el pelo de la cara, que había crecido un poco en el último mes, se inclinó y me dio un beso.

—Yo no hago trucos, hago magia —otro beso, un poco más largo—. Es el mejor regalo que me han

hecho. Fue el mejor regalo a los seis años y es el mejor ahora.

¿Cómo decirle que ese no era el que yo había considerado, de los dos que tenía, el mejor regalo? Le di la otra bolsa, que ahora me parecía un regalo que cualquiera podría haberle hecho. Sacó el sobre de la bolsa.

—Me matas —dijo al abrirlo y ver lo que había dentro—. No me lo puedo creer...

Parecía casi tan entusiasmado como con el juego de magia. Tan solo era un salto en paracaídas, algo que Ricardo llevaba queriendo hacer desde hacía mucho tiempo, pero que, por diversos motivos, no se había animado, o cuando lo hacía no encontraba el tiempo.

—Puedes ir cuando quieras. Me han dicho que no tiene fecha de caducidad —le guiñé un ojo.

Dejó el sobre a un lado y me sentó sobre sus rodillas.

—Puedes olvidarte de mi cumpleaños siempre que quieras.

Me dio un beso que podría haber acabado en hacer magia ahí mismo, en ese sofá que parecía atraernos

hacia su comodidad como un imán. Estaba encendido, y yo también, no teníamos que ser unos genios para darnos cuenta. Con solo tocarnos el aire prendía en fuego y un cosquilleo extraño oprimía mi pecho como un corsé de placer; las manos de Ricardo eran ese corsé. Se detuvo.

—Creo que ya están aquí.

Me quedé muy quieta, en silencio.

—¿Además de mago tienes telepatía?

—¡Muy graciosa! He oído el ascensor.

Recogimos las bolsas y el desastre del papel de regalo. Doblé la manta y la dejé en el apoyabrazos y Ricardo, una vez más, tuvo razón. La puerta se abrió unos minutos después, con un montón de voces que rompieron la tranquilidad en la que me había perdido hacía unos momentos. Menos mal que no tenía que cambiarme. Llevaba una blusa blanca de media manga y unos vaqueros. Podría pasar desapercibida.

La velada se me antojó extraña, porque, de repente, fingir me parecía una tarea difícil. Ni siquiera me senté a su lado, porque me hubieran delatado mi sonrisa y mis ojos, que le miraban como si fuera el último día de mi vida. Ricardo me devolvía las miradas, pero tenía

una facilidad para comportarse como si nada... Aunque, bien mirado, exceptuando los besos, ¿qué nos diferenciaba de los que éramos antes? Siempre habíamos tonteado, descaradamente además, nuestros amigos estaban más que acostumbrados. Solo tenía que relejarme y dejar que todo fluyera. Cuantas menos ilusiones me hiciera sobre todo aquello, mejor.

El cumpleaños aprovechó la cena para anunciar que estaría fuera de la ciudad parte de la semana siguiente. El nuevo cliente quería que le acompañara a la sede de su empresa, en la capital. Me alegré por él, sobre todo porque estaba tan entusiasmado y se merecía aquello tanto que hubiera sido imposible no sentirme orgullosa. No especificó los días que se ausentaría, pero pensé en la boda de Marcos. Tendría que hablar con él para decirle que finalmente iría sola. Lucas aprovechó la noticia de su hermano para decir que él se iría al día siguiente. Empezaba la Universidad e iría a pasar ese cuatrimestre a casa de su madre. De repente la casa se me iba haciendo cada vez más grande. Me imaginaba que Eric pasaría, ahora que su relación iba viento en popa, la mitad del tiempo en casa de Laura y la otra mitad en el trabajo. Me esperaba

una semana de tranquilidad absoluta, un buen momento para centrarme, calibrar la situación y pasar tiempo en el taller.

Justo cuando estaba pensando que, pese a que Ricardo se iría el lunes, aún tenía esa noche y la siguiente para estar con él. La primera oportunidad se diluyó en la boca de Lena cuando me dijo que estaba demasiado cansada para regresar a casa. O lo que es lo mismo, ocuparía la mayor parte de mi cama. Su novio se había ido pronto, tenía que madrugar al día siguiente. Ricardo me dio una patadita por debajo de la mesa, pero cuando le miré, seguía hablando con Laura como si ese gesto no tuviera ningún significado.

Después del café, los invitados se relajaron en el sofá y pusieron la televisión. Comencé a recoger la mesa y a llevar los bártulos a la cocina. Estaba guardando la comida tailandesa que había sobrado cuando sentí un aliento cálido en mi cuello. Me giré y vi a Ricardo, que seguía sonriendo. Era su día y estaba feliz, no cabía duda.

—Esta noche vas a poder descansar —dije.

—Anoche no dormí tan mal.

Se me había olvidado preguntarle, ni siquiera me

había percatado de cuándo había dejado de trabajar. Comenzó a fregar los platos con suma tranquilidad mientras yo seguía trayendo los últimos platos y el mantel.

—¿Cuándo vuelves? —pregunté.

—En principio el sábado por la noche.

—¿Y cuándo te vas?

—El lunes.

No iba a estar «parte» de la semana fuera, sino toda ella. Asentí y continué con lo mío, para no sacar el tema de la boda. Era el domingo, él estaría ahí, pero demasiado cansado seguramente, por no hablar de que, ¿cómo lo presentaría? ¿Mi amigo? ¿Mi rollo? ¿Mi futuro...? Creo que pensé que no era un buen momento, ni el lugar adecuado, para definir nuestra situación. ¿Qué situación? Está bien, nos habíamos declarado en toda regla, pero nos quedaba un buen trecho para dar una respuesta, un sí o un no. De momento era un quizá edulcorado, que se acercaba más al asentimiento que a la negativa.

—¿Cuándo se casaba tu jefe? —me preguntó poco después.

—El domingo —no añadí nada, porque no quería

que se sintiera obligado, pero él parecía pensar lo contrario.

—Puedes llevar acompañante, me imagino.

Yo estaba limpiando la isleta con un paño cuando él se volvió desde la pila y se quedó mirándome, esperando una respuesta.

—Claro.

Puso los ojos en blanco en cuanto contesté.

—¿Vas a hacer que te suplique? Esto no es el baile de fin de curso de ningún instituto americano.

—¿Quieres venir? —pregunté sorprendida.

Él se sorprendió ante mi sorpresa. Cerró el grifo y dio dos pasos hacia mí. Colocó sus manos llenas de jabón alrededor de mi cara y me dio un beso en la frente, otro en la nariz y un último en los labios.

—Sí, quiero.

Se rio como si hubiera sido lo más divertido que había dicho en mucho tiempo. Alguien carraspeó e hizo que nos apartáramos un poco.

—¿Necesitáis ayuda? —preguntó Lucas desde la puerta.

Me limpié los restos de jabón y agua de las mejillas y Ricardo comenzó a guardar los vasos en el

lavavajillas. Seguí limpiando.

—No, todo controlado —contesté sonriendo.

—En ese caso —contestó Lucas con una sonrisa malévola—, voy a volver al salón, que aquí hace demasiado calor...

Le oímos reírse mientras regresaba con los demás.

Horas después, ya con las luces apagadas y la respiración pausada de Lena a mi lado, me pregunté cuánto tiempo podríamos callar aquello que todos escuchaban.

Seguí escuchándolo mientras se me cerraban los ojos.

Capítulo 22

El domingo fue tan ridículamente aburrido que tuve que irme de casa. Ricardo estaba demasiado ocupado organizando cada uno de los días de la semana siguiente, incluso llamó a Héctor para que viniera a ayudarlo. Lena estaba desayunando con Lucas, sin prisa alguna, lo que me decía que definitivamente se habían reconciliado, aunque prefería no saber ni cómo ni por qué, y Eric dormía con Laura. Quedaba yo, desparejada como los calcetines, así que cogí mi petate y me fui directa al taller de Jon. Los domingos siempre cerraba, por eso me sorprendió encontrarle ahí, trabajando como si nunca hubiera conocido otra manera de ser. Me saludó efusivamente y me acordé de que aún le debía una explicación. No me había llamado ni enviado ningún mensaje, era de aquella clase de personas que sabe darte exactamente el

tiempo que necesitas, y por eso no habíamos discutido nunca. Aunque siempre hay una primera vez.

Me encerré en la pequeña sala y cogí la pieza de mármol que le había encargado a Ernesto hacía un par de semanas. Saqué de la mochila los cuadernos y me quedé visualizando en ese cuadrado sin forma mis bocetos. Me senté en el suelo y crucé las piernas. Primero tenía que decidir cuál de todos aquellos elegiría para darle vida. Finalmente me incliné a favor del capitel. Podríamos ponerlo en la entrada de casa. Podría hacer dos y...

—¿Te molesto?

Mi hermano entró con dos tazas de café recién hecho y me tendió una de ellas, que acepté encantada. Se sentó junto a mí, y de repente me pareció mayor. Iba a ser padre en poco tiempo y eso le cambiaría por completo aunque creo que ya lo había hecho.

Le tendí la libreta para que viera lo que tenía intención de hacer y pasó las páginas con una gran sonrisa. Le gustaba.

—¿Todo bien en la galería?

—Mejor que nunca. Tenemos una exposición fantástica ahora mismo, sobre una de las dinastías

chinas más importantes, y sus dioses. Deberías pasarte algún día, cuando tengas un rato.

—¿Te hace feliz tu trabajo, Dany?

Asentí y di vueltas al cincel entre mis manos.

—¿Hay algo más que te haga feliz?

{Jon, Jon, Jon. Siempre sabes sacar los temas que te interesan}.

—Ahora mismo, en general, estoy feliz —contesté sin darle mayor importancia, porque, en realidad, tampoco había mucho que decir.

—¿Pese a lo de Felipe?

Por lo visto, cuando yo no pensaba en él, ya se encargaban los otros de hacerlo. Pero, ¿cuándo se iban a olvidar de eso? Podían hablar de él si querían, pero si se podía evitar, estaría enormemente agradecida. Parece ser que, por algún extraño motivo (tal vez por todo lo que sufriste por él, Dany) no había manera de que se olvidasen de aquella relación.

—La vida sigue —me limité a decir.

—¿Sigue con Ricardo?

Su pregunta no era del todo amable. No sabría decir por qué, pero dilucidé un deje en su voz que insinuaba que Jon no aprobaba aquello. Levanté las

cejas, porque era la manera más fácil de preguntarle a qué se refería. Por eso y porque no fui capaz de encontrar unas palabras que me ayudasen a expresarme.

—¿Estás segura de que quieres cometer ese error?

Si la primera pregunta no me había gustado, esta acabó por rematarme. Un error. Aquella decisión era un error a ojos de Jon, ¿debería haberlo sido también a los míos? Pero no podía concebirlo como tal, algo en mí me decía que no lo hiciera, y, sin embargo, Jon ya veía el desenlace de aquella historia. Pero, ¿por qué? ¿Pensaba en Lena? ¿Qué le llevaba a creer que acabaría sufriendo si seguía adelante?

—No sé a qué te refieres.

—Tú sabrás.

—Pero, ¿qué te pasa? —espeté con un tono de voz demasiado elevado.

No me estaba gustando lo que insinuaba, pero mucho menos el tono con el que lo hacía. Era mi hermano, se supone que tendría que haberme apoyado aunque quisiera nadar en el Guadalquivir sin agua. Si me equivocaba era mi problema, a pesar de que él no parecía pensar lo mismo. En vez de ponerme las cosas

fáciles, dado que ya me resultaban demasiado complejas, se empeñaba en dejarme en el punto de mira.

—Solo era un consejo —respondió, aún muy serio.

—Pues tendrás qué decirme qué consejo es, porque yo no soy capaz de entenderlo.

—No es que no seas capaz de entenderlo, es que lo has entendido perfectamente y no sabes qué hacer para que me calle y no te diga la verdad.

Dejé la taza de café sobre la mesa y me levanté del suelo. No podía creerme que estuviera haciendo conjeturas sobre un asunto que ni siquiera conocía. Me ofusqué tanto que tuve que dar un par de vueltas antes de hablar nuevamente.

—¿Y cuál es esa verdad? ¿La tuya?

—No te conviene, simplemente digo eso —contestó tan relajado y sereno que acabé por enfadarme todavía más.

—Si dejaras de sentirte culpable por lo de Felipe, tal vez dejarías de decir las cosas que dices.

—Y si a ti no te importara lo que digo, no te pondrías a la defensiva. Le conoces desde que erais niños, ya no lo sois, así que no juegues con fuego

porque te vas a quemar.

—Precisamente porque le conozco, Jon, precisamente por eso, porque tú no sabes nada sobre él, no puedes emitir juicios.

Estaba discutiendo con mi hermano sobre algo que aún no había sucedido, y, puede que si no hubiera dicho lo que dijo a continuación, no le hubiera confesado nunca la verdad que me había guardado durante tanto tiempo.

—Los chicos como él siempre acaban haciendo daño a las chicas como tú.

Me dolió tantísimo que estallé, poco a poco, pero el impacto fue el mismo.

—Eso que acabas de decir es horrible. Tú y tus ideas preconcebidas sobre las personas...

—Nunca me equivoco.

—Te equivocaste con Felipe. ¿Recuerdas lo que me dijiste? —se puso en pie, con el ceño fruncido—. Felipe es un buen chico, le gustan las relaciones estables, te respetará, te cuidará. No hizo ninguna de esas cosas. ¡Ninguna! ¿Le has preguntado quién es su prometida?

Abrió los ojos sin entender.

—Su amante —contesté—. A la que respetaba y cuidaba mientras yo le esperaba en casa pensando que tenía demasiado trabajo o que estaba muy ocupado como para enviar un simple mensaje. Así que haz el favor de dejarme en paz. Cometeré los errores que me dé la gana, y no te voy a obligar a quedarte aquí para verlos.

Cogí la mochila y me fui tan rápido que, ni aunque hubiera querido seguirme o decirme algo, habría podido alcanzarme. Acababa de ser tan egoísta que ni siquiera había pensando en que mis declaraciones podrían poner fin a la amistad entre mi hermano y Felipe. Pero ya me daba igual, estaba harta de que me juzgara todo aquel que pasase por mi lado: el trabajo que tienes, con quién compartes piso, los hombres con los que sales e incluso la ropa que te pones.

Entré en casa tan enfadada que no desperté de ese malestar hasta que el portazo que di me devolvió a la realidad. Pasé corriendo por el salón, donde Ricardo y Héctor seguían trabajando y, sin saludarles, seguí andando hacia el piso superior.

—¡Eh! —oí a Ricardo desde abajo, pero no me detuve.

Cerré la puerta de mi habitación con otro golpe y lancé la mochila al suelo. Di un par de vueltas, de uno a otro extremo. ¿Estaba realmente a la defensiva? Es probable que una parte de mí lo estuviera, pero había otra que apoyaba mi comportamiento. No esperaba que nadie —ni en ese momento ni en adelante— entendiera qué pretendíamos Ricardo y yo con aquella decisión precipitada, pero necesitaba que por lo menos no me juzgaran por intentar ser justo quien quería ser. Por lo visto era pedir demasiado. Hiciera lo que hiciese, siempre me criticarían: si estaba sola, si estaba con alguien. Pensé en mi padre, en que, seguramente, no sabía que Felipe se iba a casar. Pensé en que se sentiría disgustado al darse cuenta de que nunca había existido el «aún estáis a tiempo de arreglarlo». No, por supuesto que no, porque el nuestro era un puzle al que le faltaban muchas piezas. Nunca se arreglaría. Y además, además yo quería a...

Llamó a la puerta con los nudillos, y pese a que no me apetecía explicarle nada, le dije que pasara. Me llevaría más tiempo convencerle de que estaba bien que decirle la verdad.

—¿Qué demonios te pasa? —me preguntó muy

serio.

—Nada.

«Muy creíble, Dany».

—Lo preguntaré de otro modo: ¿qué ha pasado?

No podía mirarle a los ojos mientras él se comportaba como un buen amigo y decirle que mi hermano no aprobaba en absoluto lo que estábamos a punto de hacer o lo que, en realidad, habíamos empezado el viernes por la noche. ¿Cómo hacerlo? Eso podría convertirse en una de las cosas que nos impediría intentarlo y no podía dejar que eso ocurriera.

—He discutido con mi hermano.

Ricardo asintió como si supiera exactamente por qué, pero si lo sabía, lo disimuló muy bien. Se acercó un poco más, apartó los brazos de su pecho, donde los había cruzado como cada vez que pedía una explicación, y me dio un abrazo, uno de esos con los que estaba tan familiarizada que solo podían reconfortarme y hacer que me olvidara de todo.

—Se arreglará —susurró, y yo casi lo entendí como una promesa por su parte—. ¿Has podido hacer algo? —me preguntó un poco más tranquilo cuando se apartó.

—No, fue sentarme y... —no quería recordarlo, así que hice un gesto con la cabeza, como si aquello sirviera para apartarlo de mí.

—Tal vez podrías trabajar aquí en casa.

—No, sería un estropicio.

—Puede que tengas razón —sonrió de oreja a oreja—. Aún me queda algo de trabajo, pero si te apetece podemos salir a cenar, ¿quieres?

Por supuesto que quería. Lo que más me apetecía en aquel momento era estar con él, porque cada una de sus palabras hacía que me diera cuenta de que nada podría ser un error.

—¿No tienes que coger el vuelo a las cinco de la mañana?

—¿Te preocupa mi descanso o te da apuro que nos vean metiéndonos mano por debajo de la mesa en algún restaurante?

Se inclinó para poner fin al espacio que quedaba entre los dos y darme un beso. Yo aún estaba riéndome por su comentario, así que, cuando se apartó, me supo a poco. Le atraje de nuevo. Estaba ahí, no eran imaginaciones mías. No era un error, me repetí.

—Ambas —contesté—. Pero acepto la cena.

Necesito salir de aquí.

Capítulo 23

Había salido a cenar con Ricardo tantas veces en todos aquellos años que ya había perdido la cuenta, y, pese a ello, estaba tan nerviosa que hubiera podido enloquecer pensando en qué ponerme. Era absurdo teniendo en cuenta que conocía cada una de las prendas de mi armario. Cogí unos vaqueros ceñidos largos y una blusa blanca transparente. ¿Muy transparente?, me pregunté al tiempo que me miraba en el espejo. Se me ocurrió, al momento, otra pregunta: ¿Se suponía que aquella iba a ser nuestra primera cita? No lo tenía del todo claro y tampoco tenía intención de preguntarlo.

Bajé y lo encontré sentado en el sillón, revisando su agenda. Nunca paraba de trabajar, aunque sus logros se debían precisamente a eso.

Se había cambiado. Llevaba unos vaqueros

oscuros, unas Converse negras y una camisa roja de cuadros. Estaba guapo con cualquier cosa que se pusiera, eso o yo le veía atractivo de cualquiera de las maneras. ¡Ah! Y seguía sin afeitarse.

—Ya estoy —anuncié cuando estuve junto a él.

Se quitó las gafas y me echó un vistazo. Se le dibujó una sonrisa en los labios.

—¿Nos vamos?

—Sí, dame un segundo. Tengo que hacer una llamada.

Asentí y le dejé espacio.

Fui hasta la cocina a beber agua. Estaba demasiado nerviosa, más incluso que en la primera de las citas, cuando había quedado con Héctor. Pero, ¿por qué? «Sé cómo es, le conozco», intentaba convencerme sin éxito. No, yo misma había dicho que ahora era precisamente cuando empezaba a conocerle.

Regresé al salón y Ricardo ya había finalizado su llamada, así que nos fuimos. El ascensor me recordó demasiadas cosas, la última vez que habíamos estado ahí juntos me había declarado como una adolescente desesperada.

—¿Qué vas a hacer esta semana? —me preguntó

mientras bajábamos.

—Trabajar —contesté con una gran sonrisa—, y buscar unos zapatos y un vestido para la boda de Marcos.

—Permíteme decirte que es lo menos divertido que he oído en mucho tiempo —se burló—. Mientras no pienses mucho —me dio unos golpecitos en la cabeza—. Sé que te resulta difícil, pero no lo hagas.

De repente estaba demasiado serio, por lo que me tensé. Comportamientos como ese eran los que me forzaban a pensar.

Colocó su mano sobre mi barbilla y me obligó a mirarle. Lo hice.

—No nos arrepentiremos de nada, prométemelo.

Se abrieron las puertas y nos encontramos con los vecinos del segundo y sus dos hijos pequeños, que me saludaron con mucha alegría. Habían estado la semana anterior de visita en L' Art con sus profesores y el resto de sus compañeros de clase.

Ricardo se encaminó hacia la puerta mientras los niños me hacían un par de preguntas sobre los caballos de terracota. Cuando al fin sus padres los convencieron para que entraran en el ascensor, pude

reunirme con Ricardo, que sostenía la puerta abierta para que pasara. Salí, pero no dejé que él lo hiciera. Me di la vuelta y le dije:

—Te lo prometo.

Después de esa declaración de intenciones, el resto de la noche fue tan bien que hasta me asombraba a mí misma por volver a estar relajada. Ricardo no me ponía las cosas difíciles, aunque supongo que ya lo había hecho durante demasiado tiempo, ya era hora que de hacerlo fácil. ¿No le había dicho eso a Lena? «Cada uno decide cuánto quiere complicar las cosas». Pues yo, en esa ocasión, no quería hacerlo en absoluto. Me sentía demasiado bien para hacerlo. Además, a diferencia de lo que había sucedido con Felipe, podía ser todo lo sincera que quisiera. Nuestra confianza era un helecho que llevábamos regando muchos años.

Fuimos a un restaurante italiano que a Ricardo le gustaba bastante y que a mí me encantaba. Al principio hablamos de trabajo, él me contó su proyecto y yo la responsabilidad que me esperaba una vez que Marcos se fuera. Parecía contento por mí, y me felicitó por haber logrado que mi jefe dejara L' Art a la más joven de sus trabajadoras. Eso era algo en lo que

no había caído: la más joven y la más inexperta iba a hacerse cargo de una galería de arte durante dos semanas. De todo lo que implicaba tener una galería. Se me puso un nudo en el estómago, pero iba a demostrarle a Marcos que había tomado la decisión correcta.

—Héctor me ha preguntado si estabas bien —se metió un ravioli en la boca.

—Lo estoy.

—¿Vais a seguir quedando?

—Define quedar —apunté al ver que no hacía más que carraspear, incómodo—. Me cae bien, Ricardo. Muy bien, de hecho. Pero... —quería decirlo, tenía que hacerlo aunque le sentara mal—. Pero yo estoy centrada en ti.

«¿Yo estoy centrada en ti? ¿Qué es él, una obligación?».

—¿Estás centrada en mí o estás conmigo?

—Contigo —contesté.

—No soy una de tus citas, Dany, puedes llamar a las cosas por su nombre. Si no, ¿cómo vamos a entendernos?

—Nos entendemos igualmente.

Se rio porque sabía que tenía razón. Teníamos esa clase de conexión en la que no hacía falta hablar para saber lo que el otro pensaba. Todo se debía a que nos parecíamos demasiado. ¿Eso era bueno?

—¿Te ha vuelto a escribir Pablo?

—¿Esto es un tercer grado, Ricardo?

—Sí, cariño.

Bebió un poco de vino y se quedó mirándome. Quería una respuesta, por supuesto, pero me costó centrarme, como siempre, después de ese «cariño», que nunca había tenido nada de romántico.

—No.

—¿Y el primo de Eric, Emilio?

No me importó que preguntara, pero si quería insistir, yo sabría cómo callarle.

—¿Y tú? ¿Has visto a Cecilia?

Se encogió de hombros. No esperaba que volviera a sacar el tema, y de hecho no quería hacerlo. No era de las que se aferraban a las relaciones anteriores de sus parejas. El pasado queda atrás, y prefería no tener constancia de ningún detalle íntimo. Aunque con Cecilia había visto más lo que me permitían mis celos.

—Por supuesto que no.

—¿Te molesta que te lo pregunte?

—Más bien me molesta que te lo plantees — contestó mirándome a los ojos con tanta seguridad que me desarmó.

—Lo mismo digo.

¿Ricardo era celoso en las relaciones de pareja? La verdad es que no lo sabía, pero estaba descubriendo que, era más que evidente, no le hacía demasiada gracia saber de mis antiguos pretendientes. ¡Vaya por Dios! Tendría que lidiar con un hombre que me quería solo para él. ¿Y dónde estaba el problema? Siempre que, claro, lo suyo no fuera enfermizo.

—¿Te lo pasaste mejor con Héctor?

«¡Por favor!».

—¿Quieres dejar de atormentarte? —le fulminé con la mirada—. Si me lo hubiera pasado mejor, no estaría aquí. Piensa un poco.

Le sonó el teléfono justo después de que él sonriera a mi comentario y extendiera una mano por debajo de la mesa para tocarme la rodilla. No suspiré cuando sacó el móvil, pero recordaba otros tiempos en los que había sido menos agradable. Felipe contestaba siempre, sin importarle si estábamos celebrando un

aniversario o enterrando a mi tío abuelo. Me llevé un poco de pan a la boca. Ricardo colgó sin contestar.

—Voy a apagarlo.

Lo hizo y volvió a guardarlo en el bolsillo.

—Si es del trabajo, tal vez deberías contestar —me atreví a decir, porque ese pequeño gesto me había gustado demasiado como para estar a la defensiva.

—Sí, es Rubén, que lleva toda la tarde dándome el coñazo con los billetes de avión, los asientos, las maletas y la madre que me parió. ¡Tiene que espabilar!

Rubén era otro de los becarios de la agencia de publicidad, aunque por lo visto bastante menos eficiente que Héctor. Yo creo que en realidad era despistado, porque, por más que lo intentaba, siempre se le pasaba algo por alto.

—Si fuera el becario de uno de los de arriba, ya le habrían echado.

—No digas eso, todos necesitamos una oportunidad. Y más ahora que, conforme están las cosas...

Ambos suspiramos, porque aún no sabíamos cómo habíamos tenido la bendita suerte de encontrar trabajo, los dos, mientras acabábamos nuestros estudios.

Agradecíamos aquello todos los días, porque además, estábamos haciendo lo que siempre habíamos deseado. ¿O no?

—Lo sé. Por eso intento enseñarle todo lo que sé, pero no puedo hacer su trabajo y el mío; no puedo ir detrás de él para ver si sabe hacerse la cama o tengo que alisar las arrugas que deja cuando termina.

Siendo Ricardo el más joven de la empresa, era el encargado de todos los becarios, tenía que ocuparse de ellos, instruirles, encontrarles un proyecto y, si destacaban en alguno de los campos de la publicidad, ofrecerles un contrato laboral. No era un trabajo fácil, porque su perfección le llevaba a realizar, como él muy bien había dicho, el trabajo que tenían que hacer sus becarios. Eso y que, si lo hacían mal, los jefes los echarían a la calle. No pasaban las cosas por alto. Él quería darles una oportunidad. Me recordaba a Marcos. Los dos eran buenos jefes.

Cogió uno de mis raviolis, que a diferencia de los suyos no eran de champiñones, sino de jamón. Y después otro. Yo, por mi parte, estaba demasiado ocupada fingiendo que no le miraba embelesada. Por supuesto, me salió el tiro por la culata.

—No me mires así —me señaló con el dedo.

—¿Así cómo? —pregunté, aun sabiendo perfectamente a qué se refería.

Se inclinó hacia delante con esa confianza sensual que tanto me gustaba.

—Como si no me hubieras visto antes.

El camarero se acercó a preguntarnos qué nos apetecía de postre: Ricardo quería tarta de chocolate y yo helado de dulce de leche. Acabó por comerse el helado y yo la tarta, porque al probar el postre del otro, nos había gustado más que el que habíamos pedido. Por lo menos no tendríamos problemas a la hora de compartir.

Era tarde cuando salimos del restaurante, a Ricardo apenas le quedaban cuatro horas de sueño cuando llegamos de dar un largo paseo en el que insistió tanto que no pude llevarle la contraria. Cuando acabamos de subir las escaleras del dúplex le di un beso en los labios dispuesta a irme a mi habitación.

—¿Te despides?

—Tendrás que dormir, ¿no? —pregunté yo con la mano puesta sobre el pomo de mi puerta.

—Ya te dije que no dormí tan mal la otra noche.

Las comisuras de sus labios se elevaron un poco para dejar paso a la sonrisa más bonita que había visto nunca.

—Puedes quedarte, lo sabes.

Se acercó a mí, me envolvió la cintura y entramos en la habitación besándonos. Cerramos la puerta, pero no encendimos la luz. Seguíamos besándonos cuando nos dejamos caer, cansados pero abrasados, sobre la cama. Se encendió la luz en el momento exacto en el que Ricardo emitió un gemido.

—Por mí no os cortéis —oímos decir a Eric, que estaba tumbado en una esquina de mi cama con los brazos cruzados.

Ricardo se rio, pero yo necesitaba zafarme de su cuerpo. No dejaba de ser extraño. Y pensaba que, si lo era para nosotros, también lo sería para el resto.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Esperarte —contestó como si fuera lo más evidente del mundo—. No pensaba que aparecieseis los dos —confesó.

—¿Ha pasado algo?

—Nada.

—¿Nada? —preguntó Ricardo, que se acababa de

dar cuenta de que algo no iba bien.

—Laura —dije yo.

—Da igual. Podemos hablar mañana —expuso, cansado, mientras se incorporaba en la cama—. No quiero molestaros.

—No nos molestas —contestamos los dos a la vez.

Le dejamos en medio de los dos, como a un niño pequeño que llega a la habitación de sus padres, después de tener una pesadilla. No sabía qué preguntarle, porque sabía lo mucho que le costaba hablar. Me preguntaba si también hablaba de esas cosas con Ricardo, al fin y al cabo este no se cortaba un pelo con él. Sí, eran muy buenos amigos, seguro que se lo contaban todo. Yo esperaba que casi todo. Había cosas que prefería que no se airearan, aunque Eric fuera mi mejor amigo.

—Quiere más. Siempre quiere más —dijo finalmente.

—¿Qué más? —pregunté.

—Eso le he preguntado yo. Me paso el día entero con ella en el hospital, quedamos luego, viene a casa, voy a su casa, nos hemos ido de viaje...

Y tenía razón. No entendía qué más podría

necesitar Laura.

—Ni tres semanas y ya estamos de nuevo en el punto de partida. Y esta vez, por más que lo intento, no sé qué estoy haciendo mal.

Ricardo le dio un par de palmadas en el hombro.

—Eric, espero que no te moleste lo que te voy a decir, pero si estás siendo otra persona solo para estar con ella, deberías plantearte si es lo mejor que puedes hacer.

Me sorprendió su consejo. ¿Le acababa de decir que dejara de esforzarse? Aunque, todos, en un modo u otro, nos esforzamos en las relaciones de pareja.

—No pienso que quiera cambiarme, solo creo que ella me imaginaba de un modo muy distinto. No puedo ser quien ella hubiera querido que fuera. Me gusta mucho, y de verdad he intentado todo lo que está en mis manos, pero no puedo más. Ni siquiera sé qué quiere. ¿Qué me vaya a vivir con ella? ¡Llevamos viéndonos tres meses! ¿No es una locura?

—Yo creo que sí —me sorprendí diciendo.

Los dos me miraron con caras impertérritas. ¿Esperaban que dijera lo contrario?

—¿Qué? —pregunté encogiéndome de hombros.

Conocía parejas que se habían ido a vivir pronto con sus respectivos, y que habían funcionado, pero también sabía de otras que lo habían dejado precisamente por el componente convivencia. Aunque, según lo que estaba insinuando Eric, si no hacían el amago de irse a vivir juntos, de todos modos, lo dejarían.

—Tienes que hacer lo que tú consideres mejor —le dije dejándome caer sobre su pecho.

Eric me envolvió en un abrazo, y no sabía lo que pensaría Ricardo al respecto, pero esperaba que hubiese quedado bastante claro que yo sentía por Eric lo mismo que él. Así que acabé de acomodarme ahí, porque en el fondo sabía que mi amigo necesitaba ese acercamiento que no le hiciera sentirse solo. Me sorprendió ver que Ricardo le pasaba un brazo alrededor de los hombros.

—Si tenéis que estar juntos, todo se solucionará. Si no, lo mejor que puedes hacer es arrancarlo de raíz —le aconsejó.

Me estremecí al pensar que esa era su manera particular de ver las relaciones de pareja. Si lo nuestro no funcionaba, ¿también me arrancaría de raíz?

Arrepentir no iba a arrepentirse, como me había hecho prometerle, pero, ¿acabaría por ser solo una mala hierba que se arranca cuando te cansas? Como si Eric intuyera mi miedo, me apretó un poco más fuerte y me relajé. Tenía que hablar con él, porque llevábamos siendo amigos, como aquel que dice, toda la vida. Conocía facetas de mí que mi hermano ignoraba y, a lo mejor, podría ofrecerme una opinión objetiva de todo aquello.

—Os voy a dejar dormir —me apartó un poco y yo hice lo mismo para dejar que saliera de la cama—. O lo que fueseis a hacer.

Me hizo reír el tono despreocupado con el que lo dijo. A Eric no le parecía mal, en absoluto, lo que pasaba entre Ricardo y yo. Y si en algún momento se lo había parecido, nuestra actitud de aquella noche había disipado todas sus dudas. Cerró la puerta al salir y nos dejó ahí, bastante más fríos de lo que habíamos entrado. Nos miramos un momento, yo intentando encontrar en sus ojos un guiño positivo a lo que estábamos haciendo; él procurando que yo no lo viera por ninguna parte. Al final, cansada como estaba, dejé escapar un suspiro que le puso en alerta, o eso advertí.

—¿Tú crees que lo de estos dos funcionará? —me preguntó.

Me levanté de la cama, y sin pudor alguno, comencé a quitarme los vaqueros y la camisa hasta quedarme en ropa interior.

—Creo que tienen tantas ganas de que funcione que a veces se olvidan de lo más importante —cogí el pijama del armario, lo que implicó que me contoneé descaradamente ante Ricardo—, quererse —completé.

Empecé a ponerme los pantalones y después la camisa.

—¿Insinúas que lo complican?

—Aunque sea inconscientemente, sí.

Cogí una toallita desmaquillante y empecé a limpiarme la cara frente al espejo del armario.

—¿Qué has querido decir con «arrancar de raíz»? —pregunté, viendo su cara perfectamente en el espejo.

—Cuanto más alarguen algo que no va a funcionar, peor lo pasará Eric después.

Me turbó darme cuenta de que tenía más razón que un santo, pero, ¿y si alguno de nosotros dos comenzaba

a sentir más por el otro? ¿Y si sentía menos? ¿También tendríamos que extirpar los recuerdos de todos aquellos años para no recordar las formas de nuestras caras, nuestras voces, las noches de estudio, los años de universidad, los de adolescencia, las risas y los recientes besos? Besos, que, por cierto, surgían de forma tan natural que parecía que lo hubiésemos estado haciendo toda la vida. Como si fuera un don innato.

—Deja de darle vueltas a la cabeza —me advirtió su dedo índice en el reflejo—. Ven aquí.

Arrastré los pies sobre el suelo y me tumbé a su lado.

—No nos pasará a nosotros.

—¿Cómo lo puedes saber?

—Porque somos tú y yo.

Y aunque fue la respuesta más absurda que podría haberme dado, era la única que, verdaderamente, pudo quitarme las dudas. Una respuesta firme, sin puntos suspensivos, sin peros, sin cuestionarse nada. Él estaba tan seguro de que todo entre nosotros dos saldría bien que me contagiaba esa necesidad casi dolorosa de tratar de seguir con ello hasta que no pudiéramos más.

—¿Te parece mal que vivamos juntos mientras lo intentamos?

Le miré y parecía preocupado por eso que yo había dicho.

—No. No me va a molestar que no limpies el polvo de las estanterías, porque llevas cuatros años sin hacerlo. Por no hablar de que cocinas de pena. La convivencia la tenemos superada —le guiñé un ojo para que no se preocupara.

Lo nuestro era diferente.

Se levantó para quitarse la ropa y se fue a su habitación a por el pijama. Volvió con él puesto y se metió en la cama. Me aparté hacia mi esquina, le dejaría espacio para que pudiera dormir tranquilo durante las tres horas que habían quedado a su disposición después de todo. Pero hizo caso omiso a mi movimiento y me envolvió como si lo hubiera hecho todas las noches durante los últimos meses. Dormir en cucharita con Ricardo me hizo tanta gracia que tuve que morderme la lengua para no reírme.

Me dio un beso en la nuca y yo apagué la luz.

—Aunque lo hiciéramos muy mal, yo nunca te arrancaré de mí —fue lo último que dijo antes de

quedarse dormido, pero sé, con certeza, que la mano que me rodeaba sintió cómo se aceleró mi corazón.

Éramos él y yo.

Tan nosotros que a los dos nos asustaba intentar conocer a alguien que había estado ahí siempre.

Capítulo 24

Cuando el lunes me desperté sola en la cama, me di cuenta de que aquella semana se me haría tan larga como la Nochebuena a un niño pequeño. Pero tendría tiempo para mí y para arreglar algunas cosas que se habían quedado en el tintero. Quería hablar con mi hermano, pero necesitaba que, por una vez, fuera otro el que diera el paso. Y creedme, no era el orgullo el que me cegaba, sino la firme confianza que tenía en sentir que en aquella ocasión no me equivocaba. Podría, y quería, pasar tiempo con Eric. Hablar con él, escaparnos a merendar a La Cafetera. Visitar a mi hermana, y a mis padres, que a lo tonto llevaba casi dos semanas sin ver. También pensaba en Héctor, en que lo habíamos arreglado atropellándonos como dos coches con demasiada prisa. Tal vez, cuando me diera cuenta, no habría cumplido ni la mitad de lo que

pretendía. Pero mi propósito era tan firme que me organicé cada día y cada noche hasta el sábado, que era cuando regresaba Ricardo.

Para empezar, y como la incertidumbre con Laura era tan reciente, pensé que debería aplazar mi conversación con Eric, así que en el desayuno nos dedicamos a repartirnos las tareas de la casa y a hablar de cosas sin importancia, como sobre el hecho de si deberíamos cambiar el detergente para el lavavajillas o seguir utilizando el mismo. Al tomar esta decisión, pensé que lo mejor sería ir a comer a casa, ver a mi familia e intentar, de paso, comprobar si Jon no iría también a comer. Lo hacía los lunes, jueves y domingos.

No erré, aunque él estuviera convencido de que ese era mi sino en la vida. Ahí lo encontré. Mi cuñada no estaba. Era maestra de inglés en un colegio y ese día iba a quedarse todo el día ensayando los villancicos para el festival de Navidad. Aún faltaban meses, pero el *Jingle Bell* era demasiado complejo para atrasarlo unas cuantas semanas.

Mi hermano me dio un beso en la mejilla y me dedicó un «¿qué tal?» avergonzado que me llenó de

tristeza. Y si, en algún momento, un atisbo de ese orgullo que he mencionado antes me había convencido de no dar el paso, este desapareció por completo, le di un par de besos o tres, muy sonoros, en la mejilla y le sonreí.

—Por mí, tregua —dije.

—Si me mereciera una tregua, la aceptaría.

—Nos la merecemos los dos. Y tú te mereces, además, una disculpa. No estuvo bien lo que te dije.

Yo también me merecía un: «Lo siento, Dany», pero no iba a reclamarlo como un territorio baldío en el que no viviría nadie después. Tenía que ser algo que surgiera de él. Y para mi sorpresa, ese algo llegó cuando mi madre sirvió el café.

—No quiero que te hagan daño, y supongo que veo que cualquiera podría hacértelo. No estaba atacando a Ricardo —me susurró mientras el resto se había enzarzado en una acalorada discusión sobre quién ganaría las elecciones—. Ninguno me parece lo suficientemente bueno para ti. Nada más.

—¿Qué te molestó más: que fuera Ricardo o que yo no te haya dicho nunca que siempre fue Ricardo?

—Sobre todo eso último.

—Acepto la disculpa.

—Voy a acabar los muebles para Felipe y cortaré todo contacto con él.

Puse una mano sobre su hombro y negué con la cabeza.

—No. Si yo he podido perdonarle, tú también podrás. Si hubiera sido otra chica, no hubieras dejado de ser su amigo. Así que, sigue siéndolo. Lo sois desde que llevabais pañales.

—Pero te engañó.

—Me engañó a mí, Jon. Era un problema de pareja, en el que tú no tenías cartas para jugar la partida. No te culpes, no quise que lo hicieras el otro día. Pero estaba muy enfadada. Tengo la edad suficiente para cargar con mis errores.

Jon soltó un suspiro al tiempo que mi madre le ponía la taza de café delante. Otra para mí. Me dio un beso en el pelo.

—Te está creciendo de nuevo —me dijo orgullosa.

Cuando me había cortado el pelo (muy, muy corto) después de dejar a Felipe, se había llevado un gran disgusto, pero volvía a tener mi media melena y ella estaba más que encantada. Al volver a su sitio, Jon

siguió hablándome.

—Sé que te has hecho mayor, pero para mí siempre serás pequeña, y una parte de mí necesita seguir cargando con parte de tus problemas.

—Puedes preocuparte por mí —apoyé la cabeza sobre su hombro—, pero no has de ser quien arrastre mis problemas consigo. Ni siquiera yo lo hago. Procuro arreglar las cosas, para que no lleguen a pesar tanto como para hundirme bajo ellas.

—¿Eres feliz... con él?

—Sí, porque nunca ha intentado cambiarme. Sabemos quiénes somos.

—¿Quiénes sois?

Miré a mi hermano a los ojos porque tal vez mis palabras no llegarían a convencerle nunca, pero la ilusión que ahora anidaba en el brillo de mis pupilas a lo mejor conseguiría el efecto contrario.

—Dos personas que se quieren.

El martes por la noche lo reservé para Héctor, al que le había enviado un mensaje diciéndole que tenía muchas ganas de conocer a Grimm, su perro. Una excusa vana para vernos y poder seguir hablando. Respondió a mi mensaje casi enseguida, y, cuando

quise darme cuenta, estaba en su piso cenando una deliciosa *quiche* de verduras y haciéndole carantoñas al sabueso.

—Sé que tienes mucho trabajo, así que no me quedaré mucho rato.

—Tengo un jefe que da gusto, tranquila. Me ha dejado menos trabajo del que esperaba.

—¿Ya no estás en el equipo de Ricardo? —pregunté con una ceja inquisitoria.

—Tengo dudas, la verdad. Últimamente está tan relajado que me preocupa que no esté fumando algo ilegal.

Así que estaba relajado. ¿Era yo la causante de su buen humor o el negocio que acababa de cerrar? Puede que un poco de ambas cosas.

—¿Y tú? ¿Estás relajado o la boda de tu hermana sigue quitándote el sueño?

Le costó tragar después de mi pregunta, que no tenía, todo sea dicho de paso, maldad alguna.

—Poco a poco. No he podido darle la figura aún, no he ido a casa.

—No tienes que disculparte, en realidad no sé muy bien para quién era, más para ti, creo. Para

disculparme por lo que había sucedido. Pero, eso está bien ya, ¿no?

Una vez más aquella sonrisa que no me relajaba en absoluto, que me gritaba un secreto encerrado a cal y canto.

—Sí.

Como no podía creerme su respuesta, pensé que lo mejor sería hablar de otra boda que no fuera la de su hermana.

—Mi jefe se casa este domingo —le anuncié.

—A final de año se casa mucha gente —aseguró él como si ya fuese un experto en el tema. Me pregunté a cuántas tiendas de vestidos, tarjetas, flores y obsequios le había arrastrado su hermana.

—¡Desde luego! —exclamé—. Mi ex también se casa.

Vi su cara, desde luego que lo hice, y la palidez repentina que le abrumó.

—¿Y con quién vas a ir el domingo?

Cambió de tema como yo de ropa interior. Está bien, el tema de los exnovios estaba vetado, pero, ¿y el de los amigos que ahora eran más que amigos?

—Con Ricardo.

Él sonrió ampliamente. ¿Qué era eso?

—Ya sabía yo que solo tú podías ser la culpable de esa alegría perturbadora que le ha acompañado todo el fin de semana. Aunque, si he de serte sincero, el miércoles y el jueves se comportó como si estuviera en la matanza de Texas. ¿Qué le hiciste?

—¿Yo? Nada. Debió de ser por Cecilia, con la que salió y no parecía tener intención de regresar a su casa.

—Ah, perdona. Había entendido que estabais juntos —se disculpó y yo no pude ni negarlo ni desmentirlo.

Se iluminó la pantalla de mi móvil como si Ricardo hubiera oído mis pensamientos a pesar de los trescientos kilómetros que nos separaban.

«Espero que me estés echando de menos».

Héctor echó un vistazo, aunque sé que no fue intencionadamente, y sonrió.

—Lo había entendido bien, entonces.

Me sonrojé, lo supe al momento. Debí de ponerme como el vino tinto que estábamos bebiendo. No quería, aun así, hablar de eso. Había tenido una cita con Héctor, y él era el becario de Ricardo.

—Voy un momento al aseo —me anunció, y supe que lo hacía para darme espacio y dejar que contestara al reciente y empalagoso novio que me había echado. ¿Acabo de decir novio? No, no. Compañero. ¿Compañero? Venga, hasta luego y buenos días.

«No podría no hacerlo. Cada vez que no lo hago, me llega un mensaje tuyo».

Y era verdad. Había estado enviándome mensajes todo el lunes y durante todo el martes. Y me gustaban; me gustaban tanto que me sorprendía a mí misma sonriendo en cualquier momento del día.

Volví a escribirle.

«Quiero que sea sábado».

Tardó un momento en llegarme la respuesta. Miré el reloj de la sala de estar de Héctor, muy pequeña, por cierto. En ese momento Ricardo tendría que estar en alguna de las cenas de negocios, aburrido como una ostra antes de que la echen al agua hirviendo. Sin emoción.

«Yo quiero que estés aquí».

Sabía decir lo que me gustaba oír, pero no fue eso lo que me inquietó, sino darme cuenta de que lo que yo quería escuchar (o leer en este caso) solo podría

decírmelo Ricardo. Me palpitó un poco más fuerte el corazón y me sentí tan tonta como aquella vez, en segundo de bachillerato, cuando le vi darse un beso con mi peor enemiga.

«¿Dónde estás?».

Me quedé dándole vueltas a esa pregunta, e iba a ser sincera.

«Cenando con Héctor y su perro».

No tenía muy claro si me contestaría, porque había intuido en su interrogatorio del domingo por la noche que, aunque no iba a impedirme (¡faltaría más!) que viese a quien me apeteciera, prefería que lo hiciera lo menos posible.

«Me está diciendo que llevas unos días de muy buen humor, me pregunto por qué será».

Pensé que aquello lo apaciguaría, y lo hizo, en parte.

«Ahora no estoy de muy buen humor».

No sabría explicar por qué, debe de ser por aquella conexión estelar que existe entre dos personas que se conocen desde hace demasiado tiempo, pero supe que estaba sonriendo.

«Eso es porque yo no estoy ahí».

Apagué el móvil. Me imaginé a Ricardo riéndose ante una docena de chinos con traje y yo también me reí, tanto que hasta Héctor, al sentarse de nuevo a mi lado, sonrió.

El miércoles pasó con pena y sin gloria. Como no tenía ningún plan, la noche se me hizo muy larga. Eric tenía turno en urgencias, así que me quedé dormitando en el sofá mientras cambiaba de cadena. Me despertó él a las tres de la mañana, cuando regresó del hospital, para decirme que me fuera a la cama. El día en L' Art había sido agotador. Muchas visitas y una ausencia notable de Marcos (como el lunes y el martes), al que tendría que decirle que en vez de dos semanas a cargo de la galería iban a ser tres. Esa, desde luego, contaba como la tercera.

El jueves encontré, al fin, un vestido y unos zapatos para la boda, que tendría lugar al aire libre y de día, en un pequeño palacete a las afueras, con unos campos verde otoñal que me hacían suspirar. Iba a ser una

boda perfecta, más les valía después de lo mucho que me había implicado.

El vestido tenía forma trapezoidal, con la espalda al aire y de color azul marino. Había encontrado unos zapatos negros con un tacón mediano que me facilitaría poder desplazarme por el césped.

El resto del día, es decir, las horas que me habían quedado libres entre las nueve de la noche y las once —cuando me fui a dormir— las dediqué a cenar sola (doble turno de Eric) y a mandarle fotos del vestido y los zapatos a Ricardo.

«¿Eso es el escote o la espalda? Creo que me lo voy a pasar muy bien en esa boda».

El viernes, y aunque Marcos estaba más agobiado que nunca, me dejó irme a casa dos horas antes de que se acabara mi turno. Según él, había hecho horas extra para lo que quedaba de año.

—¿Tú crees?, le pregunté. Amenazó con bajarme el sueldo, pero acto seguido comenzó a reírse.

Llegué a casa tan cansada que me hubiera podido dormir con el traqueteo del ascensor. Eric, que también

estaba en casa, había tenido la buena voluntad de preparar la cena, que nos comimos más por necesidad que por gusto. Después nos sentamos en el sofá como dos ancianos redimidos, nos tapamos con la manta de felpa, porque empezaba a refrescar por la noche, y nos quedamos viendo las noticias.

—¿Te parece bien? —pregunté justo cuando anunciaban que habían detenido a seis pedófilos.

—¿Estás de broma?

—No, no. Me refiero a lo de Ricardo y... —me señalé como una idiota.

—¿Por qué me iba a parecer mal? —preguntó extrañado—. Mientras no te lo parezca a ti. Le gustas desde hace tanto tiempo que ni me acuerdo. Ha estado dándome la murga contigo hasta la saciedad.

Mantuve tanto rato los ojos abiertos sin pestañear que al final se me secaron.

—¿En serio?

Asintió. Me di cuenta de que, a lo tonto, ya lo sabían tres personas: Eric, Héctor y Jon. ¡Miento! Lucas nos había encontrado en actitud cariñosa en la cocina, y me había guiñado el ojo antes de irse el domingo. Creo que debía eliminar la palabra secreto de

mi diccionario porque no sabía emplearla en absoluto.

—Lo que no sabía es que a ti te gustara él. ¡Hemos estado los dos en tensión todos estos años para que al final cedieras!

—Era complicado.

—Como todo lo que nos importa, Dany.

—Eric, ¿y si no sale bien?

—¿Y si nos cae un meteorito? —preguntó exasperado— ¿Por qué piensas en esas cosas? Él no lo hace, aunque me ha dicho que tú lo insinúas mucho. Le pone nervioso que piensas que tenéis menos posibilidades que cualquier otra pareja que acaba de empezar.

—¿Eso te ha dicho?

—Sí.

Me hundí un poco el sofá, sintiéndome un tanto culpable por mi actitud pesimista.

—Me dijo que me quería demasiado como para no intentarlo.

Eric volvió a asentir.

—Sois vosotros dos, Dany. Quereos como siempre y deseaos como nunca.

—¡Qué bonito te ha quedado eso! ¡Si es que eres

un romántico!

Le di un empujón con el pie y quedó tendido ante mí.

—Un romántico al que acaban de dejar —dijo suspirando.

—¿Qué?

—Se acabó.

Intenté arrancarle las palabras, que le pesaban como lápidas en el fondo de la garganta, pero no me lo permitió. No quería que esta vez interviniera, como había hecho antes. Eric había tomado una decisión y yo tenía que aceptar que era lo mejor para él, aunque aún tenía mis dudas. Pasamos el resto de la noche viendo la televisión, evitando los temas demasiado comprometidos, porque ninguno de los dos tenía muchas ganas de pensar aquel día, y a ser posible, preferíamos aplazar las cavilaciones el máximo tiempo posible.

El sábado lo pasé en el taller de mi hermano, ahora que estaba todo hablado y arreglado. Héctor iba a pasarse, pero al final, como había terminado el poco

trabajo que Ricardo le había ordenado, acabó por irse a su casa, a ayudar a su hermana con la boda. En parte, agradecí estar sola con mi trabajo, la música alta y muchas ganas de que llegara el día siguiente. Una premonición agradable llevaba toda la semana anidando en mi vientre y tenía ganas de dejarla volar para ver qué traía consigo.

Marcos había estado llamándome durante todo el día mientras Gala, su prometida, efectuaba la quinta prueba de maquillaje del mes. Tomé nota de todas las instrucciones que había olvidado darme el viernes y le di la enhorabuena por enésima vez. Oí la voz de Gala al otro lado del teléfono: «¡Dile a Dany que tenía razón, me queda mejor el pintalabios rosa!». La novia era de esa clase de mujer que quiere tenerlo todo bajo control, y con tal de que eso sea así, puede arrasar con todo lo que se le ponga por delante. Podría simular que era la cordialidad manifiesta, pero entre los dos habían dejado mi paciencia y mis energías a la altura del betún. ¡Menos mal que todo se acabaría al día siguiente!

Regresé a casa cuando ya caía la tarde, pero Ricardo aún no había vuelto. Recibí un mensaje en el que me decía que se había retrasado el vuelo y que

llegaría un poco más tarde. Eric volvía a tener turno en el hospital y yo comenzaba a creer que era él mismo el que se los cogía tan seguidos para no tener que estar en casa, dándole vueltas a ese pensamiento que le apagaba la sonrisa.

Llené la bañera con agua muy caliente, eché unas sales que olían a eucalipto y almendras y dejé que todos mis músculos se relajaran en la calidez y los aromas, en la música que llegaba desde el iPod y el agua, que empezaba a dejarme la piel roja. Cerré los ojos y apoyé la cabeza en el borde de mármol, con las orejas sumergidas en el agua, escuchando los ecos lejanos de la voz de Sam Smith y mi corazón palpar bajo la piel. Era mi momento favorito, mi lugar predilecto y un capricho que me permitía cuando estaba completamente sola.

Al día siguiente tendríamos que despertarnos pronto, porque tardaríamos dos horas en llegar al sitio de la ceremonia, que empezaba a las doce del mediodía. Annie Lennox le cogió el relevo a Sam Smith. Me quedé tan traspuesta por las infinitas sensaciones que sentía por todo mi cuerpo que no escuché la puerta abrirse ni me di cuenta de la

presencia de Ricardo hasta que sentí sus dedos largos y firmes masajearme la cabeza. Abrí los ojos, un poco asustada, y al verle de pie frente a mí, volví a hundirme con calma. Tardé un poco en recordar que estaba completamente desnuda, pero al comprobar que una capa gruesa de espuma me cubría casi por entero, regresé al estado de reposo inicial.

—Ya estás aquí —murmuré.

Se arremangó la camisa y echó mano del bote de champú. Primero introdujo las manos en la bañera para humedecerlas. Me estremecí y me eché hacia un lado para hacerle hueco. Sonrió provocador, pero ignoré el cosquilleo que su mirada me causaba en la nuca y detrás de las rodillas. Echó un poco de champú en sus manos y comenzó a enjabonarme la cabeza mientras tomaba asiento en la esquina de la bañera. Solo me habían lavado la cabeza mi peluquero y mi madre cuando era pequeña, y nunca me había resultado tan agradable como aquella vez.

—¿Todo bien? —pregunté.

Me contestó con un sonido gutural y, al darme cuenta de que no le apetecía hablar, me limité a dejar que sus manos y el olor del champú tuvieran un efecto

somnífero en mí. Volví a abrir los ojos cuando su voz me devolvió al cuarto de baño para decirme que me incorporara.

—Aclarar —fue lo único que dijo al ver el desconcierto de mi cara.

—¿Has cenado? —le pregunté mientras él cogía la alcachofa de la ducha y abría el grifo.

—No —contestó justo en el mismo instante en el que el chorro de agua caliente hizo que se me llenara la cara de la espuma del champú.

—Deberías ir a cenar —sugerí intentando tragar la menor cantidad de agua.

—Cuando acabe contigo.

Me puse más roja de lo que ya lo estaba y aparté la mirada de él. Pese a la potencia del agua, le oí reírse. Me apetecía invitarle a entrar, pero... existía el dichoso «pero».

—Quiero ir despacio —expuse como una estúpida.

Y aunque creí que le molestaría esa pequeña confesión, me gustó descubrir una gran sonrisa divertida en su cara. Cerró el grifo, dejó la alcachofa en su sitio y me dio un beso en la frente y después uno más largo e intenso en la boca. Húmedo y caliente. Tal

vez no había entendido lo que acababa de decirle, puede que ni siquiera yo lo hubiera hecho, porque la aprehensión con la que me agarré a sus brazos me hizo enloquecer por un momento, olvidándome de todo. Se apartó.

—Voy a cenar. Vístete, no vayas a coger frío.

Se secó las manos en una de las toallas y salió del cuarto de baño en un abrir y cerrar de ojos. Me di cuenta de que, a pesar de que el agua se había enfriado, yo estaba tan encendida como las arenas de las playas hawaianas. A lo mejor me había precipitado al considerar que la semana sería muy larga, porque esa noche, con Ricardo abrazado a mí como si nada después del magreo en la bañera, se me hizo eterna e insoportable.

¿Por qué estaba tan relajado? Su olor inundaba mi espalda, mi pecho, mis piernas, mi piel por completo y mi boca. Además, si con eso no era suficiente, comenzaba a invadirme otro temor: ¿le atraía? Estaba segura de que me había visto medio desnuda al estirarme para besarle, pero no había hecho alusión a ello, ni siquiera una de sus típicas bromas. Su cuerpo permanecía indiferente al mío, aunque sus besos

hablaban otro idioma.

Un idioma que yo conocía.

Capítulo 25

El sitio donde tendría lugar la ceremonia parecía sacado de cualquier novela fantástica que se precie. Por si fuera poco, los novios habían tenido la suerte de que fuera un día perfecto, ni frío ni calor y, lo más importante, nada de nubes que cubrieran el precioso cielo azul que nos envolvía. Había menos gente de la que me había imaginado, los más allegados de la pareja: familia y amigos. ¿Qué hacíamos Ricardo y yo ahí? La respuesta a esa pregunta me pasó inadvertida cuando probé los canapés que ofrecían los camareros. A nuestro alrededor había cientos de flores de colores pálidos, que se incorporaban a la perfección en la estampa que mis ojos contemplaban. Cada detalle estaba cuidado al milímetro: la comida, la bebida, la música, los vestidos de las damas de honor —de color malva con un lazo en el bajo de la espalda, que caía en

forma de cola hasta las rodillas—, las fundas de las sillas, el altar y, si Dios me lo permite, hasta el aire parecía contratado para la ocasión. No se me movía un pelo de la cabeza, ni a mí ni al resto de los presentes.

—Es maravilloso —expresé mientras paseaba con Ricardo de un lado a otro.

Él también estaba espléndido, con un esmoquin que podría haberme quitado el hipo si ese hubiera sido el caso. Se había afeitado y la línea de su mandíbula tensa se entreveía mejor ahora. Le di un beso.

—¿Te gustaría casarte algún día? —me preguntó.

—Solo si alguien organiza todos los preparativos por mí.

—A mesa puesta, ¿no?

Nos reímos.

—¿Y a tí?

—A mí sí —la firmeza de su respuesta me sorprendió—. Aunque tenga que prepararlo todo yo —me guiñó un ojo.

«¿Qué ha sido eso? ¿Una insinuación a algo que se me escapa?».

—¡Danielle!

Hubiera identificado la voz de Marcos en cualquier

parte. Aún no había tenido ocasión de verle, pero no me extrañó en absoluto lo guapísimo que estaba. ¿He dicho ya que era el hombre más elegante que había conocido? Pues lo era, aunque en ese momento también parecía alterado. Me dio un par de besos y un apretón fuerte a Ricardo.

—Te necesito.

—¿A mí? —formulé extrañada.

—Tiene alguna especie de crisis que no puedo entender. Ni sus amigas ni su madre logran convencerla de que salga de la maldita habitación. Se supone que la ceremonia está a punto de empezar y a mí, Dany, a mí me va a dar algo.

Ricardo le puso una mano en la espalda para tranquilizarle al ver que se estaba ahogando con sus propias palabras.

—¿Qué puedo hacer yo, Marcos?

Verdaderamente no lo sabía. Si su gente más cercana no la habían sacado de sus trece, ¿qué papeleta me quedaba a mí?

—Inténtalo, haz algo. No me deja entrar, por esa estúpida tradición de la mala suerte y el vestido.

—Ve —me dijo Ricardo cuando le miré—. Yo me

quedo con él para que se tranquilice.

Le pedí las indicaciones a Marcos y entré en el palacete en busca de la novia, que parecía quererse dar a la fuga. Vi a un montón de mujeres agolpadas sobre una puerta y no me hicieron falta más pistas para saber que el meollo del asunto, llamado Gala, se encontraba al otro lado, seguramente con manchurrónes de máscara de pestañas alrededor de sus gloriosos ojos verdes.

—Disculpen —dije haciéndome hueco entre la multitud.

No conocía a nadie excepto a su madre, a la que había visto un día en la galería. Le di un apretón en el hombro porque la mujer estaba a punto de echarse a llorar. ¡Por Dios! El drama me desesperaba. Escuché varias voces a mi espalda que decían con firmeza: «Si quieres intentarlo, adelante, pero no te va a dejar entrar».

Pasé por alto sus consejos y llamé a la puerta tan fuerte como pude para que los golpes de mis nudillos atravesaran las voces de aquellas mujeres enloquecidas.

—Soy Danielle —grité.

Oí pasos al otro lado, que se dirigían hacia la puerta, se descorrió un pestillo, se abrió un poco la puerta, una mano agarró la mía y tiró de mí hacia el interior. La puerta se cerró de nuevo y el pestillo nos encerró.

—¡Oye! —le dije al ver que hacía el amago de volver a llorar.

Lo que me encontré era exactamente lo que me esperaba. Tendrían que ofrecerme un programa de tarot en la televisión local, porque aquello excedía cualquier límite de la adivinación.

La cogí de las manos y la arrastré hasta la cómoda. Se dejó caer en la banqueta y siguió llorando, restregándose la cara.

—¡Deja de hacer eso, Gala!

Le aparté las manos para que el estropicio no fuera mayor.

—Estoy muy nerviosa —explicó con su voz melosa.

—Es normal, pero no has de estarlo, ¿no es esto lo que querías?

Me senté a su lado y le pasé un brazo alrededor de los hombros. Estaba preciosa, parecía una princesa de

cuento de hadas. Era la viva imagen de la novia perfecta, aquella con la que todas hemos soñado en algún momento.

—Sí, pero no quiero desilusionarle.

—Lo harás, si alargas la espera. Está desesperado, no sabe qué hacer. Deja que arreglemos el maquillaje y sal ahí fuera.

—¿Lo haré bien?

—Lo haréis bien —corregí, y eso, junto a mi sonrisa, la hizo sonreír.

—Tendrías que haber sido una de mis damas de honor.

Me enorgulleció que pensara aquello, pese a que no sabíamos la una de la otra más que un puñado de cosas. Supongo que, en ocasiones, un desconocido puede darte una perspectiva diferente de la que te ofrecería un buen amigo.

Cogí una toallita para arreglarle el maquillaje, porque no quiso ni oír hablar de la presencia de su prima en la habitación, que la haría llorar más de lo que podía permitirse. Retocamos la máscara de pestañas, el colorete, el brillo de labios y volvía a ser una pequeña zarina en su palacete.

Antes de que yo saliera de la habitación, me cogió del brazo.

—¿Me acompañas?

—¿Dónde?

—Fuera. Hasta que mi padre coja el relevo. Siento que me voy a caer.

Asentí sin pensármelo dos veces. Si permanecíamos dos minutos más en esa habitación, Marcos tendría que ser llevado en volandas hasta el hospital más próximo. Le tendí mi brazo y se sujetó a él con tanta fuerza que, de haber llevado yo unos tacones más altos, me habría caído de bruces.

Abrí la puerta y ante las miradas impávidas de los que nos esperaban fuera, echamos a andar por el pasillo sin dar más explicaciones que las sonrisas de cautela y alegría que habíamos dibujado en nuestras caras. Al llegar a la puerta dejamos que las damas de honor y la madre de Gala salieran antes que nosotras. Su madre me lanzó una mirada de agradecimiento que capté con un guiño.

—Vamos allá —dije al ver que la música comenzaba a sonar y las damas de honor estaban terminando de recorrer el camino de pétalos de flores

—. Todo irá bien. En cuanto le tengas delante, te olvidarás del resto del mundo.

—¿Has tenido alguna vez esa sensación? —me preguntó mientras dábamos unos pasos.

Su padre nos esperaba al comienzo del camino de flores. Todas las miradas se volvieron hacia nosotras, hacia Gala en concreto, y yo busqué unos ojos que me resultasen familiares. Ahí estaban. En la segunda fila, mirándome de una manera tan intensa que podría haberme evaporado.

—Sí —le susurré.

Se la entregué a su padre y eché a andar rápido hacia el sitio que me había guardado Ricardo. Marcos me miró y vi tal alivio en sus ojos acuosos que supe que estaría en deuda conmigo por siempre jamás. Por lo menos no me faltaría trabajo.

—Siempre lo arreglas todo —me dijo Ricardo cuando estuve junto a él.

—Aunque tú me digas que no he de hacerlo.

Puso los ojos en blanco y me pasó un brazo alrededor de la cintura y vimos, en silencio y con emoción, a la novia recorrer el pasillo de pétalos. Extendió una mano para darme un apretón cuando

pasó junto a mí y yo le ofrecí mi mejor sonrisa. Cuando al fin se encontró con Marcos, los dos se miraron como nunca antes habían hecho, y Gala, sin acordarse del protocolo, la tradición, del cura o de nosotros, le dio un beso a su futuro marido y se abrazó a él por el resto de sus días incluso antes de darse el sí quiero. Pero a nadie le importó ese pequeño detalle, porque solo era la verdadera confirmación de un amor sincero.

La ceremonia fue un mar de lágrimas. Me emocioné tanto que llegó un punto en el que no sabía si estaba viendo *Titanic* o era yo la que se casaba. Marcos había escrito unos votos preciosos, pero los de Gala no dejaron indiferente a nadie. Ricardo me pasó un pañuelo y se llevó mi mano a los labios para calmar mis emotivas lágrimas con besos suaves, pero continuos.

Después de la ceremonia, cuando la gente se volvió a desperdigar por los amplios jardines, Gala y Marcos recibieron los enhorabuenas de todos los invitados, incluso los nuestros. Mi jefe me dio un abrazo que me quitó el aire.

«Has sido un buen paracaídas», me susurró antes de liberarme.

Gala hizo lo mismo, puede que incluso con más entusiasmo que su esposo. También me dedicó unas palabras: «Tenías razón».

Les dejamos que siguieran hablando con el resto de sus familiares y amigos.

Poco a poco, nos fuimos reuniendo todos debajo de las amplias carpas que habían montado cerca del altar. Había un pequeño escenario, envuelto por flores y helechos, donde una banda, con una vocalista guapísima, tocaba una canción tras otra. Tenía una voz preciosa que reconocí solo cuando cerré los ojos. Era la chica de La Réplica, la misma que había cantado en mi cita con Pablo. Me alegró tener la suerte de volver a escuchar de nuevo los armónicos de su voz.

Entre el aperitivo y el primer plato sentí la mano de Ricardo posarse sobre mi pierna derecha.

—Me apetece bailar —me dijo.

En el espacio que habían dejado como pista de baile había un par de parejas que se balanceaban de un lado a otro. Yo no podía decirle que no, porque yo también quería bailar una canción lenta con él y alejarme de la mesa en la que nos había tocado sentarnos, con unos matrimonios muy amigables que no cesaban de

preguntarnos cuándo íbamos a tener hijos. ¡Dame paciencia, Señor, que si me das fuerza...!

—Vale.

Se puso en pie y me tendió la mano.

—Si nos disculpan —dijo sumamente caballeroso a aquellos que no nos quitaban el ojo de encima. Después tiró de mí entre las mesas.

La vocalista acabó la canción que estaba cantando e intercambió un comentario con el pianista. Ricardo y yo alcanzamos el centro del espacio y las notas cálidas del piano nos hicieron saber que iba a ser una canción dulce y cercana. Me acerqué a él y elevé mis brazos para envolverle el cuello. Pese a que llevaba tacones, mi cabeza quedaba justo debajo de su barbilla, a la altura de su pecho, así que apoyé la cabeza y él me atrajo un poco más con sus manos, enredadas en mi espalda desnuda.

Reconocí la canción al momento, *I+I* de Beyonce, aunque la versión tan íntima que se hacía eco en la garganta de la cantante me gustó mucho más, porque por un instante tuve la sensación de que era nuestra, de que alguien se había inspirado en nosotros para componerla.

—Me alegra estar aquí contigo —confesé.

Sus manos se movieron por mi espalda como si yo fuera el teclado del piano.

—A mí me alegra estar contigo. Sin más. Aquí. En cualquier parte.

Su aliento me hizo cosquillas en el cuello. Después depositó un beso sobre mi hombro y seguimos moviéndonos como si lo hiciera la brisa y no nuestros cuerpos.

—¿Esta canción es una coincidencia? —susurró.

—Una coincidencia perfecta, por cierto.

Escuchamos la letra en silencio, trasladados a un lugar al que solo podíamos acceder si nos tocábamos. Nunca había sentido una conexión igual con nadie, y me temblaron los pies y las manos al pensar que podría no volver a sentir algo parecido nunca más.

Capítulo 26

El convite y la celebración se alargaron tanto que, al caer la noche, parecía que acababa de dar comienzo. Me despedí de los recién casados y les deseé una feliz luna de miel en las Bahamas. Esas sí que serían unas buenas vacaciones y no lo mío. Marcos había bromeado sobre dejarme un saco de dormir en L' Art para que pudiera dar abasto. Estábamos todos de tan buen humor que nada ni nadie habría podido alterar esa sumisión en la que nos encontrábamos. Incluso el «¡qué calladito te lo tenías!» de Marcos me hizo sonreír.

El viaje de vuelta fue más largo que la ida, sin tema de conversación, ya que los habíamos agotado todos con tal de no escuchar a los comensales que habían estado con nosotros durante todo el día. Ricardo me miraba de vez en cuando y yo le devolvía todas las

miradas y, como si así lo estipulara alguna regla de cortejo, siempre sonreía, sobre todo porque me era inevitable no hacerlo. No creía que nadie fuese más feliz que yo en aquel instante en el que no estaba sucediendo absolutamente nada y, pese a ello, encontraba mil motivos diferentes para alegrarme hasta por respirar.

Había pensado que, tal vez, me sentiría extraña en compañía de Ricardo de forma pública, siendo quienes éramos ahora. Pero, a pesar de eso, había sido algo tan natural que me parecía incongruente que hubiéramos estado tanto tiempo el uno lejos del otro. Olvidé la promesa de extremar las precauciones de la ilusión y me dejé llevar por lo que sentía en aquel momento, porque no creía que fuese a verme en otra situación igual; nunca. Hubiera querido preguntarle tantas cosas que, cuando pensaba en ello, me aturullaba y no era capaz de recordar ninguna. Una parte de mí me decía que no eran cuestiones tan importantes si podía pasarlas por alto, a fin de cuentas, ¿no sabía ya lo más importante? Me quería. No sabía desde cuándo ni por qué, pero, ¿qué importancia podría tener aquello cuando esa noche me acurrucara a su lado y me

quedara profundamente dormida soñando con él pese a estar a un centímetro de mi boca?

Me relajé en el asiento del coche y apoyé la cabeza contra la ventana. La vibración de la carretera en mis oídos siempre me calmaba. No sé por qué, aquella noche me recordó al hormigueo que había sentido palpitante en las yemas de los dedos, mientras bailaba con Ricardo. Me satisfizo no compararle con nadie, aunque de haber querido tampoco hubiese podido. Había sido, con diferencia, el momento más especial que había experimentado.

Me descubrí sonriendo en el reflejo de la noche oscura, como si acabaran de decirme que podía volar.

—¿En qué piensas? —me interrumpió su voz, grave y rasposa después de estar mucho rato en silencio. Se aclaró la garganta.

—¿Parecería ridícula si dijera que en ti?

¡Se puso nervioso! Jamás lo reconocería, por supuesto, pero la manera en la se llevó la mano a la cabeza y se revolvió el pelo y la boba expresión de su cara hizo que me diera cuenta de ello.

—Lo pareceríamos los dos, entonces —contestó.

—¿También piensas en ti?

Apartó los ojos de la carretera durante un lapso de tiempo tan breve pero intenso que me obligó a dejar de respirar. ¿Cómo había podido ignorar todas aquellas emociones hasta el momento?

—Me ha gustado pasar este día así. Solos — declaró cuando volvió a mirar al frente.

—Solos, lo que se dice solos, no hemos estado.

—Como si lo hubiéramos estado.

Así que él había tenido la misma sensación que yo, ese tremebundo sentimiento de que no existía nadie más. Una amalgama perfecta de nosotros dos y la nada absoluta.

—Seguro que se nos presentarán más, y mejores, ocasiones —anuncié.

—Ojalá vieras las cosas de ese modo siempre. No me gusta que aventuras acontecimientos que no van a tener lugar ni que aludas, aunque sea remotamente, a la posibilidad de que algo pueda salir mal. No tienes motivos infundados, no después de este día.

Y era tan cierto como que la Tierra es redonda. No tenía a qué aferrarme para seguir sugiriendo que nuestra amistad peligraría si seguíamos recreándonos en esa relación. Me agradaba demasiado la quietud

que sentía al no pensar en nada, simplemente contentarme con lo que había tenido la inmensa suerte de encontrarme pared con pared, literalmente.

—¿Tú no te lo planteas nunca?

—¿Desde que tomé la decisión de intentarlo?

Confirmé su pregunta con un movimiento de cabeza.

—Jamás —dijo tajante—. ¿Por qué iba a hacerlo? —frunció el ceño—. Si he reaccionado como lo he hecho y he apostado nuestra mayor ganancia, que es nuestra amistad, será porque tengo la seguridad de que va a funcionar. De otro modo, no hubiera actuado como lo hice —elevó un poco las cejas para mirarme, había una pregunta en sus ojos—. No fue un impulso, ni la mera atracción, sino la certeza de que tú sentías por mí exactamente lo mismo.

—Podría pedirte que te casaras conmigo ahora mismo después de semejante discurso, pero no te voy a dar ese placer.

Le guiñé un ojo y se rio a carcajadas. Yo había percibido que la situación estaba tomando un tono demasiado formal, aquello era una declaración intensa y, en parte, eterna, pero Ricardo parecía dispuesto a

continuar hasta el final. No permitiría que entorpeciera su discurso con mi humor.

—La cuestión, Dany, es que me pregunté cien mil veces si lo que estaba a punto de hacer era lo más razonable y lo mejor para los dos —dejó la frase suspendida en el aire, estaba esperando para pronunciar la que iba a ser la proclamación del día—. Y entonces se me iluminó una bombilla y algo dentro de mí me preguntó: ¿qué es lo mejor que sabes hacer, Ricardo?

Me quedé en silencio, concentrándome en el rugido suave del motor. Me ardían las mejillas aunque aún no hubiera vocalizado su respuesta. Contesté por él con un hilillo de voz que para otro hubiera sido inaudible, pero para nosotros, que nos escuchábamos hasta en la prudencia del no decir nada, fue como un grito que se hizo eco por todo el coche.

—Quererme.

—Quererte.

Nos reímos por el asombro que nos causó esa vena romántica que no sabíamos que teníamos. ¿Íbamos a ser de esa clase de pareja? ¿Y a quién le importaría si fuera así? Porque a mí no me molestaba lo más

mínimo, y a Ricardo, por lo visto, menos. Si éramos esa pareja, nos gustaba serlo. ¿Hablando ya en plural?

—Eres una caja de sorpresas, Ricardo —expuse en un suspiro.

—¿Y te gustan?

Me tomé un momento para contestar, buscando una respuesta ingeniosa que le hiciera reír y, aunque había tenido otras mejores, al final lo conseguí.

—Sí. Mucho. Tanto que no quiero tique regalo.

—¿Te vas a quedar con todo? ¿Con lo bueno y con lo malo? ¿No vas a querer cambiar nada ni devolverlo?

Era consciente de que, aunque las preguntas las hiciera en un tono jocoso, necesitaba algo más de mí que una simple broma. Él me había abierto su corazón y tenía que corresponderle de alguna manera. Y, no solo eso, además, tenía la imperiosa necesidad de hacerle saber que me importaba.

—Te quiero con todos tus defectos y virtudes, porque si cambiara la mínima cosa de ti, dejarías de ser tú. Así que, no, no voy a devolver nada. Lo compro todo: al amigo y al amante. Sin garantías.

Estuvo un par de minutos en silencio, que se me hicieron insoportables. Se desvió hacia una zona de

descanso y detuvo el coche, apagó el motor y se bajó. Dio la vuelta, abrió la puerta del copiloto y me tendió una mano, así que, torpe y sorprendida, me quité el cinturón de seguridad y acepté su ayuda para apearme del vehículo. Un poco más lejos vi otro coche y a un par de ancianos comiendo unos sándwiches. Estábamos alumbrados por un par de farolas que a duras penas me permitían ver el azul de los ojos de Ricardo.

En cuanto estuve frente a él me besó, y puedo prometer y prometo, que me hubiera dado igual estar en un depósito de residuos orgánicos o junto a la Torre Eiffel, porque aquel beso fue la mejor demostración de Ricardo a sus palabras.

—Siempre sabes qué decir.

—Ahora no diré nada.

Volvió a besarme, tan lento que creí estar soñando. Se apartó de nuevo para mirarme, pero seguí sin pronunciar palabra. Sonrió.

—¿Nada? ¿En serio?

Y seguí besándole, como no habíamos hecho mientras bailábamos en la boda.

—Me gusta el vestido —me hizo dar un par de

vueltas alrededor de su brazo, como una bailarina. Me reí—, pero no le hace justicia a tu silueta.

—¿Y qué le haría justicia? —pregunté al final.

Se llevó dos dedos a los labios y se quedó analizándome como si, verdaderamente, estuviera cavilando sobre qué tipo de corte sacaría más partido a mi silueta.

—Definitivamente —cruzó los brazos sobre su pecho y asintió con la cabeza—, el agua de la bañera es el traje que mejor te sienta.

—¡Eres un sinvergüenza! —exclamé al tiempo que le daba un manotazo en el pecho.

—Tu sinvergüenza, cariño. No puedes cambiarme, no lo olvides.

Le cogí de la mano y tiré de él hacia el coche.

—Mañana tengo que madrugar. Y tú también.

—No pensaba dormir esta noche —dijo divertido mientras volvía a subirse al coche y yo hacía lo mismo.

—¿Cómo lo haces? Dime. ¿Cómo consigues dormir junto a mí como si nada?

Tenía que preguntárselo, quizá hubiera algún método que yo ignoraba.

Metió la llave en el contacto y arrancó el coche.

—¿Sin volverme loco? —asentí—. Me concentro en tu respiración y al final me quedo dormido. Te relajas tanto que a veces no sé si te has muerto.

—Pues te diré —me abroché el cinturón— que siempre te duermes antes que yo.

—Y yo te diré que no estés tan segura.

Aquella noche no pude pegar ojo preguntándome si Ricardo estaría durmiendo o solo fingiendo que lo hacía. No ayudó tampoco que se juntara a mi cuerpo más que las noches anteriores. Entre las alegrías del día, las confesiones de la tarde y el flirteo de la noche, a las cinco y media de la mañana, cuando sonó el despertador, yo seguía teniendo los ojos abiertos como un búho.

Capítulo 27

El miércoles me despertó el pitido infernal de un despertador que no era el mío. Me removí debajo de la manta y me tapé la cara con el almohadón para acolchar aquel ruido perturbador. Nadie lo paró, así que eché la manta a un lado y alcancé el interruptor de la lamparilla. El despertador de Ricardo era como una bomba imposible de desactivar. ¿Dónde tendría el botón? Y, por otro lado, ¿dónde estaba el dueño de aquel maldito reloj fluorescente? Eran las cinco de la mañana cuando sonó y conseguí acallarlo cinco minutos después, mientras me debatía entre tirarlo por la ventana o lanzarlo contra la pared.

Volví a tumbarme, pero no pude conciliar el sueño otra vez, así que al poco de cubrirme con la manta como una oruga, volví a deshacerme de ella, me levanté de la cama y fui hasta el salón tropezando con

mis propios pies. Ricardo estaba sentado en el suelo, rodeado de papeles, como tantas veces lo había visto.

—¿Por qué estás despierta?

Se quitó las gafas y se frotó los ojos.

—Podría hacerte la misma pregunta —me tumbé en el sofá y cogí una de las mantas para envolverme los pies—. Ese despertador tuyo es... —me llevé las manos a la cabeza y un sonido de exasperación abandonó mi garganta.

Ricardo apoyó la cabeza en el sofá, junto a mi hombro, y se volvió a poner las gafas.

—Se me ha olvidado apagarlo.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Sonrió e ignoró mi pregunta, y eso me confirmó que, seguramente, no había pegado ojo aquella noche. Ese proyecto en el que se había embarcado le quitaba el sueño, literalmente. Parecía tan cansado que, he de reconocer, me preocupaba más que cualquier otra cosa, casi tanto como el estado de ánimo de Eric, que, no estando acostumbrado a mentir, se reía más de la cuenta, tanto que evidenciaba su tristeza. Cada vez que oía su risa era como si emitiera un grito.

—Deberías descansar.

Se puso en pie de un salto y me hizo una señal para que le hiciera hueco en el sofá. Se tumbó a mi lado y me rodeó entre sus brazos.

—Tendré tiempo para descansar cuando me muera —susurró.

—Entonces descansarás pronto, porque a este paso...

Me besó para silenciarme, y en aquel momento no pude dejar de evocar a Pablo Neruda y su «me gustas cuando callas porque estás como ausente». Lástima que me gustase demasiado hablar.

—¿Cómo tienes el fin de semana? —me preguntó al tiempo que me obligó a quedar tendida sobre él.

—¿Libre? —contesté con una ceja levantada.

—Buena respuesta.

—¿Por qué? ¿Tienes algo en mente?

Me acarició el pelo y se quedó en silencio durante un minuto que me pareció eterno. Quizá se debía esencialmente a la precaución que vi en sus ojos.

—Sí —contestó finalmente.

En ese sí había tantas cosas implícitas que me encogí sobre él.

—¿Qué? —me preguntó.

—Nada. Solo tengo frío —expuse como si aquella fuera una respuesta suficientemente sólida para sostener los nervios y las dudas que se aferraban a todos mis músculos. Como no podía ser de otra manera, Ricardo no aceptó mi explicación y se empeñó en sonsacarme la verdad con el mismo ahínco que un dentista saca las muelas del juicio.

—A otro con ese cuento. ¿Qué? ¿Qué he dicho ahora?

No sé si fue el ahora o el tono tedioso en el que me lo dijo, pero mentiría si no dijera que me hizo sentir como si estuviera reprochándole su actitud continuamente. Tuve la sensación de que le estaba silenciando sin pretenderlo.

—Parecías preocupado, nada más.

—Lo estoy.

Se le arrugó el entrecejo al decirlo.

—Pero tú no has de estarlo.

Hizo un amago de sonrisa que no me destensó en absoluto.

—Antes hablábamos más.

Y desapareció la sonrisa.

—No estoy de acuerdo —la expresión de su cara

corroboraba su comentario—. Hablábamos de otras cosas, simplemente es eso.

—¿Es malo que quiera seguir hablando de esas otras cosas?

—En absoluto, solo que las cosas que me preocupan no tienen que ver con esas otras cosas.

Le acaricié las costillas lentamente porque había comprobado que aquel gesto le hacía cosquillas. Se movió debajo de mí y una parte de su cuerpo, cuya presión no había notado dos segundos antes, encontró su sitio cerca de mi ombligo. No quise hacer alusión a ese pequeño (gran) detalle, porque, aunque cada vez me sentía más cómoda con esa nueva relación, seguía considerando aquello como un tema tabú.

Sonrió, esta vez de verdad, en esta ocasión con la malicia de la que hacía gala siempre que quería provocarme. Se movió un poco más, así que seguí encogida como si me estuvieran amenazando con un arma de destrucción masiva, o, en su defecto, con un rifle con munición.

—¿Podemos dejar de hablar en clave a estas horas de la mañana? Si pasa algo, quiero que me lo digas sin rodeos.

—En este momento sí que pasa algo.

Eché la cabeza hacia atrás y se rio como lo hacía siempre que sabía que algo me avergonzaba. Disfrutaba con ello y me hubiera gustado encontrar el coraje suficiente para hacerle callar, pero, en cambio, me limité a seguir hablando.

—Entonces, ¿todo bien en el trabajo?

—Muy bien, Dany, no te preocupes, de verdad.

Me rodeó la cara con sus largos dedos y me besó de nuevo.

—¿Nos vamos a ir de fin de semana?

Asintió con la cabeza. Otro beso, y otro, y otro más, y la presión que aumentaba por momentos. Me estremecí.

—¿Y Eric?

—¿Contratamos una canguro? —me preguntó risueño antes de seguir besándome. Me aparté un poco y, aunque el comentario me había hecho gracia, no podía dejar de sentirme mal—. No ha estado bien, lo sé —se relajó un poco y suspiró—. Pero, ¿soy un egoísta por querer estar a solas contigo más de una hora seguida?

Acaricié todas las líneas de su cara, como si

estuviera reconstruyendo con las yemas de mis dedos todas sus expresiones para que no se me borraran de la piel.

—Tendremos que comprarle una botella del vino más caro que exista.

—Ojalá bastase con una, pero me temo que no se conformará con tan poco.

—¿Me vas a decir adónde vamos? —seguí interrogándolo y él, de la mejor manera que supo, esquivó todas mis preguntas con otras tantas.

—¿No ha quedado ya claro que no?

—¿Es una sorpresa?

—¿Tú qué crees?

—¿En serio? ¿De buena mañana? —escuché que preguntaba Eric desde las escaleras.

Ricardo elevó las manos mientras se reía y yo, al notar cómo se aflojaba su presión en mi vientre, pude relajarme al fin, cosa que, por cierto, no le pasó desapercibida a Ricardo, que me sonrió incitante. Me aparté a un lado para que Eric no se sintiera especialmente incómodo ante la forma tan perfecta en la que encajaban nuestros cuerpos. Me pregunté en aquel momento, y los días siguientes, si encajaríamos

en todos los sentidos.

—¿Entras antes hoy? —le pregunté haciéndole sitio a mi lado.

—No. Solo que no podía dormir.

Le eché una mirada a Ricardo, que me la devolvió casi de inmediato.

—Te hace falta un poco de adrenalina —dijo.

Eric le miró tan interrogante, como yo.

—Vayamos a saltar en paracaídas.

—¿Has perdido el juicio? Sabes que tengo pánico a las alturas.

—Y yo —le recordó Ricardo—. Hagámoslo. Te olvidarás de todo. Convéncele, Dany.

No sabía cómo hacerlo, la única seguridad que tenía era que a Eric le vendría bien hacer cualquier cosa que fuera salir de las cuatro paredes en las que se había encerrado. Todos buscábamos la llave de su celda por los rincones de sus palabras vacías, pero lo único que habíamos encontrado eran candados y cerrojos.

—Os lo pasaréis bien.

—Sí —asintió Eric muy serio, aunque relajado por complejo en el sofá—, esta relación que mantenéis ha

aniquilado el poco raciocinio que tenáis.

—Creo que no lo has entendido —le dijo Ricardo —, no te estoy dando opciones. Lo vamos a hacer.

Eric se tomó un momento para contemplar la foto de la pared, una en blanco en negro de los tres, de niños.

—Ya veremos.

—Lo veremos, efectivamente.

—¿Café?

—Por favor.

Cuando me quise dar cuenta, se habían levantado del sofá e iban rumbo a la cocina. Me habían distraído aquellas tres sonrisas inocentes que retrataba la fotografía. Recordé el día en el que mi madre nos la había sacado, en mi décimo primer cumpleaños. Éramos ya en aquel entonces una pequeña piña con ganas de descubrir el mundo, inseparables, hechos para ser amigos para siempre. La sonrisa torcida de Eric, las pecas de Ricardo y mi nariz manchada de tarta de chocolate. Añoraba aquel instante.

—¿Vienes? —me preguntó Eric, que había vuelto sobre sus pasos—. ¿Qué te pasa?

—Solo recordaba.

—¿El qué?

Señalé la fotografía con la cabeza y comprendió.

—No ha cambiado nada —dijo con esa misma sonrisa torcida.

—Ha cambiado todo, me parece.

—No lo creo. Por aquel entonces, aunque no se lo digas —se llevó un dedo a los labios—, Ricardo ya escribía tu nombre en su cuaderno de matemáticas.

—¿Cómo? —pregunté extrañada.

Eric pasó por alto mi pregunta y tiró de mí para ponerme de pie y arrastrarme hasta la cocina, donde Ricardo estaba preparando café y sus famosas tostadas, que ya empezaban a quemarse. Tal vez Eric no se equivocaba tanto, puede que no hubiera cambiado nada, o que solo estuviera cambiando yo.

Capítulo 28

Aprovechando que Ricardo y Eric cumplieron con lo prometido el viernes por la tarde, y sabiendo que acabarían festejándolo en algún bar después, invité a Laura y a Alejandra a cenar. La primera rehusó la invitación de la manera más educada que pudo, Álex, por el contrario, apareció a la hora establecida. Cenamos ensalada, como no podía ser de otro modo, porque los hidratos de carbono a duras penas encontraban un reducido espacio en la dieta de la diosa vegana.

—¿Cómo está? —pregunté refiriéndome a Laura.

Ojalá pudiera decir que no lancé la pregunta en cuanto coloqué la fuente de ensalada en medio de la mesa.

—Nunca la había visto tan mal.

—Son idiotas. Los dos.

Pinché la lechuga con enfado, porque era así como me sentía cada vez que pensaba que estaban perdiendo el tiempo jugando a ponerse a prueba y a cambiarse el uno al otro.

—Puede que te parezca extraño que lo diga yo, pero estoy completamente de acuerdo —me apoyó Álex—. Están hiriéndose gratuitamente.

Comimos discutiendo sobre los pros y los contras de las relaciones de pareja, en concreto, y para qué engañarnos, de la que habían mantenido Laura y Eric, y después, cuando creía estar a salvo de cualquier pregunta que me sacara los colores, Alejandra se encargó de emitirlas con un intervalo de medio minuto entre una y otra.

—¿Qué tal con Ricardo?

—¿Qué quieres decir?

—Dany, lo sabe todo el mundo, ni siquiera te molestes en intentar ocultármelo —dijo mientras abría los ojos de una manera escandalosa y un tanto acusatoria.

—Vale —asumí—. ¿Qué quieres que te cuente?

—Todo. ¿Cómo te sientes?

—Sorprendentemente bien.

No la miré al confesarlo, porque noté que me ardían las mejillas. Me escondí en mi plato y me llevé un tomate *cherry* a la boca, que se me atragantó en cuanto Alejandra volvió a hablar.

—Buen sexo, ¿eh?

Me miró extrañada mientras tosía. Bebí un poco de agua y finalmente pude volver a respirar.

—¡Ah! Que no te referías a eso. Entonces, ¿no habéis...? —dijo un par de palmadas para completar su pregunta.

—¡Álex! Ya basta.

—¿Por qué no?

Dejó el tenedor encima del plato, era evidente que no iba a volver a probar bocado mientras no le contase todos los detalles de mi idilio amoroso, en el que parecía estar más que interesada.

—Porque no puedo.

—¿Puedes explicarme por qué sin sacarme un ojo con el tenedor? —formuló mientras yo movía violentamente el utensilio de un lado a otro.

Dejé caer las manos sobre la mesa.

—Porque me da vergüenza. Se supone que somos amigos.

—Cariño, me parece que hace ya semanas que no sois amigos —puso especial énfasis en esta última palabra—. ¿Cuándo vas a asumirlo? En algún momento te verá desnuda, hazte a la idea.

—Lo ha hecho —murmuré entre dientes.

—¿El qué?

«Puedes decirlo, Dany. No seas mojigata».

—Verme desnuda.

—¿Y qué te pareció?

¿Cómo podía hablar con tanta tranquilidad sobre aquello sin alterarse en absoluto?

—No me inquietó, aunque en realidad estaba en la bañera. Con espuma.

—Camuflada —concretó Álex.

Ella tenía razón, en algún momento tenía que pasar, pero seguía sin encontrar la confianza que pudiera dejarme arrastrar libremente por esa nueva energía que ahora transitaba entre su cuerpo y el mío. No cabe decir que ya había comprobado la necesidad y el deseo que él tenía de mí y, por muy sorprendente que me pareciera, yo de él. Ahora solo necesitaba encontrar el valor para, como había dicho Álex, asumir que eso, ahora, era normal.

—Mañana nos vamos de fin de semana —le conté.

—O lo que es lo mismo —se bebió medio vaso de agua antes de seguir hablando—, vais a hacerlo.

—Pero, ¿tan pronto? —pregunté alterada.

Alejandra se rio ante mi expresión y el tono demasiado agudo de mi voz.

—Por lo que me has contado, creo que lleváis esperando años. ¿Qué puede salir mal?

«Todo puede salir mal».

—Todo.

—Te has enfrascado en esta relación con todas las consecuencias, y no creo que hacer el amor con el amor de tu vida sea ningún castigo.

El amor de mi vida. Sonaba tan extraño en una boca ajena a la de mi subconsciente... No había podido pronunciarlo en voz alta ni una sola vez, porque aunque había prometido dejar de pensar en la amistad que nos unía, lo cierto es que seguía presente en cada segundo que pasaba con Ricardo, y sabía que tendría que acostumbrarme a que eso formara parte de nuestra relación. Era un plus que no podía ignorar. Pero también era el amor de mi vida.

—¿Te sientes cómoda con él?

—Sí.

—¿Qué es lo que te asusta, entonces?

Cruzó los brazos y esperó una respuesta que me daba cierta vergüenza pronunciar en voz alta sin sonrojarme.

—Que me guste demasiado y que a partir de ahí no haya vuelta atrás —acabé explicando.

—Y, siendo sincera contigo misma, ¿crees que ahora mismo hay vuelta atrás?

Reflexionar sobre aquella pregunta me alteró, si cabe, todavía más. No había vuelto a cuestionarme sobre ello, pero lo cierto es que una parte de mí sabía que no podríamos volver sobre nuestros pasos a ese día en el taller, ni siquiera a los días anteriores en los que estaba prendiendo la chispa. Pero por el miedo a perderle me había protegido bajo el envoltorio de aquella amistad que no recuperaría si dejábamos de estar juntos. Un escalofrío estremecedor me recorrió la espalda.

—No la hay.

—Que te des cuenta de ello es un paso. Intenta entender, ahora, que lo que estáis haciendo no está mal. Sois como cualquier otra pareja, solo que tienes la

inmensa suerte de conocer a la otra persona mejor que a ti misma. Si él se comporta con naturalidad, ¿por qué no puedes hacerlo tú?

«Dilo. Te sentirás mejor. No te va a juzgar».

—Porque me da miedo ser alguien diferente a quien espera que sea.

Álex sonrió ante mi tímida confesión. Arrastró la silla para colocarse a mi lado y me pasó un brazo alrededor de los hombros para darme un cálido abrazo que me relajó por completo.

—Él no espera que seas nada. Sabe exactamente quién eres. Lo que eres. Creo que a veces te olvidas de que no juegas con ventaja en esta relación. Él te conoce a ti tanto como tú a él. No vas a defraudarle.

Apoyé la cabeza sobre su hombro y levanté los ojos para mirarla, sonreí con cierta ironía para quitarle hierro al asunto y dije:

—¿Ni siquiera sexualmente?

—Eso lo ignoro. No he tenido el placer de comprobarlo.

—¡Álex!

Le solté un manotazo justo en el instante en el que me apartaba de ella con una sonrisa, nuevamente,

avergonzada. Siempre, de una manera u otra, lograba sacarme los colores.

La siguiente media hora estuvo rebuscando entre mi cajón de lencería como si quisiera encontrar una aguja en un pajar. Seleccionaba la ropa interior como si aquello fuese el único y verdadero problema que le ocupaba la mente. Esperé hasta el final para decirle que, aunque me había mostrado reacia a aceptar que eso tendría que acabar pasando, lo cierto era que había comprado ropa interior nueva hacía días, y todavía seguía en las bolsas de Victoria Secret, en el baúl junto a mi cama.

Se los mostré. Tres conjuntos en total. Al verlos, volví a ponerme nerviosa, así que los guardé apresuradamente en la pequeña maleta que había hecho con motivo del viaje.

—Siempre había pensado que, en el fondo, eras bastante directa en ese tema, pero ya veo que no.

—Lo soy. O lo era con Felipe.

—¿Y con Ricardo?

—Ya te lo he dicho, Álex. Siento mucha presión.

—Sí, una gran presión —dibujó una distancia de unos veinte centímetros entre las palmas de sus

manos.

Le lancé un cojín que esquivó como la buena deportista que era. Tenía buenos reflejos y una lengua viperina, pero, pese a este último detalle, era de aquella clase de persona que inevitablemente te cae bien por la franqueza de sus palabras. Se tumbó a mi lado en la cama, cogió mi portátil y comenzó a hacer una búsqueda exhaustiva de posturas de yoga que a mí me recordaban a cualquier cosa menos a eso. Al poco rato escuchamos la puerta de la entrada. Unos pasos decididos subieron las escaleras y una mano giró el pomo de la puerta de mi habitación.

—¿Tengo que ponerme celoso? —preguntó Ricardo con toda la naturalidad del mundo al encontrarnos juntas.

Dio un par de zancadas hasta la cama y me dio un beso fugaz en los labios. Después se inclinó para darle un par de besos a Alejandra, que aceptó con su actitud chulesca.

—Tu novia es encantadoramente inocente.

—No te dejes engañar, solo lo finge.

A él no le alteró en absoluto que Álex utilizara el calificativo «novia».

Ricardo le guiñó un ojo y Álex me dio un codazo, del que él no se percató porque la pantalla del ordenador impidió que lo viera.

—Ya me parecía a mí que no era normal que una persona se sonrojara cada dos segundos, como si fuera su mantra.

Ricardo sacó su móvil del bolsillo y lo dejó en la mesilla de noche, junto al mío.

—Es una costumbre que ha cogido hace poco, antes no le pasaba.

Hablaban como si yo no estuviera presente, cosa que, lejos de incomodarme, me hacía cierta gracia.

—¿Por qué será? —insinuó Alejandra.

—Espero que por mí —le contestó Ricardo, desafiante.

—En efecto, eres el causante de sus calores internos.

Le lancé una mirada a Álex que, en esta ocasión, no le pasó por alto a mi... novio. Mi novio. Ricardo cruzó los brazos y no apartó sus ojos de mí, sonriendo malévolamente como el protagonista orgulloso de un libro de la época victoriana.

Alejandra apartó el ordenador a un lado y se

levantó de la cama.

—Yo tendría que irme, porque mañana tenéis que madrugar.

—Te acompaño.

Ricardo le hizo un gesto de despedida con la mano.

—Eres una desvergonzada —le susurré mientras salíamos de la habitación.

Ella se rio lo suficientemente alto como para que Ricardo pudiera oírla.

—Me cae bien. Te doy mi aprobación.

—¡Muy amable por tu parte!

Regresé a la habitación corriendo en cuanto cerré la puerta de la entrada. Ricardo se había tumbado en la cama y permanecía muy quieto con los ojos cerrados.

—¿Dónde está Eric? ¿Qué tal la experiencia del salto en paracaídas? ¿Estás muy cansado? ¿A qué hora salimos mañana? ¿Tengo que llevarme algún tipo de ropa en concreto? —disparé como si fuera una metralleta.

Abrió los ojos con una sonrisa en los labios y tiró de mí para obligarme a caer junto a él.

—Eric se ha encontrado con unos compañeros del hospital. Llegará tarde. La experiencia ha sido

increíble, así que tengo que agradecerte el regalo de alguna manera —me besó apasionadamente y siguió contestando a mis preguntas—. Eso sí, agotadora. Han sido los minutos más fascinantes que he experimentado hasta el momento. Mañana saldremos a las seis, así que tenemos cinco horas para descansar. Y no, no es necesario que te lleves ningún tipo de ropa en concreto, de hecho, si no llevas ropa, mejor. ¿Alguna pregunta más?

—Sí —contesté divertida y aún contagiada por el espíritu despreocupado de Alejandra—. ¿Por qué tienes una voz tan sensual?

Imitó el gesto que hacía siempre, inclinó la cabeza y se rio, claramente sorprendido con mi comentario.

—Así que tengo una voz sensual... ¿Algo más?

—¿Quieres que sea sincera?

Le di un beso demasiado húmedo en el cuello. Noté cómo se le tensaban los músculos bajo mis labios.

—Sí —contestó humedeciéndose los suyos.

—Todo me parece sensual en ti. Cuando estás concentrado leyendo, cuando friegas los platos, cuando te dejas caer en la cama, cuando llevas ese pijama horrendo de cuadros, cuando conduces, cuando me

miras, cuando me acaricias, cuando me besas, cuando pronuncias mi nombre.

Me miró serio y pensativo, se movió un poco, me dejó tendida debajo de él y me besó con tanta delicadeza que no pude recordar si lo había hecho así en alguna otra ocasión.

—Quería tirar ese pijama, pero por lo visto aviva la llama de nuestra pasión —dijo mientras me besaba, sonriendo—. Será mejor que durmamos ahora que podemos.

—¿No podremos a partir de ahora?

Se echó a un lado. Colocó el dedo sobre el interruptor de la luz.

—No te prometo nada.

Apagó la luz.

Capítulo 29

Podría resumir el viaje en tren a la capital diciendo que se me quitaron las ganas de tener hijos, puede que los dos niños, de cinco y cuatro años, que teníamos detrás y que no dejaban de dar patadas a nuestros asientos fueran los principales causantes de esta decisión. Llegamos cuatro horas después, cuando me dolían la espalda por las patadas y la cabeza por los gritos. Ricardo, sin embargo, había conseguido conciliar el sueño. ¿Cómo? Unos auriculares y una indiferencia máxima. Eso y que estaba demasiado cansado como para no cerrar los ojos y aislarse durante unas pocas horas del fin de semana que había preparado y ante el que yo tenía los nervios a flor de piel.

Cuando finalmente me puse en pie y abandoné el vagón del tren, me sentí la persona más feliz del

mundo, y, aunque no sabía si dormiría algo esa noche, también me sentí descansada y entusiasmada con la idea de correr y alejarme cuanto antes de las dos bestias pelirrojas que me miraban con una sonrisa de oreja a oreja.

Recogimos las dos maletas y nos dirigimos a las escaleras mecánicas. Ricardo me dio un beso que me descolocó, porque en realidad era el primero que nos dábamos delante de una multitud como aquella, a la que, todo sea dicho de paso, no debíamos de importarle lo más mínimo.

—No sé cómo has podido dormir.

—Porque no entra en los planes de este fin de semana.

Negué con la cabeza, sonriendo ante sus ojos provocadores y su sonrisa pícaro y encendí el teléfono.

—Me ha escrito Eric.

Ricardo elevó las cejas, como si la noticia que acababa de darle pudiera traer consigo un matiz negativo.

—Que nos divirtamos.

Ricardo suspiró aliviado. ¿Había pasado algo el día anterior que yo desconocía? Comenzaba a creer que

así era, pero no quería tocar ese tema en aquel momento, porque tenía una necesidad imperiosa de ser feliz durante cuarenta y ocho horas, sin contratiempos. Empecé por besar a Ricardo de nuevo.

Arrastramos las maletas hasta la salida.

—¿Y ahora?

—He alquilado un coche.

—¿Para un día y medio?

—Necesitamos desplazarnos con algo desde donde vamos a alojarnos hasta la ciudad, cariño —me dijo mientras buscaba a alguien con la mirada, que encontró casi al instante.

Se adelantó para hablar con un hombre con un chaleco de una empresa de alquiler de coches. Fui detrás de él. El hombre le tendió las llaves y la documentación y se despidió cordialmente de ambos.

—¿Y dónde vamos a alojarnos?

—En la afueras.

—¿En una casa rural?

—En una casa.

¿A qué se debía tanta intriga? No hacía más que darle vueltas al asunto. Entendía que quisiera darme una sorpresa, pero aquello excedía cualquier límite

tolerable de sorpresas, por lo menos por mi parte. No dije nada. Dejé que metiera el equipaje en el maletero sin gran esfuerzo y me acomodé en el asiento del copiloto.

Media hora después estábamos totalmente alejados del tráfico de la ciudad, de los edificios, los rascacielos y la gente. Nos sumergimos en unas callejuelas con hileras de casas a un lado y al otro de la carretera. Acostumbrada a vivir en plena urbe ya no recordaba la última vez que había visto tantos árboles juntos. El otoño había mezclado a la perfección los tonos anaranjados con los verdes y parecía una estampa digna de cualquier postal.

Abrí la ventana para aspirar ese aire fresco, que me hizo sonreír en cuanto respiré el aroma del rocío de la mañana, las flores que empezaban a marchitarse o el césped recién cortado. A medida que avanzábamos, había menos casas en nuestro camino. De repente, aparecía una cada cien metros. Miré de reojo a Ricardo y él hizo lo propio solo para sonreírme.

Giramos a la derecha poco después y cambiamos el asfalto liso por un suelo de piedra que nos hizo rebotar un poco en los asientos. Al final del camino divisé una

valla de ladrillo con una puerta de metal que tenía unos motivos florales preciosos.

—¿Es ahí? —pregunté.

Ricardo asintió justo antes de detener el coche frente a la puerta, se bajó con un manajo de llaves y la abrió para que pudiéramos pasar con el coche.

Condujo hacia el interior y mientras dirigía el automóvil al garaje yo me maravillaba contemplando la pequeña casa, que parecía sacada de un cuento de Andersen. Tenía dos pisos y unos ventanales más grandes que la puerta principal, un jardín frondoso, con muchos matorrales y robles, y estaba toda construida con unos ladrillos grisáceos que lejos de hacerla parecer triste y sombría, le daba un toque de modernidad que me gustó mucho.

Entramos en el garaje y la puerta de este se cerró detrás de nosotros. Ricardo se bajó de nuevo del coche y buscó el interruptor de la luz. Hice lo mismo y contemplé sorprendida el tamaño del garaje, en el que podía caber otro automóvil sin problema. Comenzaba a creer que todo lo que rodeaba la casa era más grande que la casa en sí.

—Vamos —oí que me llamaba Ricardo, cerca de

una puerta que tenía que conducir directamente al interior de la residencia.

Abrió la puerta y me colé en el interior de una cocina más grande que el salón de nuestro dúplex. Al igual que la casa, el mármol que revestía la cocina era de un gris claro y el suelo, de madera, le daba a la casa un aspecto muy acogedor. Hogareño. Me recordaba a la casa de mis padres. Levanté la cabeza para ver que los techos eran altos, lo que, unido a la luminosidad de los ventanales, hacía que la estancia pareciera más espaciosa de lo que era en realidad.

Ricardo abrió la nevera, que estaba llena, y sacó dos refrescos. Me tendió uno pero no dijo nada, dejó que siguiera contemplándolo todo en silencio. Me acerqué a la ventana que había enfrente del fregadero, y daba a la parte trasera de la casa, que no había visto. Había una piscina y un huerto. Era un lugar precioso. Salí por la puerta y Ricardo me siguió hacia el salón. La decoración era minimalista, pero no fría. Había un gran sofá de color rojo intenso, una chimenea, un mueble que cubría toda la pared, una televisión de plasma y una mesita de café de la misma madera que el mueble. En la pared, alternando diferentes tamaños,

estaban colocados formando un rombo una decena de cuadros que representaban el agua: lluvia, cascadas, riachuelos, ríos y mares. En medio de todos ellos estaba el toque de color: un girasol. ¿Dónde había visto eso antes? Di un paso y me quedé mirándolo con tranquilidad.

—¿Te gusta?

—Mucho —asentí a la pregunta de Ricardo—. Estoy intentando recordar dónde lo he visto, pero no lo consigo.

Me pasó una mano alrededor de la cintura para conducirme hacia otra habitación mientras me explicaba de qué me sonaban aquellas fotografías.

—Son las que me sobraron de la campaña de los perfumes marinos.

No dije nada, simplemente asentí, y seguí andando, como una autómatas que está intentando comprender algo que no quiere acabar de entender. Porque en cuanto lo haga tendrá que decir algo, y yo no me veía capaz de hacerlo.

Entramos en la última habitación de la planta baja. Era un despacho con una mesa de ébano más grande que mi cama. A uno y otro lado del escritorio había dos

lámparas altas y unas estanterías desniveladas que cubrían las paredes. En un rincón, una mesita redonda con un par de libros y dos sillones de cuero negro.

—Es increíble —susurré acariciando los dos libros, que también me resultaban familiares.

—¿Subimos?

—Ricardo, espera.

Me dejé caer en uno de los sillones y salió un suspiro más que audible de mi boca.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Cogió mi refresco de las manos y lo dejó junto al suyo sobre el escritorio, después se acuclilló frente a mí y tomó mis manos entre las suyas.

—¿Qué pasa? —me preguntó él.

—¿Qué es esto? —formulé nerviosa.

—Una casa —respondió despreocupado.

—¿Habías estado antes aquí?

—Sí, varias veces.

—¿No te parece demasiado para dos días?

Dejó de mirarme a los ojos y se concentró en mis dedos. ¡Lo sabía! Sabía que estaba pasando algo, pero, ¿qué era? ¿Qué era aquello que me rondaba por la cabeza y que no podía pronunciar en voz alta?

—¿Por qué están aquí tus fotografías y tus libros?
—dije señalando los libros de la mesita.

—Los traje yo.

—Eso me lo había figurado ya —contesté, empezando a inquietarme—. ¿Quieres contármelo o tengo que adivinarlo?

—No quiero estropear el fin de semana.

—En ese caso, di lo que tengas que decir.

Suspiró como había hecho yo un minuto antes y, al final, se sentó en el suelo, apoyó el codo en una de sus rodillas y se pasó las manos por el pelo, como siempre que estaba preocupado.

—Me han hecho una oferta —no hablé, le dejé espacio y tiempo para que pudiera explicarse—. Quieren que trabaje en la sede que tienen aquí. Lo sé desde agosto, pero aún no he tomado ninguna decisión.

—Creo que ya la has tomado —dije elevando las cejas, haciendo referencia a los pequeños detalles que había en la casa, que me confirmaban que era más que evidente que, aunque no quisiera reconocerlo, él sabía lo que quería hacer.

Y me detuve a pensarlo, a darme cuenta de que había estado intentando preparar el terreno. «Solo

quiero saber que si en algún momento me ausento...». ¿Qué le había dicho yo hacía unas semanas? Que fuera egoísta, que tomara sus propias decisiones, que no pensara en mí. No estábamos juntos entonces.

—¿Te acuerdas cuando éramos pequeños?

Me senté a su lado en el suelo y le pasé un brazo alrededor de los hombros.

—Siempre decías: «Cuando sea mayor quiero tener una casa en el campo. No me gusta el ruido de los coches, ni los gritos de la gente, ni las cajas registradoras de los supermercados, ni los pasos acelerados de las personas» —recité, porque había escuchado esas palabras hasta bien entrada la adolescencia, cuando empezaron a confundirse con otros sueños, que no habían sido tan fuertes como ese.

Al principio se sorprendió ante mis palabras, pero después, abatido, se dejó caer y apoyó la cabeza sobre mi hombro.

—Tienes que hacer aquello que te haga feliz, Ricardo —le di un beso en la frente y procuré no llorar, intenté que no me temblaran las manos, hice lo posible por seguir respirando—. Y estoy segura de que vas a ser muy feliz aquí.

Se apartó al instante, con las cejas muy juntas, mirándome con atención, buscando algo que no quería encontrar.

—¿Vas? —preguntó.

Tragué saliva.

—¿No lo has entendido? —me preguntó.

Me encogí de hombros, pero no dije nada.

—No voy a venir a vivir aquí si no vienes conmigo.

Junté las rodillas y apoyé la cabeza en ellas para no desestabilizarme. La situación se había convertido exactamente en lo que no quería que fuera: una decisión que pululaba entre un sí y un no que me harían perder algo.

—No puedo —murmuré.

—¿Por qué no? —se le cortó la voz antes de acabar de pronunciar el no.

—Porque aquí no tengo nada.

Ricardo se puso en pie y yo tardé dos segundos en reaccionar y darme cuenta de que había entendido mi respuesta como algo que no era.

—No tendría trabajo, ni a mi familia, ni a mis amigos.

Se acercó hasta el ventanal y vi que apretaba la

mandíbula y se mordía el labio inferior. Le estaba poniendo entre la espada y la pared sin querer. Me limpié rápidamente un par de lágrimas que descendieron desde mis ojos. Respiraba profundamente y tomó aire por última vez antes de volver a mi lado. Se arrodilló y me dio un beso en la frente.

—No pasa nada —sonrió.

«¿Qué significa eso?».

—Nos podemos quedar en casa. Ahí lo tenemos todo —me besó en los labios y me alivió darme cuenta de que no era una despedida—. Pero tenemos que disfrutar de la casa. Es preciosa. Ven, vamos a ver el piso de arriba.

Me tendió las manos, sonriendo, y en ese instante me di cuenta de que Ricardo era infeliz. Se me encogió el pecho, me agarré a sus dedos y me puse en pie. Él había tomado su decisión y creía que yo también la mía, pero tal vez aún podía devolverle la libertad que necesitaba y merecía.

Capítulo 30

Pasamos el resto del día fuera, en la ciudad, visitando museos en los que no había estado. Me gustó simular que la conversación de aquella mañana la habíamos guardado en un cajón que no abriríamos. Ricardo no intentaba convencerme, supongo que principalmente porque sabía que su insistencia podría hacerme renunciar a todas las cosas que me importaban por el simple hecho de quererle. No, no iba a hacer eso porque era yo la que siempre se encargaba de complicar las cosas. Era yo la que había tomado una decisión que solo le correspondía a él, porque ahora formaba parte de su vida.

Estábamos en una galería de arte moderno que no me permitió dejar de pensar en el tema ni un solo momento. Sin saber por qué, cada escultura y pintura me recordaba a lo sucedido y me hacía perder la

sonrisa.

—Es muy realista, ¿no? —me preguntó Ricardo con los brazos cruzados sobre su pecho, observando con fijeza la expresión dolorosa de un rostro pintado con formas geométricas.

Tenía razón, las líneas rectas, en vez de alejarnos del cuadro nos atraía más hacia la perfecta forma en la que se encogían los ojos y se arrugaba la frente del protagonista. Me pregunté si yo tenía ese mismo semblante en ese momento.

—Me gusta más aquel de ahí —mentí, porque en realidad el que estábamos contemplando era mi favorito.

Le mostré uno sonriente, mucho menos hermoso, menos...

—Tiene un gesto forzado —apuntó Ricardo—. Me atrevería a decir que está más disgustado que el anterior.

Y de nuevo, no se equivocaba. Era publicista, trabajaba con personas, imágenes, expresiones, ¿a quién pretendía engañar? Daba igual dónde mirase, el artista había convertido su obra en la materialización del sufrimiento humano. En cualquier otra

circunstancia me hubiera parecido bello y perfecto, pero mi estado de ánimo no acompañaba a mi percepción artística.

Salimos del museo y echamos a andar hacia un restaurante. Eran las tres del mediodía y después de ir de un lado a otro durante horas, necesitábamos reponer energías. Cuando al fin nos sentamos y tuvimos delante la comida, comenzamos a hablar sobre cosas sin importancia. Sobre aquellas otras cosas de las que ahora no quería conversar, porque me hacían creer que estaba dando un paso atrás.

—¿Qué tal la semana en la galería? No me has contado gran cosa.

Acabé de masticar la carne y después de tragármela le contesté, pronunciando un discurso que me pareció monótono e insustancial. A la postre, era como si no hubiera dicho nada.

—Supongo que no has tenido tiempo de pasarte por el taller de Jon.

Le contesté que no, porque el poco tiempo que me había quedado libre después de hacerme cargo de L' Art, y de todo lo que implicaba que tu jefe no estuviera, lo había dedicado a estar con él.

—Parece que Lucas y tu hermana vuelven a tener una buena relación.

Hablamos sobre ellos durante varios minutos, que me agobiaron muchísimo. No quería hablar sobre su relación porque eran amigos que habían sido pareja y que volvían a ser amigos. ¿Nos pasaría eso a nosotros? De nuevo esa pregunta. ¿Se daría cuenta Ricardo en algún momento de que la decisión que había tomado no era la más conveniente y me dejaría para irse a vivir a esa maravillosa casa? ¿Sería feliz en ella sin mí? ¿Sería feliz en ella con otra?

—Le han renovado el contrato a Héctor.

Tampoco quería hablar de él. ¿De qué quería hablar en realidad? Esboqué una sonrisa y pronuncié un «se lo merece», que más que demostrar que me alegraba por él parecía que estuviera insultándole. Definitivamente, estaba de mal humor y tenía que dejarlo a un lado cuanto antes. Ricardo se merecía ese fin de semana. Se lo merecía todo en realidad.

—Me apetece cocinar —expuse con una gran sonrisa.

Pareció sorprendido al ver mi expresión y el entusiasmo con el que había pronunciado aquella frase.

—¿Qué te parece si después de comer volvemos a casa y preparamos esos pasteles de crema y mermelada que hicimos para la semana cultural del instituto?

Ricardo se rio.

—Ni siquiera recuerdo la receta.

—Para eso está Internet. ¿Los hacemos?

Cruzó los dedos de las manos y apoyó la barbilla sobre ellos.

—¿Estás segura de que no quieres seguir haciendo turismo?

Simplemente asentí, sin dar la respuesta que golpeaba por salir ante esa pregunta.

—Haremos lo que tú quieras.

—Lo que queramos los dos —corregí, porque me sentía ya bastante mal como para seguir decidiendo por los dos.

—Voto a favor de los pasteles —apuntó para restarle importancia a la tensión que habían manifestado mis anteriores palabras.

El camarero nos trajo un suflé de chocolate blanco que compartimos al principio en silencio, después salió a la luz otro tema que creía que íbamos a ignorar

aquellos dos días.

—Estoy preocupado por Eric —confesó mientras se llevaba la cucharita del postre a la boca.

—¿Pasó algo ayer?

—No sé si fue debido al miedo que pasó al tirarse del helicóptero, pero cuando nos fuimos, estuvo llorando toda la tarde como un niño pequeño. Nunca le había visto llorar, Dany.

Se me encogió el corazón, porque yo sí que le había visto llorar, porque sabía exactamente la sensación que debía de experimentar Ricardo en aquel momento.

—Me sentí muy mal, por plantearme siquiera la posibilidad de que tú y yo nos viniéramos a vivir aquí. No creo que pueda estar solo ahora, aunque lo que más me preocupa no es eso.

—Sino que no pueda volver a estar solo nunca —completé, y él asintió.

—La quiere muchísimo, pero ninguno de los dos parece querer dar su brazo a torcer.

¿Por eso él había dado el suyo a torcer antes, para que no nos pasara lo mismo? La cabeza me daba vueltas, así que me concentré en el suflé. Hablamos sobre qué podríamos hacer por Eric, pero al final

llegamos a la única conclusión de siempre: esperar que él mismo fuera el que nos dijera qué hacer. Y mientras tanto sostenerle para que no se dejara arrastrar por la pena que sentía.

Volvimos a la casa después de comprar todos los ingredientes necesarios para hacer los pasteles. Estuvimos cocinando el resto de la tarde, escuchando música, riéndonos y yo, particularmente, imaginando que ya vivíamos ahí y que al día siguiente no tendríamos que irnos.

Batimos huevos, hicimos una crema de vainilla, improvisamos unos moldes, que habíamos olvidado comprar, y Ricardo se empeñó, pese a que habíamos comprado mermelada, en hacerla casera. Y la hizo. Incomestible, como la mayoría de las cosas que cocinaba. La guardamos en la nevera por si, debido a algún milagro, al enfriarse tendría un mejor sabor y mayor consistencia. Parecía zumo de fresa.

—He visto que hay una habitación arriba que está vacía —dije mientras extendía la masa con el rodillo sobre la encimera.

—La casa la ha puesto a mi disposición la agencia —me explicó mientras seguía dándole vueltas a la

crema—. Las fotografías las pusieron ellos. Es un detalle que me gustó.

Sonreí porque a mí también me había gustado. Me pasé la mano por la frente para apartarme el mechón de pelo que se había escapado del coiletero. Supe de inmediato que me había embadurnado de harina. La sonrisa torcida de Ricardo me lo hizo saber.

—Iban a decorarla toda, pero la penúltima vez que estuve pedí que no hicieran nada con esa habitación. Fue algo instintivo. Pensé que si nos veníamos aquí podrías trabajar en tus esculturas ahí, decorarla a tu gusto y comprar los muebles que te hicieran falta.

Me miró durante un segundo después de exponer el origen de la habitación desértica y después siguió concentrado en la crema. Había pensado en mí, y lo que era peor, había albergado la esperanza de que yo dijera que sí. Había buscado un espacio en la casa para mí, porque antes no me había equivocado, él tenía una decisión tomada: iría donde fuera yo.

—Es un espacio muy diáfano, podría hacer muchas cosas ahí. A un lado pondría una estantería en escalera, para colocar todas las piezas. Y frente al balcón una mesa muy grande, de mármol. Y tendría a

la derecha un mueble con cajones deslizantes para las herramientas. Y podríamos colocar todos mis libros en la gran pared paralela a la puerta. O en tu despacho.

Al darme cuenta de la ilusión con la que estaba trazando aquel plan de futuro que yo misma había aniquilado, me cuestioné si estaba inclinándome en favor de lo que sería mejor para los dos. Levanté los ojos de la masa y me encontré con la claridad de los de Ricardo, que se había sentado en la banqueta y, aunque seguía removiéndola la crema con la varilla, no dejaba de sonreír.

—Podrías dejarlos en el despacho, hay mucho sitio. Y los sillones son muy cómodos, podrías ir a leer siempre que quisieras.

—En el salón me gustaría poner una alfombra, junto a la chimenea, de esas suaves, como las que salen en las películas.

—Eso estaría bien.

—Estaría bien —dije a la vez que se me escapaba un suspiro, el enésimo del día.

Estábamos haciendo planes sobre un plano inexistente, pero a mi mente le gustaba demasiado ese plano, tanto que podría haberlo creado de la nada.

—Esto ya está —me anunció poco después.

Coloqué la masa en los moldes y vertimos la crema en el interior, colocamos otra capa fina de masa y los introducimos en el horno cuando ya se estaba poniendo el sol. Una vez que cerré la puerta del horno, mientras Ricardo limpiaba los restos de harina de la encimera, me pregunté qué estaba haciendo. Habíamos estado preparando unos pasteles que ni siquiera nos apetecía comer. Me quedé de pie, como un pasmarote, frente al horno y con los brazos colgando inertes a ambos lados de mi cuerpo.

Giré la cabeza para mirar a Ricardo, que seguía limpiando en silencio, y me di cuenta de que la noche anterior no había mentido en absoluto al decirle que todo en él me parecía sensual. Ahí estaba, cansado y manchado de harina y mermelada de fresas, y sin embargo seguía pareciéndome el hombre más atractivo que había visto y la persona más extraordinaria que había tenido el placer de conocer.

Me acerqué a él y se detuvo al ver que le entorpecía pero no decía nada. Le quité el paño de la mano y lo dejé caer sobre la mesa.

—¿Me das un beso?

Sonrió mucho más tranquilo después de mi pregunta. Me besó de una forma dulce, pero no por ello menos intensa. Le rodeé el cuello con mis brazos y fue mi cuerpo y mi mente los que tomaron la iniciativa en esta ocasión. Le besé el cuello y sentí la harina en los labios y la lengua. Me reí.

—Deberíamos darnos una ducha —sugirió al pasarme la mano por el pelo y coger un pegote de masa.

—O un baño.

Asintió, aunque se puso un poco tenso.

—¿Me dejas unos minutos para que llene la bañera?

Necesitaría varios minutos, porque era una bañera inmensa, como casi todo en esa casa, me pregunté por qué desde fuera parecía tan pequeña y por dentro era tan amplia.

—Claro, seguiré limpiando. Avísame cuando esté.

Volvió a coger la bayeta y me dio la espalda.

—Ricardo —le llamé desde la puerta de la cocina. Me respondió sin darse la vuelta—. ¿Me puedes dejar también un par de semanas?

Se giró y me miró con los ojos abiertos y el

entrecejo fruncido.

—¿Para qué?

—Para solucionar todo aquello que necesito dejar solventado antes de que nos instalemos aquí.

—¿Qué? —preguntó sorprendido, dejando la boca entreabierta.

Le guiñé el ojo y me acerqué de nuevo para darle otro beso.

—Estoy aquí contigo —expliqué con nuestras bocas muy juntas—, y no echo nada en falta. Tal vez porque estoy justo donde quiero, tengo y necesito estar.

—¿Me estás diciendo que sí?

—Con todas las consecuencias.

En cuestión de un segundo se le iluminó la cara, y fue entonces cuando me di cuenta de que había estado apagado todo el día, cuando le vi sonreír verdaderamente. Me levantó del suelo y me dio un par de vueltas. Me reí como una quinceañera a la que no le preocupaba nada salvo ser feliz junto al único hombre en el que podría confiar y querer de verdad.

Capítulo 31

Me desperté en medio de la madrugada porque tenía frío y me temblaba el cuerpo, totalmente desnudo, junto al de Ricardo, debajo de la fina manta. Me levanté con cuidado para no despertarle, busqué a tientas el culote de encaje negro en la maleta y el pijama. Me vestí y salí despacio de la habitación. Bajé a la cocina y saqué el cuenco de fresas de la nevera y un zumo de naranja. Estaba hambrienta, helada y comenzaban a dolerme partes y músculos de mi cuerpo que no sabía que tuviera. Me sonrojé y agradecí estar completamente sola, alumbrada tan solo por la luz amarillenta de una pequeña lámpara.

¿Sentirme incómoda? ¿Había pensado, aunque fuera por un momento, que me sentiría extraña haciendo el amor con Ricardo?

Me encogí en la banqueta y todas las zonas de mi

cuerpo respondieron al recordarle frente a mí, totalmente desnudo por primera vez, en la bañera.

Mi piel había respondido ante el tacto suave y pausado de sus caricias, que bucearon en el agua hasta alcanzar mi cintura, dándome la vuelta y encajándose entre sus piernas. Mi espalda se acomodó sin problema sobre su pecho, y mis pechos en la suavidad de las palmas de sus manos. Después mis costillas, mi cintura, mis caderas, mi vientre, mis muslos. Se me encogieron los dedos de los pies debajo del agua y los de las manos se aferraron a la carne dura de sus piernas. Profundamente excitados, nos dedicamos a descubrirnos el uno al otro. No me había resultado embarazoso, y Ricardo, por su parte, parecía pensar exactamente lo mismo. Nos mirábamos como si nos viéramos por primera vez, nos tocábamos como si no lo hubiéramos hecho antes, nos besábamos como en las últimas semanas, nos deseábamos como en los últimos años, nos queríamos como siempre. Y si había tenido alguna duda de la gran locura que había hecho al decidir dejarlo todo e irme con él, se había disipado en un instante, al salir de la bañera, empapados de ganas y placer; al retroceder desnudos hacia la

habitación, chocando con las puertas, apoyándonos contra la pared, resbalando, riéndonos; al quedar de pie frente a la cama y darme cuenta de que siempre había querido que fuera el primero y que, como eso ya no podía ser, esperaba que fuese el último.

—Me gusta que lleves el pelo largo —dijo mientras me tumbaba en la cama con los dedos aferrándose a los mechones de mi pelo mojado.

Se desprendió de mí y se incorporó lentamente. Inclino la cabeza a un lado y sus ojos serpenteantes fueron desde mi cuello hasta mis tobillos. Después fue su boca la que recorrió el mismo camino que su mirada, anhelante de mí, de aquello y de nosotros en cualquier lugar y siempre.

Sentir cómo me miraba y notar después la pulsión de su boca sobre la piel me dificultaba la respiración, que se había convertido en un jadeo entrecortado que aparecía cada vez que apretaba los muslos para retener un momento más las ganas que tenía de sentirle por completo. Mi piel se había vuelto extremadamente sensible, así que me incorporé para retirar el edredón, cuyo tacto me irritaba. Eso y la quemazón que me inundaba los poros.

En cuanto retiré la cubierta de la cama, Ricardo se tumbó y yo quedé a horcajadas sobre él. Dedicué unos minutos, que se me hicieron demasiado cortos, a observarle, y me di cuenta del placer que le había supuesto a él hacer lo mismo. Después le besé con tranquilidad, la que nos faltaría después cuando al fin nos dejáramos arrastrar por ese instinto animal que estábamos reteniendo con éxito y cierta frustración. Desapareció la delicadeza y nos convertimos en dos acróbatas que se pelaban por ver quién merecía estar encima y quién debajo. Acabé retenida bajo el aprisionamiento de su cuerpo en una de las ocasiones en las que rodamos por la cama. Sentir su peso sobre mi cuerpo me hizo enloquecer, casi tanto como notarle al fin en mi interior. Encajábamos tan bien que hasta temblé al darme cuenta de ello. Me miró preocupado ante esa reacción.

—¿Te he hecho daño?

—No —gemí.

Al principio se movió despacio, como si le preocupara que le hubiese mentido, pero cuando lo atraje con más fuerza hacia mí y arqueé la espalda, comprendió que le necesitaba por completo, de la

manera más desesperante y salvaje que pudiera tenerle.

—Mírame —le oí jadear.

Abrí los ojos y me encontré con los suyos, obnubilados y satisfechos; felices.

Le acaricié las mejillas y busqué su boca, su lengua y su sabor. Encontré también la aspereza de su barba en las yemas de mis dedos, la línea marcada de su mandíbula, su nariz chocando con la mía, sus manos buscando la sensibilidad de mis pechos y a mí siendo exactamente quien quería ser.

Mi cuerpo se tensó en el último momento, al igual que el suyo, y jadeamos el uno en la boca del otro como si se nos hubiera roto cada extremidad del cuerpo...

—¿Qué haces despierta?

Salí de mi ensimismamiento cuando oí la voz ronca de Ricardo y le vi en la puerta, frotándose los ojos, en ropa interior. Me llevé a la boca la quinta fresa y sonreí.

—Tenía hambre.

Arrastró una de las banquetas para colocarla junto a la mía y cogió una fresa.

—Yo también.

Me tomé un momento para decidir si de verdad quería preguntarle aquello.

—¿Te ha gustado?

Eché la cabeza hacia atrás y se rio de esa forma que tanto me gustaba. Al ver que yo no me reía y que esperaba una respuesta carraspeó.

—Ah, que hablas en serio.

Asentí, porque yo sabía que me había encantado, nunca había sentido nada parecido al hacerlo con Felipe, ese placer tan intenso e íntimo. Con Felipe había sido como un baile mal coreografiado en comparación. Pero sabía que Ricardo había estado con más mujeres, y no tenía claro si había cumplido con sus expectativas. Tampoco estaba convencida de querer saber qué había hecho con las anteriores ni mucho menos cuántas habían sido.

—Creía que te habías dado cuenta la segunda o la tercera vez —dijo divertido.

Puse los ojos en blanco y cogí otra fresa.

—¿A ti te ha gustado?

Me ruboricé, pero no tuve ningún reparo en decir lo que estaba pensando.

—Tanto que estaba a punto de tener un orgasmo solo con recordarlo.

Se atragantó con la fresa que acababa de tragarse mientras se reía.

—Llevaba mucho tiempo sin estar con nadie, temía que se me hubieran olvidado los pasos a seguir.

—¿Mucho tiempo? —pregunté con las cejas elevadas— ¿Y Cecilia?

—No me acosté con Cecilia —contestó con tanta tranquilidad que era evidente que no mentía.

—¿Por qué?

—Tú crees que yo soy un mujeriego —y no era una pregunta—, pero me he portado mejor de lo que tú piensas.

Negué con la cabeza y recordé lo que me había dicho, medio dormido, después de hacer el amor. «Te quiero». Y aunque lo sabía, porque me lo había dicho otras veces y de muy distintas maneras, esta vez me había parecido más auténtico que antes.

—Te quiero tanto que no me importa con quién has estado o qué has hecho.

—Me gustaría decir lo mismo —pronunció sonriendo, aunque celoso.

—Solo he estado con Felipe, y lo sabes —le recordé en un suspiro después de beber un trago de zumo—. Y como podrás comprender, no voy a entrar en detalles sobre lo que hice o dejé de hacer con él.

—Te lo agradezco, no creo que pudiera soportarlo.

Fue hacia la nevera y sacó un cartón de zumo y una bolsa de pan tostado de la despensa.

—Me irrita ya de por sí saber que fuiste suya durante dos años.

—No lo haría tan bien si me engañó con otra.

«¿Eres idiota? Deja de compadecerte de ti misma».

—En realidad, ¡qué demonios!, lo hacía genial —dije riéndome.

Dejó el zumo y las tostadas sobre la encimera y se acercó a mí. Me separó las piernas y me besó.

—Voy a decir algo que va a sonar horrible. Vas a pensar que soy un monstruo —le miré cauta—. Me alegro de que fuera un capullo, porque de otro modo quizá nunca habiéramos estado juntos.

—Interesante forma de decir que te hace feliz que me pusiera una cornamenta del tamaño de Cerdeña.

Volvió a besarme de aquella forma tan íntima que clamaba que ya conocía todo de mí y que le gustaba

tanto como él a mí, me atrevería a decir que incluso más.

—¿No tenías hambre? —le pregunté señalando las tostadas.

—Tengo hambre de ti.

Me hizo reír el tono grave con el que lo dijo, imitando al lobo de una versión de *Caperucita roja* que habíamos visto recientemente.

—¿Eres insaciable? —bromeé.

—Casi tanto como tú, cariño.

Capítulo 32

Después de pasar la mañana del domingo en la cama, durmiendo, como había previsto Ricardo, poco o nada, por la tarde volvimos a la ciudad para coger el tren y volver a casa. Teníamos tantas cosas que arreglar en las dos semanas que teníamos por delante que ni siquiera sabía por dónde empezar, de qué ocuparme primero. Agradecí que el viaje de vuelta fuera tranquilo, sin molestias, porque así pude dedicarme por entero a pensar en cómo proceder. Sabía que tenía que reunir a mi familia y comunicarle mi determinación cuanto antes. Tampoco nos íbamos al otro lado del continente, nos separaban cuatro horas en tren. Y aun así era consciente de que no lo entenderían, sobre todo porque mis padres ignoraban que mantuviera una relación con Ricardo y mi hermano seguramente se pondría a la defensiva. Pensé

en ellos, en que los vería de vez en cuando, en que no podría pasar tanto tiempo como me hubiera gustado con mi sobrino, en mis hermanos y en la relación tan estrecha que habíamos mantenido siempre. Pensé en Eric al instante, que era también mi familia y mi mejor amigo, mi tercer hermano. Y pensé en que me estaba equivocando, pensamiento que desaparecía en cuanto giraba la cara hacia la izquierda y veía a Ricardo, con las gafas puestas, leyendo el periódico.

La gente se iba, buscaba su lugar y aquello que quería hacer verdaderamente. Mis amigas lo habían hecho y yo estaba a punto de hacerlo. Tardé bastante en darme cuenta de que yo no era la única que renunciaba a todo por empezar de cero. Ricardo también dejaba a sus amigos, a la parte de su familia que vivía ahí. Me necesitaba.

También me preocupaba el trabajo, ¿a qué me dedicaría? ¿Sería una mantenida? ¿Encontraría trabajo teniendo en cuenta la situación económica del país? Y si todas esas cosas no funcionaban, ¿podría volver a casa? No, no. Tenía que desechar esa idea. Dejaría todos los cabos bien atados antes de irme, y empecé por mi familia el martes por la noche.

Estábamos tomando café en el salón, riéndonos. Les miré uno a uno, temiendo que se me olvidaran sus caras. El hombre es un ser de costumbres. Mi padre me parecía mayor de repente, mi madre frágil, mi hermana desprotegida, mi hermano preocupado, mi cuñada embarazadísima, mis abuelos cansados. ¿Cómo no podía ver lo felices que eran y fijarme solo en aquellas cosas que me preocuparían estando lejos de ellos? ¡Parecía que me hubieran cavado la tumba en vez de darme la posibilidad de ser feliz junto al amor el de mi vida!

—¿Me escucháis un momento? —dije elevando la voz por encima de la multitud.

Todos callaron y me miraron al ver que me ponía en pie y cruzaba los dedos de las manos para que no se dieran cuenta de que estaba temblando por los nervios.

—Tal vez os sorprenda lo que voy a decir, pero espero que lo respetéis aunque no lo compartáis —empecé diciendo.

Mi madre se sentó junto a mi padre y vi cómo cogía su mano. Estaban preocupados, era evidente. Jon me miró tranquilo, porque sabía lo que iba a decir, o por lo

menos una parte, y Lena, asimismo, lo intuía. Para los demás parecía un libro cerrado que podía contener cualquier historia dantesca.

—Estoy enamorada de Ricardo —pestañearon un par de veces—. Y estamos juntos.

—¿Ricardo, Ricardo? —preguntó mi padre—. ¿Ricardo Sempere, tu amigo y compañero de piso? ¿El mismo que se comía todos los flanes de la nevera cuando era un crío?

Puse los ojos en blanco y asentí. Mi madre se levantó con una gran sonrisa.

—Me alegro por ti, mi vida.

Le devolví el abrazo y observé a mi padre, que no parecía dispuesto a ponerme las cosas fáciles. Nunca lo había hecho, así que no me sorprendía lo más mínimo. Mi madre se apartó y volvió a su lado.

—No creo que esté bien.

—¡Aurelio! —le regañó mi madre.

—¡Son amigos, por Dios! No va a acabar bien —negaba con la cabeza vehemente.

—Papá, tu optimismo y la fe que depositas en nosotros me relaja muchísimo.

—Como tu ironía a mí, hija —me reprochó él.

Tomé aire, porque sabía que no había dicho toda la verdad y también era consciente de que los pocos miembros de la familia que me apoyaban, todos menos mi padre, se pondrían en mi contra.

—Espero que recapacites, papá, porque me voy a vivir con él.

Sus cejas se arquearon al igual que la del resto de los miembros de la familia.

—Pero si ya vives con él.

Venga, Dany, dilo. Cuanto antes lo hagas, antes podrás volver a respirar, te estás poniendo morada.

—Le han ofrecido un puesto muy importante en la sede que su agencia tiene en la capital.

Tardaron un momento en entender qué significaba eso.

—¡Ah, no! Eso sí que no lo voy a permitir —vociferó mi padre—. Te creía más inteligente, ¿en qué se supone que estás pensando? ¿Cuánto lleváis juntos, unas pocas semanas? ¿Vas a dejarlo todo por nada?

Entendía la mayor parte de sus argumentos, pero aquella última pregunta me había hecho daño.

—No lo dejo por nada —dije, y me temblaban los labios.

—Lo dejas por él.

Negué y me sequé un par de lágrimas que habían asomado a mis ojos. Mi cuñada era la única que se había levantado para darme apoyo, físico y moral, porque me había cogido de la mano y me apretaba con fuerza.

—No, papá, no lo dejo por él, lo dejo por nosotros.

—Te comportas como una niña inconsciente.

Me tembló un poco la mano y Ashley me apretó con más fuerza de la que ya estaba ejerciendo. Se lo agradecí, porque si no hubiera sido por su presencia, seguramente me hubiera caído.

—Danielle, ¿estás segura? —me preguntó mi madre.

—¿En qué vas a trabajar ahí, Dany? —formuló Jon.

—No nos vas a tener cerca, ¿y si pasara algo? —añadió Lena.

—Son unas pocas horas en tren, pero sabes que no podrás venir siempre, ¿no hija? —expuso mi abuela.

—Nosotros no vamos a estar yendo y viniendo —concluyó mi padre.

Ni mi abuelo ni mi cuñada dijeron nada. Cogí aire,

pero no pude evitar echarme a llorar, porque me habían desarmado en cuestión de minutos.

—Renunció por mí —dije en un tono tan bajo que creí que no me oyeron. Lo repetí—. Renunció por mí. Hace tiempo que le ofrecieron el puesto, pero aún no lo ha aceptado. Me ha llevado a una casa, preciosa y acogedora, y no lo hizo para convencerme, sino para enseñarme lo que podríamos ser si viviésemos ahí.

Seguí llorando, mi madre se levantó para abrazarme de nuevo, pero di un paso hacia atrás y le hice una señal para que se quedara donde estaba.

—Le dije que no, por todos los motivos que vosotros habéis dicho.

Se sorprendieron ante esta última declaración. Me limpié las lágrimas con el dorso de la blusa y seguí hablando, porque ahora estaba dolida y también decepcionada.

—¿Y sabéis qué me dijo?

Les miré a todos. Permanecieron en silencio. Vi un atisbo de culpabilidad en sus rostros.

—Que no importaba, que rechazaría la propuesta y seguiríamos viviendo aquí.

—Entonces, ¿dónde está el problema? —preguntó

mi padre.

—Renunció por mí sin pensárselo, pese a que se le estaban abriendo las puertas a todo aquello que siempre había querido conseguir.

—Pero aquí tenéis trabajo, casa y familia —dijo mi madre.

Me desprendí de la mano de mi cuñada y fui a sentarme al lado de mi madre, que estaba llorando, al igual que yo.

—Cuando era pequeña y os miraba a papá y a ti me preguntaba por qué parecíais tan felices, daba la impresión de que no hubiera nada a vuestro alrededor —me tomé un momento para respirar—. Estaba en esa casa, mamá, cocinando con Ricardo, haciendo planes sobre cosas absurdas como la distribución de los muebles o comprar una alfombra para el salón, y me olvidé de todo. Sé que os puede parecer egoísta lo que estoy haciendo, pero por primera vez en mi vida, en aquel momento con él en la cocina, tomé una decisión pensando en mí y en mi felicidad. No sé lo que pensáis de él —miré a mi hermano, que sonreía. Abrí los ojos sorprendida—, pero os diré lo que sé yo. Sé que le quiero y me quiere, y sé que me ha enseñado

algo muy importante.

—¿Qué, cariño? —me preguntó mi madre.

—A quererme.

Me abrazó y esta vez acepté su afecto.

—Entonces no hay vuelta atrás —sentenció mi padre.

Negué mientras me separaba de mi madre.

—Estará bien —oí que decía mi cuñada. Todos la miramos. Se había sentado de nuevo junto a mi hermano y sus manos se habían juntado en una unión perfecta—. Yo también renuncié a muchas cosas para estar con Jon, y nunca me he arrepentido. Y eso es lo mejor, Dany, que nunca tengas que arrepentirte de algo que no has hecho. Hazlo.

No había pensado ni por un momento en que Ashley también había dejado a su familia, y mucho más lejos que yo a la mía, en los Estados Unidos. Y, sin embargo, aunque les echaba mucho de menos, les visitaba con frecuencia, como ellos a nosotros. Le sonreí y asentí.

—¿Cuándo os vais? —preguntó mi padre.

—En dos semanas, si todo va bien.

Mi padre se puso en pie y por un segundo pensé

que se marcharía, pero se quedó de pie frente a mí y me tendió las manos. Me agarré a ellas y me puse en pie tambaleándome. Me abrazó.

—Que venga a cenar.

—Gracias, papá.

Alrededor de mi padre se reunió toda mi familia, como la piña que siempre habíamos sido, y fueron colmándome de besos y abrazos pese al rechazo inicial a la idea de que me fuera. Sabía que, de todos modos, no les gustaba, pero estaban dando el primer paso para aceptar mi decisión, y les quería más que nunca por ese voto de confianza.

Esperamos hasta el viernes para hablar con Eric. La primera semana había transcurrido en un abrir y cerrar de ojos. Nos habíamos sentado los dos en el sofá y él en el sillón de enfrente.

—¿Estáis embarazados? —nos preguntó al ver la seriedad de nuestras caras.

—¡No! —contestamos al unísono.

—Si no es eso, entonces debe de ser que has aceptado la oferta que te hicieron en la agencia, ¿no?
—preguntó mirando a Ricardo.

Este asintió. Así que Eric sabía una parte de la historia que yo desconocía.

—Ya iba siendo hora —me miró a mí—. Me alegro de que hayas sido valiente, Dany, y que te hayas aplicado el cuento por una vez.

Se me empañaron los ojos, pero no quería seguir llorando. Lo había hecho el día anterior con Alejandra y el martes con mis padres.

—¿Me reservaréis una habitación para las vacaciones? —preguntó sonriendo.

«¿Por qué está tan tranquilo? Algo no va bien».

—Es tu casa, Eric —le dijo Ricardo.

—¿Qué pasa? —pregunté ignorándoles a los dos.

Eric me miró un segundo y acto seguido se echó a reír.

—No te puedo ocultar nada, ¿eh?

—Ya sabes que no.

Ricardo nos miró a los dos sin comprender qué estaba pasando.

—También tengo algo que deciros, y que hayáis sido vosotros los primeros en tomar la decisión hace que me sienta menos culpable.

Ricardo y yo esperamos en silencio a que se

abrieran las puertas de la verdad.

—Me habéis enseñado a intentarlo todo, aunque conlleve un riesgo —sonrió ampliamente, con cierta melancolía—. Me voy a vivir con Laura.

—¿De verdad? —preguntó Ricardo.

Yo no sabía qué decir.

—En realidad, ahora que os vais, se vendrá ella a vivir conmigo.

—No sabes la alegría que me das —dijo Ricardo en un suspiro.

—Os echaré muchísimo de menos.

—Y nosotros a ti, ¿verdad? —me preguntó Ricardo al ver que no era capaz de decir nada.

—¿Eres feliz, Eric?

A los dos les descolocó mi pregunta, porque tal vez no se lo habían planteado, pero yo necesitaba una respuesta rotunda para poder irme tranquila y saber que le dejaba en buenas manos.

—Ahora sí.

Me levanté para sentarme de nuevo, pero esta vez sobre sus piernas, y le abracé más fuerte que nunca, durante tanto tiempo que me preguntó si estaba bien. No quería despegarme de él porque iba a ser tan

extraño no desayunar con él, que no anduviera de un lado a otro de la casa, que no me hiciera reír, en definitiva, que no estuviera.

¿Qué había pasado desde agosto hasta noviembre? ¿Cómo había puesto toda mi rutina del revés y desestabilizado todos mis planes y mi vida? Sabía cuál era la respuesta, pero no podía dejar de cuestionarme acerca de por qué ahora era tan diferente a entonces y al mismo tiempo la misma.

—Te quiero, Eric, y espero que nunca lo olvides.

Me dio un par de palmaditas en la espalda y miró a Ricardo.

—¿Esta sabe que os vais aquí al lado o cree que te la llevas a la Conchinchina?

—Eso me pregunto yo también.

—Sois un par de idiotas.

—Y a mucha honra —contestó Eric.

Sonreí agradecida por tener la inmensa suerte de haber encontrado en mi camino a los dos mejores amigos que cualquiera habría querido para sí. Daba igual adónde me fuera, si sola o acompañada, porque algo me decía que les encontraría en la esencia de quién era y en lo que me había convertido estando

cerca de ellos.

Capítulo 33

Aunque intenté convencerme, en los días siguientes, después de que Ricardo se fuera y yo me quedara a cerrar los cajones vacíos y las historias que encerraba aquella habitación que dejaba después de cuatro años, de que no tenía motivos para llorar, al darme cuenta de que, tras empaquetar todas mis cosas, había desaparecido todo rastro de mí, me di cuenta de la congoja que sentiría hasta que me acomodara a la nueva casa y a vivir la vida que pensaba que me haría feliz. Me gustaba, sin embargo, saber que esa habitación estaría siempre esperándome, ahí o en cualquier otro lugar donde hubiera sido feliz o fuese a serlo.

Me senté sobre el baúl, que se llevaría la empresa de mudanzas al día siguiente, junto con el armario de mi hermano. Recordé la primera vez que había pisado

aquel suelo que ahora me sostenía. A ninguno de los tres nos habían gustado las paredes azuladas. No nos importó pasar los cuatro días siguientes pintándolas de blanco, cambiando las cortinas, iluminando aquel apartamento que parecía haber sido decorado hacía un siglo. Después cambiamos la disposición de los muebles y compramos otros para sustituir los que se caían a pedazos. La primera noche habíamos dormido los tres ahí, en esa cama que ahora dejaba atrás. Éramos unos entusiastas cansados de trastabillar por las escaleras cargando con los soportes de las camas y las decenas de cajas que contenían toda nuestra juventud.

Llamaron a la puerta, entreabierta, y dejé a un lado toda esa nostalgia que me llevaba acompañando desde hacía casi dos semanas.

—¿Molesto? —me preguntó Héctor.

Le hice una señal para que pasara. Había estado ayudándome a empaquetar las esculturas del taller el día anterior. Había decidido llevarme unas pocas, las que verdaderamente significaban algo para mí. Dejé encargado a Jon de que hiciera con el resto de ellas lo que considerase oportuno.

—No parece que hayas estado aquí nunca —me dijo mientras echaba un vistazo a las estanterías vacías, las lámparas apagadas, las paredes desnudas.

—Y, sin embargo, estoy por todas partes.

—Estás justo donde quieres estar —apuntó mientras me rodeaba en un abrazo—. Te echaré de menos. Y lo que me preocupa más aún —hizo una pausa dramática—, también a Ricardo. Todos los becarios le echaremos en falta, en realidad, ahora que hemos visto lo que nos espera con el nuevo responsable.

—Se lo diré.

Me guiñó un ojo y se separó de mi lado. Dio un paso hacia el escritorio y cogió un par de folios que había dejado ahí el día anterior.

—¿Una escuela de arte? —preguntó con una ceja arqueada.

Asentí y me tomé un momento para explicarle lo que había sucedido con Marcos. Había regresado de su luna de miel hacía un par de días, y al comunicarle mi dimisión y los motivos por los que dejaba el trabajo se había enfadado tanto que casi creí que me echaría él mismo, de una patada. Pero su reacción solo había

sido fruto de la sorpresa inicial. Se había encerrado en su despacho el resto del día y había pedido que nadie le molestara. Recibí algunas miradas recriminatorias del resto de mis compañeros, que no tenían duda alguna sobre que yo fuera la responsable del malestar del jefe, que tendría que estar más feliz que nunca por haber vuelto de su viaje de novios. Me encomendé a todos los dioses y al finalizar de la jornada me había ido a casa, preocupada por comportarme como una irresponsable en el terreno laboral. Al día siguiente me había llamado a su despacho y había colocado ante mí los papeles que ahora Héctor leía con detenimiento. Marcos tenía un amigo y compañero de la facultad que había accedido a hacerme una entrevista para el puesto de becario que todos los años quedaba libre en su escuela de arte, por el simple hecho de que ninguno tenía las cualidades necesarias ni para impartir clases ni para servir café.

—Bienvenida al club —me dijo Héctor.

—Aún no me lo ha ofrecido. Ojalá lo haga, me sentiré menos inútil.

—Seguro que sí, eres una enchufada —se rio divertido.

Y tenía razón. Era la más alta trama de enchufismo en la que me había visto envuelta hasta la fecha, pero tenía que aprovechar la oportunidad, si es que me la daban, y quedar en deuda con Marcos por el resto de mis días. Así se lo había hecho saber, abrazándole con demasiado entusiasmo para echarme a llorar después, porque me iba y dejaba aquel trabajo en el que me sentía tan cómoda, pero también por haberse tomado la molestia de echarme una mano cuando más lo necesitaba. Supongo que aún sentía que me debía algo por haber calmado el ataque de ansiedad de Gala.

—Si alguna vez quieres volver, el puesto será tuyo.

Me recordé a mí misma que Marcos había sido el mejor jefe que había tenido, y que probablemente tendría, y me armé de valor para llamar a su amigo para concertar la entrevista. Al principio, su tono formal, seco y tajante me desalentó por completo. Era como chocar contra una barrera incesantemente, sin importar por dónde accedieras al lugar. Al final, después de media hora de conversación telefónica y de encontrar la confianza suficiente para decirle que esculpía, pareció mucho más interesado. Pidió que le enviara fotografías de mis «obras maestras», como él

mismo había dicho, y que nos veríamos el lunes siguiente en su despacho.

Le había enviado tantas fotografías que pensé que se colapsaría el correo electrónico. Como única contestación recibí un: «Tal vez, a fin de cuentas, Marcos no me haga perder el tiempo». Esperaba que eso fuese algo positivo.

—Lo es —me dijo Héctor al contárselo.

—¡No hablemos más de mí!

Le quité los papeles de las manos y los guardé en una carpeta azulada.

—Tu hermana se casa en breve, ¿no? ¿Cómo van esos nervios?

Le cogí de la mano y le obligué a sentarse a mi lado. Me habló de su padre, que, sin saber ellos por qué, había accedido finalmente a asistir al enlace, por lo que Héctor quedaba libre de la responsabilidad de llevar a su hermana al altar. Él se empeñaba en decir que ese brusco cambio de opinión no podía traer nada positivo. Yo intenté convencerle de que el paso del tiempo hace que nos traguemos el orgullo y el rencor y aceptemos la vida y la felicidad que nos ofrecen y nos merecemos. No pareció estar especialmente de

acuerdo con mi aportación, pero me di cuenta de que le gustaba creer en que eso fuera posible.

—¿Qué pasa? —le pregunté cuando agachó la cabeza y suspiró como si se le fuera la vida entre los labios.

—Te has portado muy bien conmigo.

—Al igual que tú conmigo. Eso es lo que hacen los amigos —me incliné hacia un lado para mirarle a los ojos—. No te irás a poner sentimental ahora, ¿no?

—Te he mentado.

Cogí aire, porque llevaba tiempo temiendo que eso pudiera haber sucedido.

—¿Tiene algo que ver con la actitud de las últimas semanas?

Asintió, pero seguía sin mirarme. Parecía avergonzado. Crucé los dedos para que no se produjera ninguna confesión amorosa. No, no podía ser nada de eso. Detrás de sus ojos había algo más.

—Mi hermana se llama Manuela.

Me encogí de hombros y asentí. ¿Y eso tenía que revelarme algo?

—Y mi cuñado Felipe.

Me quedé muy quieta, como un ancla en el fondo

del mar. ¿Su hermana era la amante de mi exnovio?

—Yo no lo sabía. No sabía que tú fueras... ella — dijo—. Mi hermana, cuando empezó con él, sabía que tenía pareja. Yo lo supe después, y creo que mi padre lo supo en algún momento, por eso se oponía a su relación. Pero entonces me lo contaste, los nombraste. No podía quedarme a escucharte hablar del tema, no estaba siendo sincero, no podía seguir hablándote de esa boda, ni de mi hermana, ni mucho menos de él. Pensé que si dejábamos de vernos, te ahorraría el sufrimiento. Por favor, no digas que me he portado bien contigo.

Tardé unos minutos en darme cuenta de que Héctor no tenía más culpa que yo en aquella historia. Ninguno la teníamos. ¿Qué podía haberme dicho en ese momento? Seguramente había optado por hacer lo que cualquier en su lugar habría hecho, ocultar algo que podría haberme hecho daño. Pero ahora yo lo sabía, era conocedora de que Felipe se iba a casar, y lo había asimilado. Ya no me dolía, porque era demasiado feliz como para permitir que algo que ahora me parecía tan lejano pudiera seguir hiriéndome.

Coloqué la cabeza sobre el hombro de Héctor.

—Sé que se van a casar —al fin me miró—. No sabía que fuera tu hermana, pero eso no cambia nada entre tú y yo, ¿o sí?

—Espero que no —contestó apesadumbrado.

—Me invitó a la boda.

—¿Y vas a ir? —preguntó preocupado.

—No. Si están juntos es porque son felices, y no voy a ser yo quien les estropee el día. La vida da muchas vueltas, y la mía ha dado un giro de ciento ochenta grados. Estoy demasiado lejos de quien fui, y quiero quedarme exactamente donde estoy.

Me dio un beso en la frente, de manera instintiva.

—No les he dado aún la escultura.

—No lo hagas. Tírala. No haría más que recordarles una etapa de su vida que no creo que les entusiasme demasiado. Y, por otro lado —hice una mueca con la nariz y me reí—, sería absurdo que les diera un regalo, ¿no crees?

—Me la podría quedar yo.

—Deshazte de ella —insistí—. Puedes ir al taller y quedarte cualquier otra. La que más te guste.

—Está bien —asintió finalmente.

—Está bien —afirmé, como si eso fuera una

respuesta a una pregunta que estaba implícita en su anterior comentario.

Estábamos bien.

Capítulo 34

El domingo por la mañana, aprovechando que Eric estaba en casa de Laura, decidí irme sin esperar a que regresara, porque necesitaba unos minutos silenciosos para recorrer la casa de arriba a abajo y despedirme a mi manera de esos recuerdos que se venían conmigo. Bajé las maletas al coche y las cajas que no se había llevado la empresa de mudanzas porque tenían objetos demasiado personales. Después fui de una habitación a otra, acompañada tan solo por el tintineo de las llaves que llevaba en la mano. Pensé en que la nuestra era una historia demasiado larga como para contarla en los veinte minutos que dediqué a sonreírle a lo que habíamos sido. Al final acabé justo donde había previsto, junto a la gran fotografía en blanco y negro. Acaricié nuestras caras con cuidado y sonreí como siempre que la miraba. Quitó el marco y lo dejé sobre

el sillón. En su lugar colgué otro, nuevo, que contenía una fotografía reciente de los tres juntos en el cumpleaños de Ricardo. De un cumpleaños a otro, muchos años después. Sonó el teléfono.

—¿Qué haces? —me preguntó la voz grave de Ricardo.

—Estaba a punto de salir por la puerta.

Cogí el marco que había descolgado y eché a andar hacia la puerta del piso. Me miré en el espejo del mueble de la entrada. El pelo más largo, las mejillas sonrosadas, los ojos brillantes y una sonrisa triste pero feliz a partes iguales.

—¿Estás llorando?

Negué con la cabeza como si pudiera verme, después añadí la respuesta verbal.

—No, ya no —le dije.

—¿Crees que llegarás antes de la hora de comer?

Le escuchaba a medias, porque seguía contemplándome, aunque al hacerlo veía mil cosas y no solo a mí misma.

—Depende del tráfico.

—Voy a preparar algo de comer. ¿Sabrás llegar hasta aquí o prefieres que nos encontremos en otro

lugar?

—Sabré llegar.

—¿Seguro que estás bien? —inquirió con un tono de voz débil.

—Lo estoy.

—Te espero en casa, entonces —dijo antes de colgar.

Guardé el teléfono móvil en el bolsillo, me aferré al portarretratos y dejé caer, por última vez, las llaves en el cuenco de cerámica de la entrada. Salí por la puerta y tardé un momento en decidirme a cerrarla, pero finalmente lo hice. Lo que tardó el ascensor en recorrer los metros que había entre el sexto piso y la planta baja del edificio se me hizo más largo que las cuatro horas conduciendo.

Cuando llegué a casa (a casa), Ricardo había desempaquetado casi todas las cajas de la mudanza, así que había partes de nosotros expuestas aquí y allí, como si nunca hubiéramos vivido en otro lugar que no fuera ese. Libros, fotografías, tazas, la ropa perfectamente doblada y colgada en los armarios. Frente a la chimenea había colocado una alfombra, como la que yo había imaginado. El sofá, ahora, estaba

lleno de cojines y un par de mantas. La caja de las herramientas estaba sobre la mesita del café. Busqué un martillo y un clavo y subí las escaleras. Entré en la gran habitación vacía y escogí una pared al azar. Ricardo me miraba con atención. Un par de golpes con el martillo y ya tenía el clavo listo para colgar la fotografía.

—No me lo puedo creer, ¿se la has robado? —me preguntó al ver lo que había llevado entre las manos.

—Se la he cambiado por otra.

—Sabes que le encanta esa fotografía. Es capaz de venir hoy mismo a recuperarla —me amenazó con el dedo.

—Será su excusa para visitarnos.

De repente tuve la sensación de que la estancia estaba completamente amueblada, y me pareció mucho más acogedora cuando Ricardo se acercó y me envolvió entre sus brazos. Íbamos al revés del mundo y nos habíamos saltado todos los semáforos en cuestión de semanas. Pero no nos habían atropellado, ni estábamos dispuestos a convertir aquel sueño en una pesadilla.

—¿Te arrepientes?

Negué.

—¿Y tú? ¿Te arrepientes?

Torció un poco los labios.

—En parte, por haber esperado tanto tiempo.

Yo también había pensando en todo el tiempo que habíamos perdido, pero, tal vez, si hubiéramos estado juntos desde el principio, no hubiéramos sido protagonistas de la misma historia.

—No parecía importarte tanto cuando me organizabas las citas —le pinché.

—Solo quería que fueras feliz, y entonces aún no sabía si querías que yo fuera el responsable de tu felicidad —me confesó.

—Quiero que lo seas —expliqué.

Se tomó unos minutos para besarme.

—¿Ya no tienes miedo?

—No, bueno, míranos —dije—. Somos nosotros.

—Y no es algo malo.

—No lo es.

Dejé que mi espalda encontrara espacio en su pecho y me quedé contemplando la fotografía, acompañada por la respiración suave de Ricardo, que siempre había estado tan cerca que me había asustado

admitir que no quería que estuviera en ningún otro lugar.

—No me arrepiento —susurré.

—¿De qué?

—De querernos así. Aquí. Ahora. Mientras podemos.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

The image is a book cover for 'El Agua Templada' by María de Castro. It features a close-up of a woman's face and neck, with her eyes closed and a serene expression. Her hair is voluminous and styled in a reddish-brown color. Several large, vibrant red roses are positioned around her neck and shoulder. The background is a soft, warm gradient, transitioning from a pale yellow at the top to a deep orange and red at the bottom, suggesting a sunset or sunrise. In the foreground, the dark silhouettes of tall grasses or reeds are visible against the bright horizon. The publisher's logo 'HQN™' is located in the top right corner.

HQN™

EL AGUA TEMPLADA

María de Castro

www.harlequinibericaebooks.com